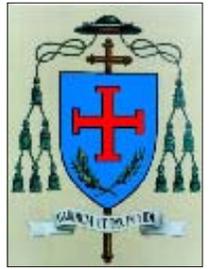


Boletín de Pastoral

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Mayo de 2005

Nº 274

CARTAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES CON OCASIÓN DEL JUEVES SANTO DE 1979 A 2005



Presentación



Cada Jueves Santo, día de la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio ministerial, el Papa Juan Pablo II escribía a los sacerdotes, "con el corazón en la mano", mostrándonos su rica experiencia de vida sacerdotal.

Cada Carta es un tesoro por el tema en torno a la Eucaristía y al Sacerdocio; pero todas ellas -en su conjunto- serán para nosotros, **sacerdotes**, motivo sólido de lectura espiritual, meditación y valiosos temas para nuestros retiros decanales o diocesanos.

Sumario

Jueves Santo de:

1979	... Pág. 1
19807
198116
198217
198320
198422
198524
198627
198732
198835
198939
199042
199144
199246
199347
199448
199551
199655
199759
199861
199965
200067
200171
200274
200378
200479
200581

VARIOS:

Onomásticos y Defunciones de Mayo 83
Aniversarios de Ordenación de Mayo 84
Agenda de Mayo Contraportada

En relación a la "formación permanente" serán de gran provecho, tanto como preparación al sacerdocio, durante los años de seminario, como -al paso de los años- para reavivar la vocación sacerdotal, con una respuesta siempre actual.

Para la "Pastoral vocacional", que debe tener una connotación diocesana, suscitarán nuevas vocaciones. La palabra y, sobre todo, el ejemplo de este extraordinario testigo de Cristo Sacerdote, harán brotar incontables vocaciones entre los jóvenes generosos, que buscan entregar su vida al Señor de manera gozosa y llena de fruto, al "estilo Juan Pablo II".

Los demás agentes de pastoral -especialmente los **padres de familia**- conocerán en profundidad el sacerdocio ministerial y sabrán conducir mejor a sus hijos para que escuchen la llamada, si Cristo los elige. ¡Qué dicha, haber participado activamente en esa elección!

El Papa ha abierto -de principio a fin de su ministerio Petrino- su corazón a los sacerdote: "Pienso incesantemente en vosotros -nos dijo desde su primera Carta en 1979- rezo por vosotros, y con vosotros busco los caminos de la unión espiritual, porque sois hermanos míos en virtud del Sacramento del Orden..., nos encontramos en el centro mismo del misterio de Jesucristo, del que todos participamos".

¡Gracias Juan Pablo II, por tu palabra y tu testimonio!

¡Gracias por la visita que hiciste a esta diócesis de San Juan de los Lagos en 1990!

Que nuestra gratitud se muestre en la docilidad a tu Magisterio y en vivir a tu estilo.

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34.

Apartado Postal 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@redial.com.mx

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

JUEVES SANTO DE 1979

Queridos hermanos sacerdotes:

1. PARA VOSOTROS SOY OBISPO, CON VOSOTROS SOY SACERDOTE

Al comienzo de mi nuevo ministerio, siento profundamente la necesidad de dirigirme a vosotros, a todos vosotros sin excepción, sacerdotes diocesanos y religiosos, que sois mis hermanos en virtud del sacramento del Orden. Deseo, desde el principio expresar mi fe en la vocación que os une a vuestros Obispos, en una comunión peculiar de sacramento y de ministerio, mediante el cual se edifica la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. A todos vosotros, pues, que en virtud de una gracia especial y por una entrega singular a Nuestro Salvador, soportáis el peso del día y el calor, entre las múltiples ocupaciones del servicio sacerdotal y pastoral, se dirige mi pensamiento y mi corazón desde el momento en que Cristo me ha llamado a esta Cátedra, sobre la que en otro tiempo San Pedro respondió a fondo, con su vida y su muerte, a la pregunta: «¿Me amas? ¿me amas más que éstos...?».

Pienso incesantemente en vosotros, rezo por vosotros y con vosotros busco los caminos de la unión espiritual y de la colaboración, porque sois hermanos míos en virtud del Orden, que hace tiempo yo recibí también de manos de mi Obispo (el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adán Esteban Sapięha, de inolvidable recuerdo). Adaptando, pues, las palabras de San Agustín, quiero decir hoy: «Para vosotros soy Obispo, con vosotros soy Sacerdote». Hoy, en efecto, hay un motivo especial que me impulsa a confiaros algunos pensamientos que recojo en esta Carta: la inminencia del Jueves Santo. Es esta la fiesta anual de nuestro sacerdocio, que reúne a todo el Presbiterio de cada Diócesis alrededor de su Obispo en la celebración en común de la Eucaristía. Es en este día cuando todos los Sacerdotes son invitados a renovar ante el propio Obispo y junto con él, las promesas hechas en el momento de la Ordenación sacerdotal; y esto me permite, junto con todos mis Hermanos en el Episcopado, encontrarme con vosotros asociados en una unidad peculiar y, sobre todo, encontrarme en el centro mismo del misterio de Jesucristo, del que todos participamos.

El Concilio Vaticano II, que de manera tan explícita ha puesto de relieve la colegialidad del Episcopado en la Iglesia, ha dado también una nueva forma a la vida de las comunidades sacerdotales, unidas entre sí por un vínculo especial de hermandad y unidad con el Obispo de cada Iglesia particular. Toda la vida y el ministerio sacerdotal sirven para profundizar y reforzar esta vinculación; en cambio por las distintas funciones concernientes a esta vida y ministerio, asumen, entre otras cosas, una especial responsabilidad los Consejos Presbiteriales que, en conformidad con el

pensamiento del Concilio y del Motu propio *Ecclesiae Sanctae* de Pablo VI, deben actuar en cada diócesis. Todo esto mira a que cada Obispo, en unión de su Presbiterio, pueda servir de la manera más eficaz a la gran causa de la evangelización. Mediante este servicio, la Iglesia realiza su misión, es más, su propia naturaleza. La importancia que tiene aquí la unidad de los Sacerdotes con el propio Obispo está confirmada por las palabras de San Ignacio de Antioquía: «Os exhorto ahora a que realicéis todas las cosas en la concordia de Dios; bajo la presidencia del obispo, que ocupa el lugar de Dios; de los Presbíteros, que representan el Senado de los Apóstoles, y de los diáconos, a quienes venero con especial predilección y que tiene encomendado el servicio de Jesucristo...».

2. NOS UNE EL AMOR DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

No es mi intención exponer en esta carta todo lo que consti-

tuye la riqueza de la vida y del ministerio sacerdotal. Me remito, a este propósito, a toda la tradición del Magisterio de la Iglesia y de modo particular, a la doctrina del Concilio Vaticano II, contenida en sus distintos Documentos, sobre todo en la Constitución *Lumen Gentium* y en los Decretos *Presbiterorum Ordinis* y *Ad gentes*. Me remito también a la Encíclica de mi Predecesor Pablo VI *Sacerdotalis Coelibatus*. En fin, quiero dar gran importancia al Documento *De Sacerdotio Ministeriali*, que el mismo Pablo VI aprobó como fruto de los trabajos del Sínodo de los Obispos de 1971, ya que encuentro en él, aunque aquella Sesión que lo

había elaborado tuviera carácter consultivo una declaración de importancia esencial por lo que se refiere al aspecto específico de la vida y del ministerio sacerdotal en el mundo contemporáneo.

Haciendo pues referencia a todas estas fuentes, conocidas por vosotros, deseo con la presente Carta señalar solamente algunos puntos que me parecen de capital importancia en este momento de la historia de la Iglesia y del mundo. Son palabras éstas, inspiradas por el amor a la Iglesia, la cual estará en condiciones de cumplir su misión respecto al mundo, solamente si –a pesar de toda la debilidad humana– mantiene la fidelidad a Cristo. Sé que me dirijo a aquéllos a quienes solo el amor de Cristo concedió con vocación específica entregarse al servicio de la Iglesia y, en la Iglesia, al servicio del hombre para la solución de los problemas más importantes, ante todo lo que mira a su salvación eterna.

Aunque al principio de estas consideraciones hago referencia a muchas fuentes escritas y a documentos oficiales, sin embargo me inspiro en la fuente viva que es nuestro amor común a Cristo y a su Iglesia, amor que nace de la vocación sacerdotal, amor que es el don más grande del Espíritu Santo.



3. «TOMADO DE ENTRE LOS HOMBRES... INSTITUIDO EN FAVOR DE LOS HOMBRES»

El Concilio Vaticano II ha profundizado la concepción del sacerdocio, presentándolo en el conjunto de su Magisterio, expresión de las fuerzas interiores, de ese «dinamismo por medio del cual se configura la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia. Conviene hacer referencia aquí, sobre todo a la Constitución *Lumen Gentium*, repasando atentamente los párrafos correspondientes. La misión del Pueblo de Dios se realiza mediante la participación en la función y en la misión del mismo Jesucristo, que como es sabido tiene una triple dimensión: es misión y función de Profeta, de Sacerdote y de Rey. Analizando con atención los textos conciliares, está claro que conviene hablar más bien de una triple dimensión del servicio y de la misión de Cristo que de tres funciones distintas. De hecho, están íntimamente relacionadas entre sí, se despliegan recíprocamente, se condicionan también recíprocamente y recíprocamente se iluminan. Por consiguiente es de esta triple unidad de donde fluye nuestra participación en la misión y en la función de Cristo. Como cristianos, miembros del Pueblo de Dios y, sucesivamente, como sacerdotes, partícipes del orden jerárquico, nuestro origen está en el conjunto de la misión y de la función de Nuestro Maestro que es Profeta, Sacerdote y Rey, para dar un testimonio particular en la Iglesia y ante el mundo.

El sacerdocio del que participamos por medio del sacramento del Orden, que ha sido «impreso» para siempre en nuestras almas mediante un signo especial de Dios, es decir, el «carácter», está relacionado explícitamente con el sacerdocio común de los fieles, esto es, de todos los bautizados y, al mismo tiempo se diferencia de éste, «esencialmente y no sólo en grado». De este modo cobran pleno significado las palabras del autor de la Carta a los Hebreos, sobre el sacerdote, «tomado de entre los hombres, es instituido en favor de los hombres».

A este respecto, es mejor leer una vez más todo este clásico texto conciliar, que expone las verdades fundamentales sobre el tema de nuestra vocación en la Iglesia:

«Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres, hizo de su nuevo pueblo... un reino y sacerdotes para Dios su Padre. Los Bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios Espirituales y anuncien el poder de Aquél que los llamó de las tinieblas a su admirable luz. Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios, ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios, y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos».

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial y eclesial, aunque diferentes esencialmente no sólo en grado, se ordenan, sin embargo el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio Ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal, realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante...

4. EL SACERDOTE, DON DE CRISTO PARA LA COMUNIDAD

Debemos considerar a fondo no solo el significado teórico,

sino incluso el existencial de la mutua «relación», que existe entre el sacerdocio jerárquico y sacerdocio común de los fieles. Si entre ellos hay diferencia no sólo de grado sino también de esencia, ello es fruto de una riqueza particular del mismo sacerdocio de Cristo, que es el único centro y la única fuente tanto de la participación que es propia de todos los bautizados como de esa otra participación a la que se llega por medio de un sacramento distinto, precisamente el sacramento del Orden. Este sacramento, queridos Hermanos, específico para nosotros, fruto de la gracia peculiar de la vocación y base de nuestra identidad, en virtud de su misma naturaleza y de todo lo que Él produce en nuestra vida y actividad, ayuda a los fieles a ser conscientes de su sacerdocio común y a actualizarlo: les recuerda que son Pueblo de Dios y los capacita para «ofrecer sacrificios Espirituales», mediante los cuales Cristo mismo hace de nosotros don eterno al Padre. Esto sucede, ante todo, cuando el sacerdote «por la potestad sagrada de que goza... realiza el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo (in persona Christi) y lo ofrece en nombre de todo el pueblo», como leemos en el citado texto conciliar.

Nuestro sacerdocio sacramental, pues, es sacerdocio «Jerárquico» y al mismo tiempo «ministerial». Constituye un *ministerium* particular, es decir, es «servicio» respecto a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, no tiene su origen en esta comunidad como si fuera ella la que «llama» o «delega». Este es en efecto, don para la comunidad y procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio. Tal plenitud encuentra su expresión en el hecho de que Cristo haciéndonos a todos idóneos para ofrecer el sacrificio Espiritual, llama a algunos y los capacita para ser ministros de su mismo sacrificio sacramental, la Eucaristía, a cuya oblación concurren todos los fieles y en la que se insertan los sacrificios Espirituales del Pueblo de Dios.

Conscientes de esta realidad comprendemos de qué modo nuestro sacerdocio es «jerárquico», es decir, relacionado con la potestad de formar y dirigir el pueblo sacerdotal y precisamente por esto, «ministerial». Realizamos esta función mediante la cual Cristo mismo «sirve» incesantemente al Padre en la obra de nuestra salvación. Toda nuestra existencia está y debe estar impregnada profundamente por este servicio, si queremos realizar de manera real y adecuada el Sacrificio eucarístico *in persona Christi*.

El sacerdocio requiere una peculiar Integridad de vida y de servicio, y precisamente esta integridad conviene profundamente a nuestra identidad sacerdotal. En ella se expresa al mismo tiempo, la grandeza de nuestra dignidad y la «disponibilidad» adecuada a la misma: se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos.

Ya que el sacerdocio nos es dado para servir incesantemente a los demás, como hacía Jesucristo, no se puede renunciar al mismo a causa de dificultades que encontramos y de los sacrificios que se nos exigen. Igual que los Apóstoles, «nosotros lo hemos dejado todo y hemos seguido a Cristo»; debemos, por eso, perseverar junto a él en el momento de la cruz.

5. AL SERVICIO DEL BUEN PASTOR

Mientras escribo, tengo ante mis ojos, en lo hondo de mi alma, los más amplios sectores de la vida humana, a la que, queridos Hermanos, sois enviados como obreros de la viña del Señor. Sirve también para vosotros la comparación del rebaño», dado que

gracias al carácter sacerdotal, participáis del carisma pastoral, lo cual es señal de una peculiar relación de semejanza a Cristo, Buen Pastor. Vosotros precisamente estáis revestidos de esta condición de una manera muy especial. Aunque la solicitud por la salvación de los demás sea y deba ser también tarea de cada miembro de la gran comunidad del Pueblo de Dios, o sea de todos nuestros hermanos y hermanas seglares como ha declarado tan ampliamente el Concilio Vaticano II, sin embargo se espera de vosotros, Sacerdotes, una solicitud y un empeño mayor diverso que el del seglar; y esto porque vuestra participación en el sacerdocio de Jesucristo difiere de la suya «esencialmente, y no solo en grado».

De hecho, el sacerdocio de Jesucristo es la primera fuente y la expresión de una diligencia incesante y siempre eficaz para nuestra salvación que nos permite mirar particularmente a El como al Buen Pastor. Las palabras «El Buen Pastor da su vida por las ovejas», ¿No se refieren tal vez al Sacrificio de la Cruz, al acto definitivo del Sacerdocio de Cristo? ¿No nos indican tal vez a todos nosotros, a quienes Cristo Señor mediante el sacramento del Orden ha hecho participantes de su Sacerdocio, el camino que también nosotros debemos recorrer?. ¿Estas palabras no nos dicen tal vez que nuestra vocación es una singular solicitud por la salvación de nuestro prójimo? ¿Que esta solicitud es una particular razón de ser» de nuestra vida sacerdotal? ¿Que precisamente ella le da sentido, y que sólo a través de ella podemos encontrar pleno sentido de nuestra propia vida, de nuestra perfección y de nuestra santidad? Este tema lo trata, en diversos capítulos, el Decreto Conciliar *Optatam Totius*.

Este problema, sin embargo, se hace más comprensible a la luz de las palabras de nuestro mismo Maestro, que dice: Quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda la vida por mí y el Evangelio, ése la salvará». Son, éstas, palabras misteriosas, y parecen una paradoja. Pero dejan de ser misteriosas, si intentamos ponerlas en práctica. Entonces, la paradoja desaparece y se manifiesta plenamente la profunda sencillez de su significado. Que a todos nosotros se nos conceda esta gracia en nuestra vida sacerdotal y en nuestro servicio lleno de celo.

6. «ARTE DE LAS ARTES ES LA GUIA DE LAS ALMAS»

La solicitud particular por la salvación de los demás, por la verdad, por el amor y la santidad de todo el Pueblo de Dios, por la unidad espiritual de la Iglesia, que nos ha sido encomendada por Cristo junto con la potestad sacerdotal, se realiza de varias maneras. Ciertamente son diversos los caminos a lo largo de los cuales, queridos Hermanos, desarrolláis vuestra vocación sacerdotal. Unos en la pastoral común parroquial; otros en tierras de misión; otros en el campo de las actividades relacionadas con la enseñanza, la instrucción y la educación de la juventud, trabajando en ambientes y organizaciones diversas, y acompañando al desarrollo de la vida social y cultural: finalmente, otros junto a los que sufren, a los enfermos, a los abandonados; a veces, vosotros mismos clavados en el lecho del dolor. Son varios estos caminos, y resulta casi imposible citar separadamente cada uno de ellos. Necesariamente estos son numerosos y diferentes, ya que la estructura de la vida humana, de los procesos sociales, de las tradiciones históricas y del patrimonio de las distintas culturas y civilizaciones son diversos. No obstante, en medio de estas diferencias, sois siempre y en todo lugar portadores de vuestra específica vocación: sois portadores de la gracia de Cristo, Eterno Sacerdote, y del carisma del Buen Pastor. No lo olvidéis jamás; no renunciéis nunca a esto; debéis actuar conforme a ello en todo tiempo, lugar y modo. En esto consiste el arte máxima a la que

Jesucristo os ha llamado. «Arte de las artes es la guía de las almas», escribía S. Gregorio Magno.

Os digo, por tanto, siguiendo sus palabras: esforzarse por ser los «maestros» de la pastoral. Ha habido ya muchos en la historia de la Iglesia. ¿Es necesario citarlos?. Nos siguen hablando a cada uno de nosotros, por ejemplo, San Vicente de Paúl, San Juan de Ávila, el Santo Cura de Ars, San Juan Bosco, el Beato Maximiliano Kolbe, y tantos otros. Cada uno de ellos era distinto de los otros, era él mismo, era hijo de su época y estaba al día con respecto a su tiempo. Pero el «estar al día» de cada uno era una respuesta original al Evangelio, una respuesta particularmente necesaria para aquellos tiempos, era la respuesta de la santidad y del celo. No existe otra regla fuera de ésta para «estar al día» en nuestro tiempo y en la actualidad del mundo. Indudablemente, no pueden considerarse un adecuado «estar al día» los diversos ensayos y proyectos de «laicización» de la vida sacerdotal.

7. DISPENSADOR Y TESTIGO

La vida sacerdotal está construida sobre la base del sacramento del Orden, que imprime en nuestra alma el signo de un carácter indeleble. Este signo, marcado en lo más profundo de nuestro ser humano, tiene su dinámica «personal». La personalidad sacerdotal debe ser para los demás un claro y límpido signo a la vez que una indicación. Es ésta la primera condición de nuestro servicio pastoral. Los hombres, de entre los cuales hemos sido elegidos y para los cuales somos constituidos, quieren sobre todo ver en nosotros tal signo e indicación, y tienen derecho a ello. Podrá parecerles tal vez que no lo quieren, o que deseen que seamos en todo «como ellos»; a veces parece incluso que nos lo exigen. Es aquí necesario poseer un profundo sentido de fe y el don del discernimiento. De hecho, es muy fácil dejarse guiar por las apariencias y ser víctima de una ilusión en lo fundamental. Los que piden la laicización de la vida sacerdotal y aplauden sus diversas manifestaciones, nos abandonarán sin duda cuando sucumbamos a la tentación. Entonces dejaremos de ser necesarios y populares. Nuestra época está caracterizada por varias formas de «manipulación» del hombre, pero no podemos ceder a ninguna de ellas. En definitiva, resultará siempre necesario a los hombres únicamente el sacerdote que es consciente del sentido pleno de su sacerdocio: el sacerdote que cree profundamente, que manifiesta con valentía su fe, que reza con fervor, que enseña con íntima convicción, que sirve, que pone en práctica en su vida el programa de las Bienaventuranzas, que sabe amar desinteresadamente, que está cerca de todos y especialmente de los más necesitados.

Nuestra actividad pastoral exige que estemos cerca de los hombres y de sus problemas, tanto personales y familiares como sociales, pero exige también que estemos cerca de estos problemas «como sacerdotes». Sólo entonces, en el ámbito de todos esos problemas, somos nosotros mismos. Si, por lo tanto, servimos verdaderamente a estos problemas humanos, a veces muy difíciles, entonces conservamos nuestra identidad y somos de veras fieles a nuestra vocación. Debemos buscar con gran perspicacia, junto con todos los hombres, la verdad y la justicia, cuya dimensión verdadera y definitiva sólo la podemos encontrar en el Evangelio, más aun, en Cristo mismo. Nuestra tarea es la de servir a la verdad y a la justicia en las dimensiones de la «temporalidad» humana, pero siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna. Esta tiene en cuenta las conquistas temporales del espíritu humano en el ámbito del conocimiento y de la moral, como ha recordado admirablemente el Concilio Vaticano II, pero no se identifica con ellas y, en realidad las supera: «Ni el ojo vio,

ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman». Los hombres, nuestros hermanos en la fe y también los no creyentes, esperan de nosotros que seamos capaces de señalarles esta perspectiva, que seamos testimonios auténticos de ella, que seamos dispensadores de la gracia que seamos servidores de la Palabra de Dios. Esperan que seamos hombres de oración.

Entre nosotros están también los que han unido su vocación sacerdotal con una intensa vida de oración y de penitencia, en la forma estrictamente contemplativa de las respectivas Ordenes religiosas. Recuerden ellos que su ministerio sacerdotal, aun bajo esta forma, está «ordenado» de manera particular a la gran solicitud del Buen Pastor, que es la solicitud por la salvación de todo hombre. Todos debemos recordar esto: que a ninguno de nosotros es lícito merecer el nombre de «mercenario» o sea uno «al que las ovejas no le pertenecen» uno «que ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebata y dispersa las ovejas, porque es asalariado y no le da cuidado de las ovejas». La solicitud de todo Buen Pastor es que los hombres «tengan vida, y la tengan abundante», para que ninguno se pierda, sino tenga la vida eterna. Esforcémonos para que esta solicitud penetre profundamente en nuestras almas: tratemos de vivirla. Sea ella la que caracterice nuestra personalidad, y esté en la base de nuestra identidad sacerdotal.

8. SIGNIFICADO DEL CELIBATO

Permitid que me refiera aquí al problema del celibato sacerdotal. Lo trataré sintéticamente, porque ha sido expuesto ya de manera profunda y completa durante el Concilio, luego en la Encíclica Sacerdotalis Caelibatus y después en la sesión ordinaria del Sínodo de los Obispos del año 1971. Tal reflexión se ha demostrado necesaria tanto para presentar el problema de modo aún más maduro, como para motivar todavía más profundamente el sentido de la decisión que la Iglesia Latina ha asumido desde hace siglos y a la que ha tratado de permanecer fiel, queriendo también en el futuro mantener esta fidelidad. La importancia del problema en cuestión es tan grave y su unión con el lenguaje del mismo Evangelio tan íntima, que no podemos en este caso pensar con categorías diversas de las que se han servido el Concilio, el Sínodo de los Obispos y el mismo gran Papa Pablo VI. Podemos solo intentar comprender ese problema más profundamente y responder de manera más madura, liberándonos de las varias objeciones que siempre -como sucede hoy también- se han levantado contra el celibato sacerdotal, como de las diversas interpretaciones que se refieren a criterios extraños al Evangelio, a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia; criterios, añadamos, cuya exactitud y base «antropológica» se revelan muy dudosos y de valor relativo.

No debemos, por lo demás, maravillarnos demasiado de estas objeciones y críticas que en el período postconciliar se han intensificado, aunque da la impresión de que actualmente, en algunas partes, van atenuándose. Jesucristo, después de haber presentado a los discípulos la cuestión de la renuncia al matrimonio «por el Reino de los Cielos» ¿no ha añadido tal vez aquellas palabras significativas: «el que pueda entender, que entienda?» La Iglesia Latina ha querido y sigue queriendo, refiriéndose al ejemplo del mismo Cristo Señor, a la enseñanza de los Apóstoles y a toda la tradición auténtica, que abracen esta renuncia «por el Reino de los Cielos» todos los que reciben el sacramento del Orden. Esta tradición, sin embargo, está unida al respeto por las diferentes tradiciones de las otras Iglesias. De hecho, ella constituye una característica, una peculiaridad y una herencia de la

Iglesia Latina, a la que ésta debe mucho y en la que está decidida a perseverar, a pesar de las dificultades, a las que una tal fidelidad podría estar expuesta, a pesar también de los síntomas diversos de debilidad y crisis de determinados sacerdotes. Todos somos conscientes de que «llevamos este tesoro en vasos de barro», no obstante, sabemos muy bien que es precisamente un «tesoro».

¿Por qué un tesoro? ¿Queremos tal vez disminuir el valor del matrimonio y la vocación a la vida familiar? ¿O bien sucumbimos al desprecio maniqueo por el cuerpo humano y por sus funciones? ¿Queremos tal vez desprestigiar de algún modo el amor que lleva al hombre y a la mujer a la unión conyugal del cuerpo, para formar así «una carne sola»? ¿Cómo podremos pensar y razonar de tal manera, si sabemos, creemos y proclamamos, siguiendo a San Pablo, que el matrimonio es un «misterio grande», refiriéndose a Cristo y a la Iglesia?. Ninguno, sin embargo, de los motivos con los que a veces se intenta «convencernos» acerca de la inoportunidad del celibato corresponde a la verdad que la Iglesia proclama y que trata de realizar en la vida a través de un empeño concreto, al que se obligan los Sacerdotes antes de la Ordenación sagrada. Al contrario, el motivo esencial, propio y adecuado está contenido en la verdad que Cristo declaró, hablando de la renuncia al matrimonio por el reino de los Cielos, y que San Pablo proclamaba, escribiendo que cada uno en la Iglesia tiene su propio don. El celibato es precisamente un «don del Espíritu». Un don semejante, aunque diverso, se contiene en la vocación al amor conyugal verdadero y fiel, orientado a la procreación según la carne, en el contexto tan amplio del sacramento del Matrimonio. Es sabido que este don es fundamental para construir la gran comunidad de la Iglesia, Pueblo de Dios. Pero si esta comunidad quiere responder plenamente a su vocación en Jesucristo, será necesario que se realice también en ella, en proporción adecuada, ese otro «don», el don del celibato «por el Reino de los Cielos».

¿Por qué motivo la Iglesia Católica Latina une este don no sólo a la vida de las personas que aceptan el estricto programa de los consejos evangélicos en los institutos religiosos, sino además a la vocación al sacerdocio conjuntamente jerárquico y ministerial?. Lo hace porque el celibato «por el Reino» no es sólo un «signo escatológico» sino porque tiene un gran sentido social en la vida actual para el servicio del Pueblo de Dios. El sacerdote, con su celibato, llega a ser «el hombre para los demás», de forma distinta a como lo es uno que, uniéndose conyugalmente con la mujer, llega a ser también él, como esposo y padre, «hombre para los demás» especialmente en el área de su familia: para su esposa, y junto con ella, para los hijos, a los que da la vida. El Sacerdote, renunciando a esta paternidad que es propia de los esposos, busca otra paternidad y casi otra maternidad, recordando las palabras del Apóstol sobre los hijos, que él engendra en el dolor. Ellos son hijos de su espíritu, hombres encomendados por el Buen Pastor a su solicitud. Estos hombres son muchos, más numerosos de cuantos pueden abrazar una simple familia humana. La vocación pastoral de los sacerdotes es grande y el Concilio enseña que es universal: está dirigida a toda la Iglesia y, en consecuencia, es también misionera.

Normalmente, ella está unida al servicio de una determinada comunidad del Pueblo de Dios, en la que cada uno espera atención, cuidado y amor. El corazón del Sacerdote, para estar disponible a este servicio, a esta solicitud y amor, debe estar libre. El celibato es signo de una libertad que es para el servicio. En virtud de este signo, el sacerdocio jerárquico, o sea «ministerial», está -según la tradición de nuestra Iglesia- más estrechamente ordenado al sacerdocio común de los fieles.

9. PRUEBA Y RESPONSABILIDAD

Fruto de un equívoco, por no decir de mala fe, es la opinión a menudo difundida, según la cual el celibato sacerdotal en la Iglesia Católica sería simplemente una institución impuesta por la ley a todos los que reciben el sacramento del Orden. Todos sabemos que no es así. Todo cristiano que recibe el sacramento del Orden acepta el celibato con plena conciencia y libertad, después de una preparación de años, de profunda reflexión y de asidua oración. El toma la decisión de vivir por vida el celibato, solo después de haberse convencido de que Cristo le concede este don para el bien de la Iglesia y para el servicio a los demás. Solo entonces se compromete a observarlo durante toda la vida. Es natural que tal decisión obliga no solo en virtud de la «Ley», establecida por la Iglesia, sino también en función de la responsabilidad personal. Se trata aquí de mantener la palabra dada a Cristo y la Iglesia. La fidelidad a la palabra es, conjuntamente, deber y comprobación de la madurez interior del Sacerdote y expresión de su dignidad personal. Esto se manifiesta con toda claridad, cuando el mantenimiento de la palabra dada a Cristo, a través de un responsable y libre compromiso celibal para toda la vida, encuentra dificultades, es puesto a prueba, o bien está expuesto a la tentación, cosas todas ellas a las que no escapa el sacerdote, como cualquier otro hombre y cristiano. En tal circunstancia, cada uno debe buscar ayuda en la oración más fervorosa. Debe, mediante la oración encontrar en sí mismo aquella actitud de humildad y de sinceridad respecto a Dios y a la propia conciencia, que es precisamente la fuente de la fuerza para sostener lo que vacila. Es entonces cuando nace una confianza similar a la que San Pablo ha expresado con estas palabras: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Estas verdades son confirmadas por la experiencia de numerosos sacerdotes y probadas por la realidad de la vida. La aceptación de las mismas constituye la base de la fidelidad a la palabra dada a Cristo y a la Iglesia, que es al mismo tiempo la comprobación de la auténtica fidelidad a sí mismo, a la propia conciencia, a la propia humanidad y dignidad. Es necesario pensar en todo esto, especialmente en los momentos de crisis y no recurrir a la dispensa, entendida como «intervención administrativa» como si en realidad no se tratara, por el contrario, de una profunda cuestión de conciencia y de una prueba de humanidad. Dios tiene derecho a tal prueba con respecto a cada uno de nosotros, dado que la vida terrenal es un período de prueba para todo hombre. Pero Dios quiere igualmente que salgamos victoriosos de tales pruebas, y nos da la ayuda necesaria.

Tal vez, no sin razón, es preciso añadir aquí que el compromiso de la fidelidad conyugal, que deriva del sacramento del Matrimonio, crea en ese terreno obligaciones análogas, y que tal vez llega a ser un campo de pruebas similares y de experiencias para los esposos, hombres y mujeres, los cuales precisamente en estas «pruebas de fuego» tienen posibilidad de comprobar el valor de su amor. En efecto, el amor en toda su dimensión no es solo llamada, sino también deber. Añadamos finalmente que nuestros hermanos y hermanas, unidos en el matrimonio, tienen derecho a esperar de nosotros, Sacerdotes y pastores, el buen ejemplo y el testimonio de la fidelidad a la vocación hasta la muerte, fidelidad a la vocación que nosotros elegimos mediante el sacramento del Orden, como ellos la eligen a través del sacramento del Matrimonio. También en este ámbito y en este sentido debemos entender nuestro sacerdocio ministerial como «subordinación» al sacerdocio común de todos los fieles, de los seglares, especialmente de los que viven en el matrimonio y forman una familia. De este modo, nosotros servimos «a la edificación del Cuerpo de Cristo»; en caso contrario, más que

cooperar a su edificación, debilitamos su unión Espiritual. A esta edificación del cuerpo de Cristo está íntimamente unido el desarrollo auténtico de la personalidad humana de todo cristiano como también de cada sacerdote que se realiza según la medida del don de Cristo. La desorganización de la estructura Espiritual de la Iglesia no favorece ciertamente al desarrollo de la personalidad humana y no constituye su justa verificación.

10. ES NECESARIO CONVERTIRSE CADA DIA

«¿Qué hemos de hacer?»: así parece que preguntáis vosotros, queridos Hermanos, como tantas veces preguntaban al mismo Cristo Señor los discípulos y los que le escuchaban. ¿Qué debe hacer la Iglesia, cuando parece que faltan sacerdotes, cuando su falta se hace notar especialmente en algunos países y regiones del mundo?. ¿En qué manera debemos responder a las inmensas necesidades de evangelización y cómo podemos saciar el hambre de la Palabra y del Cuerpo del Señor?

La Iglesia, que se empeña en mantener el celibato de los Sacerdotes como don particular por el reino de Dios, profesa la fe y expresa la esperanza en su Maestro, Redentor y Esposo, y a la vez en el que es «dueño de la mies» y «dador del don». En efecto, «todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces». Nosotros no podemos debilitar esta fe y esta confianza con nuestra duda humana o con nuestra pusilanimidad.

En consecuencia, todos debemos convertirnos cada día. Sabemos que ésta es una exigencia fundamental del Evangelio, dirigida a todos los hombres, y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros. Si tenemos el deber de ayudar a los demás a convertirse, lo mismo debemos hacer continuamente en nuestra vida. Convertirse significa retornar a la gracia misma de nuestra vocación, meditar la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que se ha dirigido a cada uno de nosotros, y llamándonos por nuestro nombre, ha dicho: «Sígueme». Convertirse quiere decir dar cuenta en todo momento de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad, ante el Señor de nuestros corazones, para que seamos «ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios». Convertirse significa dar cuenta también de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de pensar únicamente «de modo humano» y no «divino». Recordemos, a este propósito la advertencia hecha por Cristo al mismo Pedro. Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el Sacramento de la reconciliación y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas Espirituales y dar alegremente, porque «Dios ama al que da con alegría». Convertirse quiere decir «orar en todo tiempo y no desfallecer».

La oración es, en cierta manera; la primera y última condición de la conversión, del progreso Espiritual y de la santidad. Tal vez en los últimos años por lo menos en determinados ambientes se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la «identidad» del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y, por el contrario, se haorado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez da la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en el estado de constan-

te tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los demás a El. La oración nos ayuda a creer, a esperar y amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana.

La oración nos concierne, además, nos permite descubrir continuamente las dimensiones de aquel Reino, por cuya venida rezamos cada día, repitiendo las palabras que Cristo nos ha enseñado. En este caso advertimos cuál es nuestro lugar en la realización de esta petición: «Venga tu Reino», y vemos cómo somos necesarios para que ella se realice. Y tal vez, cuando rezamos, percibiremos con más facilidad aquellos «campos que ya están blanquecinos para la siega», y comprenderemos el significado que tienen las palabras que Cristo pronunció a la vista de los mismos: «Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies». La oración debemos unir a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la formación permanente. Como recuerda justamente el Documento emanado acerca de este tema por la Sagrada Congregación para el Clero, tal formación debe ser tanto interior, o sea que mire a la vida Espiritual del sacerdote, como pastoral e intelectual (filosófica y teológica). Por consiguiente, si nuestra actividad pastoral, el anuncio de la Palabra y el conjunto del ministerio sacerdotal dependen de la intensidad de nuestra vida interior, ella debe igualmente encontrar su apoyo en el estudio continuo. No podemos conformarnos con lo que hemos aprendido un día en el seminario, aun cuando se haya tratado de estudios a nivel universitario, hacia los cuales orienta decididamente la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Este proceso de formación intelectual debe continuar durante toda la vida, especialmente en el tiempo actual, caracterizado por lo menos en muchas zonas del mundo por un desarrollo general de la instrucción y de la cultura. A la vista de los hombres, que gozan del beneficio de este desarrollo, nosotros debemos ser testimonios de Jesucristo, altamente cualificados. Como maestros de la verdad y de la moral, tenemos que dar cuenta a ellos, de modo convincente y eficaz, de la esperanza que nos vivifica». Y esto forma parte también del proceso de conversión diaria al amor, a través de la verdad.

¡Queridos Hermanos!. ¡Vosotros que «soportáis el peso del día y el calor» que habéis puesto la mano sobre el arado y no miráis atrás, y tal vez todavía más, vosotros que dudáis del sentido de vuestra vocación o del valor de vuestro servicio. Pensad en los lugares donde esperan con ansia al sacerdote, y donde desde hace años, sintiendo su ausencia, no cesan de desear su presencia. Y sucede alguna vez que se reúnen en un Santuario abandonado y ponen sobre el altar la estola aún conservada y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y he aquí que en el momento que corresponde a la transubstanciación descendiendo en medio de ellos un profundo silencio, alguna vez interrumpido por el sollozo... ¡Con tanto ardor desean escuchar las palabras, que solo los labios de un sacerdote pueden pronunciar eficazmente! ¡Tan vivamente desean la comunión eucarística, de la que únicamente en virtud del ministerio sacerdotal pueden participar, como esperan también ansiosamente oír las palabras divinas del perdón: yo te absuelvo de tus pecados. ¡Tan profundamente sienten la ausencia de un Sacerdote en medio de ellos. Estos lugares no faltan en el mundo. ¡Si, en consecuencia, alguno entre vosotros duda del sentido de un sacerdocio, si piensa que ello es «socialmente» infructuoso o inútil, medite en esto!

Es necesario convertirse a diario, descubrir cada día de nuevo el don obtenido de Cristo mismo en el sacramento del Orden, profundizando en la importancia de la misión salvadora de la Iglesia y reflexionando sobre el gran significado de nuestra vocación a la luz de esta misión

11. MADRE DE LOS SACERDOTES

Queridos Hermanos, al comienzo de mi ministerio os encomiendo a todos a la Madre de Cristo, que de modo particular es nuestra Madre: la Madre de los Sacerdotes. De hecho, al discípulo predilecto, que siendo uno de los Doce había escuchado en el Cenáculo las palabras: «Haced esto en memoria mía». Cristo, desde lo alto de la Cruz, lo señaló a su Madre, diciéndole: «He ahí a tu hijo». El hombre, que el Jueves Santo recibió el poder de celebrar la Eucaristía, con estas palabras del Redentor agonizante fue dado a su Madre como «hijo». Todos nosotros, por consiguiente, que recibimos el mismo poder mediante la Ordenación sacerdotal, en cierto sentido somos los primeros en tener el derecho a ver en ella a nuestra Madre. Deseo, por consiguiente, que todos vosotros, junto conmigo, encontréis en María la Madre del sacerdocio, que hemos recibido de Cristo. Deseo, además, que confiéis particularmente a Ella vuestro sacerdocio. Permitid que yo mismo lo haga, poniendo en manos de la Madre de Cristo a cada uno de vosotros sin excepción alguna de modo solemne y, al mismo tiempo, sencillo y humilde. Os ruego también, amados Hermanos, que cada uno de vosotros lo realice personalmente, como se lo dicte su corazón, sobre todo el propio amor a Cristo Sacerdote, y también la propia debilidad, que camina a la par con el deseo del servicio y de la santidad. Os lo ruego encarecidamente.

La Iglesia de hoy habla de sí misma sobre todo en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*. También aquí, en el último Capítulo, ella confiesa que mira a María como Madre de Cristo, porque se llama a sí misma madre y desea ser madre, engendrando para Dios los hombres a una vida nueva. Oh, queridos Hermanos. ¡Qué cerca de esta causa de Dios estáis vosotros! ¡Cuán profundamente ella está impresa en vuestra vocación, ministerio y misión! En consecuencia, junto con el Pueblo de Dios, que mira a María con tanto amor y esperanza, vosotros debéis recurrir a Ella con esperanza y amor excepcionales. De hecho, debéis anunciar a Cristo que es su hijo; ¿Y quién mejor que su Madre os transmitirá la verdad acerca de El? Tenéis que alimentar los corazones humanos con Cristo; ¿Y quién puede hacerles más conscientes de lo que realizáis, si no la que lo ha alimentado? «Salve, o verdadero Cuerpo, nacido de la Virgen María». Se da en nuestro sacerdocio ministerial la dimensión espléndida y penetrante de la cercanía a la Madre de Cristo. Tratemos pues de vivir en esta dimensión. Si es lícito recurrir aquí a la propia experiencia, os diré que, escribiéndoles, recurro sobre todo a mi experiencia personal.

Al comunicarles esto, al comienzo de mi servicio a la Iglesia universal, pido continuamente a Dios que os llene a vosotros. Sacerdotes de Jesucristo, de su bendición y gracia y, como prenda y afirmación de tal comunión orante, os bendigo de corazón en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Recibid esta bendición. Recibid las palabras del nuevo Sucesor de Pedro, de aquel Pedro, a quien el Señor ordenó: «Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos». No ceséis de rezar por mí, junto con la Iglesia entera, para que yo responda a aquella exigencia de un primado de amor, que el Señor ha puesto como fundamento de la misión de Pedro, cuando le dijo: «Apacienta mis ovejas». Que así sea.

Vaticano, 8 de abril, domingo de Ramos en la Pasión del Señor del año 1979, primero de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1980

Venerados y queridos hermanos:

1. También este año, os dirijo a vosotros, para el próximo Jueves Santo, una carta que tiene una relación inmediata con la que habéis recibido el año pasado, en la misma ocasión, junto con la Carta para los sacerdotes. Deseo ante todo agradeceros cordialmente que hayáis acogido mis cartas precedentes con aquel espíritu de unidad que el Señor ha establecido entre nosotros y que hayáis transmitido a vuestro Presbiterio los pensamientos que deseaba expresar al principio de mi pontificado.

Durante la Liturgia Eucarística del Jueves Santo, habéis renovado - junto con vuestros sacerdotes- las promesas y compromisos asumidos en el momento de la ordenación. Muchos de vosotros, venerados y queridos Hermanos, me lo habéis comunicado después, añadiendo palabras de agradecimiento personal y mandando a veces las de vuestro propio Presbiterio. Además, muchos sacerdotes han manifestado su alegría, tanto por el carácter profundo y solemne del Jueves Santo, en cuanto «fiesta anual de los sacerdotes», como por la importancia de los problemas tratados en la Carta a ellos dirigida. Tales respuestas forman una rica colección que, una vez más, indican cuán querida es para la gran mayoría del Presbiterio de la Iglesia católica la senda de la vida sacerdotal por la que esta Iglesia camina desde hace siglos, cuán amada y estimada es para los sacerdotes y cómo desean proseguirla en el futuro.

He de añadir aquí que en la Carta a los sacerdotes han hallado eco solamente algunos problemas, como ya se ha señalado claramente al principio de la misma.

Además ha sido puesto principalmente de relieve el carácter pastoral del ministerio sacerdotal, lo cual no significa ciertamente que no hayan sido tenidos también en cuenta aquellos grupos de sacerdotes que no desarrollan una actividad directamente pastoral. A este propósito quiero recordar una vez más el magisterio del Concilio Vaticano II, así como las enunciaciones del Sínodo de los Obispos del 1971.

El carácter pastoral del ministerio sacerdotal no deja de acompañar la vida de cada sacerdote, aunque las tareas cotidianas que desarrolla no estén orientadas explícitamente a la pastoral de los sacramentos. En este sentido, la Carta dirigida a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo iba dirigida a todos sin excepción, aunque, como he insinuado antes, ella no haya tratado todos los problemas de la vida y actividad de los sacerdotes. Creo útil y oportuna tal aclaración al principio de esta Carta.



EL MISTERIO EUCARÍSTICO EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y DEL SACERDOTE

Eucaristía y sacerdocio

2. La Carta presente que dirijo a vosotros, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado, - y que, como he dicho, es en cierto modo una continuación de la precedente- está también en estrecha relación con el misterio del Jueves Santo y asimismo con el sacerdocio. En efecto, quiero dedicarla a la Eucaristía y, más en concreto, a algunos aspectos del misterio eucarístico y de su incidencia en la vida de quien es su ministro. Por ello los directos destinatarios de esta Carta sois vosotros, Obispos de la Iglesia; junto con vosotros, todos los Sacerdotes; y, según su orden, también los Diáconos.

En realidad, el sacerdocio ministerial o jerárquico, el sacerdocio de los Obispos y de los Presbíteros y, junto a ellos, el ministerio de los Diáconos - ministerios que empiezan normalmente con el anuncio del evangelio- están en relación muy estrecha con la Eucaristía. Esta es la principal y central razón de ser del Sacramento del sacerdocio, nacido efectivamente en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez

que ella. No sin razón las palabras «Haced esto en conmemoración mía» son pronunciadas inmediatamente después de las palabras de la consagración eucarística y nosotros las repetimos cada vez que celebramos el Santo Sacrificio.

Mediante nuestra ordenación -cuya celebración está vinculada a la Santa Misa desde el primer testimonio litúrgico- nosotros estamos unidos de manera singular y excepcional a la Eucaristía. Somos, en cierto sentido, «por ella» y «para ella». Somos, de modo particular, responsables «de ella», tanto cada sacerdote en su propia comunidad como cada obispo en virtud del cuidado que debe a todas las comunidades que le son encomendadas, por razón de la «*sollicitudo omnium ecclesiarum*» de la que habla San Pablo. Está pues encomendado a nosotros, obispos y sacerdotes, el gran «Sacramento de nuestra fe», y si él es entregado también a todo el Pueblo de Dios, a todos los creyentes en Cristo, sin embargo se nos confía a nosotros la Eucaristía también «para» los otros, que esperan de nosotros un particular testimonio de veneración y de amor hacia este Sacramento, para que ellos puedan igualmente ser edificados y vivificados «para ofrecer sacrificios espirituales».

De esta manera nuestro culto eucarístico, tanto en la celebración de la Misa como en lo referente al Santísimo Sacramento, es como una corriente vivificante, que une nuestro sacerdocio ministerial o jerárquico al sacerdocio común de los fieles y lo presenta en su dimensión vertical y con su valor central. El sacerdote ejerce su misión principal y se manifiesta en toda su plenitud celebrando la Eucaristía, y tal manifestación es más completa cuando él mismo deja traslucir la profundidad de este misterio, para que sólo él resplandezca en los corazones y en las conciencias humanas a través de su ministerio. Este es el ejercicio supremo del «sacerdocio real», la «fuente y cumbre de toda la vida cristiana».

Culto del misterio eucarístico

3. Tal culto está dirigido a Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo. Ante todo al Padre, como afirma el evangelio de San Juan: «Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna».

Se dirige también en el Espíritu Santo a aquel Hijo encarnado, según la economía de salvación, sobre todo en aquel momento de entrega suprema y de abandono total de sí mismo, al que se refieren las palabras pronunciadas en el cenáculo: «esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros»... «éste es el cáliz de mi Sangre... que será derramada por vosotros». La aclamación litúrgica: «Anunciamos tu muerte» nos hace recordar aquel momento. Al proclamar a la vez su resurrección, abrazamos en el mismo acto de veneración a Cristo resucitado y glorificado «a la derecha del Padre», así como la perspectiva de su «venida con gloria». Sin embargo, es su anonadamiento voluntario, agradable al Padre y glorificado con la resurrección, lo que, al ser celebrado sacramentalmente junto con la resurrección, nos lleva a la adoración del Redentor que «se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

Esta adoración nuestra contiene otra característica particular: está compenetrada con la grandeza de esa Muerte Humana, en la que el mundo, es decir, cada uno de nosotros, es amado «hasta el fin». Así pues, ella es también una respuesta que quiere corresponder a aquel Amor inmolado que llega hasta la muerte en la cruz: es nuestra «Eucaristía», es decir, nuestro agradecimiento, nuestra alabanza por habernos redimido con su muerte y hecho participantes de su vida inmortal mediante su resurrección.

Tal culto, tributado así a la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, acompaña y se enraiza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe asimismo llenar nuestros templos, incluso fuera del horario de las Misas. En efecto, dado que el misterio eucarístico ha sido instituido por amor y nos hace presente sacramentalmente a Cristo, es digno de acción de gracias y de culto. Este culto debe manifestarse en todo encuentro nuestro con el Santísimo Sacramento, tanto cuando visitamos las iglesias como cuando las sagradas Especies son llevadas o administradas a los enfermos.

La adoración a Cristo en este sacramento de amor debe encontrar expresión en diversas formas de devoción eucarística: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos eucarísticos. A este respecto merece una mención particular la solemnidad del «Corpus Christi» como acto de culto público tributado a Cristo presente en la Eucaristía, establecida por mi Predecesor Urbano IV en recuerdo de la institución de este gran

Misterio. Todo ello corresponde a los principios generales y a las normas particulares existentes desde hace tiempo y formuladas de nuevo durante o después del Concilio Vaticano II.

La animación y robustecimiento del culto eucarístico son una prueba de esa auténtica renovación que el Concilio se ha propuesto y de la que es el punto central. Esto, venerados y queridos Hermanos, merece una reflexión aparte. La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este Sacramento del Amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las graves faltas y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración.

Eucaristía e Iglesia

4. Gracias al Concilio nos hemos dado cuenta, con mayor claridad, de esta verdad: como la Iglesia «hace la Eucaristía» así «la Eucaristía construye» la Iglesia; esta verdad está estrechamente unida al misterio del Jueves Santo. La Iglesia ha sido fundada, en cuanto comunidad nueva del Pueblo de Dios, sobre la comunidad apostólica de los Doce que, en la última Cena, han participado del Cuerpo y de la Sangre del Señor bajo las especies del pan y del vino. Cristo les había dicho: «tomad y comed»... «tomad y bebed». Y ellos, obedeciendo este mandato, han entrado por primera vez en comunión sacramental con el Hijo de Dios, comunión que es prenda de vida eterna. Desde aquel momento hasta el fin de los siglos, la Iglesia se construye mediante la misma comunión con el Hijo de Dios, que es prenda de la Pascua eterna.

Como maestros y guardianes de la verdad salvífica de la Eucaristía, debemos, queridos y venerados Hermanos en el Episcopado, guardar siempre y en todas partes este significado y esta dimensión del encuentro sacramental y de la intimidad con Cristo. Ellos constituyen, en efecto, la substancia misma del culto eucarístico. El sentido de esta verdad antes expuesta no disminuye en modo alguno, sino que facilita el carácter eucarístico de acercamiento espiritual y de unión entre los hombres que participan en el Sacrificio, el cual con la Comunión se convierte luego en banquete para ellos. Este acercamiento y esta unión, cuyo prototipo es la unión de los Apóstoles en torno a Cristo durante la última Cena, expresan y realizan la Iglesia.

Pero ella no se realiza sólo mediante el hecho de la unión entre los hombres a través de la experiencia de la fraternidad a la que da ocasión el banquete eucarístico. La Iglesia se realiza cuando en aquella unión y comunión fraternas, celebramos el sacrificio de la cruz de Cristo, cuando anunciamos «la muerte del Señor hasta que El venga», y luego cuando, compenetrados profundamente en el misterio de nuestra salvación, nos acercamos comunitariamente a la mesa del Señor, para nutrirnos sacramentalmente con los frutos del Santo Sacrificio propiciatorio. En la Comunión eucarística recibimos pues a Cristo, a Cristo mismo; y nuestra unión con El, que es don y gracia para cada uno, hace que nos asociemos en Él a la unidad de su Cuerpo, que es la Iglesia.

Solamente de esta manera, mediante tal fe y disposición de ánimo, se realiza esa construcción de la Iglesia, que, según la conocida expresión del Concilio Vaticano II, halla en la Eucaristía la «fuente y cumbre de toda la vida cristiana». Esta verdad, que por obra del mismo Concilio ha recibido un nuevo

y vigoroso relieve, debe ser tema frecuente de nuestras reflexiones y de nuestra enseñanza. Nútrase de ella toda actividad pastoral, sea también alimento para nosotros mismos y para todos los sacerdotes que colaboran con nosotros, y finalmente para todas las comunidades encomendadas a nuestro cuidado. En esta praxis ha de revelarse, casi a cada paso, aquella estrecha relación que hay entre la vitalidad espiritual y apostólica de la Iglesia y la Eucaristía, entendida en su significado profundo y bajo todos los puntos de vista.

Eucaristía y caridad

5. Antes de pasar a observaciones más detalladas sobre el tema de la celebración del Santo Sacrificio, deseo recordar brevemente que el culto eucarístico constituye el alma de toda la vida cristiana. En efecto, si la vida cristiana se manifiesta en el cumplimiento del principal mandamiento, es decir, en el amor a Dios y al prójimo, este amor encuentra su fuente precisamente en el Santísimo Sacramento, llamado generalmente Sacramento del amor.

La Eucaristía significa esta caridad, y por ello la recuerda, la hace presente y al mismo tiempo la realiza. Cada vez que participamos en ella de manera consciente, se abre en nuestra alma una dimensión real de aquel amor inescrutable que encierra en sí todo lo que Dios ha hecho por nosotros los hombres y que hace continuamente, según las palabras de Cristo: «Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también». Junto con este don insondable y gratuito, que es la caridad revelada hasta el extremo en el sacrificio salvífico del Hijo de Dios -del que la Eucaristía es señal indeleble- nace en nosotros una viva respuesta de amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la Eucaristía, se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza.

El culto eucarístico es, pues, precisamente expresión de este amor, que es la característica auténtica y más profunda de la vocación cristiana. Este culto brota del amor y sirve al amor, al cual todos somos llamados en Cristo Jesús. Fruto vivo de este culto es la perfección de la imagen de Dios que llevamos en nosotros, imagen que corresponde a la que Cristo nos ha revelado. Convirtiéndonos así en adoradores del Padre «en espíritu y verdad», maduramos en una creciente unión con Cristo, estamos cada vez más unidos a Él y -si podemos emplear esta expresión- somos más solidarios con Él.

La doctrina de la Eucaristía, «signo de unidad» y «vínculo de caridad», enseñada por San Pablo, ha sido luego profundizada en los escritos de tantos santos, que son para nosotros un ejemplo vivo de culto eucarístico. Hemos de tener siempre esta realidad ante los ojos y, al mismo tiempo, debemos esforzarnos continuamente para que también nuestra generación añada a esos maravillosos ejemplos del pasado otros ejemplos nuevos, no menos vivos y elocuentes, que reflejen la época a la que pertenecemos.

Eucaristía y prójimo

6. El auténtico sentido de la Eucaristía se convierte de por sí en escuela de amor activo al prójimo. Sabemos que es éste el orden verdadero e integral del amor que nos ha enseñado el Señor: «En esto conoceréis todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros». La Eucaristía nos educa para

este amor de modo más profundo; en efecto, demuestra qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno, bajo las especies de pan y de vino. Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre. La conciencia de esta dignidad se convierte en el motivo más profundo de nuestra relación con el prójimo.

Asimismo debemos hacernos particularmente sensibles a todo sufrimiento y miseria humana, a toda injusticia y ofensa, buscando el modo de repararlos de manera eficaz. Aprendamos a descubrir con respeto la verdad del hombre interior, porque precisamente este interior del hombre se hace morada de Dios presente en la Eucaristía. Cristo viene a los corazones y visita las conciencias de nuestros hermanos y hermanas. ¡Cómo cambia la imagen de todos y cada uno, cuando adquirimos conciencia de esta realidad, cuando la hacemos objeto de nuestras reflexiones! El sentido del Misterio eucarístico nos impulsa al amor al prójimo, al amor a todo hombre.

Eucaristía y vida

7. Siendo pues fuente de caridad, la Eucaristía ha ocupado siempre el centro de la vida de los discípulos de Cristo. Tiene el aspecto de pan y de vino, es decir, de comida y de bebida; por lo mismo es tan familiar al hombre, y está tan estrechamente vinculada a su vida, como lo están efectivamente la comida y la bebida. La veneración a Dios que es Amor nace del culto eucarístico de esa especie de intimidad en la que el mismo, análogamente a la comida y a la bebida, llena nuestro ser espiritual, asegurándole, al igual que ellos, la vida. Tal veneración «eucarística» de Dios corresponde pues estrictamente a sus planes salvíficos. El mismo, el Padre, quiere que los «verdaderos adoradores» lo adoren precisamente así, y Cristo es intérprete de este querer con sus palabras a la vez que con este sacramento, en el cual nos hace posible la adoración al Padre, de la manera más conforme a su voluntad.

De tal concepción del culto eucarístico brota todo el estilo sacramental de la vida del cristiano. En efecto, conducir una vida basada en los sacramentos, animada por el sacerdocio común, significa ante todo por parte del cristiano, desear que Dios actúe en él para hacerle llegar en el Espíritu «a la plena madurez de Cristo». Dios, por su parte, no lo toca solamente a través de los acontecimientos y con su gracia interna, sino que actúa en él, con mayor certeza y fuerza, a través de los sacramentos. Ellos dan a su vida un estilo sacramental.

Ahora bien, entre todos los sacramentos, es el de la Santísima Eucaristía el que conduce a plenitud su iniciación de cristiano y confiere al ejercicio del sacerdocio común esta forma sacramental y eclesial que lo pone en conexión - como hemos insinuado anteriormente- con el ejercicio del sacerdocio ministerial. De este modo el culto eucarístico es centro y fin de toda la vida sacramental. Resuenan continuamente en él, como un eco profundo, los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo y Confirmación. ¿Dónde está mejor expresada la verdad de que además de ser «llamados hijos de Dios», lo «somos realmente», en virtud del Sacramento del Bautismo, sino precisamente en el hecho de que en la Eucaristía nos hacemos partícipes del Cuerpo y de la Sangre del unigénito Hijo de Dios? Y ¿qué es lo que nos predispone mayormente a «ser verdaderos testimonios de Cristo», frente al mundo, como

resultado del Sacramento de la Confirmación, sino la comunión eucarística, en la que Cristo nos da testimonio a nosotros y nosotros a Él?

Es imposible analizar aquí en sus pormenores los lazos existentes entre la Eucaristía y los demás Sacramentos, particularmente con el Sacramento de la vida familiar y el Sacramento de los enfermos. Acerca de la estrecha vinculación, existente entre el Sacramento de la Penitencia y el de la Eucaristía llamé ya la atención en la Encíclica «Redemptor hominis». No es solamente la Penitencia la que conduce a la Eucaristía, sino que también la Eucaristía lleva a la Penitencia. En efecto, cuando nos damos cuenta de Quien es el que recibimos en la Comunión eucarística, nace en nosotros casi espontáneamente un sentido de indignidad, junto con el dolor de nuestros pecados y con la necesidad interior de purificación.

No obstante debemos vigilar siempre, para que este gran encuentro con Cristo en la Eucaristía no se convierta para nosotros en un acto rutinario y a fin de que no lo recibamos indignamente, es decir, en estado de pecado mortal. La práctica de la virtud de la penitencia y el sacramento de la Penitencia son indispensables a fin de sostener en nosotros y profundizar continuamente el espíritu de veneración, que el hombre debe a Dios mismo y a su Amor tan admirablemente revelado.

Estas palabras quisieran presentar algunas reflexiones generales sobre el culto del Misterio eucarístico, que podrían ser desarrolladas más larga y ampliamente. Concretamente, se podría enlazar cuanto se dijo acerca de los efectos de la Eucaristía sobre el amor por el hombre con lo que hemos puesto de relieve ahora sobre los compromisos contraídos para con el hombre y la Iglesia en la comunión eucarística, y consiguientemente delinear la imagen de la «tierra nueva» que nace de la Eucaristía a través de todo «hombre nuevo».

Efectivamente en este Sacramento del pan y del vino, de la comida y de la bebida, todo lo que es humano sufre una singular transformación y elevación. El culto eucarístico no es tanto culto de la trascendencia inaccesible, cuanto de la divina descendencia y es a su vez transformación misericordiosa y redentora del mundo en el corazón del hombre.

Recordando todo esto, sólo brevemente, deseo, no obstante la concisión, crear un contexto más amplio para las cuestiones que deberé tratar enseguida: ellas están estrechamente vinculadas a la celebración del Santo Sacrificio. En efecto, en esta celebración se expresa de manera más directa el culto de la Eucaristía. Este emana del corazón como preciosísimo homenaje inspirado por la fe, la esperanza y la caridad, infundidas en nosotros en el Bautismo. Es precisamente de ella, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado, sacerdotes y diáconos, de lo que quiero escribiros en esta Carta, a la que la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino hará seguir indicaciones más concretas.

II

SACRALIDAD DE LA EUCARISTÍA Y SACRIFICIO

Sacralidad

8. La celebración de la Eucaristía, comenzando por el cenáculo y por el Jueves Santo, tiene una larga historia propia, larga cuanto la historia de la Iglesia. En el curso de esta historia

los elementos secundarios han sufrido ciertos cambios; no obstante, ha permanecido inmutada la esencia del «Mysterium», instituido por el Redentor del mundo, durante la última cena. También el Concilio Vaticano II ha aportado algunas modificaciones, en virtud de las cuales la liturgia actual de la Misa se diferencia en cierto sentido de la conocida antes del Concilio. No pensamos hablar de estas diferencias; por ahora conviene que nos detengamos en lo que es esencial e inmutable en la liturgia eucarística.

Y con este elemento está estrechamente vinculado el carácter de «sacrum» de la Eucaristía, esto es, de acción santa y sagrada. Santa y sagrada, porque en ella está continuamente presente y actúa Cristo, «el Santo» de Dios, «ungido por el Espíritu Santo», «consagrado por el Padre», para dar libremente y recobrar su vida, «Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza». Es El, en efecto, quien, representado por el celebrante, hace su ingreso en el santuario y anuncia su evangelio. Es El «el oferente y el ofrecido, el consagrante y el consagrado». Acción santa y sagrada, porque es constitutiva de las especies sagradas, del «Sancta sanctis», es decir, de las «cosas santas - Cristo el Santo- dadas a los santos», como cantan todas las liturgias de Oriente en el momento en que se alza el pan eucarístico para invitar a los fieles a la Cena del Señor.

El «Sacrum» de la Misa no es por tanto una «sacralización», es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el cenáculo, ya que la Cena del Jueves Santo fue un rito sagrado, liturgia primaria y constitutiva, con la que Cristo, comprometiéndose a dar la vida por nosotros, celebró sacramentalmente, El mismo, el misterio de su Pasión y Resurrección, corazón de toda Misa. Derivando de esta liturgia, nuestras Misas revisten de por sí una forma litúrgica completa, que, no obstante esté diversificada según las familias rituales, permanece sustancialmente idéntica. El «Sacrum» de la Misa es una sacralidad instituida por Cristo. Las palabras y la acción de todo sacerdote, a las que corresponde la participación consciente y activa de toda la asamblea eucarística, hacen eco a las del Jueves Santo.

El sacerdote ofrece el Santo Sacrificio «in persona Christi», lo cual quiere decir más que «en nombre», o también «en vez» de Cristo. «In persona»: es decir, en la identificación específica, sacramental con el «Sumo y Eterno Sacerdote», que es el Autor y el Sujeto principal de este su propio Sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie. Solamente El, solamente Cristo, podía y puede ser siempre verdadera y efectiva «propitiatio pro peccatis nostris... sed etiam totius mundi». Solamente su sacrificio, y ningún otro, podía y puede tener «fuerza propiciatoria» ante Dios, ante la Trinidad, ante su trascendental santidad. La toma de conciencia de esta realidad arroja una cierta luz sobre el carácter y sobre el significado del sacerdote - celebrante que, llevando a efecto el Santo Sacrificio y obrando «in persona Christi», es introducido e insertado, de modo sacramental (y al mismo tiempo inefable), en este estrictísimo «Sacrum», en el que a su vez asocia espiritualmente a todos los participantes en la asamblea eucarística

Ese «Sacrum», actuado en formas litúrgicas diversas, puede prescindir de algún elemento secundario, pero no puede ser privado de ningún modo de su sacralidad y sacramentalidad esenciales, porque fueron queridas por Cristo y transmitidas y controladas por la Iglesia. Ese «Sacrum» no puede tampoco ser

instrumentalizado para otros fines. El misterio eucarístico, desgajado de su propia naturaleza sacrificial y sacramental, deja simplemente de ser tal. No admite ninguna imitación «profana», que se convertiría muy fácilmente (si no incluso como norma) en una profanación. Esto hay que recordarlo siempre, y quizá sobre todo en nuestro tiempo en el que observamos una tendencia a borrar la distinción entre «sacrum» y «profanum», dada la difundida tendencia general (al menos en algunos lugares) a la desacralización de todo.

En tal realidad la Iglesia tiene el deber particular de asegurar y corroborar el «sacrum» de la Eucaristía. En nuestra sociedad pluralista, y a veces también deliberadamente secularizada, la fe viva de la comunidad cristiana - fe consciente incluso de los propios derechos con respecto a todos aquellos que no comparten la misma fe- garantiza a este «sacrum» el derecho de ciudadanía. El deber de respetar la fe de cada uno es al mismo tiempo correlativa al derecho natural y civil de la libertad de conciencia y de religión.

La sacralidad de la Eucaristía ha encontrado y encuentra siempre expresión en la terminología teológica y litúrgica. Este sentido de la sacralidad objetiva del Misterio eucarístico es tan constitutivo de la fe del Pueblo de Dios que con ella se ha enriquecido y robustecido. 45 Los ministros de la Eucaristía deben por tanto, sobre todo en nuestros días, ser iluminados por la plenitud de esta fe viva, y a la luz de ella deben comprender y cumplir todo lo que forma parte de su ministerio sacerdotal, por voluntad de Cristo y de su Iglesia.

Sacrificio

9. La Eucaristía es por encima de todo un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza, como creemos y como claramente profesan las Iglesias Orientales: «el sacrificio actual - afirmó hace siglos la Iglesia griega- es como aquél que un día ofreció el Unigénito Verbo encarnado, es ofrecido (hoy como entonces) por El, siendo el mismo y único sacrificio». Por esto, y precisamente haciendo presente este sacrificio único de nuestra salvación, el hombre y el mundo son restituidos a Dios por medio de la novedad pascual de la Redención. Esta restitución no puede faltar: es fundamento de la «alianza nueva y eterna» de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Si llegase a faltar, se debería poner en tela de juicio bien sea la excelencia del sacrificio de la Redención que fue perfecto y definitivo, bien sea el valor sacrificial de la Santa Misa. Por tanto la Eucaristía, siendo verdadero sacrificio, obra esa restitución a Dios.

Se sigue de ahí que el celebrante, en cuanto ministro del sacrificio, es el auténtico sacerdote, que lleva a cabo en virtud del poder específico de la sagrada ordenación- el verdadero acto sacrificial que lleva de nuevo a los seres a Dios. En cambio todos aquellos que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como él, ofrecen con él, en virtud del sacerdocio común, sus propios sacrificios espirituales, representados por el pan y el vino, desde el momento de su presentación en el altar. Efectivamente, este acto litúrgico solemnizado por casi todas las liturgias, «tiene su valor y su significado espiritual». El pan y el vino se convierten en cierto sentido en símbolo de todo lo que lleva la asamblea eucarística, por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu.

Es importante que este primer momento de la liturgia eucarística, en sentido estricto, encuentre su expresión en el

comportamiento de los participantes. A esto corresponde la llamada procesión de las ofrendas, prevista por la reciente reforma litúrgica, y acompañada, según la antigua tradición, por un salmo o un cántico. Es necesario un cierto espacio de tiempo, a fin de que todos puedan tomar conciencia de este acto, expresado contemporáneamente por las palabras del celebrante.

La conciencia del acto de presentar las ofrendas, debería ser mantenida durante toda la Misa. Más aún, debe ser llevada a plenitud en el momento de la consagración y de la oblación anamnética, tal como lo exige el valor fundamental del momento del sacrificio. Para demostrar esto ayudan las palabras de la oración eucarística que el sacerdote pronuncia en alta voz. Parece útil repetir aquí algunas expresiones de la tercera oración eucarística, que manifiestan especialmente el carácter sacrificial de la Eucaristía y unen el ofrecimiento de nuestras personas al de Cristo: «Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Que Él nos transforme en ofrenda permanente».

Este valor sacrificial está ya expresado en cada celebración por las palabras con que el sacerdote concluye la presentación de los dones al pedir a los fieles que oren para que «este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso». Tales palabras tienen un valor de compromiso en cuanto expresan el carácter de toda la liturgia eucarística y la plenitud de su contenido tanto divino como eclesial.

Todos los que participan con fe en la Eucaristía se dan cuenta de que ella es «Sacrificium», es decir, una «Ofrenda consagrada». En efecto, el pan y el vino, presentados en el altar y acompañados por la devoción y por los sacrificios espirituales de los participantes, son finalmente consagrados, para que se conviertan verdadera, real y sustancialmente en el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada de Cristo mismo. Así, en virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, «representan», de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por El en la cruz al Padre para la salvación del mundo. El solo, en efecto, ofreciéndose como víctima propiciatoria en un acto de suprema entrega e inmolación, ha reconciliado a la humanidad con el Padre, únicamente mediante su sacrificio, «borrando el acta de los decretos que nos era contraria».

A este sacrificio, que es renovado de forma sacramental sobre el altar, las ofrendas del pan y del vino, unidas a la devoción de los fieles, dan además una contribución insustituible, ya que, mediante la consagración sacerdotal se convierten en las sagradas Especies. Esto se hace patente en el comportamiento del sacerdote durante la oración eucarística, sobre todo durante la consagración, y también cuando la celebración del Santo Sacrificio y la participación en él están acompañadas por la conciencia de que «el Maestro está ahí y te llama». Esta llamada del Señor, dirigida a nosotros mediante su Sacrificio, abre los corazones, a fin de que purificados en el Misterio de nuestra Redención se unan a El en la comunión eucarística, que da a la participación en la Misa un valor maduro, pleno, comprometedor para la existencia humana: «la Iglesia desea que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que

aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen con la mediación de Cristo, la unión con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos».

Es por tanto muy conveniente y necesario que continúe poniéndose en práctica una nueva e intensa educación, para descubrir todas las riquezas encerradas en la nueva Liturgia. En efecto, la renovación litúrgica realizada después del Concilio Vaticano II ha dado al sacrificio eucarístico una mayor visibilidad. Entre otras cosas, contribuyen a ello las palabras de la oración eucarística recitadas por el celebrante en voz alta y, en especial, las palabras de la consagración, la aclamación de la asamblea inmediatamente después de la elevación.

Si todo esto debe llenarnos de gozo, debemos también recordar que estos cambios exigen una nueva conciencia y madurez espiritual, tanto por parte del celebrante- sobre todo hoy que celebra «de cara al pueblo»- como por parte de los fieles. El culto eucarístico madura y crece cuando las palabras de la plegaria eucarística, y especialmente las de la consagración, son pronunciadas con gran humildad y sencillez, de manera comprensible, correcta y digna, como corresponde a su santidad; cuando este acto esencial de la liturgia eucarística es realizado sin prisas; cuando nos comprometemos a un recogimiento tal y a una devoción tal, que los participantes advierten la grandeza del misterio que se realiza y lo manifiestan con su comportamiento.

III

LAS DOS MESAS DEL SEÑOR Y EL BIEN COMÚN DE LA IGLESIA

Mesa de la Palabra de Dios

10. Sabemos bien que la celebración de la Eucaristía ha estado vinculada, desde tiempos muy antiguos, no sólo a la oración, sino también a la lectura de la Sagrada Escritura, y al canto de toda la asamblea. Gracias a esto ha sido posible, desde hace mucho tiempo, relacionar con la Misa el parangón hecho por los Padres con las dos mesas, sobre las cuales la Iglesia prepara para sus hijos la Palabra de Dios y la Eucaristía, es decir, el Pan del Señor. Debemos pues volver a la primera parte del Sagrado Misterio que, con frecuencia, en el presente se le llama Liturgia de la Palabra, y dedicarle un poco de atención.

La lectura de los fragmentos de la Sagrada Escritura, escogidos para cada día, ha sido sometida por el Concilio a criterios y exigencias nuevas. Como consecuencia de tales normas conciliares se ha hecho una nueva selección de lecturas, en las que se ha aplicado, en cierta medida, el principio de la continuidad de los textos, y también el principio de hacer accesible el conjunto de los Libros Sagrados. La introducción de los salmos con los responsorios en la liturgia familiariza a los participantes con los más bellos recursos de la oración y de la poesía del Antiguo Testamento. Además el hecho de que los relativos textos sean leídos y cantados en la propia lengua, hace que todos puedan participar y comprenderlos más plenamente. No faltan, sin embargo, quienes, educados todavía según la antigua liturgia en latín, sienten la falta de esta «lengua única», que ha sido en todo el mundo una expresión de la unidad de la Iglesia y que con su dignidad ha suscitado un profundo sentido del Misterio Eucarístico. Hay que demostrar pues no solamente comprensión, sino también pleno respeto hacia estos senti-

mientos y deseos y, en cuanto sea posible, secundarlos, como está previsto además en las nuevas disposiciones. La Iglesia romana tiene especiales deberes, con el latín, espléndida lengua de la antigua Roma, y debe manifestarlo siempre que se presente ocasión.

De hecho las posibilidades creadas actualmente por la renovación posconciliar son a menudo utilizadas de manera que nos hacen testigos y partícipes de la auténtica celebración de la Palabra de Dios. Aumenta también el número de personas que toman parte activa en esta celebración. Surgen grupos de lectores y de cantores, más aún, de «scholae cantorum», masculinas o femeninas, que con gran celo se dedican a ello. La Palabra de Dios, la Sagrada Escritura, comienza a pulsar con nueva vida en muchas comunidades cristianas. Los fieles, reunidos para la liturgia, se preparan con el canto para escuchar el Evangelio, que es anunciado con la debida devoción y amor.

Constatando todo esto con gran estima y agradecimiento, no puede sin embargo olvidarse que una plena renovación tiene otras exigencias. Estas consisten en una nueva responsabilidad ante la Palabra de Dios transmitida mediante la liturgia, en diversas lenguas, y esto corresponde ciertamente al carácter universal y a las finalidades del Evangelio. La misma responsabilidad atañe también a la ejecución de las relativas acciones litúrgicas, la lectura o el canto, lo cual debe responder también a los principios del arte. Para preservar estas acciones de cualquier artificio, conviene expresar en ellas una capacidad, una sencillez y al mismo tiempo una dignidad tales, que haga resplandecer, desde el mismo modo de leer o de cantar, el carácter peculiar del texto sagrado.

Por tanto, estas exigencias, que brotan de la nueva responsabilidad ante la Palabra de Dios en la liturgia, llegan todavía más a lo hondo y afectan a la disposición interior con la que los ministros de la Palabra cumplen su función en la asamblea litúrgica. La misma responsabilidad se refiere finalmente a la selección de los textos. Esa selección ha sido ya hecha por la competente autoridad eclesiástica, que ha previsto incluso los casos, en que se pueden escoger lecturas más adecuadas a una situación especial. Además, conviene siempre recordar que en el conjunto de los textos de las Lecturas de la Misa puede entrar sólo la Palabra de Dios. La lectura de la Escritura no puede ser sustituida por la lectura de otros textos, aun cuando tuvieran indudables valores religiosos y morales. Tales textos en cambio podrán utilizarse, con gran provecho, en las homilías. Efectivamente, la homilía es especialmente idónea para la utilización de esos textos, con tal de que respondan a las requeridas condiciones de contenido, por cuanto es propio de la homilía, entre otras cosas, demostrar la convergencia entre la sabiduría divina revelada y el noble pensamiento humano, que por distintos caminos busca la verdad.

Mesa del Pan del Señor

11. La segunda mesa del misterio eucarístico, es decir, la mesa del Pan del Señor, exige también un adecuada reflexión desde el punto de vista de la renovación litúrgica actual. Es éste un problema de grandísima importancia, tratándose de un acto particular de fe viva, más aún, como se atestigua desde los primeros siglos, de una manifestación de culto a Cristo, que en la comunión eucarística se entrega a sí mismo a cada uno de nosotros, a nuestro corazón, a nuestra conciencia, a nuestros labios y a nuestra boca, en forma de alimento. Y por esto, en

relación con ese problema, es particularmente necesaria la vigilancia de la que habla el Evangelio, tanto por parte de los Pastores responsables del culto eucarístico, como por parte del Pueblo de Dios, cuyo «sentido de la fe» debe ser precisamente en esto muy consciente y agudo.

Por esto, deseo confiar también este problema al corazón de cada uno de vosotros, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado. Vosotros debéis sobre todo insertarlo en vuestra solicitud por todas las Iglesias, confiadas a vosotros. Os lo pido en nombre de la unidad que hemos recibido en herencia de los Apóstoles: la unidad colegial. Esta unidad ha nacido, en cierto sentido, en la mesa del Pan del Señor, el Jueves Santo. Con la ayuda de vuestros Hermanos en el sacerdocio, haced todo lo que podáis, para garantizar la dignidad sagrada del ministerio eucarístico y el profundo espíritu de la comunión eucarística, que es un bien peculiar de la Iglesia como Pueblo de Dios, y al mismo tiempo la herencia especial transmitida a nosotros por los Apóstoles, por diversas tradiciones litúrgicas y por tantas generaciones de fieles, a menudo testigos heroicos de Cristo, educados en la «escuela de la Cruz» (Redención) y de la Eucaristía.

Conviene pues recordar que la Eucaristía, como mesa del Pan del Señor, es una continua invitación, como se desprende de la alusión litúrgica del celebrante en el momento del «Este es el Cordero de Dios. Dichosos los llamados a la cena del Señor» y de la conocida parábola del Evangelio sobre los invitados al banquete de bodas. Recordemos que en esta parábola hay muchos que se excusan de aceptar la invitación por distintas circunstancias. Ciertamente también en nuestras comunidades católicas no faltan aquellos que podrían participar en la Comunión eucarística, y no participan, aun no teniendo en su conciencia impedimento de pecado grave. Esa actitud, que en algunos va unida a una exagerada severidad, se ha cambiado, a decir verdad, en nuestro tiempo, aunque en algunos sitios se nota aún. En realidad, más frecuente que el sentido de indignidad, se nota una cierta falta de disponibilidad interior - si puede llamarse así -, falta de «hambre» y de «sed» eucarística, detrás de la que se esconde también la falta de una adecuada sensibilidad y comprensión de la naturaleza del gran Sacramento del amor.

Sin embargo, en estos últimos años, asistimos también a otro fenómeno. Algunas veces, incluso en casos muy numerosos, todos los participantes en la asamblea eucarística se acercan a la comunión, pero entonces, como confirman pastores expertos, no ha habido la debida preocupación por acercarse al sacramento de la Penitencia para purificar la propia conciencia. Esto naturalmente puede significar que los que se acercan a la Mesa del Señor no encuentran, en su conciencia y según la ley objetiva de Dios, nada que impida aquel sublime y gozoso acto de su unión sacramental con Cristo. Pero puede también esconderse aquí, al menos alguna vez, otra convicción: es decir el considerar la Misa sólo como un banquete, en el que se participa recibiendo el Cuerpo de Cristo, para manifestar sobre todo la comunión fraterna. A estos motivos se pueden añadir fácilmente una cierta consideración humana y un simple «conformismo».

Este fenómeno exige, por parte nuestra, una vigilante atención y un análisis teológico y pastoral, guiado por el sentido de una máxima responsabilidad. No podemos permitir

que en la vida de nuestras comunidades se disipe aquel bien que es la sensibilidad de la conciencia cristiana, guiada únicamente por el respeto a Cristo que, recibido en la Eucaristía, debe encontrar en el corazón de cada uno de nosotros una digna morada. Este problema está estrechamente relacionado no sólo con la práctica del Sacramento de la Penitencia, sino también con el recto sentido de responsabilidad de cara al depósito de toda la doctrina moral y de cara a la distinción precisa entre bien y mal, la cual viene a ser a continuación, para cada uno de los participantes en la Eucaristía, base de correcto juicio de sí mismos en la intimidad de la propia conciencia. Son bien conocidas las palabras de San Pablo: «Examínese, pues, el hombre a sí mismo»; ese juicio es condición indispensable para una decisión personal, a fin de acercarse a la comunión eucarística o bien abstenerse.

La celebración de la Eucaristía nos sitúa ante muchas otras exigencias, por lo que respecta al ministerio de la Mesa eucarística, que se refieren, en parte, tanto a los solos sacerdotes y diáconos, como a todos los que participan en la liturgia eucarística. A los sacerdotes y a los diáconos es necesario recordar que el servicio de la mesa del Pan del Señor les impone obligaciones especiales, que se refieren, en primer lugar, al mismo Cristo presente en la Eucaristía y luego a todos los actuales y posibles participantes en la Eucaristía. Respecto al primero, no será quizás superfluo recordar las palabras del Pontifical que, en el día de la ordenación, el Obispo dirige al nuevo sacerdote, mientras le entrega en la patena y en el cáliz el pan y el vino ofrecidos por los fieles y preparados por el diácono: «Accipe oblationem plebis sanctae Deo offerendam. Agnosce quod ages, imitare quod tractabis, et vitam tuam mysterio dominicae crucis conforma». Esta última amonestación hecha a él por el Obispo debe quedar como una de las normas más apreciadas en su ministerio eucarístico.

En ella debe inspirarse el sacerdote en su modo de tratar el Pan y el Vino, convertidos en Cuerpo y Sangre del Redentor. Conviene pues que todos nosotros, que somos ministros de la Eucaristía, examinemos con atención nuestras acciones ante el altar, en especial el modo con que tratamos aquel Alimento y aquella Bebida, que son el Cuerpo y la Sangre de nuestro Dios y Señor en nuestras manos; cómo distribuimos la Santa Comunión; cómo hacemos la purificación.

Todas estas acciones tienen su significado. Conviene naturalmente evitar la escurpulosidad, pero Dios nos guarde de un comportamiento sin respeto, de una prisa inoportuna, de una impaciencia escandalosa. Nuestro honor más grande consiste - además del empeño en la misión evangelizadora- en ejercer ese misterioso poder sobre el Cuerpo del Redentor, y en nosotros todo debe estar claramente ordenado a esto. Debemos, además, recordar siempre que hemos sido sacramentalmente consagrados para ese poder, que hemos sido escogidos entre los hombres y «en favor de los hombres». Debemos reflexionar sobre ello especialmente nosotros sacerdotes de la Iglesia Romana latina, cuyo rito de ordenación añade, en el curso de los siglos, el uso de ungir las manos del sacerdote.

En algunos Países se ha introducido el uso de la comunión en la mano. Esta práctica ha sido solicitada por algunas Conferencias Episcopales y ha obtenido la aprobación de la Sede Apostólica. Sin embargo, llegan voces sobre casos de faltas deplorables de respeto a las Especies eucarísticas, faltas

que gravan no sólo sobre las personas culpables de tal comportamiento, sino también sobre los Pastores de la Iglesia, que hayan sido menos vigilantes sobre el comportamiento de los fieles hacia la Eucaristía. Sucede también que, a veces, no se tiene en cuenta la libre opción y voluntad de los que, incluso donde ha sido autorizada la distribución de la comunión en la mano, prefieren atenerse al uso de recibirla en la boca. Es difícil pues en el contexto de esta Carta, no aludir a los dolorosos fenómenos antes mencionados. Escribiendo esto no quiero de ninguna manera referirme a las personas que, recibiendo al Señor Jesús en la mano, lo hacen con espíritu de profunda reverencia y devoción, en los Países donde esta praxis ha sido autorizada.

Conviene sin embargo no olvidar el deber primordial de los sacerdotes, que han sido consagrados en su ordenación para representar a Cristo Sacerdote: por eso sus manos, como su palabra y su voluntad, se han hecho instrumento directo de Cristo. Por eso, es decir, como ministros de la sagrada Eucaristía, éstos tienen sobre las sagradas Especies una responsabilidad primaria, porque es total: ofrecen el pan y el vino, los consagran, y luego distribuyen las sagradas Especies a los participantes en la Asamblea. Los diáconos pueden solamente llevar al altar las ofrendas de los fieles y, una vez consagradas por el sacerdote, distribuir las. Por eso cuán elocuente, aunque no sea primitivo, es en nuestra ordenación latina el rito de la unción de las manos, como si precisamente a estas manos fuera necesaria una especial gracia y fuerza del Espíritu Santo.

El tocar las sagradas Especies, su distribución con las propias manos es un privilegio de los ordenados, que indica una participación activa en el ministerio de la Eucaristía. Es obvio que la Iglesia puede conceder esa facultad a personas que no son ni sacerdotes ni diáconos, como son tanto los acólitos, en preparación para sus futuras ordenaciones, como otros laicos, que la han recibido por una justa necesidad, pero siempre después de una adecuada preparación.

Bien común de la Iglesia

12. No podemos, ni siquiera por un instante, olvidar que la Eucaristía es un bien peculiar de toda la Iglesia. Es el don más grande que, en el orden de la gracia y del sacramento, el divino Esposo ha ofrecido y ofrece sin cesar a su Esposa. Y, precisamente porque se trata de tal don, todos debemos, con espíritu de fe profunda, dejarnos guiar por el sentido de una responsabilidad verdaderamente cristiana. Un don nos obliga tanto más profundamente porque nos habla, no con la fuerza de un rígido derecho, sino con la fuerza de la confianza personal, y así -sin obligaciones legales- exige correspondencia y gratitud. La Eucaristía es verdaderamente tal don, es tal bien. Debemos permanecer fieles en los pormenores a lo que ella expresa en sí y a lo que nos pide, o sea la acción de gracias.

La Eucaristía es un bien común de toda la Iglesia, como sacramento de su unidad. Y, por consiguiente, la Iglesia tiene el riguroso deber de precisar todo lo que concierne a la participación y celebración de la misma. Debemos, por lo tanto, actuar según los principios establecidos por el último Concilio que, en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, ha definido las autorizaciones y obligaciones, sea de los respectivos Obispos en sus diócesis, sea de las Conferencias Episcopales, dado que unos y otras actúan unidos colegialmente con la Sede Apostólica.

Además debemos seguir las instrucciones emanadas en este campo de los diversos Dicasterios: sea en materia litúrgica, en las normas establecidas por los libros litúrgicos, en lo concerniente al misterio eucarístico, y en las Instrucciones dedicadas al mismo misterio, sea en lo que tiene relación con la «*communicatio in sacris*», en las normas del «*Directorium de re oecumenica*» y en la «*Instructio de peculiaribus casibus admittendi alios christianos ad communionem eucharisticam in Ecclesia catholica*». Y aunque, en esta etapa de renovación, se ha admitido la posibilidad de una cierta autonomía «creativa», sin embargo ella misma debe respetar estrictamente las exigencias de la unidad substancial. Por el camino de este pluralismo (que brota ya entre otras cosas por la introducción de las distintas lenguas en la liturgia) podemos proseguir únicamente hasta allí donde no se hayan cancelado las características esenciales de la celebración de la Eucaristía y se hayan respetado las normas prescriptas por la reciente reforma litúrgica.

Hay que realizar en todas partes un esfuerzo indispensable, para que dentro del pluralismo del culto eucarístico, programado por el Concilio Vaticano II, se manifieste la unidad de la que la Eucaristía es signo y causa. Esta tarea sobre la cual, obligada por las circunstancias, debe vigilar la Sede Apostólica, debería ser asumida no sólo por cada una de las Conferencias Episcopales, sino también, por cada ministro de la Eucaristía, sin excepción. Cada uno debe además recordar que es responsable del bien común de la Iglesia entera. El sacerdote como ministro, como celebrante, como quien preside la asamblea eucarística de los fieles, debe poseer un particular sentido del bien común de la Iglesia, que él mismo representa mediante su ministerio, pero al que debe también subordinarse, según una recta disciplina de la fe. El no puede considerarse como «propietario», que libremente dispone del texto litúrgico y del sagrado rito como de un bien propio, de manera que pueda darle un estilo personal y arbitrario. Esto puede a veces parecer de mayor efecto, puede también corresponder mayormente a una piedad subjetiva; sin embargo, objetivamente, es siempre una traición a aquella unión que, de modo especial, debe encontrar la propia expresión en el sacramento de la unidad.

Todo sacerdote, cuando ofrece el Santo Sacrificio, debe recordar que, durante este Sacrificio, no es únicamente él con su comunidad quien ora, sino que ora la Iglesia entera, expresando así, también con el uso del texto litúrgico aprobado, su unidad espiritual en este sacramento. Si alguien quisiera tachar de «uniformidad» tal postura, esto comprobaría sólo la ignorancia de las exigencias objetivas de la auténtica unidad y sería un síntoma de dañoso individualismo.

Esta subordinación del ministro, del celebrante, al «*Mysterium*», que le ha sido confiado por la Iglesia para el bien de todo el Pueblo de Dios, debe encontrar también su expresión en la observancia de las exigencias litúrgicas relativas a la celebración del Santo Sacrificio. Estas exigencias se refieren, por ejemplo, al hábito y, particularmente, a los ornamentos que reviste el celebrante. Es obvio que hayan existido y existan circunstancias en las que las prescripciones no obligan. Hemos leído con conmoción, en libros escritos por sacerdotes prisioneros en campos de exterminio, relatos de celebraciones eucarísticas sin observar las mencionadas normas, o sea sin altar y sin ornamentos. Pero si en tales circunstancias esto era prueba de heroísmo y debía suscitar profunda estima, sin embargo en condiciones normales, omitir las prescripciones

litúrgicas puede ser interpretado como una falta de respeto hacia la Eucaristía, dictada tal vez por individualismo o por un defecto de sentido crítico sobre las opiniones corrientes, o bien por una cierta falta de espíritu de fe.

Sobre todos nosotros, que somos, por gracia de Dios, ministros de la Eucaristía, pesa de modo particular la responsabilidad por las ideas y actitudes de nuestros hermanos y hermanas, encomendados a nuestra cura pastoral. Nuestra vocación es la de suscitar, sobre todo con el ejemplo personal, toda sana manifestación de culto hacia Cristo presente y operante en el Sacramento del amor. Dios nos preserve de obrar diversamente, de debilitar aquel culto, desacostumbrándonos de varias manifestaciones y formas de culto eucarístico, en las que se expresa una tal vez tradicional pero sana piedad, y sobre todo aquel «sentido de la fe», que el Pueblo de Dios entero posee, como ha recordado el Concilio Vaticano II.

Llegando ya al término de mis reflexiones, quiero pedir perdón - en mi nombre y en el de todos vosotros, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado- por todo lo que, por el motivo que sea y por cualquiera debilidad humana, impaciencia, negligencia, en virtud también de la aplicación a veces parcial, unilateral y errónea de las normas del Concilio Vaticano II, pueda haber causado escándalo y malestar acerca de la interpretación de la doctrina y la veneración debida a este gran Sacramento. Y pido al Señor Jesús para que en el futuro se evite, en nuestro modo de tratar este sagrado Misterio, lo que puede, de alguna manera, debilitar o desorientar el sentido de reverencia y amor en nuestros fieles.

Que el mismo Cristo nos ayude a continuar por el camino de la verdadera renovación hacia aquella plenitud de vida y culto eucarístico, a través del cual se construye la Iglesia en esa unidad que ella misma ya posee y que desea poder realizar aun más para gloria del Dios vivo y para la salvación de todos los hombres.

CONCLUSIÓN

13. Permittedme, venerables y queridos Hermanos, que termine ya estas consideraciones, que se han limitado a profundizar sólo algunas cuestiones. Al proponerlas he tenido delante toda la obra desarrollada por el Concilio Vaticano II, y he tenido presente en mi mente la Encíclica de Pablo VI «Mysterium Fidei», promulgada durante el Concilio, así como todos los documentos emanados después del mismo Concilio para poner en práctica la renovación litúrgica postconciliar. Existe, en efecto, un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la liturgia y la renovación de toda la vida de la Iglesia.

La Iglesia no sólo actúa, sino que se expresa también en la liturgia, vive de la liturgia y saca de la liturgia las fuerzas para la vida. Y por ello, la renovación litúrgica, realizada de modo justo, conforme al espíritu del Vaticano II, es, en cierto sentido, la medida y la condición para poner en práctica las enseñanzas del Concilio Vaticano II, que queremos aceptar con fe profunda, convencidos de que, mediante el mismo, el Espíritu Santo «ha dicho a la Iglesia» las verdades y ha dado las indicaciones que son necesarias para el cumplimiento de su misión respecto a los hombres de hoy y de mañana.

También en el futuro habremos de tener una particular solicitud para promover y seguir la renovación de la Iglesia, conforme a la doctrina del Vaticano II, en el espíritu de una Tradición siempre viva. En efecto, pertenece también a la sustancia de la Tradición, justamente entendida, una correcta «relectura» de los «signos de los tiempos», según los cuales hay que sacar del rico

tesoro de la Revelación «cosas nuevas y cosas antiguas». Obrando en este espíritu, según el consejo del Evangelio, el Concilio Vaticano II ha realizado un esfuerzo providencial para renovar el rostro de la Iglesia en la sagrada liturgia, conectando frecuentemente con lo que es «antiguo», con lo que proviene de la herencia de los Padres y es expresión de la fe y de la doctrina de la Iglesia unida desde hace tantos siglos.

Para continuar poniendo en práctica, en el futuro, las normas del Concilio en el campo de la liturgia, y concretamente en el campo del culto eucarístico, es necesaria una íntima colaboración entre el correspondiente Dicasterio de la Santa Sede y cada Conferencia Episcopal, colaboración atenta y a la vez creadora, con la mirada fija en la grandeza del santísimo Misterio y, al mismo tiempo, en las evoluciones espirituales y en los cambios sociales, tan significativos para nuestra época, dado que no sólo crean a veces dificultades, sino que disponen además a un modo nuevo de participar en ese gran Misterio de la fe.

Me apremia sobre todo el subrayar que los problemas de la liturgia, y en concreto de la Liturgia eucarística, no pueden ser ocasión para dividir a los católicos y amenazar la unidad de la Iglesia. Lo exige una elemental comprensión de ese Sacramento, que Cristo nos ha dejado como fuente de unidad espiritual. Y ¿cómo podría precisamente la Eucaristía, que es en la Iglesia «sacramentum pietatis, signum unitatis, vinculum caritatis» constituir en este momento, entre nosotros, punto de división y fuente de disconformidad de pensamientos y comportamientos, en vez de ser centro focal y constitutivo, cual es verdaderamente en su esencia, de la unidad de la misma Iglesia?

Somos todos igualmente deudores hacia nuestro Redentor. Todos juntos debemos prestar oído al Espíritu de verdad y amor, que El ha prometido a la Iglesia y que obra en ella. En nombre de esta verdad y de este amor, en nombre del mismo Cristo Crucificado y de su Madre, os ruego y suplico que, dejando toda oposición y división, nos unamos todos en esta grande y salvífica misión, que es precio y a la vez fruto de nuestra redención. La Sede Apostólica hará todo lo posible para buscar, también en el futuro, los medios que puedan garantizar la unidad de la que hablamos. Evite cada uno, en su modo de actuar, «entristecer al Espíritu Santo».

Para que esta unidad y la colaboración constante y sistemática que a ella conduce, puedan proseguirse con perseverancia, imploro de rodillas para todos nosotros la luz del Espíritu Santo, por intercesión de María, su Santa Esposa y Madre de la Iglesia. Al bendecir a todos de corazón, me dirijo una vez más a vosotros, venerados y queridos Hermanos en el Episcopado, con un saludo fraterno y plena confianza. En esta unidad colegial de la que participamos, hagamos el máximo esfuerzo para que, dentro de la unidad universal de la Iglesia de Cristo sobre la tierra, la Eucaristía se convierta cada vez más en fuente de vida y luz para la conciencia de todos nuestros hermanos, en todas las comunidades.

Con espíritu de fraterna caridad, me es grato impartir la Bendición Apostólica a vosotros y a todos los hermanos en el sacerdocio.

Vaticano, 24 de febrero, domingo I de Cuaresma, del año 1980, segundo de mi Pontificado.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 1981

La misión suprema de Cristo y la misión de sus sacerdotes

El Ungido, el Enviado

1. «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»

(Lc 4,21).

Venerables y queridos hermanos:

No fue demasiado largo el tiempo que, en la vida de Jesucristo, separó el día, en que El pronunció por vez primera estas palabras en la sinagoga de Nazaret, del día en que comenzó a cumplirse en El la misión suprema de Ungido.

Cristo, el Ungido Aquel que viene en la plenitud del Espíritu del Señor, tal como dijo de El, el Profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado...» He aquí: el Ungido, o el Enviado; está en el final de su misión terrena.

Suenan ya la horas de los días espantosos y, a la vez, santos, en el curso de los cuales la Iglesia, cada año, acompaña, mediante la fe y la liturgia, el último Paso del Señor, Pascha Domini. Y la Iglesia lo hace, encontrando en El siempre de nuevo el principio de la vida del Espíritu y de la Verdad, de la Vida que debía revelarse sólo mediante la muerte. Todo lo que había precedido a esta muerte del Ungido, fue solamente una preparación a esta única Pascua.

La Pascua de la Iglesia

2. Nosotros también nos hemos reunido hoy, en la mañana del Jueves Santo, para preparar la Pascua. Los cardenales y los obispos, los presbíteros y los diáconos, juntamente con el Obispo de Roma, celebran la liturgia de la bendición del crisma del óleo de los catecúmenos y del óleo de los enfermos. La liturgia matutina del Jueves Santo constituye la preparación anual a la Pascua de Cristo, que vive en la Iglesia, comunicando a todos esa plenitud del Espíritu Santo, que está en El mismo, comunicando a todos la plenitud de su unción.

¡Los cristianos son uncti ex Uncto!

Nos hemos reunido aquí para preparar, de acuerdo con el carácter de nuestro ministerio, la Pascua de Cristo en la Iglesia: para preparar la Pascua de la Iglesia en cada uno de los que participan en su misión, desde el niño recién nacido hasta el venerable anciano gravemente enfermo que se acerca al fin de su vida. Cada uno participa en la misión consignada a toda la Iglesia por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, misión suscitada por obra del misterio pascual de Jesucristo.

La unión y la misión son propias de todo el Pueblo de Dios. Y nosotros hemos venido para preparar la Pascua y la Iglesia de la cual toma inicio, siempre de nuevo, la unión y la misión de todo el Pueblo de Dios.

«A aquel que nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre, a El la gloria y el poder por los siglos de los Siglos».

Fidelidad a la alianza sacerdotal

3. Estamos, pues, aquí juntos en la comunidad de la concelebración. Estamos juntos nosotros, los humildes adoradores e indignos administradores del misterio pascual de Jesucristo.

Nosotros, servidores de la incesante Pascua de la Iglesia, elegidos por la gracia de Dios.

Estamos presentes para renovar el vínculo vivificante de nuestro sacerdocio con el único Sacerdote, con el Sacerdote eterno, con Aquel «que nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre».

Estamos presentes para prepararnos a descender juntos con El al «abismo de la pasión, que se abre con el Triduum Sacrum, para sacar de nuevo fuera de este abismo el sentido de nuestra indignidad y la infinita gratitud por el don, del que participa cada uno de nosotros.

Estamos aquí, queridos hermanos, para renovar los compromisos de nuestra fidelidad presbiteriana. «Por lo demás, lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles».

¡Somos uncti ex Uncto!

Hemos sido ungidos, igual que todos nuestros hermanos y hermanas, con la gracia del bautismo y de la confirmación.

Pero, además de esto, también han sido ungidas nuestras manos, con las cuales debemos renovar su propio Sacrificio sobre tantos altares de esta basílica, de la Ciudad Eterna, de todo el mundo.

Y han sido ungidas también nuestras cabezas, puesto que el Espíritu Santo ha elegido a algunos de entre nosotros y los ha llamado a presidir a la Iglesia, a la solicitud apostólica por todas las Iglesias (solicitud omnium Ecclesiarum).

¡Uncti ex Uncto!

¡Qué inestimable es para nosotros este día! Qué especial es la fiesta de hoy: el día en el que hemos nacido todos y ha nacido cada uno de nosotros como sacerdote ministerial por obra del Ungido Divino.

«Vosotros os llamaréis sacerdotes del Señor, dirán de vosotros: ministros de nuestro Dios».

Así dice el Señor: «Les daré su salario fielmente y haré con ellos un pacto perpetuo. Su estirpe será célebre entre las naciones, y sus vástagos entre los pueblos. Los que los vean reconocerán que son la estirpe que bendijo el Señor».

Así se expresa el Profeta Isaías en la primera lectura.

Queridísimos hermanos: Que se cumplan estas palabras en cada uno de nosotros y sobre nosotros.

Recemos también por aquellos que han roto la fidelidad a la alianza con el Señor y a la unción de las manos sacerdotales.

Oremos pensando en aquellos que, después de nosotros, deben asumir la unción y la misión. Que lleguen de diversas partes y entren en la viña del Señor, sin tardar y sin mirar atrás.

¡Uncti ex Uncto!

Amén

JUEVES SANTO DE 1982

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Desde el comienzo de mi ministerio de Pastor de la Iglesia universal, he deseado que el Jueves Santo de cada año sea un día de particular comunión Espiritual, para compartir con vosotros la oración, las inquietudes pastorales, las esperanzas, para alentar vuestro servicio generoso y fiel, y para darles las gracias en nombre de toda la Iglesia.

Este año no os escribo una carta, sino que os envío el texto de una oración inspirada por la fe y nacida del corazón, para dirigirla a Cristo juntamente con vosotros en el día del nacimiento del sacerdocio mío y vuestro, y para proponer una meditación común que esté iluminada y sostenida por ella.

Que cada uno de vosotros pueda reavivar el carisma de Dios que lleva en sí por la imposición de las manos (cfr. 2 Tim 1, 6), y gustar con renovado fervor el gozo de haberse entregado totalmente a Cristo.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor del año 1982, cuarto de mi Pontificado.

Joannes Paulus n. II

1. Nos dirigimos a Ti, Cristo del Cenáculo y del Calvario, en este día que es la fiesta de nuestro sacerdocio. Nos dirigimos a Ti todos nosotros, Obispos y Presbíteros, reunidos en las asambleas sacerdotales de nuestras Iglesias y asociados en la unidad universal de la Iglesia santa y apostólica.

El Jueves Santo es el día del nacimiento de nuestro sacerdocio. En este día hemos nacido todos nosotros. Como un hijo nace del seno de la madre, así hemos nacido nosotros, ¡Oh, Cristo!, de tu único y eterno sacerdocio. Hemos nacido en la gracia y fuerza de la nueva y eterna Alianza; del Cuerpo y Sangre de tu sacrificio redentor; del Cuerpo que es «entregado por nosotros» y de la Sangre «que es derramada por muchos». Hemos nacido en la última Cena y, a la vez, a los pies de la cruz sobre el Calvario. Donde está la fuente de la nueva vida y de todos los sacramentos de la Iglesia, allí está también el principio de nuestro sacerdocio. Hemos nacido junto con todo el pueblo de Dios de la Nueva Alianza que Tú, Hijo del amor del Padre, has hecho un reino de reyes y sacerdotes de Dios.

Hemos sido llamados como servidores de este Pueblo, que va a los eternos tabernáculos del Dios tres veces Santo «para ofrecer sacrificios Espirituales».

El sacrificio eucarístico es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana». Es un sacrificio único que abarca todo. Es el bien más grande de la Iglesia. Es su vida.

Te damos gracias, ¡Oh Cristo!:

- Porque nos has elegido Tú mismo, asociándonos de manera especial a tu sacerdocio y marcándonos con un carácter indeleble que capacita a cada uno de nosotros para ofrecer tu mismo sacrificio, como sacrificio de todo el Pueblo: sacrificio de reconciliación, en el cual Tú te ofreces incesantemente al Padre y, en Ti, al hombre y al mundo;

- Porque nos has hecho ministros de la Eucaristía y de tu perdón; partícipes de tu misión evangelizadora; servidores del Pueblo de la Nueva Alianza.

2. Señor Jesucristo: Cuando el día del Jueves Santo tuviste que separarte de aquéllos a quienes habías amado «hasta el fin», Tú les prometiste el Espíritu de verdad, diciéndoles: «Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero si me fuere, os lo enviaré».

Te fuiste mediante la cruz, haciéndote «obediente hasta la muerte» y te anonadaste, tomando la forma de siervo por el amor con el que nos amaste hasta el fin; de esta manera después de tu resurrección fue dado a la Iglesia el Espíritu Santo, que vino y se quedó para habitar en ella «para siempre».

El Espíritu Santo es el que «con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada» contigo.

Conscientes cada uno de nosotros de que mediante el Espíritu Santo, que actúa con la fuerza de tu cruz y resurrección, hemos recibido el sacerdocio ministerial para servir la causa de la salvación humana de tu Iglesia,

- imploramos hoy, en este día tan santo para nosotros, la renovación continua de tu sacerdocio en la Iglesia a través de tu Espíritu que debe «rejuvenecer» en cada momento de la historia a tu querida Esposa;
- imploramos que cada uno de nosotros encuentre de nuevo en su corazón y confirme continuamente con la propia vida el auténtico significado que su vocación sacerdotal personal tiene, tanto para sí como para todos los hombres;
- para que de modo cada vez más maduro vea con los ojos de la fe la verdadera dimensión y la belleza del sacerdocio;
- para que persevere en la acción de gracias por el don de la vocación como una gracia no merecida;
- para que, dando gracias incesantemente, se corrobore en la fidelidad a este santo don que, precisamente porque es

totalmente gratuito, obliga más.

3. Te damos gracias por habernos hecho semejantes a Ti como ministros de tu sacerdocio, llamándonos a edificar tu Cuerpo, la Iglesia, no solo mediante la administración de los sacramentos, sino también y antes que nada, con el anuncio de tu mensaje de salvación», haciéndonos partícipes de tu responsabilidad de Pastor.

Te damos gracias por haber tenido confianza en nosotros, a pesar de nuestra debilidad y fragilidad humana, infundiéndonos en el Bautismo la llamada y la gracia de una perfección a conquistar día tras día.

Pedimos saber cumplir siempre nuestros deberes sagrados según la medida del corazón puro y de la conciencia recta. Que seamos «hasta el fin» fieles a Ti, que nos has amado «hasta el fin».

Que no tengan acceso a nuestras almas aquellas corrientes de ideas, que disminuyen la importancia del sacerdocio ministerial, aquellas opiniones y tendencias que atacan la naturaleza misma de la santa vocación y del servicio, al cual Tú, Cristo, nos llamas en tu Iglesia.

Cuando el Jueves Santo, instituyendo la Eucaristía y el Sacerdocio, dejabas a aquellos que habías amado hasta el fin, les prometiste el nuevo «Abogado» -«el Espíritu de verdad»- esté en nosotros con sus santos dones. Que estén en nosotros la sabiduría e inteligencia, la ciencia y el consejo, la fortaleza, la piedad y el santo temor de Dios, para que sepamos discernir siempre lo que procede de Ti, y distinguir lo que procede del «espíritu del mundo», incluso, del «príncipe de este mundo».

4. Haz que no «entrístezcamos» tu Espíritu

- con nuestra poca fe y falta de disponibilidad para testimoniar tu Evangelio “de obra y de verdad”;
- con el “secularismo” o con el querer “conformarnos a este siglo” a cualquier precio;
- finalmente, con la falta de aquella caridad, que “es paciente, es benigna...”, que “no es jactanciosa...” y no “busca lo suyo...”, que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera...”, de aquella caridad que «se complace en la verdad» y sólo de la verdad.

Haz que no «entrístezcamos» al Espíritu

- con todo aquello que lleva en sí tristeza interior y estorbos para el alma,
- con lo que hace nacer complejos y causa rupturas con los otros,
- con lo que hace de nosotros un terreno preparado para toda tentación,
- con lo que se manifiesta como un deseo de esconder el propio sacerdocio ante los hombres y evitar toda señal externa,
- con lo que, en último término, puede llegar a la tentación de la huida bajo el pretexto del «derecho a la libertad».

Haz que no empobrezcamos la plenitud y la riqueza de nuestra libertad, que hemos ennoblecido y realizado entregándonos a Ti y aceptando el don del sacerdocio.

Haz que no separemos nuestra libertad de Ti, a quien debemos el don de esta gracia inefable.

Haz que no «entrístezcamos» tu Espíritu.

Concédenos amar con el amor con el cual tu Padre «amó al mundo», cuando entregó «su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna».

Hoy, día en el que Tú mismo prometiste a tu Iglesia el Espíritu de verdad y de amor, todos nosotros, uniéndonos a los primeros que, durante la última Cena, recibieron de Ti el encargo de celebrar la Eucaristía, clamamos:

«Envía tu Espíritu... y renueva la faz de la tierra, también de la tierra sacerdotal, que Tú has hecho fértil con el sacrificio del Cuerpo y Sangre, que cada día renuevas sobre los altares mediante nuestras manos, en la viña de tu Iglesia.

5. Hoy todo nos habla de este amor, con el cual «amaste a la Iglesia y te entregaste por ella, para santificarla».

Mediante el amor redentor de tu entrega definitiva hiciste a la Iglesia tu esposa, llevándola por el camino de sus experiencias terrenas, para prepararla a las eternas «bodas del Cordero» en la casa del Padre.

Este amor nupcial del Redentor, este amor salvífico del Esposo hace fructíferos todos los «dones jerárquicos y carismáticos,» con los cuales el Espíritu Santo «provee y gobierna» la Iglesia.

¿Es lícito, Señor, que nosotros dudemos de este amor?

Quienquiera que se deje guiar por la fe viva en el Fundador de la Iglesia ¿puede acaso dudar de este amor al cual la Iglesia debe toda su vitalidad Espiritual?

¿Es lícito acaso dudar de:

- que Tú puedas y desees dar a tu Iglesia verdaderos «administradores de los misterios de Dios» y, sobre todo, verdaderos ministros de la Eucaristía?

- que Tú puedas y desees despertar en las almas de los hombres, especialmente de los jóvenes, el carisma del servicio sacerdotal, del modo como éste ha sido acogido y actuado en la tradición de la Iglesia? que Tú puedas y quieras despertar en estas almas, junto con la aspiración al sacerdocio, la disponibilidad al don del celibato por el Reino de los Cielos, del que han dado y dan todavía hoy prueba generaciones enteras de sacerdotes en la Iglesia Católica?

¿Es conveniente -en contra de lo dicho por el reciente Concilio Ecuménico y el Sínodo de los Obispos- seguir proclamando que la Iglesia debería renunciar a esta tradición y a esta herencia?

¿No es en cambio un deber nuestro como sacerdotes vivir con generosidad y alegría nuestro compromiso contribuyendo con nuestro testimonio y nuestra labor a la difusión de este ideal?

¿No es cometido nuestro hacer que crezca el número de los futuros presbíteros al servicio del pueblo de Dios, empeñándonos con todas nuestras fuerzas en despertar vocaciones y sosteniendo la función insustituible de los Seminarios, donde los llamados al sacerdocio ministerial puedan prepararse adecuadamente a la donación total de sí mismos a Cristo?

6. En esta meditación del Jueves Santo me atrevo a plantear a mis hermanos estos interrogantes que llevan muy

lejos, precisamente porque este día sagrado parece exigir de nosotros una total y absoluta sinceridad frente a Ti, Sacerdote eterno y buen Pastor de nuestras almas.

Si. Nos entristece que los años siguientes al Concilio, - indudablemente ricos en fermentos benéficos, pródigos e iniciativas edificantes, fecundos para la renovación Espiritual de todos los sectores de la Iglesia- hayan visto, por otro lado, surgir una crisis y manifestarse no raras resquebrajaduras.

Pero... ¿es posible acaso que en cualquier crisis, dudemos de tu amor, del amor con el que «has amado a la Iglesia entregándote a Ti mismo por ella»?.

Este amor y la fuerza del Espíritu de verdad ¿no son quizá más fuertes que toda debilidad humana?; ¿incluso cuando ésta parece prevalecer, presentándose además como signo de «progreso»?

El amor que Tú das a la Iglesia está destinado siempre al hombre débil y expuesto a las consecuencias de su debilidad. Y, no obstante, Tú no renuncias jamás a este amor, que ensalza al hombre y a la Iglesia, imponiendo a uno y a otra precisas exigencias.

¿Podemos nosotros «disminuir» este amor?. Y ¿no lo disminuimos cuantas veces, a causa de la debilidad del hombre, sentenciamos que se debe renunciar a las exigencias que él impone?

7. «Orad pues al dueño de la mies para que mande obreros a su mies...».

En el día del Jueves Santo, día del nacimiento del sacerdocio de cada uno de nosotros, vemos con los ojos de la fe toda la inmensidad de este amor que en el Misterio pascual te ha impulsado a hacerte «obediente hasta la muerte» y en esta luz vemos también mejor nuestra indignidad. Sentimos necesidad de decir, hoy más que nunca: «Señor, yo no soy digno...»

Verdaderamente «somos siervos inútiles».

Procuramos no obstante ver esta nuestra indignidad e «inutilidad» con una sencillez tal que nos haga hombres de gran esperanza. «La esperanza no queda confundida» porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado».

Este Don es precisamente fruto de tu amor: es el fruto del Cenáculo y del Calvario.

Fe, esperanza y caridad deben ser la medida adecuada para nuestras valoraciones e iniciativas.

Hoy, en el día de la institución de la Eucaristía, Te pedimos con la más profunda humildad y con todo el fervor de que somos capaces que ella sea celebrada en toda la tierra por los ministros llamados a ello, para que a ninguna comunidad de discípulos y confesores tuyos falte este santo sacrificio y alimento Espiritual.

8. La Eucaristía es sobre todo un don para la Iglesia. Don inefable. También el sacerdocio es un don para la Iglesia, en función de la Eucaristía.

Hoy, cuando se dice que la comunidad tiene derecho a la Eucaristía, se debe recordar particularmente que Tú has recomendado a tus discípulos «orar al dueño de la mies que envíe obreros a su mies».

Si no se reza con fervor, si no nos empeñamos con todas las fuerzas a fin de que el Señor mande a las comunidades buenos ministros de la Eucaristía, ¿se puede entonces afirmar con convicción interna, que «la comunidad tiene derecho»?

Si tiene derecho... entonces tiene derecho al don. Un don no puede tratarse como si no fuera don. Se debe rezar con insistencia para conseguir tal don. Se debe pedirlo de rodillas.

Por consiguiente, considerando que la Eucaristía es el don más grande del Señor a la Iglesia es preciso pedir sacerdotes, puesto que el sacerdocio es un don para la Iglesia.

En este Jueves Santo, reunidos junto con los Obispos en nuestras asambleas sacerdotales, Te pedimos, Señor, que nos invada siempre la grandeza del Don, que es el Sacramento de tu Cuerpo y de tu Sangre.

Haz que nosotros, en conformidad interior con la economía de la gracia y con la ley del don, roguemos sin cesar al dueño de la mies, y que nuestra invocación brote de un corazón puro, que tenga en sí la sencillez y la sinceridad de los verdaderos discípulos. Entonces Tú, Señor, no rechazarás nuestra súplica.

9. Tenemos que clamar hacia Ti con una voz tan fuerte como lo exigen la grandeza de la causa y la elocuencia de la necesidad de los tiempos. Y por eso, clamamos suplicantes.

No obstante, tenemos plena conciencia de que no sabemos pedir lo que nos conviene». ¿No es quizá así, dado que tocamos un problema que nos desborda?. Precisamente, éste es nuestro problema. No hay otro que sea tan nuestro como este.

El día del Jueves Santo es nuestra fiesta. Pensamos al mismo tiempo en aquellos campos, que «ya están amarillos para la siega». Por esto, tenemos confianza en que el Espíritu vendrá «en ayuda de nuestra flaqueza el que «aboga por nosotros con gemidos inefables». Porque es siempre el Espíritu que «rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo».

10. No consta que tu Madre estuviera en el Cenáculo del Jueves Santo. Sin embargo, nosotros te imploramos principalmente por su intercesión. ¿Qué puede serle más querido que el Cuerpo y la Sangre de su propio Hijo, entregado a los Apóstoles en el Misterio Eucarístico, el Cuerpo y la Sangre que nuestras manos sacerdotales ofrecen incesantemente en sacrificio por la «vida del mundo»?.

Por esto, a través de Ella, especialmente hoy, todos nosotros te damos gracias.

- Y a través de Ella imploramos que se renueve nuestro sacerdocio en la fuerza del Espíritu Santo;
- que brille en él la humilde y fuerte certeza de la vocación y de la misión;
- que crezca la disponibilidad al servicio sagrado.

¡Cristo del Cenáculo y del Calvario! acógenos a todos nosotros, que somos los sacerdotes del Año del Señor 1982 y santifícanos nuevamente con el misterio del Jueves Santo. Amén.

JUEVES SANTO DE 1983

Queridos Hermanos en el sacerdocio de Cristo:

Deseo dirigirme a vosotros, al comienzo del Año Santo de la Redención y del Jubileo extraordinario, que ha quedado abierto tanto en Roma como en toda la Iglesia el día 25 de este mes. La elección de este día, solemnidad de la Anunciación del Señor y, a la vez, de la Encarnación, es singularmente elocuente. En efecto, el misterio de la Redención tuvo su comienzo cuando el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen de Nazaret por obra del Espíritu Santo, y alcanzó su punto culminante en el evento pascual con la muerte y resurrección del Salvador. A partir de esta fecha calculamos nuestro Año jubilar, deseando que precisamente durante este año el misterio de la Redención se haga particularmente presente y sea fructuoso en la vida de la Iglesia. Sabemos que está siempre presente y es fructuoso, que acompaña siempre la peregrinación terrena del Pueblo de Dios, lo penetra y lo modela desde el interior. Sin embargo, la costumbre de hacer referencia a períodos de cincuenta años en esta peregrinación corresponde a una antigua tradición. Queremos ser fieles a esta tradición confiando a la vez que ella encierre en sí misma una parte del misterio del tiempo elegido por Dios: aquel Kairós, en el que se realiza la economía de la salvación.

He aquí pues que, al comienzo de este nuevo Año de la Redención y del Jubileo extraordinario, a los pocos días de su apertura, llega el Jueves Santo de 1983. Esta fecha nos recuerda -como todos sabemos- el día, en que junto con la Eucaristía fue instituido por Cristo el sacerdocio ministerial. Este a su vez fue instituido para la Eucaristía y, por consiguiente, para la Iglesia, que, como comunidad del Pueblo de Dios, se forma en la Eucaristía. Este sacerdocio ministerial y jerárquico es participado por nosotros. Nosotros lo recibimos el día de la Ordenación a través del ministerio del Obispo, que nos ha transmitido a cada uno de nosotros el sacramento iniciado con los Apóstoles - durante la última Cena, en el Cenáculo- el Jueves Santo. Por consiguiente, aunque las fechas de nuestra Ordenación sean diversas, el Jueves Santo permanece cada año como el día del nacimiento de nuestro sacerdocio ministerial. En ese santo día cada uno de nosotros, como sacerdotes de la Nueva Alianza, ha nacido en el sacerdocio de los Apóstoles. Cada uno de nosotros ha nacido en la revelación del único y eterno sacerdocio del mismo Jesucristo. En efecto, esta revelación tuvo lugar en el Cenáculo del Jueves Santo, la víspera del Gólgota. Precisamente allí, Cristo dio comienzo a su ministerio pascual: lo «abrió». Y lo abrió concretamente con la llave de la Eucaristía y del Sacerdocio.

Por esto, el día del Jueves Santo nosotros, «ministros de la Nueva Alianza», nos unimos, junto con los Obispos, en las catedrales de nuestras Iglesias; nos unimos ante Cristo única y eterna fuente de nuestro sacerdocio. En esta unión del Jueves Santo nos encontramos en El y, al mismo tiempo por El, con El y en El nos encontramos a nosotros mismos. Sea bendito Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por la gracia de esta unión.. Por tanto, en este momento importante, deseo una vez más anunciar el Año conmemorativo de la Redención y el Jubileo extraordinario.

Deseo anunciarlo singularmente a vosotros y ante vosotros, venerados y queridos Hermanos en el sacerdocio de Cristo, y deseo meditar, al menos brevemente, junto con vosotros sobre su significado. En efecto, a todos nosotros, como sacerdotes de la Nueva Alianza, se refiere de manera especial este Jubileo. Si para



todos los creyentes, hijos e hijas de la Iglesia, significa una invitación a releer nuevamente su propia vida y su vocación a la luz del misterio de la Redención, entonces esta misma invitación se dirige a nosotros con una intensidad, yo diría aún mayor. Por consiguiente, el Año Santo de la Redención y el Jubileo extraordinario quieren decir que debemos ver nuevamente nuestro sacerdocio ministerial a aquella luz, bajo la cual ha sido inscrito por Cristo mismo en el misterio de la Redención.

«Ya no os llamó siervos... os digo amigos». Estas palabras fueron pronunciadas en el Cenáculo, en el contexto inmediato de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio ministerial Cristo dio a conocer a los Apóstoles y a todos los que, de ellos heredan el sacerdocio ordenado, que en esta vocación y por este ministerio

deben convertirse en sus amigos, convertirse en amigos de aquel misterio que El ha venido a dar cumplimiento. Ser sacerdote quiere decir estar singularmente en amistad con el misterio de Cristo, con el misterio de la Redención en el que El da su «carne por la vida del mundo». Nosotros que celebramos cada día la Eucaristía, el sacramento salvador del Cuerpo Y Sangre, debemos estar en intimidad especial con el misterio, del que este sacramento se origina. El sacerdocio ministerial se despliega solo y exclusivamente bajo el perfil de este misterio divino y únicamente se realiza bajo este aspecto.

En lo profundo de nuestro «yo» sacerdotal, gracias a aquello en que cada uno de nosotros se ha convertido en el momento de la Ordenación, nosotros somos «amigos»: somos testigos particularmente cercanos a este Amor, que se manifiesta en la Redención. El se manifestó «al principio» en la creación y junto con la caída del hombre se manifiesta siempre en la redención. «Por que tanto ama Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna». Esta es la definición del amor en su significado redentor. Este es el misterio de la Redención definido por el amor. El Hijo Unigénito es el que recoge este amor del Padre y lo da al Padre, llevándolo al mundo. El Hijo Unigénito es el que, por este amor, se da a sí mismo por la salvación del mundo: por la vida eterna de cada hombre, su hermano y hermana.

Y nosotros, sacerdotes, ministros de la Eucaristía, somos «amigos»: nos encontramos particularmente cercanos a este Amor redentor, que el Hijo Unigénito trajo al mundo y que trae continuamente, Aunque todo esto nos embarga de un santo temor, no obstante debemos reconocer que junto con la Eucaristía el misterio de aquel Amor redentor se encuentra, en cierto modo, en nuestras manos. Que vuelve cada día a nuestros labios. Que está inscrito permanentemente en nuestra vocación y en nuestro ministerio.

¡Oh! ¡Cuán profundamente está constituido cada uno de nosotros en el propio «yo» sacerdotal a través del misterio de la Redención! De esto, concretamente de todo esto, nos hace conscientes la liturgia del Jueves Santo. Y precisamente esto debemos hacer objeto de nuestras meditaciones a lo largo del Año jubilar. Alrededor de esto debe concentrarse nuestra personal renovación interior, porque el Año jubilar es entendido por la Iglesia como un tiempo de renovación para los demás, para nuestros hermano y hermanas en la vocación cristiana, entonces debemos ser también sus testigos y como portavoces ante nosotros mismos: el Año Santo de la Redención Año de La renovación en la vocación sacerdotal.

Operando tal renovación interior en nuestra santa vocación, podremos mayormente y con más eficacia predicar, «un añade gracia del Señor». En efecto, el misterio de la Redención no es una mera abstracción teológico sino que es una incesante realidad mediante la cual Dios abraza al hombre en Cristo con su eterno amor y el hombre, reconoce este amor, se deja guiar e impregnar por él, permite ser transformado interiormente por él, y por medio de él se convierte en criatura nueva. De este modo, el hombre creado de nuevo por el amor que le ha sido revelado en Cristo, levanta la mirada de su alma hacia Dios y profesa con el salmista: *Copiosa apud eum redemptio!* «En él hay redención abundante».

En el Año Jubilar, esta profesión debe brotar del corazón de toda la Iglesia con fuerza singular. Y esto debe cumplirse, queridos Hermanos, por obra de vuestro testimonio y de vuestro ministerio sacerdotal.

La redención permanece unida al perdón de la manera más estricta. Dios nos ha redimido en Cristo Jesús, porque nos ha perdonado en Cristo Jesús; Dios ha hecho que nos convirtamos en una «nueva criatura porque en él nos ha agraciado con el perdón Dios reconcilió consigo el mundo en Cristo. Y precisamente porque lo ha reconciliado en Jesucristo, en cuanto primogénito de toda criatura, la unión del hombre con Dios se ha consolidada irreversiblemente. Tal unión que, en un tiempo, el «primer» Adán consintió fuese arrebatada en él a toda la humanidad, no puede ser quitada ya por nadie a la humanidad, desde que queda enraizada y consolidada en Cristo, el «segundo Adán». Por esto mismo, la humanidad se convierte sin cesar, en Cristo, en una «nueva criatura». Y esto es así, porque en él y por él la gracia de la remisión de los pecados sigue siendo inagotable para todo hombre: *copiosa apud eum redemptio!*

En el Año Jubilar, queridos Hermanos, debemos hacernos particularmente conscientes de que estamos al servicio de esta reconciliación con Dios que se ha cumplido en Cristo de una vez para siempre. Somos siervos y administradores de este sacramento, en el que la Redención se manifiesta y realiza como perdón, como remisión de los pecados.

¡Oh! ¡Cuán elocuente es el hecho de que Cristo, después de su resurrección, entrase de nuevo en aquel Cenáculo donde el día de Jueves Santo había dejado a los Apóstoles, junto con la Eucaristía, el sacramento del sacerdocio ministerial y le dijo entonces: «Recibir el Espíritu Santo; a quienes perdonen los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengan, les serán retenidos».

Así como antes les había dado la facultad de celebrar la Eucaristía, esto es, de renovar de manera sacramental su propio Sacrificio pascual, así ahora, les da la facultad de perdonar los pecados.

Cuando ya en el Año Jubilar meditéis sobre cómo vuestro sacerdocio ministerial ha sido inscrito en el misterio de la Redención de Cristo, tened esto siempre presente ante vuestros ojos. El Jubileo es en efecto ese tiempo singular en que la Iglesia, según una antiquísima tradición, renueva, en la entera comunidad del Pueblo de Dios, la conciencia de la Redención mediante una peculiar intensidad de la remisión y del perdón de los pecados: justamente de la remisión y del perdón de que nosotros, sacerdotes de la Nueva Alianza, somos después de los Apóstoles los legítimos herederos.

Como consecuencia de la remisión de los pecados en el Sacramento de la Penitencia, todos aquellos que, valiéndose de nuestro servicio total, reciben este Sacramento, pueden beneficiarse aún más plenamente de la generosidad de la Redención de Cristo, consiguiendo la remisión de las penas temporales que, después de la remisión de los pecados, quedan aún por expiar en la vida presente o en la futura. La Iglesia cree que toda remisión proviene de la Redención llevada a cabo en Cristo. Al mismo tiempo, cree también y espera que el mismo Cristo acepta la mediación de su Cuerpo Místico en la remisión de los pecados y de las penas temporales. Y dado que, en base al misterio del Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, se va desarrollando el misterio de la Comunión de los Santos, en perspectiva de la eternidad, la Iglesia durante el Año Jubilar mira con singular confianza hacia este Misterio.

La Iglesia desea beneficiarse, ahora más que nunca, de los méritos de María Santísima y de los Santos, así como de su mediación para hacer más actual aún la Redención cumplida en Cristo con todos sus efectos y frutos de la salvación. De este modo la praxis de las Indulgencias, en conexión con el Año Jubilar, desvela su profundo significado, evangélico, en cuanto el bien, dimanado del Sacrificio redentor de Cristo en todas las generaciones de Mártires y de Santos de la Iglesia desde su comienzo hasta nuestros días, fructifica de nuevo en las almas de los hombres de nuestra época por la gracia de la remisión de los pecados y de los efectos del pecado.

¡Queridos Hermanos míos en el Sacerdocio de Cristo! En el curso del Año Jubilar saber ser de manera especial los maestros de la verdad de Dios sobre el perdón y la remisión, tal como ha sido proclamada incesantemente por la Iglesia. Presentar esta verdad en toda su riqueza Espiritual. Buscad caminos para ella en los ánimos y en las conciencias de los hombres de nuestros tiempos. Y a la vez que maestros, saber ser en este Año Santo, de manera singularmente servicial y generosa, los ministros del Sacramento de la Penitencia, por el que los hijos e hijas de la Iglesia obtienen la remisión de los pecados. Buscad en el servicio del confesionario la insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial, cuyo modelo nos han legado tantos Sacerdotes santos y Pastores de almas en la historia de la Iglesia, hasta nuestros días. La fatiga de este ministerio sagrado os ayude a comprender aún más cómo el sacerdocio ministerial de cada uno de nosotros está inscrito en el misterio de la Redención de Cristo mediante la cruz y la resurrección.

4. Con las palabras que os estoy escribiendo, deseo proclamar, de manera peculiar para vosotros, el Jubileo del Año Santo de la Redención. Como ya sabéis por los documentos hasta ahora publicados, el Jubileo se celebra contemporáneamente en Roma y en toda la Iglesia, desde el 25 de este mes hasta al Día de Pascua del próximo año. De este modo la gracia singular del Año de la Redención queda confiada a todos mis Hermanos en el Episcopado, en cuanto Pastores de las Iglesias locales, en la comunidad

universal de la Iglesia católica. Contemporáneamente la misma gracia del Jubileo extraordinario se confía también a vosotros queridos hermanos en el sacerdocio de Cristo. En efecto, vosotros en unión de vuestros Obispos sois pastores de las parroquias y de las demás comunidades del Pueblo de Dios, existentes en todas las partes del mundo.

Y así, es preciso que el Año de la Redención sea vivido en la Iglesia, partiendo justamente de estas comunidades fundamentales del Pueblo de Dios. A este respecto, quiero reproducir aquí algunos pasos de la Bula de convocación del Año Jubilar, que testimonian explícitamente esta exigencia.

«El año de la Redención he escrito debe dejar una huella particular en toda la vida de Iglesia, para que los cristianos sepan descubrir de nuevo en su experiencia existencial todas las riquezas inherentes a la salvación que les ha sido comunicada desde el bautismo». En efecto «en el descubrimiento y en la práctica vivida de la economía sacramental de la Iglesia, a través de la cual llega a cada uno y a la comunidad la gracia de Dios en Cristo, hay que ver el profundo significado y la belleza arcana de este Año que el Señor nos concede celebrar».

En una palabra, el Año Jubilar quiere ser «una llamada al arrepentimiento y a la conversión», en orden «a una renovación Espiritual en cada uno de los fieles, en las parroquias, en las diócesis, en las comunidades religiosas y en otros centros de vida cristiana y de apostolado». Si esta llamada será escuchada generosamente, se producirá una especie de movimientos «desde abajo» que, partiendo de las parroquias y de las variadas comunidades -como he dicho recientemente ante mi querido Presbiterio de Roma- reavivará las diócesis y de este modo no dejará de tener positiva influencia en la Iglesia entera. Precisamente para favorecer este dinamismo ascendente, en la Bula me he limitado a ofrecer algunas orientaciones de carácter general dejando «a las Conferencias Episcopales y a los Obispos de cada diócesis el cometido de establecer indicaciones y sugerencias pastorales de

acuerdo con la mentalidad y costumbres de cada lugar y con las finalidades del 1950º aniversario de la muerte y resurrección de Cristo».

5. Por esto, queridos Hermanos, os ruego encarecidamente que reflexionéis sobre como se puede y debe celebrar el Santo Jubileo del Año de la Redención en cada parroquia, así como en las demás comunidades del Pueblo de Dios, entre las cuales ejercéis el ministerio sacerdotal y pastoral. Os ruego que reflexionéis sobre cómo se puede y debe celebrar en el marco de tales comunidades y al mismo tiempo en unión con la Iglesia local y universal. Os ruego que prestéis singular atención a los ambientes que la Bula recuerda expresamente, como son el de los Religiosos y Religiosas de clausura, el de los enfermos, de los encarcelados, de los ancianos u otros que sufren. Sabemos en efecto que continuamente y de modos diversos se están actuando las palabras del Apóstol: «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia».

Ojalá el Jubileo extraordinario pueda convertirse así de verdad gracias a esta solicitud y esmero pastoral, en «el año de misericordia del Señor», según las palabras del Profeta para cada uno de vosotros, queridos Hermanos, y también para todos aquellos que Cristo, Sacerdote y Pastor, ha confiado a vuestro servicio sacerdotal y pastoral.

Aceptar la Presente carta para el día sagrado de Jueves Santo como manifestación de amor cordial; y orad también por quien la escribe, para que no le falte nunca este amor, en torno al cual Cristo Señor interrogó por tres veces a Simón Pedro. Con estos sentimientos os doy a todos mi bendición.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el Domingo de Ramos, día 27 de marzo de 1983, quinto de Pontificado.

Joannes Paulus pp. II

JUEVES SANTO DE 1984

«El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé me ha unguido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados. Para publicar el año de gracia de Yavé» (Is 61, 12).

Amadísimos Hermanos en la gracia del Sacerdocio:

Hace un año me dirigía a vosotros mediante la carta para el *Jueves Santo de 1983*, pidiéndoles anunciar, junto conmigo y con todos los Obispos de la Iglesia, el *Año de la Redención*: el Jubileo extraordinario, el Año de gracia del Señor.

Hoy deseo agradecerles cuanto habéis hecho para que este Año, que nos recuerda el 1950 aniversario de la Redención, se convirtiera verdaderamente en «el año de gracia del Señor», el Año Santo. Y a la vez, al encontrarme con vosotros en esta concelebración, en la que culmina vuestra peregrinación a Roma con ocasión del Jubileo, deseo *renovar y profundizar* en unión con vosotros *la conciencia del misterio de la Redención*, que es el manantial vivo y vivificador del sacerdocio sacramental, del que cada uno de nosotros participa.

En vosotros, aquí llegados no sólo de Italia, sino también de otros Países y Continentes, veo a todos los sacerdotes: a *todo el*

Presbiterio de la Iglesia universal. Y a todos me dirijo con el aliento y la exhortación de la Carta a los Efesios: «...os exhorto yo... a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados» (Ef 4, 1).

Es necesario que nosotros también -llamados a servir a los demás en la renovación Espiritual del Año de la Redención- nos renovemos, mediante la gracia de este Año, en nuestra hermosa vocación.

2. *«Cantaré siempre las piedades de Yavé».*

Este versículo del salmo responsorial (89/88, 2) de la liturgia de hoy nos recuerda que somos de modo especial «ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1), que somos *hombres de la divina economía de salvación*, que somos un «*instrumento*» consciente de la gracia, o sea de la acción del Espíritu Santo con el poder de la Cruz y Resurrección de Cristo.

¿Qué es esta economía divina? ¿Qué es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, gracia que El ha querido unir sacramentalmente a nuestra vida sacerdotal y a nuestro servicio sacerdotal, aunque sea ofrecida por hombres tan pobres e indignos?. La gracia, como proclama el Salmo de la liturgia de hoy, es un *testimonio de la*

*fideli*dad de Dios mismo a aquel Amor eterno con el que El ha amado la creación, y particularmente al hombre, en su Hijo eterno.

Dice el Salmo: «Porque dijiste: La piedad es eterna. Cimentaste en los cielos tu fidelidad» (89 / 88, 3).

Esta fidelidad de su Amor -del Amor misericordioso- es la *fideli*dad a la Alianza que Dios ha realizado, desde el comienzo, con el hombre y que ha renovado muchas veces, a pesar de que el hombre con frecuencia no haya sido fiel a ella.

La gracia es por consiguiente un puro don del Amor, que sólo en el mismo Amor, y no en otra cosa, encuentra su razón y motivo.

El Salmo exalta la Alianza que Dios ha estrechado con David y al mismo tiempo, a través de su contenido mesiánico, revela cómo aquella Alianza histórica es solamente una etapa y un anuncio previo a la Alianza perfecta en Jesucristo: «El me invocará, diciendo: Tú eres mi padre, mi Dios y la Roca de mi salvación» (89/88, 27).

La gracia, como don, es el fundamento de la elevación del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios en Cristo, Hijo Unigénito. «Serán con él mi fidelidad y mi piedad, y en mi nombre se alzarán su poder» (89/88, 25). Precisamente este poder que nos hace hijos de Dios, del que habla el prólogo del Evangelio de San Juan todo el poder salvífico ha sido otorgado a la humanidad en Cristo, mediante la Redención, la Cruz y la Resurrección.

Y nosotros -siervos de Cristo- somos sus administradores. El sacerdote es el hombre de la economía salvífica. El sacerdote es el hombre plasmado por la gracia. El sacerdote es el administrador de la gracia.

3. «Cantaré siempre las piedades de Yavé».

Precisamente ésta es nuestra vocación. En esto consiste la peculiaridad y la originalidad de la vocación sacerdotal. Está arraigada de manera especial en la misión de Cristo mismo, de Cristo Mesías.

«El Espíritu del Señor, Yavé, está sobre mí, pues Yavé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de quebrantado corazón, para anunciar la libertad de los cautivos y la liberación de los encarcelados... para consolar a todos los tristes» (Is 61, 12).

Precisamente en lo íntimo de esta misión mesiánica de Cristo Sacerdote está arraigada también nuestra vocación y misión: vocación y misión de sacerdotes de la Nueva y Eterna Alianza. Es la vocación y la misión de los mensajeros de la Buena Nueva; de los que tienen que curar las heridas de los corazones humanos; de los que tienen que proclamar la liberación en medio de múltiples aflicciones, en medio del mal que de tantas maneras «tiene» esclavizado al hombre; de los que tienen que consolar.

Esta es nuestra vocación y misión de *servidores*. Nuestra vocación, queridos hermanos, encierra en sí un gran y fundamental servicio respecto de cada hombre. Ninguno puede prestar este servicio en lugar nuestro. Ninguno puede sustituirnos. Debemos

alcanzar con el Sacramento de la Nueva y Eterna Alianza las raíces mismas de la existencia humana sobre la tierra.

Debemos, día tras día, introducir en ella la *dimensión de la Redención y de la Eucaristía*.

Debemos reforzar la conciencia de la *filiación divina* mediante la *gracia*. ¿Qué perspectiva más alta y qué destino más excelso podría tener el hombre?.

Debemos finalmente administrar la realidad sacramental de la reconciliación con Dios y de la sagrada Comunión, en la que se sale al encuentro de la más profunda aspiración del «insaciable» corazón humano. Verdaderamente nuestra *unción sacerdotal* está enraizada profundamente en la misma *unción mesiánica de Cristo*.

Nuestro sacerdocio es ministerial. Sí, debemos servir. Y «servir» significa llevar al hombre a los fundamentos mismos de su humanidad, al meollo más profundo de su dignidad. Precisamente allí debe resonar -mediante nuestro servicio- el «canto de alabanza en vez de un espíritu abatido para usar una vez más las palabras del texto de Isaías (61, 3).

4. Amadísimos hermanos: Redescubramos, día a día y año tras año *el contenido y la esencia*, verdaderamente inefables, de nuestro sacerdocio en las profundidades del misterio de la Redención. Yo deseo que a esto ayude de modo particular el Año en curso del Jubileo extraordinario.

- *Abramos cada vez más ampliamente los ojos* -la mirada del alma- para comprender mejor lo que quiere decir celebrar la Eucaristía, el *Sacrificio de Cristo mismo*, confiado a nuestros labios y a nuestras manos de sacerdotes en la comunidad de la Iglesia.

- *Abramos cada vez más ampliamente los ojos* -la mirada del alma- para comprender mejor lo que significa *perdonar los pecados y reconciliar las conciencias humanas con Dios* Infiinitamente Santo, con el Dios de la Verdad y del Amor.

- *Abramos cada vez más ampliamente los ojos* -la mirada del alma- para comprender mejor lo que quiere decir *actuar* «in persona Christi, *en nombre de Cristo*: actuar con su poder, con el poder que, en definitiva, se arraiga en la realidad salvífica de la Redención.

- *Abramos cada vez más ampliamente los ojos* -la mirada del alma- para comprender mejor lo que es *el misterio de la Iglesia*. *¡Somos hombres de Iglesia!*

«Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido convocados. *Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre* de todos, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo» (Ef 4, 46).

Por tanto: esforzarse «en mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz» (Ef 4, 3). Sí. Precisamente esto depende, de manera particular, de vosotros: «mantener la unidad del Espíritu».

En una época de grandes tensiones, que sacuden el cuerpo terreno de la humanidad, el *servicio más importante de la Iglesia*



nace de la «unidad del Espíritu», a fin de que no sólo no sufra ella misma una división desde fuera, sino que además *reconcilie y una* a los hombres en medio de las contrariedades que se acumulan en torno a ellos mismos en el mundo actual.

Hermanos míos: A cada uno de vosotros «ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo... para la *edificación* del cuerpo de Cristo» (Ef 4, 7.12). ¡Seamos fieles a esta gracia! ¡Seamos heroicamente fieles a ella!

Hermanos míos: El don de Dios ha sido grande para con nosotros, para cada uno de nosotros. Tan grande que todo sacerdote puede descubrir dentro de sí los signos de una predilección divina. Cada uno conserve fundamentalmente su don con toda la riqueza de sus expresiones; también el don magnífico del celibato voluntariamente consagrado al Señor -y de El recibido- para nuestra santificación y para la edificación de la Iglesia.

5. *Jesucristo* está en medio de nosotros y nos dice: «Yo soy el buen pastor» (Jn 11. 14).

Es precisamente El quien nos ha «*constituido*» *pastores* también a nosotros. Y es El quien recorre todas las ciudades y pueblos (cfr. Mt 9, 35), *a donde somos enviados* para desarrollar nuestro servicio sacerdotal y pastoral.

Es El, Jesucristo, quien enseña, predica el evangelio del Reino y cura toda enfermedad (cfr. *ibidem*) del hombre, *a donde somos enviados para el servicio del Evangelio y la administración de los Sacramentos*.

Es precisamente Él, Jesucristo, quien siente continuamente compasión de las multitudes y de cada hombre cansado y rendido, como «ovejas sin pastor» (Cfr. Mt 9, 36).

Queridos hermanos: En esta asamblea litúrgica *pidamos a Cristo* una sola cosa: que cada uno de nosotros sepa *servir mejor*, más límpida y eficazmente, *su presencia de Pastor* en medio de los hombres en el mundo actual. Esto es también muy importante

para nosotros, a fin de que no nos entre la tentación de la «inutilidad», es decir, la de sentirnos no necesarios. Porque no es verdad. *Somos más necesarios que nunca, porque Cristo es más necesario que nunca*. El Buen Pastor es necesario más que nunca. Nosotros tenemos en la mano -precisamente en nuestras «manos vacías»- la fuerza de los medios de acción que nos ha dado el Señor.

Pensar en la Palabra de Dios, más tajante que una espada de doble filo (cfr. Heb 4, 12); pensar en la oración litúrgica, particularmente en la de las Horas, en la que Cristo mismo pide con nosotros y por nosotros; y pensar en los Sacramentos, en particular en el de la Penitencia, verdadera tabla de salvación para tantas conciencias, meta hacia la que tienden tantos hombres de nuestro tiempo. Conviene que los sacerdotes den nuevamente gran importancia a este Sacramento, para la propia vida Espiritual y para la de los fieles.

Es cierto, amadísimos hermanos: con el buen uso de estos «medios pobres» (pero divinamente poderosos) veréis florecer en vuestro camino las maravillas de la infinita Misericordia.

¡Incluso el don de nuevas vocaciones!

Con tal conciencia, en esta oración común, escuchemos de nuevo las palabras del Maestro, dirigidas a sus discípulos: « la mies es mucha, pero los obreros pocos. *Rogar*, pues, *al dueño de la mies* que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37.38).

¡Cuánta actualidad tienen estas palabras también en nuestra época!

Roguemos pues. Que pida con nosotros toda la Iglesia. Y que en esta oración se manifieste la conciencia, renovada por el Jubileo, *del misterio de la Redención*.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 1985

Queridos hermanos sacerdotes:

En la liturgia del Jueves Santo nos unimos de manera particular *a Cristo*, que es la fuente eterna e incesante de nuestro sacerdocio en la Iglesia. El es el único Sacerdote del propio sacrificio, como es también la inefable *víctima* (hostia) del propio sacerdocio en el sacrificio del Gólgota.

Durante la última Cena, El ha dejado a su Iglesia este sacrificio el sacrificio de la nueva y eterna Alianza como Eucaristía: el sacramento de su Cuerpo y Sangre bajo las especies del pan y del vino «según el orden de Melquisedec»

Cuando dice a los Apóstoles: «Haced esto en memoria mía», El constituye a los ministros de este Sacramento en la Iglesia, en la que a lo largo de los tiempos debe continuar, renovarse y realizarse el sacrificio ofrecido por El para la redención del mundo. A estos mismos ministros les ordena obrar en virtud del sacerdocio sacramental recibido en su lugar, «*In persona Christi*».

Todo ello, queridos hermanos, nos es comunicado en la Iglesia mediante la sucesión apostólica. El Jueves Santo es cada año *el día del nacimiento de la Eucaristía*, y a la vez *el nacimiento de nuestro sacerdocio*, que es ante todo ministerial y

al mismo tiempo jerárquico. Es ministerial, porque en virtud del Orden sagrado ejercemos en la Iglesia aquel servicio que sólo los sacerdotes pueden realizar: ante todo el servicio de la Eucaristía. Y es también jerárquico porque este servicio nos permite, mientras servimos, guiar pastoralmente a cada comunidad del Pueblo de Dios, en comunión con los Obispos, quienes han heredado de los Apóstoles el poder y el carisma pastoral en la Iglesia.

2. El día solemne del Jueves Santo la comunidad sacerdotal, es decir, el Presbiterio de cada Iglesia comenzando por la de Roma, da una particular *expresión a su unión* en el sacerdocio de Cristo. En este día me dirijo también no por vez primera, y en unión colegial con mis Hermanos en el episcopado a vosotros que sois *mis y nuestros hermanos en el sacerdocio ministerial de Cristo*, en todo lugar de la tierra, en cada nación, pueblo, lengua y cultura. Como os escribí ya otra vez, adaptando las conocidas palabras de San Agustín, os repito otra vez: «vobis sum episcopus», y al mismo tiempo «vobiscum sum sacerdos». En el día solemne del Jueves Santo, junto con todos vosotros, queridos hermanos, renuevo como cada obispo en su propia Iglesia con la mayor humildad y gratitud, *la conciencia de la realidad del Don* que mediante la Ordenación sacerdotal nos ha sido comunicado, a

cada uno y a todos, en el Presbiterio de la Iglesia universal.

El sentimiento de humilde gratitud debe cada año prepararnos mejor a la *multiplicación del talento* que el Señor nos ha confiado antes de partir, a fin de que podamos presentarnos ante El, en el día de su segunda venida, nosotros a quienes ha dicho: «Ya no os llamo siervos, os llamo amigos... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca».

3. Al hacer referencia a estas palabras de nuestro Maestro, que contienen en sí los mejores votos en el día del nacimiento de nuestro sacerdocio, en esta Carta del Jueves Santo deseo tocar uno de los problemas que encontramos necesariamente en el camino de nuestra vocación sacerdotal, así como en la misión apostólica.

De este problema habla más ampliamente la *Carta a los jóvenes* que acompaña el presente mensaje anual para el Jueves Santo. El año 1985, por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas, es celebrado en todo el mundo como el Año Internacional de la Juventud. Me ha parecido que esta iniciativa no podía quedar al margen de la Iglesia, como no han quedado otras nobles iniciativas de carácter Internacional, por ejemplo, la del año del anciano, de los minusválidos y otras semejantes. En tales iniciativas, la Iglesia no puede ni debe quedar al margen, por que ellas se hallan en el centro de su misión y servicio que es construirse y crecer como comunidad de creyentes, como bien indica la Constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. A su manera, cada una de estas iniciativas confirma la realidad de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo, a la que el último Concilio ha dado expresión magistral en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*.

Deseo, por tanto, también en la Carta para el Jueves Santo de este año, expresar algunos pensamientos sobre el tema de la juventud en el trabajo pastoral de los sacerdotes y, en general, en el apostolado propio de nuestra vocación.

4. Jesucristo es también en este campo el modelo perfecto. Su coloquio con el joven, que encontramos en el texto de los tres sinópticos constituye una fuente inagotable de reflexión sobre este tema. A tal fuente me refiero sobre todo en la «Carta a los Jóvenes» de este año. A ella hay que recurrir también para servirnos de la misma, especialmente cuando pensamos en nuestro empeño sacerdotal y pastoral con los jóvenes. En ello, Jesucristo debe ser para nosotros la primera y fundamental fuente de inspiración.

El texto del Evangelio indica que el Joven tuvo fácil acceso a Jesús. Para él, el Maestro de Nazaret era alguien a quien podía dirigirse con confianza; alguien a quien podía confiar sus Interrogantes esenciales; alguien de quien podía esperar una respuesta verdadera. Todo esto es también para nosotros una indicación de fundamental importancia. Cada uno de nosotros ha de distinguirse por una accesibilidad parecida a la de Cristo; es necesario que los jóvenes no encuentren dificultad en acercarse al sacerdote y que noten en él la misma apertura, benevolencia y disponibilidad frente a los problemas que le agobian. Es más, cuando son de temperamento un poco reservado o se cierran en

si mismos, el comportamiento del sacerdote les ha de facilitar la superación de las resistencias que de aquel hecho se derivan. Por lo demás, son diversos los caminos para instaurar y crear aquel contacto que, en su conjunto, puede definirse como «diálogo de salvación».

Sobre ese tema los sacerdotes comprometidos en la pastoral juvenil podrían decir mucho; deseo, pues, referirme simplemente a su propia experiencia. Una importancia especial tiene, naturalmente, la experiencia de los Santos; y sabemos que no faltan entre las generaciones de sacerdotes o los santos pastores de la juventud».



La accesibilidad del sacerdote respecto a los jóvenes significa no solamente facilidad de contacto con ellos, ya sea en el templo o también fuera de él, en aquellos lugares a donde los Jóvenes se sienten atraídos de acuerdo con las sanas características propias de su edad (pienso, por ejemplo, en el turismo; en el deporte y, en general, en la esfera de los intereses culturales). La accesibilidad de que

nos da ejemplo el mismo Cristo consiste en algo más. El sacerdote no sólo por su preparación ministerial, sino también por la competencia adquirida en las ciencias de la educación, debe despertar confianza como confidente en los problemas de carácter fundamental, en las cuestiones que se refieren a su vida Espiritual, en las dudas de conciencia. El joven que se acerca a Jesús de Nazaret pregunta directamente: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?». La misma pregunta puede ser planteada de modo distinto y no siempre tan explícito; con frecuencia se hace de modo indirecto y aparentemente indiferente. Sin embargo, la pregunta contenida en el Evangelio abarca, en cierto sentido, un amplio espacio en cuyo ámbito se desarrolla nuestro diálogo pastoral con la juventud.

Muchísimos son los problemas comprendidos en este espacio; en él vienen comprendidos numerosos interrogantes posibles y numerosas posibles respuestas, ya que la vida humana, especialmente durante la juventud, es multiforme en su riqueza de interrogantes, y el Evangelio por su parte es rico en posibilidades de respuesta.

5. Hace falta que el sacerdote que está en contacto con los jóvenes *sepa escuchar y sepa responder*. Hace falta que ambas cosas sean fruto de una madurez interior; hace falta que ello se plasme en una clara coherencia entre vida y enseñanza; es más, es necesario que esto sea fruto de la oración, de la unión con Cristo el Señor y de docilidad a la acción del Espíritu Santo. Naturalmente en ello es importante una instrucción adecuada, pero ante todo importa el sentido de responsabilidad frente a la verdad, frente al interlocutor. El coloquio que relatan los sinópticos prueba, en primer lugar, que el Maestro a quien el joven interlocutor se dirige, goza a sus ojos de una especial credibilidad y autoridad, es decir, de autoridad moral.

El joven espera de El la verdad y acepta su respuesta como expresión de una verdad que obliga. Dicha verdad puede ser exigente. No hemos de tener miedo de exigir mucho a los jóvenes. Puede ser que alguno se marche «entristecido» cuando le parezca que no es capaz de hacer frente a alguna de estas exigencias; a pesar

de todo, una tristeza puede ser también «salvífica». A veces, los jóvenes *tienen que abrirse camino* a través de tales *tristezas salvíficas* para llegar gradualmente a la verdad y a la alegría que la verdad lleva consigo. Por lo demás, los jóvenes saben que el verdadero bien no puede ser «fácil» sino que debe «costar». Ellos poseen una especie de sano instinto cuando de valores se trata. Si el terreno del alma no ha cedido todavía a la corrupción, ellos reaccionan directamente según este *sano juicio*. Si, por el contrario, la depravación ya ha penetrado, hace falta reconstruir este terreno, cosa que no es posible llevar a cabo sino dando respuestas verdaderas y proponiendo verdaderos valores.

En el modo de actuar de Cristo existe algo muy instructivo. Cuando el joven se dirige a El («Maestro bueno»), *Jesús en cierta manera se «hace a un lado»* porque le responde: «Nadie es bueno sino solo Dios». En efecto, en todos nuestros contactos con los jóvenes esto parece ser de una particular importancia. Nosotros, ante todo, hemos de estar *personalmente comprometidos*; hemos de comportarnos con la naturalidad propia del interlocutor, del amigo, del guía; y, a la vez, no podemos ni por un momento oscurecer a Dios poniéndonos, a nosotros en primer plano; no podemos empañar a quien «sólo El es bueno», a quien es Invisible y, a la vez, está muy presente: «Interior íntimo meo», como dice San Agustín. Comportándonos con toda naturalidad «en primera persona» no hemos de olvidar que, en cualquier diálogo de salvación la «primera persona» solamente puede ser *Aquel que por sí solo salva y santifica*. Todo contacto con los jóvenes, tipo de pastoral incluso la externamente «laica» ha de servir con toda humildad para abrir y *ampliar el espacio a Dios, a Jesucristo, ya que «mi Padre sigue obrando todavía y por eso obro yo también»*.

6. En la redacción evangélica de la conversación de Cristo con el joven, hay una expresión que hemos de asimilar de un modo particular. El evangelista dice que Jesús oponiendo en él los ojos, «le amó». Tocamos aquí el punto verdaderamente neurálgico. Si se preguntase a aquellos sacerdotes que a lo largo de generaciones han hecho más por las almas jóvenes, por los muchachos y las muchachas; si se preguntase a quienes han recogido un fruto duradero en su trabajo con los jóvenes, nos convenceríamos de que *la fuente primera y la más profunda* de su eficacia está en aquel «poner los ojos con amor» como hizo Cristo.

Es necesario *identificar bien este amor* en nuestro ánimo sacerdotal. Es sencillamente el amor «al prójimo»: el amor del hombre en Cristo, que abraza a cada uno y cada una, a todos. Este amor *no es* -cuando hablamos de la juventud- *algo exclusivo*, como si no debiera extenderse a los otros, como por ejemplo los adultos, los ancianos o los enfermos. Si, el amor por la juventud tiene un carácter evangélico sólo cuando *nace del amor por cada uno y por todos*. Al mismo tiempo, éste posee, en cuanto amor, una característica específica y, podría decirse, carismática. Este amor *nace de un interés particular por lo que es la juventud en la vida del hombre*. Los jóvenes indudablemente tienen mucho atractivo, propio de su edad; a veces tienen también no pocas debilidades y defectos.

Un amor así es verdaderamente desinteresado. Suscita confianza en los jóvenes. Es más, estos tienen *una enorme necesidad* de ella en la fase de la vida que atraviesan. Cada uno de nosotros, Sacerdotes, debería estar de manera especial *preparado para tal amor gratuito*. Puede decirse que toda la ascesis de la vida sacerdotal, el constante esfuerzo por mejorarse, el espíritu de oración, la unión con Cristo, la entrega a su Madre encuentran precisamente en este punto su verificación cotidiana. Las almas jóvenes son particularmente sensibles. Las mentes jóvenes son a

veces muy críticas. Por esto es importante en el sacerdote la preparación intelectual. Al mismo tiempo, sin embargo, la experiencia confirma que aún más importantes son *la bondad, la dedicación y también la firmeza*, las cualidades del carácter y del corazón.

Pienso, queridos hermanos, que cada uno de nosotros debe pedir insistentemente al Señor Jesús que su contacto con los jóvenes sea esencialmente una *participación de aquella mirada con que El «miró»* a su joven Interlocutor del Evangelio, y una participación en *aquel amor* con que El lo «amó».

También se debe rezar insistentemente para que este amor sacerdotal, desinteresado, corresponda de manera concreta a las esperanzas de toda la juventud, *tanto masculina como femenina, de los muchachos y de las muchachas*. En efecto, se sabe cuán diferenciada es la riqueza propia de la masculinidad y de la femineidad para el desarrollo de una persona humana concreta e irrepetible. Nosotros debemos aprender de Cristo el amor a cada uno y a cada una con el que El mismo «amó».

7. El amor hace capaces de *proponer el bien*. Jesús miró con amor a su joven interlocutor del Evangelio y le dijo: «Sígueme». Este bien que podemos proponer a los jóvenes, se expresa siempre en esta exhortación: ¡Sigue a *Cristo!* No tenemos otro bien que proponer; nadie puede proponer un bien mayor. Seguir a Cristo quiere decir: trata de *encontrarte a ti mismo* de la manera más profunda y auténtica posible. Trata de encontrarte a ti mismo como hombre. En efecto, Cristo es precisamente Aquel que como enseña el Concilio *«manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»*.

Por tanto, sigue a Cristo. Lo cual significa: trata de *encontrar aquella vocación* que Cristo muestra al hombre; la vocación en la que se realizan *el hombre y su propia dignidad*. Sólo a la luz de Cristo y de su Evangelio podemos comprender plenamente que quiere decir que el hombre ha sido creado *a imagen y semejanza de Dios mismo*. Solamente siguiéndole, podemos llenar esta imagen eterna con *un contenido de vida concreta*. Este contenido es multiforme; son muchas las vocaciones y las ocupaciones de la vida con las cuales los jóvenes deben precisar su *propio camino*. Sin embargo, en cada uno de estos caminos se trata de realizar una vocación fundamental: ¡ser hombre! ¡Serlo como cristiano! Ser hombre *«en la medida del don de Cristo»*.

Si en nuestros corazones sacerdotales se encuentra el amor por los jóvenes, sabremos ayudarlos en la búsqueda de la respuesta a lo que es la vocación de vida de cada uno y de cada una de ellos. *Sabremos ayudarlos* dejándoles plena libertad de *búsqueda* y de *elección*, mostrándoles al mismo tiempo el *valor* esencial en sentido humano y cristiano de *cada una* de estas *opciones*.

Sabremos también estar *con ellos*, con cada una y cada uno, *en medio de las pruebas y de los sufrimientos*, de los que la juventud no está ciertamente exenta. Si, a veces las ha de soportar pesadamente. Son sufrimientos y pruebas de diverso tipo; son *desilusiones, desengaños, verdaderas crisis*. La juventud es particularmente sensible y no siempre está preparada para los golpes que la vida conlleva. Hoy, la amenaza a la existencia humana a nivel de enteras sociedades, más aún, de toda la humanidad, *produce justamente inquietud en muchos jóvenes*. Hay que ayudarles en estas inquietudes a descubrir su vocación. Es necesario a la vez sostenerlos y afianzarlos *en el deseo de transformar el mundo y de hacerlo más humano y fraterno*. Aquí no se trata únicamente de meras palabras; se trata de toda la realidad del «camino» que Cristo indica para un mundo hecho precisamente así. En el Evangelio, este mundo se llama el Reino de Dios. *El*

Reino de Dios es, al mismo tiempo, el verdadero «reino del hombre»; el mundo nuevo donde se realiza la auténtica «*realiza del hombre*».

El amor es capaz de proponer el bien. Cuando Cristo dice al joven «Sígueme», en ese caso evangélico hay una llamada a «dejar todo» y a seguir el camino de sus apóstoles. El *diálogo de Cristo con el joven* es el *prototipo* de tantos diálogos diversos, en los que se abre ante un alma joven la *perspectiva de la vocación sacerdotal o religiosa*. Nosotros, queridos hermanos sacerdotes y pastores, debemos saber identificar bien estas vocaciones. «La mies -verdaderamente- es mucha, pero los obreros pocos». En algunas partes son poquísimos. Pidamos nosotros mismos al «dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Oremos nosotros mismos, pidamos a los demás que recen por esta intención. Y, ante todo, intentemos mediante nuestra vida crear un punto concreto de referencia para la vocaciones sacerdotales y religiosas: un modelo concreto.

Los jóvenes tienen necesidad inevitable de este modelo concreto para descubrir en sí mismos la posibilidad de seguir un camino parecido. En este terreno nuestro sacerdocio puede dar frutos de modo singular. Esforzarse para lograr esto y orar para que el Don que habéis recibido se convierta en fuente de una dádiva semejante para los demás y, concretamente, para los jóvenes.

8. Se podría decir y escribir aún mucho más sobre este tema. La educación y la pastoral juvenil son objeto de muchos estudios sistemáticos y de muchas publicaciones, Al escribirles con ocasión del Jueves Santo, queridos hermanos Sacerdotes, *deseo limitarme solo a algunos pensamientos*. Deseo, en cierto modo, indicar uno de los temas comprendidos en la múltiple riqueza de nuestra vocación y misión sacerdotal. Sobre este mismo tema abunda más la *Carta a los jóvenes*, que junto con la presente pongo a vuestra disposición, para que podáis hacer uso de ella, especialmente durante este año de la juventud.

En la antigua liturgia que los sacerdotes de más edad recuerdan todavía, la Santa Misa comenzaba con la oración al pie del altar, y las primeras palabras del salmo decían: «*Introibo ad altare Dei, ad Deum, qui laetificat iuventutem meam*» («Me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud»).

El Jueves Santo todos nosotros volvemos a la fuente de nuestro sacerdocio en el Cenáculo. Meditamos cómo ha nacido en el corazón de Jesucristo durante la última Cena. Meditamos también de qué modo ha nacido en el corazón de cada uno de nosotros.

En este día, queridos hermanos, deseo a todos vosotros y a cada uno en particular independientemente de la edad y de la generación a la que pertenecéis que «*el acercarse al altar de Dios*» (como se expresa el salmo) sea para vosotros la fuente de la sobrenatural juventud de espíritu, que proviene del mismo Dios. El «nos alegra con la juventud» de su misterio eterno en Jesucristo. Como sacerdotes de este misterio salvífico, participamos en la fuente misma de la *juventud de Dios*, o sea en esa inagotable «*novedad de vida*» que a través de Cristo se derramen nuestros corazones.

Que llegue a ser para todos nosotros y, *por nuestro medio, para los demás*, especialmente para los jóvenes, una fuente de vida y santidad. Estos deseos los deposito en el corazón de Aquella, en quien pensamos al cantar: «*Ave verum Corpus, natum de Maria Virgine. Vere passum, immolatum in Cruce pro homine. Esto nobis praegustatum mortis in examine*».

Con todo el afecto de mi corazón y con una renovada Bendición Apostólica, que os conforte en vuestro ministerio.

Vaticano, día 31 de marzo, Domingo de Ramos de «*Passione Domini*» del año 1985, séptimo de mi Pontificado.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 1986

Queridos hermanos sacerdotes:

Henos aquí de nuevo en la proximidad del Jueves Santo, día en que Jesús instituyó la Eucaristía y al mismo tiempo nuestro sacerdocio ministerial. Cristo, «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin». Como Buen Pastor, dio su vida por sus ovejas, para salvar a los hombres, reconciliarlos con su Padre e introducirlos en una nueva vida. A los Apóstoles ofreció como alimento su Cuerpo, entregado por ellos, y su Sangre, derramada por ellos.

Cada año, éste es un día grande para todos los cristianos. Como los primeros discípulos, vienen a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la liturgia vespertina que renueva la Cena. Reciben del Salvador el testamento del amor fraterno que deberá inspirar toda su vida, y empiezan a velar con El, para unirse a su Pasión. Vosotros los reuniréis y guiaréis en su plegaria.

Pero este día es especialmente grande para nosotros, queridos hermanos sacerdotes. Es la fiesta de los sacerdotes. Es el día en que nació nuestro Sacerdocio, el cual es participación del único Sacerdocio de Cristo Mediador. En este día, los sacerdotes del mundo entero son invitados a concelebrar

la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Bien sabéis cuán cercano me siento a cada uno de vosotros en esta ocasión. Y como cada año, en señal de nuestra unión sacramental en el mismo Sacerdocio, movido por la afectuosa estima que os tengo y por mi deber de confirmar a todos mis hermanos en su servicio al Señor, os envío esta carta para ayudarlos a reavivar el don inefable que os ha sido conferido por la imposición de las manos. Este sacerdocio ministerial, que es nuestra heredad, es también nuestra vocación y nuestra gracia. Marca toda nuestra vida con el sello de un servicio, sumamente necesario y exigente, como es la salvación de las almas. A ello nos sentimos arrastrados por el ejemplo de tantos sacerdotes que nos han precedido.

El ejemplo sin igual del Cura de Ars

2. Uno de estos sacerdotes está muy presente en la memoria de la Iglesia, y será especialmente conmemorado este año en el segundo centenario de su nacimiento: San Juan María Vianney, Cura de Ars.

Deseamos dar gracias a Cristo, Príncipe de los Pastores, por ese modelo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal, que el santo Cura de Ars ofrece a toda la Iglesia y, ante todo, a nosotros los sacerdotes.

¡Cuántos de nosotros se han preparado al sacerdocio, o ejercen hoy su difícil labor de cura de almas, teniendo a la vista la figura de San Juan María Vianney! Su ejemplo no debería caer en el olvido. Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones de nuestro tiempo en que, a pesar de algunos signos esperanzadores, la evangelización está dificultada por una creciente secularización descuidando la ascesis sobrenatural, perdiendo de vista las perspectivas del Reino de Dios, y donde a menudo, incluso en la pastoral, se dedica una atención demasiado exclusiva al aspecto social y a los objetivos temporales. El Cura de Ars debió afrontar en el siglo pasado dificultades que posiblemente tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, el representó, para la sociedad de su tiempo, como un gran reto evangélico que ha dado frutos de conversión sorprendentes. No dudamos de que Él nos ofrece todavía hoy ese gran reto evangélico.

Os invito pues a meditar entre tanto sobre nuestro sacerdocio ante este pastor sin igual, que ha ilustrado a la vez el cumplimiento pleno del ministerio sacerdotal y la santidad del ministro.

Ya sabéis que Juan María Vianney murió en Ars el 4 de agosto de 1859, después de unos cuarenta años de entrega abnegada. Tenía setenta y tres años. A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la arquidiócesis de Lyon, actualmente de Belley. Al final de su vida, acudía allí gente de toda Francia, y su fama de santidad, después de su muerte, pronto llamó la atención de la Iglesia universal. San Pío XI lo beatificó en 1905, Pío XI lo canonizó en 1925; luego, en 1929 lo declaró patrono de los sacerdotes de todo el mundo. Durante el centenario de su muerte, Juan XXIII escribió la Encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, presentando en ella al Cura de Ars como modelo de vida y ascesis sacerdotal, modelo de piedad y de culto a la Eucaristía, modelo de celo pastoral para nuestro tiempo. Hoy desearía llamar vuestra atención sobre algunos aspectos esenciales a fin de que nos ayuden a redescubrir y a vivir mejor nuestro sacerdocio.

Su voluntad tenaz de prepararse al sacerdocio

3. El Cura de Ars es, en primer lugar, un modelo de voluntad para los que se preparan al sacerdocio. Muchas pruebas que encontraría posteriormente habrían podido descorazonarlo: los efectos de la revolución, la falta de instrucción en el ambiente rural, la reticencia de su padre, la necesidad de hacer su parte en los trabajos agrícolas, los azares de la vida militar, y, sobre todo, a pesar de su inteligencia intuitiva y su viva sensibilidad, su gran dificultad en aprender y memorizar, y por tanto a seguir los cursos de teología en latín; finalmente, por esta razón, fue apartado temporalmente del seminario de Lyon.

Sin embargo, habiendo comprobado la autenticidad de su vocación, a los 29 años pudo ser ordenado sacerdote. Por su tenacidad en el trabajo y en la oración, triunfó sobre todos los obstáculos y limitaciones, como más tarde en su vida sacerdotal lo lograría en el preparar laboriosamente sus sermones y continuar por la noche la lectura de obras teológicas y de autores Espirituales. Ya desde su juventud le movía un gran deseo de «ganar almas para Dios» haciéndose sacerdote, y estaba apoyado por el vecino párroco de Ecully el cual, no dudando de su vocación, tomó a su cargo una parte de su preparación. ¡Qué

ejemplo de valentía para aquéllos que, actualmente, reciben la gracia de ser llamados al sacerdocio!

Profundidad de su amor a Cristo y a las almas

4. El Cura de Ars es un modelo de celo sacerdotal para todos los pastores. El secreto de su generosidad se encuentra sin duda alguna en su amor a Dios, vivido sin límites, en respuesta constante al amor manifestado en Cristo crucificado. En ello funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. Recordemos una de aquellas frases lapidarias cuyo secreto bien conocía: «El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús». En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: «Oh Dios mío, prefiero morir amándoos que vivir un solo instante sin amaros... Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para vos».

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el Evangelio a los discípulos que envía en misión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente, un pastor ha sido hasta este punto consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. «Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida».

Amados hermanos sacerdotes, alimentados por el Concilio Vaticano II, que felizmente ha situado la consagración del sacerdote en el marco de su misión pastoral, busquemos el dinamismo de nuestro celo pastoral, con San Juan María Vianney, en el Corazón de Jesús, en su amor por las almas. Si no acudimos a la misma fuente, nuestro ministerio correrá el riesgo de dar muy pocos frutos.

Frutos sorprendentes y abundantes de su ministerio

5. Precisamente en el caso del Cura de Ars los frutos han sido sorprendentes, un poco como con Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús todas sus fuerza y todo su corazón, el Salvador, en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confía en abundancia. Su parroquia que solamente tenía 230 personas a su llegada será cambiada profundamente. Ahora bien, se recuerda que en aquel pueblo había mucha indiferencia y muy poca práctica religiosa entre los hombres. El obispo había advertido a Juan María Vianney: «No hay mucho amor a Dios en esta parroquia, tú lo pondrás». Pero muy pronto, incluso fuera de su pueblo, el cura llega a ser el pastor de una multitud que llega de toda la región, de diversas partes de Francia y de otros países. Se habla de 80.000 personas en el año 1858. Tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que atrae no es ciertamente la curiosidad ni la misma reputación justificada. Por unos milagros y curaciones extraordinarias, que el santo trataba de ocultar. Es más bien el Presentimiento de encontrar un santo, sorprendente por su penitencia, tan familiar con Dios en la oración, sobresaliente por su paz y su humildad en medio de los éxitos populares, y sobre todo tan intuitivo para corresponder a las disposiciones interiores de las almas y librarlas de su carga, particularmente en el confesionario. Sí, Dios escogió como modelo de pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil, sin defensa y menospreciable a los ojos de los hombres, Dios lo gratificó con sus mejores dones como guía y médico de almas.

Reconociendo también la gracia particular en el Cura de Ars, ¿no hay en ello un signo de esperanza para los pastores que sufren hoy un cierto desierto Espiritual?

Actividades apostólicas diversas orientadas hacia lo esencial

6. Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias; estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. ¿No habrá que ver en ello, también hoy, los tres polos del servicio pastoral del sacerdote?.

Si bien el objetivo es ciertamente agrupar al pueblo de Dios en torno al misterio eucarístico con la catequesis y la penitencia, son también necesarias, otras actividades apostólicas, según las circunstancias: a veces, durante años, hay una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en ambientes no cristianos; o bien una cercanía a las personas, a las familias. Y sus preocupaciones; tiene lugar un primer anuncio que trata de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; se da un testimonio de caridad y de justicia compartida con los seculares cristianos,

que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

El sacramento de la reconciliación

7. Es sin duda alguna su incansable entrega al sacramento de la penitencia lo que ha puesto de manifiesto el carisma principal del Cura de Ars y le ha dado justamente su fama. Es bueno que ese ejemplo nos impulse hoy a restituir al ministerio de la reconciliación toda la importancia que le corresponde, y que el Sínodo de los Obispos de 1983 ha puesto justamente en evidencia. Sin el paso de conversión, de penitencia y de petición de perdón que los ministros de la Iglesia deben alentar y acoger incansablemente, la tan deseada puesta al día sería superficial e ilusoria.

El Cura de Ars trataba de formar a los fieles en el deseo del arrepentimiento. Subrayaba la bondad del perdón de Dios. Toda su vida sacerdotal y sus fuerzas, ¿no estaban consagradas a la conversión de los pecadores?. Ahora bien, es en el confesionario donde se manifiesta sobre todo la misericordia de Dios. Estaba totalmente disponible a los penitentes que venían de todas partes y a los que dedicaba a menudo diez horas al día, y a veces quince o más. Esta era sin duda para él la mayor de sus ascesis, un verdadero «martirio»; físicamente, por el calor, el frío o la atmósfera sofocante; también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y más aún por la falta de arrepentimiento: «Lloro por todo lo que vosotros no lloráis». Además de los indiferentes, a quienes acogía de la mejor manera posible tratando de despertarlos al amor de Dios, el Señor le concedía reconciliar a grandes pecadores arrepentidos, y también guiar hacia la perfección a las almas que lo deseaban. Era sobre todo en esto en

lo que Dios le pedía su participación en la Redención.

Nosotros en efecto, hemos descubierto, más que en el siglo pasado, el aspecto comunitario de la penitencia, de la preparación al perdón y de la acción de gracias después del perdón. Pero el perdón sacramental exigirá siempre un encuentro personal con Cristo crucificado por mediación de su ministro. Frecuentemente, por desgracia, los penitentes no se presentan con fervor al confesionario como en los tiempos del Cura de Ars. Ahora bien, donde haya muchas personas que por diversas razones parecen

abstenerse totalmente de la confesión, se hace urgente una pastoral del sacramento de la reconciliación, que ayude a los cristianos a redescubrir las exigencias de una verdadera relación con Dios, el sentido del pecado que nos cierra a Dios y a los hermanos, la necesidad de convertirse y de recibir, en la Iglesia, el perdón como un don gratuito del Señor, y también las condiciones que ayuden a celebrar mejor el sacramento, superando así los prejuicios, los falsos temores y la rutinas. Una situación de este tipo requiere al mismo tiempo que estemos muy disponibles para este ministerio del perdón, dispuestos a dedicarle el tiempo y la atención necesarios, y, diría también, a darle la prioridad sobre otras actividades. De esta manera, los mismos fieles serán la recompensa al esfuerzo que, como el Cura de Ars, les dedicamos.

Ciertamente, como escribía en la exhortación postsinodal sobre la penitencia, el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente, sobre

todo cuando los sacerdotes son pocos. Supone también, en el confesor, grandes cualidades humanas, principalmente una vida Espiritual intensa y sincera; es necesario que el mismo sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento.

Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellas médico y consejero Espiritual; es la «insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial».

La Eucaristía: Ofrecimiento de la Misa, comunión y adoración

8. El sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía están estrechamente unidos. Sin una conversión constantemente renovada, junto con la acogida de la gracia sacramental del perdón, la participación en la Eucaristía no logrará su plena eficacia redentora. Al igual que Cristo, que comenzó su ministerio con la exhortación «arrepentíos y creed en el Evangelio», el Cura de Ars comenzaba generalmente su actividad diaria con el sacramento del perdón. Mas, él gozaba conduciendo a la Eucaristía a sus penitentes ya reconciliados. La Eucaristía ocupaba ciertamente el centro de su vida Espiritual y de su labor pastoral. Acostumbraba a decir: «Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios». En ella se hace presente el sacrificio del Calvario para la redención del mundo. Evidente-



mente, el sacerdote debe unir al ofrecimiento de la Misa la donación cotidiana de sí mismo. «Por tanto, es bueno que el sacerdote se ofrezca a Dios en sacrificio todas las mañanas». «La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones».

De este modo, la Misa era para Juan María Vianney la grande alegría y aliento en su vida de sacerdote. A pesar de la afluencia de penitentes, se preparaba con toda diligencia y en silencio durante más de un cuarto de hora. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: «La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa».

El Cura de Ars se dejaba embargar particularmente ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el tabernáculo pasaba frecuentemente largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche; durante sus homilias solía señalar al Sagrario diciendo con emoción: «El está ahí». Por ello, él, que tan pobremente vivía en su casa rectoral, no dudaba en gastar cuanto fuera necesario para embellecer la iglesia. Pronto pudo verse el buen resultado: los feligreses tomaron por costumbre el venir a rezar ante el Santísimo Sacramento descubriendo, a través de la actitud de su párroco, el grande misterio de la fe.

Ante tal testimonio, viene a nuestra mente lo que el Concilio Vaticano II nos dice hoy acerca de los sacerdotes: «Su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea Eucarística». Y, más recientemente, el Sínodo extraordinario (diciembre de 1985) recordaba: «La liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida de reverencia y de glorificación de Dios... La Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida cristiana».

Queridos hermanos sacerdotes, el ejemplo del Cura de Ars nos invita a un serio examen de conciencia. ¿Qué lugar ocupa la santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa, como en el día de nuestra Ordenación ¡fue nuestro primer acto como sacerdotes! el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal?. ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles?. ¿Cuál es nuestro empeño en hacer de nuestras iglesias la Casa de Dios para que la presencia divina atraiga a los hombres de hoy, que con tanta frecuencia sienten que el mundo está vacío de Dios?

Predicación y catequesis

9. El Cura de Ars ponía toda su atención en no descuidar nunca el ministerio de la Palabra, absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión; y solía decir: «Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo». Es bien sabido cuánto tiempo consagraba él, sobre todo al principio, a elaborar cuidadosamente sus predicaciones del domingo. Más tarde, podía ya expresarse con mayor espontaneidad, con convicción viva y clara, y con comparaciones sacadas de la experiencia cotidiana, tan sugestivas para los fieles. El catecismo a los niños constituía igualmente una parte importante de su ministerio, y no era raro ver a adultos que con gusto se unían a los niños para aprovecharse también de aquel testimonio sin par, que brotaba del corazón.

Tenia la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: «Si un pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarrían, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por

encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado». Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, «él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio», y si ponía ante los ojos a veces incluso llorando, el pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a El y vivir en su presencia.

Queridos hermanos sacerdotes, vosotros estáis convencidos de la importancia del anuncio del Evangelio, que el Concilio Vaticano II ha puesto entre las funciones primordiales de los sacerdotes. Mediante la catequesis, la predicación y las diversas formas de expresión que abarcan también los medios de comunicación social, tratáis de llegar al corazón de los hombres de hoy, con sus esperanzas e incertidumbres, para avivar y alimentar su fe. A ejemplo del Cura de Ars y siguiendo la exhortación del Concilio, poned todo vuestro empeño en enseñar la Palabra de Dios que llama a todos los hombres a la conversión y a la santidad.

LA IDENTIDAD DEL SACERDOTE

Ministerio específico del sacerdote

10. San Juan María Vianney viene a darnos una elocuente respuesta a algunos interrogantes sobre la identidad del sacerdote, que han aparecido durante los últimos veinte años; si bien, a lo que parece, se está llegando a posiciones más equilibradas.

El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas. Dios quiere que todos los hombres se salven y que ninguno de sus hijos se pierda. «El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas», acostumbraba a decir el Cura de Ars. «El no es para sí mismo, sino para vosotros».

El Sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados, puesto muy de relieve por el Concilio Vaticano II el cual consiste en hacer de su vida una ofrenda Espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos. Mas, el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. El ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios. En una palabra, nuestra identidad de sacerdotes se manifiesta irradiando, en modo creativo, el amor a las almas que Cristo Jesús nos ha comunicado. Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del Reino de Dios. Es testigo y dispensador de una

vida distinta de la terrestre. Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente.

Su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores

11. San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo. La oración fue el alma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; las más de las veces en su iglesia, al pie del tabernáculo. Por Cristo, su alma se abría a las tres Personas Divinas, a las que en el testamento él entregaría «su pobre alma». «El conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada». Y nunca descuidó ni el oficio divino ni el rosario. De modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen.

Su pobreza era extraordinaria. Se despojó literalmente en favor de los pobres. Rehuía los honores. La castidad brillaba en su rostro. Sabía lo que costaba la pureza para «encontrar la fuente del amor que está en Dios». La obediencia a Cristo se traducía, para Juan María Vianney, en obediencia a la Iglesia y especialmente a su Obispo. La encarnación en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecogía.

Pero el Evangelio insiste especialmente en la renuncia a sí mismo, en la aceptación de la cruz... Cuántas cruces se le presentaron al Cura de Ars en su ministerio: calumnias de la gente, incomprensiones de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones, una lucha misteriosa contra los poderes del infierno y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche Espiritual del alma. No obstante, no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salía al encuentro de la notificación imponiéndose ayunos continuos, así como otras rigurosas maneras de «reducir su cuerpo a servidumbre», como dice San Pablo. Mas, lo que hay que ver en estas formas de penitencia a las que, por desgracia, nuestro tiempo no está acostumbrado son sus motivaciones: el amor a Dios y la conversión de los pecadores. Así interpela a un hermano sacerdote desanimado: «Ha rezado.... ha gemido.... pero ¿ha ayunado, ha pasado noches en vela...?». Es la evocación de aquella admonición de Jesús a los Apóstoles: «Esta raza no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno».

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. Ciertamente, la conversión sigue siendo el secreto de los corazones libres en sus decisiones y el secreto de la gracia de Dios. Mediante su ministerio el sacerdote ilumina a las personas, guiándolas en sus conciencias y dándoles los sacramentos. Estos sacramentos son, en efecto, actos del mismo Cristo, cuya eficacia no disminuye por las imperfecciones o por la indignidad del ministro. Pero el resultado depende también de las disposiciones personales de quien los recibe, y éstas son favorecidas en gran manera por la santidad personal del sacerdote, por su visible testimonio, así como por el misterioso intercambio de méritos en la comunión de los santos. San Pablo decía: «Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia». Podría decirse que Juan María Vianney quería, en cierto modo, arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquéllos que no le amaban y a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el pastor siempre solidario con su pueblo pecador.

Amados hermanos sacerdotes, no tengamos miedo a este compromiso personal marcado por la ascesis e inspirado por el amor que Dios nos pide para ejercer dignamente nuestro sacerdocio. Recordemos la reciente reflexión de los Padres sinodales: «Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, la manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo». En el sacerdote, Cristo vuelve a vivir su Pasión por las almas. Demos gracias a Dios que de este modo nos permite participar en la Redención con nuestro corazón y con nuestra propia carne.

Por todas estas razones, San Juan María Vianney no cesa de ser un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Conviene recordar la convicción con la que solía hablar de la grandeza del sacerdocio y de la absoluta necesidad. Los sacerdotes, al igual que quienes se preparan al sacerdocio y aquéllos que recibirán la llamada, necesitan; fijar la mirada en su ejemplo para seguirlo. También los fieles, gracias a él, comprenderán mejor el misterio del sacerdocio de sus sacerdotes. La figura del Cura de Ars sigue siendo actual.

Conclusión para el Jueves Santo

12. Queridos hermanos, que estas reflexiones reaviven vuestro gozo de ser sacerdotes, vuestro deseo de serlo todavía más profundamente. El testimonio del Cura de Ars contiene aún muchas otras riquezas por profundizar. Volveremos nuevamente, y con mayor amplitud, sobre estos temas con ocasión de la peregrinación que, Dios mediante, tendré la dicha de llevar a cabo en octubre próximo, acogiendo la invitación que los Obispos franceses me han hecho para celebrar en Ars el segundo centenario del nacimiento de Juan María Vianney.

Os dirijo esta primera meditación, amados hermanos, en la solemnidad del Jueves Santo. En este día del nacimiento de nuestro sacerdocio nos reuniremos en nuestras comunidades diocesanas para renovar la gracia del sacramento del Orden y para reavivar el amor que caracteriza nuestra vocación.

Oiremos a Cristo que, como a los Apóstoles, nos dice: «Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos... Ya no os llamo siervos... os llamo amigos».

Ante El, que manifiesta el Amor en toda su plenitud, sacerdotes y obispos, renovaremos nuestras promesas sacerdotales.

Oremos los unos por los otros, cada cual por su hermano, y todos por todos. Roguemos al Sacerdote Eterno que el recuerdo del Cura de Ars nos ayude a reavivar nuestro celo en su servicio. Supliquemos al Espíritu Santo que llame a su Iglesia a muchos sacerdotes del temple y santidad del Cura de Ars; nuestra época tiene gran necesidad de ellos y ha de ser capaz de hacer germinar estas vocaciones.

Confiemos nuestro sacerdocio a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, a quien Juan María Vianney recurría sin cesar con tierno afecto y total confianza. Para él esto era un ulterior motivo de acción de gracias: «Jesucristo -decía- tras habernos dado cuanto nos podía dar, quiere aún dejarnos en herencia lo más precioso que él tenía: su Santa Madre».

Con todo mi afecto, y junto con vuestro obispo, os imparto de corazón, mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 16 de marzo, quinto domingo de Cuaresma del año 1986, octavo de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1987

I. Entre el Cenáculo y Getsemaní

1. «*Dichos los Himnos, salieron para el monte de los Olivos*» (Mc 14, 26).

Permitirme, queridos hermanos en el sacerdocio, que empiece mi Carta para el Jueves Santo de este año con las palabras que nos remiten al momento en que, después de la Última Cena, Jesucristo salió para ir al Monte de los Olivos. Todos nosotros que, por medio del sacramento del Orden, gozamos de una participación especial, ministerial, en el sacerdocio de Cristo, el Jueves Santo nos recogemos interiormente en recuerdo de la *institución de la Eucaristía*, porque este acontecimiento señala el principio y la fuente de lo que, por la gracia de Dios, somos en la Iglesia y en el mundo. El Jueves Santo es el día del nacimiento de nuestro sacerdocio y, por eso, es también nuestra fiesta anual.

Es un día importante y sagrado no sólo para nosotros, sino para toda la Iglesia, para todos los que Dios constituyó para sí en Cristo «un reino de sacerdotes» (Ap 1, 6). Para nosotros esto es especialmente importante y decisivo ya que el sacerdocio común del Pueblo de Dios está vinculado *al servicio de los dispensadores de la Eucaristía*, que es nuestra labor más santa. Por eso hoy, cuando os reunáis en torno a vuestros Obispos, renovar junto a ellos, queridos hermanos, en vuestros corazones *la gracia que se os ha concedido* «por la imposición de manos» (Cfr. 2 Tim 1, 6) *en el sacramento del Presbiterado*.

En este día tan extraordinario, deseo como cada año estar con vosotros, así como con vuestros Obispos, puesto que todos sentimos una profunda necesidad de renovar en nosotros la conciencia de la gracia de este sacramento que nos une íntimamente a Cristo, sacerdote y víctima.

Precisamente con este fin deseo, por medio de esta Carta, expresar algunos *pensamientos sobre la importancia de la oración en nuestra vida*, sobre todo en relación con nuestra vocación y misión.

2. Después de la última Cena, Jesús se dirige con los Apóstoles al monte de los Olivos. En la sucesión de los acontecimientos salvíficos de la Semana Santa, la Cena constituye para Cristo el comienzo de «*su hora*». Precisamente durante la cena comienza la realización definitiva de todo lo que va a constituir esta «hora».

En el Cenáculo Jesús instituye el sacramento, signo de una realidad que aún ha de verificarse en la sucesión de los acontecimientos. Por eso dice: «Este es *mi Cuerpo que es entregado por vosotros*» (Lc 22, 19); «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es *derramada por vosotros*» (Lc 22, 20). Así nace el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Redentor, al que está íntimamente unido el sacramento del sacerdocio, en virtud del mandato confiado a los Apóstoles: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19).

Las palabras que instituyen la Eucaristía no sólo anticipan lo que se realizará el día siguiente, sino que también subrayan

expresamente que esa realización ya cercana tiene *el sentido y el alcance del sacrificio*. En efecto, «El Cuerpo es entregado... y la Sangre es *derramada por vosotros*».



De este modo Jesús, en la última Cena, deja en manos de los Apóstoles y de la Iglesia el verdadero sacrificio. Lo que en el momento de la institución representa todavía un anuncio, que, aunque definitivo, es también la anticipación efectiva de la realidad sacrificial del Calvario, se convertirá después, mediante el ministerio de los sacerdotes, en *el «memorial» que perpetúa de modo sacramental* la misma realidad redentora. Es una realidad central en el orden de toda la economía divina de la salvación.

3. Al salir con los Apóstoles hacia el Monte de los Olivos, Jesús camina precisamente hacia la realidad de su «hora que es el tiempo del cumplimiento pascual del designio de Dios y de todos los anuncios, lejanos y cercanos, contenidos en las «Escrituras» a este respecto (cfr. Lc 24, 27).

Esta «hora» marca también el tiempo en que el *sacerdocio* se llena de un contenido nuevo y definitivo *como vocación y servicio*, sobre la base de la revelación y de la institución divina. Podremos encontrar una exposición más amplia de esa verdad sobre todo en la *Carta a los Hebreos*, texto fundamental para el conocimiento del sacerdocio de Cristo y de nuestro sacerdocio.

Pero en el marco de estas consideraciones aparece como esencial el hecho de que Jesús *se dirija mediante la oración* hacia el cumplimiento de la realidad, que culmina en «su hora».

4. *La oración de Getsemaní* se comprende no sólo en relación con todos los acontecimientos del Viernes Santo -es decir, la pasión y muerte en Cruz-, sino también, y no menos íntimamente, en relación con la última Cena.

Durante la Cena de despedida, Jesús llevó a término lo que era la eterna voluntad del Padre al respecto, y era también su voluntad: su voluntad de Hijo: «¡Para esto he venido yo a esta hora!» (Jn 12, 27). Las palabras de la institución del sacramento de la nueva y eterna Alianza, la Eucaristía, constituyen *en cierto modo el sello sacramental de esa eterna voluntad del Padre y del Hijo*, que ha llegado a la «hora» del cumplimiento definitivo.

En Getsemaní, la palabra «Abbá» que en boca de Jesús posee siempre una profundidad trinitaria en efecto, es el nombre que utiliza al hablar al Padre y del Padre, y especialmente en la oración refleja en los dolores de la pasión el sentido de las palabras de la institución de la Eucaristía. En efecto, Jesús va a Getsemaní para revelar un aspecto más de la verdad sobre Él como Hijo, y lo hace especialmente mediante la palabra: Abbá. Y esta verdad, esta inaudita verdad sobre Jesucristo, consiste en que Él, «*siendo igual al Padre*», como Hijo consustancial al Padre, es al mismo tiempo *verdadero hombre*. Pues frecuentemente se llama a sí mismo «el Hijo del hombre». Nunca como en Getsemaní se manifiesta la realidad del Hijo de Dios, que «*asume la condición de siervo*» (cfr. Fil 2, 7), según la profecía de Isaías (cfr. Is 53).

La oración del Getsemaní, más que cualquier otra oración de Jesús, revela la verdad sobre la identidad, vocación y misión del Hijo, que ha venido al mundo para cumplir la voluntad paterna de Dios hasta el final, cuando diga: «Todo está cumplido» (*Jn* 19,30).

Esto es importante para todos los que entran a formar parte de la «escuela de oración» de Cristo: es especialmente importante para nosotros los sacerdotes.

5. Por lo tanto, Jesucristo, el Hijo consustancial, se presenta al Padre y dice: «Abbá». Y así, al manifestar, de un modo que podríamos decir radical, su condición de verdadero hombre, «Hijo del hombre», pide el alejamiento del amargo cáliz: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa» (*Mt* 26, 39; cf. *Mc* 14,36, *Lc* 22,42)

Jesús sabe que eso «no es posible» que «el cáliz» se le ha dado para que lo «beba» totalmente. Sin embargo dice precisamente esto: «Si es posible, pase de mí». Lo dice precisamente en el momento en que ese «cáliz deseado ardientemente por él (cfr. *Lc* 22, 15), ya se ha convertido en signo sacramental de la nueva y eterna Alianza en la sangre del Cordero. Cuando todo eso, que ha sido «establecido» desde la eternidad, está ya «instituido» sacramentalmente en el tiempo: introducido para siempre en la Iglesia.

Jesús, que ha realizado esta institución en el Cenáculo, ciertamente no desea revocar la realidad expresada por el sacramento de la última Cena. Es más, desea de corazón su cumplimiento. No obstante esto, si ora para que «pase de él este cáliz», es para manifestar de ese modo ante Dios y ante los hombres el gran peso de la tarea que ha de asumir: sustituirnos a todos nosotros en la expiación del pecado. Manifiesta también la inmensidad del sufrimiento, que llena su corazón humano. De este modo el Hijo del hombre se revela solidario con todos sus hermanos y hermanas que forman parte de la gran familia humana, desde el principio hasta el final de los tiempos. *El mal* es el sufrimiento para el hombre; y Jesucristo lo siente en Getsemaní con todo su peso, el que corresponde a nuestra experiencia común, a nuestra espontánea actitud interior. El permanece ante el Padre *con toda la verdad de su humanidad*, la verdad de su corazón humano oprimido por el sufrimiento, que está a punto de alcanzar su culmen dramático: «Triste está mi alma hasta la muerte» (*Me* 14, 34). Sin embargo, nadie es capaz de expresar la medida adecuada de este sufrimiento como hombre sirviéndose sólo de criterios humanos. En efecto, en Getsemaní quien reza al Padre es un hombre, que a la vez es Dios y *consustancial* al Padre.

6. Las palabras del evangelista: «Comenzó a entristecerse y angustiarse» (*Mt* 26, 37), igual que todo el desarrollo de la oración en Getsemaní, parecen indicar no sólo el miedo ante el sufrimiento, sino también el temor característico del hombre, una especie de temor *unido al sentido de responsabilidad*. ¿Acaso no es el hombre ese ser singular, cuya vocación consiste en «superarse constantemente a sí mismo»?

En la oración con que comienza la pasión, Jesucristo, «Hijo del hombre», expresa el típico esfuerzo de la responsabilidad, unida a la aceptación de las tareas en las que el hombre se ha de «superar a sí mismo».

Los Evangelios recuerdan varias veces que Jesús rezaba, más aún, que «pasaba las noches en oración» (cfr. *Lc* 6, 12); pero ninguna de estas oraciones ha sido presentada de modo tan profundo y penetrante como la de Getsemaní. Lo cual es comprensible. Pues en la vida de Jesús no hubo otro momento tan

decisivo. Ninguna otra *oración entraba de modo tan pleno en la que había de ser «su hora»*. De ninguna otra decisión de su vida tanto como de ésta dependía el cumplimiento de la voluntad del Padre, el cual «tanto amó al mundo que le dio a su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (*Jn* 3, 16).

Cuando Jesús dice en Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (*Lc* 22, 42), revela la voluntad del Padre y de su amor salvífico al hombre. La «voluntad del Padre» es precisamente el amor salvífico: la salvación del mundo se ha de realizar mediante *el sacrificio redentor del Hijo*. Es muy comprensible que el Hijo del hombre, al asumir esta tarea, manifieste en su decisivo coloquio con el Padre la conciencia que tiene de la dimensión sobrehumana de esta tarea con la que cumple la voluntad del Padre en la divina profundidad de su unión filial.

«He llevado a cabo la obra que me encomendaste realizar», (cfr. *Jn* 17, 4). Añade el Evangelista: «*Lleno de angustia, oraba con más insistencia*» (*Lc* 22, 44). Y esta angustia mortal se manifestó también con el sudor que, como gotas de sangre, empapaba el rostro de Jesús (cfr. *Lc* 22, 44). Es la máxima expresión de un sufrimiento que se traduce en oración, y de una oración que, a su vez, conoce el dolor, al acompañar el sacrificio anticipado sacramentalmente en el Cenáculo, vivido profundamente en el espíritu de Getsemaní y que está a punto de consumarse en el Calvario.

Precisamente sobre estos momentos de la oración sacerdotal y sacrificial es sobre los que deseo llamar vuestra atención, queridos hermanos, en relación con nuestra oración y nuestra vida.

II. La oración como centro de la existencia sacerdotal

7. Si en nuestra meditación del Jueves Santo de este año unimos el Cenáculo con Getsemaní, es para comprender como nuestro sacerdocio debe estar profundamente vinculado a la oración: *enraizado* en la oración.

En efecto, la afirmación no requiere demostración, sino que más bien necesita ser cultivada constantemente con la mente y con el corazón, para que la verdad que hay en ella pueda llevarse a cabo en la vida de un modo cada vez más profundo.

Se trata, pues, de nuestra vida, *de la misma existencia sacerdotal*, en toda su riqueza, que se encierra, antes que nada, en la llamada al sacerdocio, y que se manifiesta también en ese servicio de la salvación que surge de ella. Sabemos que el sacerdocio -sacramental y ministerial- es una participación especial en el sacerdocio de Cristo. No existe sin él y fuera de él. «*Sin mi no podéis hacer nada*» (*Jn* 15, 5), dijo Jesús en la última Cena, como conclusión de la parábola sobre la vid y los sarmientos.

Cuando más tarde, durante su oración solitaria en el huerto de Getsemaní, Jesús se acerca a Pedro, a Juan y a Santiago y los encuentra dormidos, los despierta y les dice: «Vigilar y orad para no caer en tentación» (*Mt* 26, 41).

La oración, pues, había de ser para los Apóstoles *el modo concreto y eficaz de participar en la «hora de Jesús»*, de enraizarse en Él y en su misterio pascual. Así será siempre para nosotros 108 sacerdotes. Sin la oración existe el peligro de aquella «tentación» en la que cayeron por desgracia los Apóstoles cuando se encontraron cara a cara con el «escándalo de la cruz» (cfr. *Gál* 5, 11).

8. En nuestra vida sacerdotal la oración tiene una variedad de formas y significados, tanto la *personal*, como la *comunitaria*, o

la *litúrgica* (pública y oficial). No obstante, en la base de esta oración multiforme siempre hay que encontrar ese *fundamento profundísimo* que pertenece a nuestra existencia en Cristo, como realización específica de la misma existencia cristiana, y más aún, de modo más amplio de la humana. La oración, pues, es la expresión connatural de la conciencia de haber sido creados por Dios, y más aún -como revela la Biblia- de que el *Creador* se ha manifestado al hombre como *Dios de la Alianza*.

La oración, que pertenece a nuestra existencia sacerdotal, comprende naturalmente dentro de todo lo que deriva de nuestro ser cristianos, o también simplemente del ser hombres hechos «a imagen y semejanza» de Dios. Incluye, además, la conciencia de nuestro *ser hombres y cristianos como sacerdotes*. Y esto es precisamente lo que quiere descubrir el Jueves Santo, llevándonos con Cristo, después de la última Cena, a Getsemaní. En efecto, allí somos testigos *de la oración del mismo Jesús*, que *precede inmediatamente al cumplimiento supremo de su sacerdocio por medio del sacrificio, de sí mismo en la Cruz*. Él, «constituido Sumo Sacerdote de los bienes futuros.... entró una vez para siempre en el santuario... por su propia sangre», (*Heb 9, 11-12*). De hecho, si bien era sacerdote desde el primer momento de su existencia, sin embargo «llegó a ser» de modo pleno el único sacerdote de la nueva y eterna Alianza mediante el sacrificio redentor, que tuvo su comienzo en Getsemaní. Este comienzo tuvo lugar en un contexto de oración.

9. Para nosotros, queridos hermanos, esto es un descubrimiento de importancia fundamental el día del Jueves Santo, al que justamente consideramos como el día del nacimiento de nuestro sacerdocio ministerial en Cristo. Entre las palabras de la institución: «Este es mi Cuerpo que es entregado por vosotros»; «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» y el cumplimiento efectivo de lo que esas palabras expresan, se interpone *la oración de Getsemaní*. ¿Quizá no es verdad que, a lo largo de los acontecimientos pascales, ella nos *lleva a la realidad*, también visible, que el *sacramento significa y renueva al mismo tiempo*?

El sacerdocio, que ha llegado a ser nuestra herencia en virtud de un sacramento tan estrechamente unido a la Eucaristía, es siempre una llamada a participar de la misma realidad divino-humana, salvífica y redentora, que precisamente por medio de nuestro ministerio debe dar siempre nuevos frutos en la historia de la salvación: «Para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» (*Jn 15, 16*). *El santo Cura de Ars*, cuyo centenario de su nacimiento celebramos el año pasado, se nos presenta precisamente como el hombre de esta llamada, reavivando su conciencia también en nosotros. En su vida heroica la oración fue el medio que le permitía permanecer constantemente en Cristo, «*velar*» con Cristo de cara a su «*hora*».

Esta «hora» es decisiva para la salvación de tantos hombres, confiados al servicio sacerdotal y al cuidado pastoral de cada presbítero. En la vida de San Juan María Vianney, esta «hora» se realizó especialmente con su servicio en el confesionario.

10. La oración en Getsemaní es *como una piedra angular*, puesta por Cristo al servicio de la causa «que el Padre le ha confiado»: obra de la redención del mundo mediante el sacrificio ofrecido en la Cruz.

Partícipes del sacerdocio de Cristo, que está unido indisolublemente a su sacrificio, también nosotros debemos poner la Piedra angular de la oración como base de nuestra existencia sacerdotal. Nos permitirá sintonizar nuestra existencia con el servicio sacerdotal, conservando intacta la *identidad* y la

autenticidad de esta vocación, que se ha convertido en nuestra herencia especial en la Iglesia, como comunidad del Pueblo de Dios.

La oración sacerdotal -especialmente la Liturgia de las Horas y la adoración Eucarística- nos ayudará a conservar antes que nada la conciencia profunda de que, como «siervos de Cristo», somos de modo especial y excepcional «*administradores de los misterios de Dios*» (*1 Cor 4, 1*). Cualquiera que sea nuestra tarea concreta, cualquiera que sea el tipo de compromiso en que desarrollamos el servicio pastoral la oración nos asegurará la conciencia de esos misterios de Dios, de los que somos «administradores», y la llevará a manifestarse en todas nuestras obras.

De este modo seremos también para los hombres *un signo visible* de Cristo y de su Evangelio.

¡Queridísimos hermanos! Tenemos necesidad de oración, de oración profunda y, en cierto sentido, «orgánica», para poder ser ese signo. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros». ¡Sí! *Concretamente, ésta es una cuestión de amor*, de amor «a los demás»; efectivamente, el «ser», como sacerdotes «administradores de los misterios de Dios», significa ponerse a disposición de los demás y, así, dar testimonio de ese amor supremo que está en Cristo, de ese amor que es Dios mismo.

11. Si la oración sacerdotal reaviva esta conciencia y esta actitud en la vida de cada uno de nosotros, al mismo tiempo, de acuerdo con la «lógica» profunda de ser administradores de los misterios de Dios, la oración debe *ampliarse y extenderse constantemente a todos aquellos que «el Padre nos ha dado»* (cfr. *Jn 17, 6*).

Esto es lo que sobresale claramente en la oración sacerdotal de Jesús en el Cenáculo: «He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Tuyos eran y tú me los diste, y han guardado tu palabra» (*Jn 17, 6*).

A ejemplo de Jesús, *el Sacerdote*, «administrador de los misterios de Dios», es Él mismo cuando es «*para los demás*». La oración le da una especial *sensibilidad hacia los demás* haciéndolo sensible a sus necesidades, a su vida y a su destino. La oración permite también al sacerdote reconocer a los «que el Padre le ha dado»... Estos son, ante todo, los que, por así decirlo, son puestos por el Buen Pastor en el camino de su servicio sacerdotal, *de su labor pastoral*. Son los niños, los adultos, los ancianos. Son la juventud, las parejas de novios, las familias, pero también las personas solas. Son los enfermos, los que sufren, los moribundos. Son los que están Espiritualmente cercanos, dispuestos a la colaboración apostólica, pero también los lejanos, los ausentes, los indiferentes, muchos de los cuales, sin embargo, pueden encontrarse en una fase de reflexión y de búsqueda. Son los que están mal dispuestos por varias razones, los que *se encuentran en medio de dificultades de naturaleza diversa*, los que luchan contra los vicios y pecados, los que luchan por la fe y la esperanza. Los que buscan la ayuda del sacerdote y los que lo rechazan.

¿Cómo ser sacerdote «para» todos ellos y para cada uno de ellos según el modelo de Cristo? ¿Cómo ser sacerdote «para» aquéllos que «*el Padre nos ha dado*», confiándonoslos como un encargo? Nuestra prueba será siempre una prueba de amor, una prueba que hemos de aceptar, antes que nada, en el terreno de la oración.

12. Queridos hermanos: Todos sabemos bien *cuánto cuesta esta prueba*. ¡Cuánto cuestan a veces los coloquios aparentemente normales con las distintas personas!. ¡Cuánto cuesta el servicio

a las conciencias en el confesionario. Cuánto cuesta la solicitud «por todas las iglesias» (cfr. *2 Cor* 11, 28): *Sollicitudo omnium ecclesiarum*): ya se trate de las «iglesias domésticas» (Cfr. *LG*, 11), es decir, las familias, especialmente en sus dificultades y crisis actuales; ya se trate de cada persona «templo del Espíritu Santo» (*1 Cor* 6, 19): de cada hombre o mujer en su dignidad humana y cristiana; y finalmente, ya se trate de una *iglesia-comunidad* como la parroquia, que sigue siendo la comunidad fundamental, o bien de aquellos grupos, movimientos, asociaciones, que *sirven* a la renovación del hombre y de la sociedad según el espíritu del Evangelio florecientes hoy en la Iglesia y por los que hemos de estar agradecidos al Espíritu Santo, que hace surgir iniciativas tan hermosas. Tal empeño tiene su «coste», que hemos de sostener con la ayuda de la oración..

Por lo tanto, la oración nos permitirá, a pesar de muchas contrariedades, *dar esa prueba de amor* que ha de ofrecer la vida de cada hombre, y de modo especial la del sacerdote. Y cuando parezca que esa prueba supera nuestras fuerzas, recordemos lo que el evangelista dice de Jesús en Getsemaní: «*Lleno de angustia, oraba con más insistencia*» (*Lc* 22, 44).

13. El Concilio Vaticano II presenta la vida de la Iglesia como *peregrinación en la fe* (cfr. const. dogm. *Lumen Gentium*, 48 ss.). Cada uno de nosotros, queridos hermanos, en razón de su vocación y ordenación sacerdotal, tiene una participación especial en esta peregrinación. Estamos llamados a avanzar guiando a los demás, ayudándolos en su camino como ministros del Buen Pastor. Como administradores de los misterios de Dios debemos, pues, tener *una madurez de fe*, adecuada a nuestra vocación y a nuestras funciones. Pues, «lo que se busca en los administradores es que sean fieles» (*1 Cor* 4, 2), desde el momento en que el Señor les confía su patrimonio.

Por lo tanto, es conveniente que en esta peregrinación de la fe, cada uno de nosotros *fije la mirada de su alma en la Virgen María, Madre de Jesucristo*, Hijo de Dios. Pues ella -como enseña el Concilio siguiendo a los Padres- nos «precede» en esta peregrina-

nación (cfr. const. dogm. *Lumen Gentium*, 58) y nos ofrece un ejemplo sublime, que he deseado poner también de relieve en mi reciente Encíclica, publicada en vistas al Año Mariano, al que nos estamos preparando. En María, que es la Virgen Inmaculada, descubrimos también *el misterio de esa fecundidad sobrenatural por obra del Espíritu Santo*, por el que ella es «figura» de la Iglesia. En efecto, la Iglesia «se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios» (const. dogm. *Lumen Gentium*, 64), según el testimonio del Apóstol Pablo: «Hijos míos, por quienes *sufro de nuevo dolores de parto*» (*Gál* 4, 19); y llega a serlo sufriendo como una madre, que «cuando pare, siente tristeza porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre» (*Jn* 16, 21).

¿Acaso este testimonio no toca también la esencia de nuestra especial vocación en la Iglesia?. Sin embargo -digámoslo al concluir-, para que podamos hacer nuestro el testimonio del Apóstol, tenemos que *mirar constantemente al Cenáculo y a Getsemaní*, y volver a encontrar el *centro mismo de nuestro sacerdocio en la oración* y mediante la oración.

Cuando, con Cristo, clamamos: «Abbá, Padre», entonces «el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios» (*Rom* 8, 1516). «Y asimismo, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas *el mismo Espíritu aboga por nosotros* con gemidos inenarrables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu» (*Rom* 8, 2627).

Recibid, queridos hermanos, el saludo pascual y el beso de la paz en Jesucristo Nuestro Señor.

Vaticano, 13 de abril del año 1987.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 1988

Queridos Hermanos en el Sacerdocio:

Hoy todos nosotros volvemos al Cenáculo. Congregándonos en torno a los altares en tantos lugares de la tierra, celebramos de modo especial el memorial de la última Cena en medio de la comunidad del Pueblo de Dios a la que servimos. En la liturgia vespertina del Jueves Santo las palabras de Cristo, pronunciadas «la víspera de su Pasión», resuenan en nuestros labios como cada día, y todavía de una manera distinta, en relación con aquella Tarde única, que precisamente hoy es recordada por la Iglesia. Como nuestro Señor y al mismo tiempo *in persona Christi* pronunciamos las palabras «Tomad y comed todos de él, porque *esto es mi Cuerpo*... Tomad y bebed todos de él, porque *éste es el cáliz de mi Sangre*». En efecto, el mismo Señor nos encomendó esto, cuando dijo a los apóstoles: «Haced esto en conmemoración mía» (*Lc* 22,19).



Y al hacer esto debe permanecer vivo en nuestra mente y en nuestro corazón *todo el misterio de la encarnación*: Cristo, que el Jueves Santo anuncia que su Cuerpo será «entregado» y su Sangre «derramada», es el Hijo eterno, el cual «entrando en este mundo» dice al Padre: «*me has preparado un cuerpo... para hacer ¡Oh Dios!, tu voluntad*» (*Heb* 10, 5-7).

Se acerca precisamente aquella Pascua en la que el Hijo de Dios, como Redentor del mundo, cumplirá la voluntad del Padre mediante la oblación y la *Inmolación de su Cuerpo y Sangre* en el Gólgota. Es por medio de este sacrificio que Él, «por su propia sangre, entró una vez para siempre en el santuario, realizada la redención eterna» (*Heb* 9, 12). Pues éste es el sacrificio de la Alianza «nueva y eterna» que está íntimamente relacionado con el misterio de la encarnación: el Verbo, que se hizo carne (cf. *Jn* 1, 14), inmola su humanidad, como

«homo assumptus» en la unidad de la Persona divina. Es conveniente que a lo largo de este año, vivido por toda la Iglesia como Año Mariano, se recuerde -a propósito de la Institución de la Eucaristía y, a la vez, del sacramento del Sacerdocio- la realidad misma de la encarnación. La cual se llevó a cabo por obra del *Espíritu Santo, descendiendo sobre la Virgen de Nazaret*, cuando ella pronunció su «fiat» como respuesta al mensaje del Ángel (cf. *Lc 1, 38*).

«Ave, verdadero cuerpo, nacido de la Virgen María: en verdad has sufrido y has sido inmolado en la Cruz por el hombre».

¡Sí, es el mismo Cuerpo! Al celebrar la Eucaristía, mediante nuestro servicio sacerdotal, se hace presente el misterio del Verbo encarnado, Hijo consubstancial al Padre, que, como hombre «nacido de mujer», es hijo de la Virgen María.

2. En la última Cena no consta que la Madre de Cristo estuviera en el Cenáculo. *Sin embargo estaba presente en el Calvario*, al pie de la Cruz, «en donde -como enseña el Concilio Vaticano II-, no sin designio divino, se mantuvo de pie (cf. *Jn 19, 25*), se conmovió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada». Esta es la consecuencia de aquel «fiat, pronunciado por María en la Anunciación.

Cuando nosotros, al actuar *in persona Christi*, celebramos el sacramento del mismo y único sacrificio en el que Cristo es y sigue siendo el único sacerdote y la única víctima, *no debemos olvidar este sufrimiento de la Madre*, en la cual se cumplieron las palabras pronunciadas por Simeón en el templo de Jerusalén: «una espada atravesará tu alma» (*Lc 2, 35*). Eran unas palabras dirigidas directamente a María, cuarenta días después del nacimiento de Jesús. En el Gólgota, al pie de la Cruz, estas palabras se cumplieron totalmente. cuando su Hijo en la Cruz se manifestó plenamente como «signo de contradicción», esta inmolación, la agonía mortal del Hijo afectó también al corazón materno de María. Esta es la agonía del corazón de la Madre, que sufría con Él, «consintiendo en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma». Se alcanza aquí *el ápice de la presencia de María en el Misterio de Cristo y de la Iglesia* en la tierra. Este ápice se encuentra en el camino de la «peregrinación de la fe», a la que nos referimos especialmente en el Año Mariano.

Amadísimos Hermanos, ¿a quién más que a nosotros es indispensable una fe profunda y firme, a nosotros, que en virtud de la sucesión apostólica comenzada en el Cenáculo celebramos el sacramento del sacrificio de Cristo? Conviene, pues, que profundice constantemente nuestro vínculo Espiritual con la Madre de Dios, que *en la peregrinación de la fe «precede», a todo el Pueblo de Dios*.

Y de modo particular, cuando celebrando la Eucaristía nos encontramos cada día en el Gólgota, conviene que esté a nuestro lado Aquella que, mediante una fe heroica, realizó al máximo su unión con el Hijo, precisamente allí en el Gólgota.

3. Además, Cristo ¿no nos ha dejado quizá una indicación especial al respecto? Ciertamente, durante su agonía en la Cruz, pronunció las palabras que para nosotros tienen el sentido de un testamento. «Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, *dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre*. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (*Jn 19, 26-27*).

Aquel discípulo, el Apóstol Juan, estaba con Cristo en la última Cena. Era uno de los «doce», a los que el Maestro dio, junto

con las palabras que instituían la Eucaristía, la recomendación: «Haced esto en conmemoración mía». El apóstol Juan recibió la potestad de celebrar el sacrificio eucarístico instituido en el Cenáculo la víspera de su Pasión, como santísimo sacramento de la Iglesia. En el momento de su muerte, Jesús confía su Madre a este discípulo. Juan «la recibió en su casa» (*Jn. 19, 27*): la recibió como primera testigo del misterio de la encarnación. Y él, como evangelista, expresó precisamente de la manera más profunda, y al mismo tiempo más sencilla, la verdad sobre el Verbo que «se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn 1, 14*): la verdad de la encarnación y la verdad del Emmanuel. Y así, al recibir «en su casa» a la Madre que estaba al pie de la cruz del Hijo, acogió al mismo tiempo *todo lo que ella tenía dentro de sí en el Gólgota*: el hecho de que ella «sufrió profundamente en unión con su Unigénito y se asoció con espíritu materno a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la importancia de la víctima engendrada por ella». Todo esto -toda la sobrehumana *experiencia del sacrificio de nuestra redención, impresa en el corazón de la misma Madre de Cristo Redentor*- fue confiado al hombre, que en el Cenáculo recibió el poder de hacer realidad este sacrificio mediante el ministerio sacerdotal de la Eucaristía.

¿No posee esto un significado particular para cada uno de nosotros? Si Juan al pie de la Cruz representa en cierto sentido a todos los hombres, a cada uno y a cada una, sobre los cuales se extiende espiritualmente la maternidad de la Madre de Dios, ¿cuánto más no será válido esto para cada uno de nosotros, llamados sacramentalmente al servicio sacerdotal de la Eucaristía en la Iglesia!

De veras, es estremecedora la realidad del Gólgota, el sacrificio de Cristo por la redención del mundo. Es estremecedor *el misterio de Dios, del cual somos ministros en el orden sacramental* (cf. *1 Cor 4, 1*). Sin embargo, ¿no estamos amenazados por el peligro de ser ministros no suficientemente dignos; por el peligro de no presentarnos con suficiente fidelidad al pie de la Cruz de Cristo, al celebrar la Eucaristía?.

Procuremos estar cerca de esta Madre, en cuyo corazón está grabado de modo único e incomparable el misterio de la redención del mundo.

4. «La Bienaventurada Virgen, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor... está unida también íntimamente a la Iglesia» -proclama el Concilio-. «*La Madre de Dios es tipo de la Iglesia*, como ya enseñaba San Ambrosio, a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo. Porque en el misterio de la Iglesia, que con razón también es llamada madre y virgen, la Bienaventurada Virgen María la precedió, mostrando en forma eminente y singular el modelo de la virgen y de la madre».

Más adelante el texto conciliar desarrolla esta analogía tipológica: «Ahora bien, *la Iglesia*, contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, *también ella es hecha Madre*, por la palabra de Dios fielmente recibida; en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y *también ella es virgen* que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo e imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo conserva virginalmente la fe íntegra, la sólida esperanza, la sincera caridad».

Al pie de la Cruz en el Gólgota el discípulo «recibió en su casa» a María, señalada por Cristo con las palabras: «He ahí a tu

Madre». La enseñanza del Concilio demuestra cómo *toda la Iglesia* ha recibido a María «en su casa»; cuando profundamente el misterio de esta Madre-Virgen pertenezca al misterio de la Iglesia, a su íntima realidad.

Todo esto tiene una importancia fundamental para todos los hijos e hijas de la Iglesia. *Todo esto tiene un significado especial para nosotros*, que hemos sido marcados con el signo sacramental del Sacerdocio, el cual, aunque sea «jerárquico», es al mismo tiempo «ministerial» a ejemplo de Cristo, primer servidor de la redención del mundo.

Si todos en la Iglesia -hombres y mujeres, que por medio del bautismo participan en la función de Cristo sacerdote- poseen el «sacerdocio real» común, del que habla el Apóstol Pedro (cf. *1 Pe* 2, 9); todos deben aplicarse las palabras de la Constitución conciliar citadas hace poco; estas palabras también se refieren de manera especial a nosotros.

El Concilio ve *la maternidad de la Iglesia* -según el modelo de la maternidad de María- *en el hecho de que* «engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios». Notamos aquí como un eco de las palabras de San Pablo sobre los «hijos por quienes de nuevo sufre dolores de parto» (cf. *Gál* 4, 19), del mismo modo que sufre una madre en el parto. Cuando en la *Carta a los Efesios* leemos de Cristo-Esposo que «nutre y cuida» a la Iglesia como a su cuerpo (cf. 5, 29), debemos relacionar este cuidado esponsal de Cristo sobre todo con el don del alimento eucarístico, comparable a los muchos cuidados maternos de «aumentar y cuidar» al niño.

Merece la pena recordar estas expresiones bíblicas, para que la verdad de la maternidad de la Iglesia, a ejemplo de la Madre de Dios, se haga más cercana a nuestra conciencia sacerdotal. Y si cada uno de nosotros vive esta *maternidad Espiritual* más bien en cuanto hombres, como «paternidad en el Espíritu», María, como «figura» de la Iglesia, tiene su parte en esta experiencia. Los textos citados demuestran cuán profundamente está grabada esta parte en el corazón mismo de nuestro servicio sacerdotal y pastoral. La analogía de Pablo sobre «los dolores de parto» ¿no se refiere a nosotros en muchas ocasiones en las que también estamos implicados en el proceso Espiritual *de la «generación» y de la «regeneración» del hombre* por obra del Espíritu dador de la vida? Las experiencias más intensas al respecto las viven los confesores y no solamente ellos.

Con ocasión del Jueves Santo, es necesario profundizar de nuevo en esta verdad misteriosa de nuestra vocación: esta «paternidad en el espíritu», que a nivel humano es semejante a la maternidad. Por lo demás, Dios Creador y Padre ¿no hace él mismo la comparación entre su amor y el de las madres? (cf. *Is* 49, 15; 66, 13). Se trata, por tanto, de una característica de nuestra personalidad sacerdotal, que expresa precisamente su *madurez apostólica y su fecundidad espiritual*. Si toda la Iglesia «aprende de María la propia maternidad», ¿no es conveniente que lo hagamos también nosotros? Es preciso, pues, que cada uno de nosotros «la reciba en su casa». Así como la recibió el Apóstol Juan en el Gólgota, es decir, que cada uno de nosotros permita a María que ocupe un lugar «en la casa» del propio sacerdocio sacramental, como madre y mediadora de aquel «gran misterio» (cf. *Ef* 5, 32), que todos deseamos servir con nuestra vida.

5. *María es Madre-Virgen*, y la Iglesia, dirigiéndose a ella como a su propia figura, se reconoce en la misma porque también es «llamada madre y virgen». Es virgen porque «*guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo*». Cristo, según la ense-

ñanza de la *Carta a los Efesios* (cf. 5, 32), es el esposo de la Iglesia. El significado esponsal de la redención nos impulsa a cada uno de nosotros a guardar fidelidad a esta vocación, mediante la cual hemos sido hechos partícipes de la misión salvífica de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey.

La analogía entre la Iglesia y María Virgen es especialmente elocuente para nosotros, que unimos nuestra *vocación sacerdotal al celibato*, es decir, «a hacernos eunucos para el Reino de los Cielos». Recordemos el coloquio con los apóstoles en el que Cristo les explicaba el significado de esta elección (cf. *Mt* 19, 12) y tratemos de comprender plenamente sus motivos. Renunciamos libremente al matrimonio, a fundar una familia, para poder servir mejor a Dios en los hermanos.

Se puede decir que nosotros renunciamos a la paternidad «según la carne», para que madure y se desarrolle en nosotros la paternidad «según el espíritu», que, como ya se ha dicho, tiene al mismo tiempo características maternas. La fidelidad virginal al Esposo, que encuentra su expresión particular en esta forma de vida, nos permite participar en la vida íntima de la Iglesia, la cual, a ejemplo de la Virgen, trata de guardar «pura e íntegramente la fe prometida al Esposo».

Ante este modelo -es decir, el prototipo que la Iglesia encuentra en María- es necesario que nuestra *elección sacerdotal del celibato para toda la vida esté depositada también en su corazón*. Es necesario recurrir a esta Madre-Virgen cuando encontremos dificultades en el camino elegido. Es necesario que con su ayuda busquemos una comprensión cada vez más profunda de este camino, su afirmación cada vez más completa en nuestros corazones. Es necesario, finalmente, que se desarrolle en nuestra vida aquella paternidad «según el espíritu que es uno de los frutos del «hacerse eunucos por el reino de Dios».

En María, que representa el «cumplimiento» singular de la «mujer» bíblica del *Protoevangelio* (cf. *Gén* 3, 15) y del *Apocalipsis* (12, 1), busquemos obtener también la *capacidad de la justa relación con las mujeres y el comportamiento ante ellas demostrado por el mismo Jesús de Nazaret*. Esto se ve en muchos pasajes del Evangelio. Este es un tema importante en la vida de cada sacerdote, y el Año Mariano nos lleva a considerarlo y a profundizarlo de modo especial. El sacerdote, en virtud de su vocación y de su servicio, debe descubrir de una manera nueva *el problema de la dignidad y de la vocación de la mujer*, tanto en la Iglesia como en el mundo actual. Debe comprender profundamente qué es lo que Cristo quería decirnos a todos hablando con la Samaritana (cf. *Jn* 4, 1-42), defendiendo a la adúltera amenazada con ser apedreada (cf. *Jn* 8, 1 - 11), dando testimonio de aquella a la que le fueron perdonados muchos pecados, porque había amado mucho (cf. *Lc* 7, 36-50), conversando con María y Marta en Betania (cf. *Lc* 10, 38-42; *Jn* 11, 1-44) y, finalmente, transmitiendo a las mujeres, antes que a los demás, «la Buena Nueva» pascual de su resurrección (cf. *Mt* 28, 1-10).

La misión de la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, fue asumida de diversas maneras *por los hombres y por las mujeres*. En nuestros días, después del Concilio Vaticano II, este hecho supone una nueva llamada a cada uno de nosotros, para que el Sacerdocio que ejercemos en las diversas comunidades de la Iglesia sea verdaderamente ministerial y, por esto mismo, apostólicamente eficaz y fructífero.

6. Al encontrarnos hoy, Jueves Santo, en el lugar del nacimiento de nuestro Sacerdocio, deseamos releer profundamente su significado a través del prisma de la doctrina conciliar sobre la

Iglesia y su misión. La figura de la Madre de Dios pertenece a esta doctrina en su conjunto. De ahí pues las reflexiones de la presente meditación.

Hablando desde lo alto de la Cruz en el Gólgota, Cristo dijo al discípulo: «He ahí a tu Madre». Y el discípulo «la recibió en su casa» como Madre. *Introduzcamos también nosotros a María como Madre en la «casa» interior de nuestro sacerdocio.* En efecto, también nosotros pertenecemos a «los fieles, a cuya generación y educación» la Madre de Dios «coopera con amor materno». Sí, nosotros tenemos, en cierto modo, un «derecho» especial a este amor en virtud del misterio del Cenáculo. Cristo decía: «No os llamo ya siervos... os he llamado amigos» (Jn 15, 15). Sin esta «amistad» sería difícil pensar que *El nos haya confiado*, después de los Apóstoles, el sacramento de su Cuerpo y Sangre, el sacramento de su muerte redentora y de su resurrección, para que celebrásemos este inefable sacramento en su nombre, más aún, *in persona Christi*. Sin esta «amistad» especial sería difícil pensar también en la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se presentó en medio de los apóstoles diciéndoles: «Recibir el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23).

Esta amistad compromete. Esta amistad debería infundir un santo temor, un mayor sentido de responsabilidad, una mayor disponibilidad en el dar de sí todo lo que seamos capaces, con la ayuda de Dios. En el Cenáculo esta amistad se consolidó profundamente mediante la promesa del Paráclito: El «os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. El dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio» (Jn 14, 26; 15, 26-27).

Nos sentimos siempre indignos de la amistad de Cristo. Pero es bueno que tengamos el santo temor de no permanecer fieles a la misma.

La Madre de Cristo sabe todo esto. Ella misma comprendió más plenamente lo que significaban las palabras pronunciadas por su Hijo en el momento de la agonía en la Cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre». Se referían a ella y al discípulo, uno de aquellos a quienes Cristo dijo en el Cenáculo: «Vosotros sois mis amigos» (Jn 15, 14): a Juan y a todos los que, mediante el misterio de la última Cena, participan de la misma «amistad». La Madre de Dios, la cual (como enseña el Concilio) coopera con amor materno a la generación y educación de todos los que llegan a ser hermanos de su Hijo -que llegan a ser sus amigos- *hará todo lo posible para que éstos no defrauden esta santa amistad.* Para que estén a la altura de la misma.

7. Junto con Juan, apóstol y evangelista, dirijamos también la mirada de nuestro espíritu *hacia aquella «mujer vestida de sol»*, que aparece en el horizonte escatológico de la Iglesia y del mundo en el *Libro del Apocalipsis* (cf. 12, 1 ss). No es difícil reconocer en ella la misma figura que, al comienzo de la historia humana, después del pecado original, fue anunciada como Madre del Redentor (cf. Gén 3, 15). En el *Apocalipsis* la vemos, por un lado, como la mujer excelsa en medio de la creación visible y, por otro, como la que *sigue tomando parte en la lucha Espiritual por la victoria del bien sobre el mal.* Este es el combate conducido por la Iglesia, unida a la Madre de Dios como «modelo» suyo, «contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del mal», como leemos en la *Carta a los Efesios* (6, 12). Esta lucha Espiritual empieza en el momento en que el hombre «por instigación del demonio... abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios».

Se puede decir que *el hombre*, ofuscado por la perspectiva de ser elevado por encima de su límite de criatura como era tentador: «seréis como dioses»: (cf. Gén 3, 5), ha dejado de buscar la verdad de la propia existencia y de su progreso en aquel que es «Primogénito de toda la creación» (Col 1, 15) y ha dejado de entregar esta creación y a sí mismo en Cristo a Dios, en el cual todo tiene su comienzo. El hombre *ha perdido la conciencia de ser el sacerdote de todo el mundo visible*, al orientarlo exclusivamente hacia sí.

Las palabras del *Protoevangelio* al principio de la Sagrada Escritura y las del *Apocalipsis* al final se refieren a la misma lucha en la que está implicado el hombre. En la perspectiva de esta lucha Espiritual, que se desarrolla en la historia, el Hijo de la mujer es el Redentor del mundo. La redención se realiza mediante el sacrificio, en el que Cristo -mediador de la nueva y eterna Alianza- «penetró en el santuario una vez para siempre... con su propia sangre», abriendo en la casa del Padre -en el seno de la Santísima Trinidad- el espacio para que todos «los que han sido llamados reciban la herencia eterna» (cf. Heb 9, 12.15). Precisamente por esto *Cristo, crucificado* y resucitado, es «el sumo sacerdote de los bienes futuros» (cf. Heb 9, 11), y su sacrificio *significa una nueva orientación de la historia espiritual del hombre hacia Dios*, Creador y Padre, hacia el cual el Primogénito de la creación conduce a todos en el Espíritu Santo.

El Sacerdocio, que tiene su principio en la última Cena, nos permite participar en esta transformación esencial de la historia espiritual del hombre. En efecto, en la Eucaristía presentamos el sacrificio de la redención, el mismo que Cristo ofreció en la Cruz «con su propia sangre». Por medio de este sacrificio también nosotros, sus dispensadores sacramentales, junto con todos a quienes servimos por medio de su celebración, *alcanzamos continuamente el momento decisivo de aquel combate espiritual* que, según el *Génesis* y el *Apocalipsis*, está relacionado con la «mujer». En esta lucha ella está completamente unida al Redentor, y por esto nuestro servicio sacerdotal está también unido a ella: a ella, Madre del Redentor y «modelo» de la Iglesia. De este modo todos permanecemos unidos a ella en esta lucha Espiritual, que se desarrolla a través de toda la historia del hombre. En esta lucha nosotros tenemos una parte especial en virtud de nuestro Sacerdocio sacramental. Realizamos un servicio especial en la obra de redención del mundo.

El Concilio enseña que *María, avanzando en la peregrinación de la fe* mediante su perfecta unión con el Hijo hasta la Cruz precedió, presentándose de forma eminente y singular, a todo el Pueblo de Dios, a lo largo del mismo camino, siguiendo a Cristo en el Espíritu Santo. ¿No deberíamos unirnos a ella especialmente nosotros sacerdotes que, como *pastores* de la Iglesia, *debemos guiar también* a las comunidades, confiadas a nosotros, por el camino que desde el Cenáculo de Pentecostés sigue a Cristo a través de la historia del hombre?

8. Queridos Hermanos en el Sacerdocio, mientras nos reunimos hoy junto con los Obispos en tantos lugares de la tierra, he deseado desarrollar en esta Carta anual precisamente este motivo que, además, me parece relacionado particularmente con el contenido del Año Mariano.

Al celebrar la Eucaristía en tantos altares del mundo, *agradecemos* al eterno Sacerdote *el don* que nos ha dado en el sacramento del Sacerdocio. Y que en esta acción de gracias se puedan escuchar las palabras puestas por el evangelista en boca de María con ocasión de la visita a su prima Isabel: «*Ha hecho en mi favor maravillas* el Poderoso, Santo es su nombre» (Lc 1, 49). Demos también gracias a María por el inefable don del Sacerdocio por el

cual podemos servir en la Iglesia a cada hombre. ¡Que *el agradecimiento despierte también nuestro cielo!* ¿No se realiza quizás, mediante nuestro servicio sacerdotal, lo que se dice en los versículos siguientes del Magnificat de María? El Redentor, el Dios de la Cruz y de la Eucaristía, verdaderamente «exalta a los humildes»; «a los hambrientos colma de bienes». El, que «siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que nos enriqueciéramos con su pobreza» (cf. 2 Cor 8, 9), *ha entregado* a la humilde Virgen de Nazaret el admirable *misterio de su pobreza*, que hace ser ricos. Y nos entrega también a nosotros el mismo misterio mediante el sacramento del Sacerdocio.

Demos gracias incesantemente por esto; con toda nuestra vida; con todo aquello de que somos capaces. Juntos demos gracias a María, Madre de los sacerdotes. *¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me ha hecho?* La copa de salvación levantaré e invocaré el nombre del Señor» (Sal 116/ 114-115, 12-13).

A todos mis hermanos en el Sacerdocio y en el Episcopado envío, con caridad fraterna y en el día de nuestra fiesta común, mi cordial saludo y mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1988, décimo de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1989

Amadísimos hermanos en el sacerdocio de Cristo:

Este año también deseo poner de relieve la grandeza de este día, que nos reúne a todo en torno a Cristo. Durante el Triduo Sacro en la Iglesia se hace más profunda la conciencia del Misterio pascual. A nosotros, sacerdotes, se dedica de modo particular este día del Jueves Santo. *El Memorial de la última Cena* se reaviva y actualiza en este día, y nosotros contamos en él lo que nos hace vivir, es decir, lo que somos por la gracia de Dios. *Volvemos nuevamente* a los orígenes mismos del sacrificio de la nueva y eterna Alianza y a la vez *a los orígenes de nuestro sacerdocio*, que tiene su ser y plenitud en Cristo. Contemplamos a Aquel que durante la Cena pascual pronunció las palabras: «Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros», «éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados» (cf. Mt 26, 26-28; Lc 22, 19-20); en virtud de estas palabras sacramentales Jesús *se nos reveló como Redentor* del mundo y, a la vez, *como Sacerdote* de la nueva y eterna Alianza.

La *Carta a los Hebreos* expresa plenamente esta verdad cuando afirma que Cristo es el «Sumo Sacerdote de los bienes futuros», el cual «penetró en el santuario una vez para siempre... *con su propia sangre*, consiguiendo una redención eterna»; mediante la sangre derramada en la cruz, «*se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios*» en virtud del «Espíritu Eterno» (cf. Heb 9, 11-14).

Por ello *el único sacerdocio de Cristo es eterno y definitivo*, al igual que es eterno y definitivo el *sacrificio* que él ofrece. Cada día, y en particular durante el Triduo Sacro, esta verdad se hace viva en la conciencia de la Iglesia: «Tenemos un Sumo Sacerdote» (cf. Heb 4, 14).

Lo que tuvo lugar durante la última Cena ha hecho que el sacerdocio de Cristo sea un *sacramento de la Iglesia*. Este ha venido a ser signo de su identidad hasta el fin de los tiempos y fuente de aquella vida en el Espíritu, que la Iglesia recibe

incesantemente del Señor. De esta vida participan todos aquellos que, en Cristo, constituyen la Iglesia. *Todos participan del sacerdocio de Cristo*, y tal participación significa que *mediante el bautismo* «de agua y de Espíritu» (Jn 3, 5) han sido consagrados, para ofrecer los sacrificios espirituales en unión con el único sacrificio de la Redención en el que se ha ofrecido Cristo mismo. Todos -como pueblo mesiánico de la Nueva Alianza- participamos en Cristo del «sacerdocio real» (cf. 1 Pe 2, 9).

2. Con motivo de la reciente publicación de la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, nos parece particularmente actual recordar esta verdad. Esta Exhortación contiene el fruto de los trabajos del Sínodo de los Obispos, reunido en sesión ordinaria en 1987, y cuyo tema fue la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

Es preciso que todos conozcamos ese importante documento y que, *a su luz, meditemos sobre nuestra propia vocación*. Esta reflexión resulta particularmente actual en el día en que conmemoramos la institución de la Eucaristía, así como el ministerio sacramental de los sacerdotes, relacionados con ella.

En la Constitución dogmática *Lumen Gentium* el Concilio Vaticano II ha recordado *la diferencia que hay entre el sacerdocio común* de todos los bautizados y *el sacerdocio* que se recibe *con el sacramento del Orden*. El Concilio llama a este último «sacerdocio ministerial», lo cual designa a la vez «oficio» y «servicio»; y es también «jerárquico», en el sentido de servicio sagrado. En efecto, «Jerarquía» significa gobierno sagrado, que en la Iglesia es servicio.

Recordemos el conocido *texto conciliar*: «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues *ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo*. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige el pueblo sacerdotal,



celebra el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios. Los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio regio, *concurrer* a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante» (*Lumen Gentium* 10; cf. *Christifideles Laici*, 22).

3. Durante el Triduo Sacro se presenta a los ojos de nuestra fe el único sacerdocio de la Alianza nueva y eterna, *que es Cristo mismo*. A él, en verdad, se pueden aplicar *las palabras sobre el Sumo Sacerdote que «es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres» (Heb 5, 1). Como hombre, Cristo es sacerdote*, es el «Sumo Sacerdote de los bienes futuros»; mas, este hombre sacerdote es a la vez el Hijo consubstancial al Padre. Por ello *su sacerdocio* -el sacerdocio de su sacrificio redentor- es único e irrepetible. Es el *cumplimiento trascendente* de todo el contenido del sacerdocio.

Ahora bien, precisamente este único sacerdocio de Cristo es participado por todos en la Iglesia mediante el sacramento del bautismo. Si bien las palabras «sacerdote tomado de entre los hombres» se refieren a cada uno de nosotros, que participamos del sacerdocio ministerial, indican ante todo la pertenencia al pueblo mesiánico, al sacerdocio real; e, indican también nuestro *enraizamiento en el sacerdocio común* de los fieles, que es el origen de la llamada de cada uno de nosotros al ministerio sacerdotal.

Los fieles laicos son aquellos de *entre los cuales cada uno de nosotros ha sido elegido*; aquellos de entre los cuales ha surgido nuestro sacerdocio. En primer lugar están nuestros padres y demás familiares, así como tantas personas del ambiente social de origen; ambiente humano y cristiano, y a veces desecristianizado. En efecto, la *vocación sacerdotal* no siempre nace en una atmósfera propicia; en *ocasiones*, la gracia de la vocación pasa a través de un *contraste con el ambiente*, incluso a través de la resistencia encontrada a veces en los mismos familiares.

Además de las muchas personas que conocemos y que podemos identificar personalmente a lo largo del camino de nuestra vocación, existen aún otras muchas que no conocemos. Nunca podremos precisar a *quién debemos la gracia* de la vocación: que personas colaboraron con sus oraciones y sacrificios con el misterio de la economía divina.

En todo caso, las palabras «sacerdote tomado de entre los hombres» tienen un sentido muy amplio. Al meditar hoy sobre la institución del sacerdocio de Cristo, en lo íntimo de nuestro ser (incluso antes de haberlo recibido por la imposición de manos del Obispo), *hemos de vivir este día como deudores*. ¡Sí, *Hermanos, nosotros somos deudores!* Como deudores de la inescrutable gracia de Dios, nosotros nacemos al sacerdocio; nacemos del corazón del Redentor mismo en el sacrificio de la cruz. Y, al mismo tiempo, nacemos del seno de la Iglesia, pueblo sacerdotal. Este pueblo es el *terreno espiritual de las vocaciones*, la tierra cultivada por el Espíritu Santo, Paráclito de la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

El Pueblo de Dios se alegra por las vocaciones sacerdotales de sus hijos. En las vocaciones este Pueblo comprueba la propia vitalidad en el Espíritu Santo; halla *la confirmación del sacerdocio real*, mediante el cual Cristo, «Sumo Sacerdote de los bienes futuros» está presente en la historia humana y en las comunidades cristianas. También Cristo fue «elegido de entre los hombres». Es el «Hijo del hombre», el Hijo de la Virgen María.

4. Allí *donde faltan las vocaciones la Iglesia ha de hacerse particularmente solícita*. De hecho se hace muy solícita; y en esta solícitud han de participar igualmente los laicos cristianos.

A este respecto, el Sínodo de los Obispos de 1987 ha hecho oír su voz con palabras elocuentes, no solamente por parte de los Obispos y sacerdotes, sino también por parte de los mismos laicos presentes.

Esta solicitud *da testimonio de lo que significa el sacerdocio para los laicos*: da testimonio de su identidad, de su dimensión comunitaria y social. En efecto, el sacerdocio es un sacramento sociable, pues el sacerdote «es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios» (*Heb 5, 1*).

El día antes de su pasión y muerte en la cruz, Jesús, en el Cenáculo, *lavó los pies a los Apóstoles*, y lo hizo para subrayar que «no había venido a ser servido, sino a servir» (cf. *Mc 10, 45*).

Todo lo que Cristo hacía y enseñaba estaba en función de la obra, de la redención; la expresión última y más completa de su misión mesiánica es la *Cruz en el Calvario*. En ella ha sido confirmado plenamente que el Hijo de Dios se ha hecho hombre «por nosotros los hombres y por nuestra salvación». Y esta *misión salvífica*, que tiene una irradiación universal está «inscrita» para siempre en el sacerdocio de Cristo. La Eucaristía -sacramento del sacrificio redentor de Cristo- lleva consigo este «signo». Cristo, que ha venido para servir, *está presente sacramentalmente en la Eucaristía precisamente para servir*. Este servicio es, al mismo tiempo, la plenitud de la mediación salvífica: Cristo ha entrado en un santuario, eterno, «en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el acatamiento de Dios en favor nuestro» (*Heb 9, 24*). Verdaderamente, El «está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios».

Cada uno de nosotros, que mediante la Ordenación sacramental participa del sacerdocio de Cristo, *debe tener siempre presente este «signo» de la misión redentora de Cristo*. Pues nosotros -cada uno de nosotros- también hemos sido constituidos «en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios». El Concilio afirma justamente que «*los laicos... tienen el derecho* de recibir con abundancia de los sagrados Pastores los auxilios de *los bienes espirituales de la Iglesia*, en particular la palabra de Dios y los sacramentos» (*Lumen Gentium*, 37).

Este ministerio constituye el centro mismo de nuestra misión. Sin duda también nuestros hermanos y hermanas -los fieles laicos- *desean ver en nosotros a los «servidores y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1)*. En esta dimensión debe realizarse la plena autenticidad de nuestra vocación, de nuestro lugar en la Iglesia. Durante el Sínodo de los Obispos, sobre el apostolado de los laicos, se recordó a menudo que éstos tienen en gran estima *la autenticidad de la vocación y de la vida sacerdotal*. Esta es, más bien, la primera condición para la vitalidad del laicado y para el apostolado específico de los laicos. De ningún modo se trata de la laicización del clero, como no se trata tampoco de la «clericalización;» de los laicos. *La Iglesia se desarrolla orgánicamente según el principio de la multiplicidad y diversidad de los «dones»* o sea, de los carismas (cf. *Christifideles Laici*, 21-23). Cada uno, en efecto, «tiene de Dios su gracia particular» (*1 Cor 7, 7*) «para provecho común (*ibid.*, 12, 7). «Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios» (*1 Pe 4, 10*). Estas indicaciones de los Apóstoles son plenamente actuales aun en nuestros días. A todos igualmente tanto a los ministros

ordenados como a los laicos se refiere la recomendación de «comportarse de una manera digna de la vocación» (cf. *Ef* 4, 1), de la que cada uno ha sido hecho partícipe.

5. Por tanto, es necesario que hoy, en un día tan sagrado y tan lleno de profundos contenidos espirituales para nosotros, meditemos una vez más, y profundamente, sobre el carácter particular de nuestra vocación y de nuestro servicio sacerdotal. Los presbíteros -enseña el Concilio- «por su propio ministerio están obligados... a no configurarse con este siglo; pero, al mismo tiempo, están obligados a vivir entre los hombres» (cfr. *Presbyterorum Ordinis*, 3). En la vocación sacerdotal de un pastor debe haber un lugar especial para los laicos y para su «laicidad», que es también un gran bien de la Iglesia. Esta actitud acogedora es signo de la vocación del sacerdote como pastor.

El Concilio ha demostrado con gran claridad que la «laicidad» fundamentada en los sacramentos del bautismo y de la confirmación, la laicidad como dimensión de la participación común del sacerdocio de Cristo, constituye lo esencial de la vocación de todos los fieles laicos. Y los sacerdotes «no podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena», y al mismo tiempo, «tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos» (*ibid.*). Esto indica precisamente aquella acogida de la «laicidad», que debe estar profundamente inscrita en la vocación sacerdotal de cada pastor: la acogida de todo aquello con que se expresa esta «laicidad». En todo esto el sacerdote debe intentar reconocer la «verdadera dignidad cristiana» (*Lumen Gentium*, 18) de cada uno de sus hermanos y hermanas laicos: más aún, se debe esforzar por hacerlas presente a ellos mismos, para educarles en esta dignidad mediante su servicio sacerdotal.

Reconociendo la dignidad de los laicos y «su papel específico en el ámbito de la misión de la Iglesia», «los presbíteros son hermanos entre sus hermanos, como miembros de un sólo y mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación ha sido encomendada a todos» (*Presbyterorum Ordinis*, 9).

6. Desarrollando dentro de sí esta actitud hacia todos los fieles laicos y su «laicidad», marcados también éstos por el don de la vocación recibida de Cristo, el sacerdote puede realizar la labor social que está unida a su vocación de pastor. Es decir, puede «reunir» a las comunidades cristianas, a las que es enviado. El Concilio pone de relieve en diversos lugares esta labor. Los sacerdotes, «ejerciendo... el oficio de Cristo... reúnen la familia de Dios como una fraternidad, animada con espíritu de unidad, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu» (*Lumen Gentium*, 28).

Este «reunir» es servicio. Cada uno de nosotros debe ser consciente de reunir a la comunidad no alrededor de sí mismo, „sino de Cristo, y no para sí mismo, sino para Cristo, para que él mismo pueda actuar en esta comunidad y a la vez en cada uno, con el poder de su Espíritu Paráclito, y según el «don» recibido por cada uno de este Espíritu «para el provecho común».

Por consiguiente, este reunir es servicio, y lo es tanto más en cuanto el sacerdote «preside» la comunidad. A este respecto el Concilio subraya que «es menester... que, sin buscar su propio interés, sino el de Jesucristo, de tal forma presidan los presbíteros que aúnen su trabajo con los fieles laicos» (*Presbyterorum Ordinis*, 9).

Este «reunir» se entiende no como algo circunstancial sino como una constante y coherente edificación de la comunidad. Precisamente aquí es indispensable la colaboración de la que se

habla en el texto conciliar. También aquí deben «descubrir con sentido de fe, reconocer con gozo y fomentar con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos», se lee en el mismo Decreto conciliar (*ibid.*). «Encomienden igualmente con confianza a los laicos funciones en servicio de la Iglesia, dejándoles libertad y campo de acción...» (*ibid.*).

Refiriéndose a las palabras de San Pablo, el Concilio recuerda a los presbíteros que «están puestos en medio de los laicos para llevarlos a todos a la unidad de la caridad, amándose unos a otros con caridad fraternal y unos a otros previniéndose en las muestras de deferencia (*Rm* 12, 10) (*ibid.*).

7. En el momento presente, después de la publicación de la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, muchos sectores de la Iglesia están estudiando su contenido, en el que se ha manifestado la solicitud colegial de los Obispos reunidos en el Sínodo. Este Sínodo, por lo demás, ha sido un eco del Concilio en el intento de indicar -a la luz de múltiples experiencias- la orientación que debería seguir el Magisterio conciliar sobre el laicado. Es bien sabido que este Magisterio se ha demostrado particularmente fecundo y alentador, lo cual ciertamente corresponde también a las necesidades de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Nosotros vemos estas necesidades con toda su importancia y complejidad. Por esto el conocimiento del documento postsinodal nos permitirá afrontarlas y, en muchos casos, nos ayudará además en nuestro servicio sacerdotal. «Los sagrados Pastores -leemos en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*- conocen perfectamente cuánto contribuyen los laicos al bien de la Iglesia entera. Saben los Pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo» (n 30).

Promoviendo la dignidad y responsabilidad de los laicos, «recurran gustosamente a su prudente consejo» (*ibid.* 37). Todos los Pastores -Obispos y sacerdotes- «exponen al mundo el rostro de la Iglesia, que es el que sirve a los hombres para juzgar la verdadera eficacia del mensaje cristiano» (*Gaudium et Spes*, 43). De esta manera, «se robustece en los laicos el sentido de la propia responsabilidad, se fomenta su entusiasmo y se asocian más fácilmente las fuerzas de los laicos al trabajo de los Pastores» (*Lumen Gentium*, 37).

También esto -entre otras cosas- será objeto de estudio en la Asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la formación sacerdotal, anunciado para el año 1990. Esta serie de temas permite ya de por sí comprender que, en la Iglesia, existe una profunda relación entre la vocación de los laicos y la de los sacerdotes.

8. Al recordar todo esto en la Carta para el Jueves Santo de este año, he deseado tocar un tema relacionado de manera esencial con el sacramento del Orden. Hoy nos reunimos en torno a nuestros Obispos, como Presbiterio de las Iglesias locales y particulares, en tantos lugares de la tierra. Concelebramos la Eucaristía, renovamos las promesas sacerdotales relacionadas con nuestra vocación y nuestro servicio en la Iglesia de Cristo. Es la gran jornada sacerdotal de todas las Iglesias del mundo en la única Iglesia universal. Nos damos recíprocamente el abrazo de la Paz y con este signo queremos llegar a todos los Hermanos en sacerdocio, incluso a los que están lejos de nosotros en los distintos lugares de la tierra. Ofrecemos precisamente este mundo junto con Cristo al Padre en el Espíritu Santo: este mundo actual, «esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive» (Const. past. *Gaudium et Spes*,

2). Actuando «in persona Christi» como «administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1), somos conscientes de la dimensión universal del Sacrificio eucarístico.

Los *fieles laicos* -nuestros hermanos y hermanas- en virtud de su vocación *están vinculados a este «mundo» de manera distinta a la nuestra*. El mundo les ha sido dado por Dios en Cristo Redentor, como tarea. Su apostolado debe llevar directamente a la *transformación del mundo con el espíritu del Evangelio* (cfr. *Christifideles Laici*, 36). Ellos vienen para encontrar en la Eucaristía de la cual somos ministros por la gracia de Cristo la luz y la fuerza para realizar esta tarea.

Pensando en ellos, renovemos en todos los altares de la Iglesia en el mundo el ministerio redentor de Cristo. Renovémoslo, como servidores «buenos y fieles», «que el Señor al venir encuentra despiertos» (cfr. *Lc* 19, 17; 12, 37). Así sea.

A todos vosotros, queridos Hermanos en el sacerdocio de Cristo, envío mi cordial saludo y la Bendición Apostólica.

Vaticano, 12 de marzo, V domingo de Cuaresma, del año 1989, undécimo de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1990

Ven, Espíritu Creador

1. Con estas palabras la Iglesia ha rezado el día de nuestra Ordenación sacerdotal. Hoy, cuando comienza el Triduo Pascual del año del Señor 1990, recordamos juntos el día de nuestra Ordenación. Nos dirigimos al Cenáculo con Cristo y los Apóstoles para celebrar la Eucaristía *in cena Domini* y para encontrar las *comunes raíces que unen en sí la Eucaristía* de la Pascua de Cristo y *nuestro sacerdocio sacramental, heredado de los Apóstoles*: «Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn* 13, 1).

¡Ven, Espíritu Creador!

2. En este Jueves Santo, al volver a los orígenes del sacerdocio de la nueva y eterna Alianza, cada uno de nosotros recuerda, al mismo tiempo, aquel día que está grabado en la historia de nuestra propia vida como comienzo de su sacerdocio sacramental, como servicio en la Iglesia de Cristo. *La voz de la Iglesia, que invoca al Espíritu Santo en este día decisivo para nosotros*, hace mención de la promesa de Cristo en el Cenáculo: «Yo pediré al Padre (por vosotros) y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad» (*Jn* 14, 16-17). ¡El Consolador, el Paráclito! La Iglesia está convencida de su presencia salvífica y santificadora. El «es el que da vida» (*Jn* 6, 63). «*El Espíritu de la verdad, que procede del Padre... que yo os enviaré de junto al Padre*» (cfr. *Jn* 15, 26), precisamente El ha engendrado en nosotros aquella nueva vida que se Rama y es el sacerdocio ministerial de Cristo. El mismo dice: «*El.. recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros*» (*Jn* 16, 14). Así ha sucedido concretamente. El Espíritu de la verdad, el Paráclito, «ha recibido» de aquel único sacerdocio de Cristo y nos lo ha revelado como el camino de nuestra vocación y de nuestra vida. *Fue aquel el día* en que cada uno de nosotros se vio a sí mismo, en el sacerdocio de Cristo en el Cenáculo, como ministro de la Eucaristía y, viéndose así, comenzó a caminar en esa dirección. *Fue aquel el día* en que cada uno de nosotros, en virtud del sacramento, vio este sacerdocio como realizado en uno mismo, como impreso en la propia alma bajo la forma de un sello indeleble: «Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec» (*Heb* 5, 6).

2. Todo esto se presenta de nuevo cada año ante nuestros ojos el *día del aniversario de nuestra ordenación*, pero vuelve a presentarse también *el día del Jueves Santo*. Hoy, en efecto, en la liturgia matutina de la Misa crismal, nos reunimos, en nuestras respectivas Comunidades sacerdotales, en torno a nuestros Obis-

pos para fortalecer la gracia sacerdotal del Orden. Nos reunimos para renovar, ante el pueblo sacerdotal de la Nueva Alianza, aquellas promesas que desde el día de la Ordenación constituyen el carácter específico de nuestro ministerio en la Iglesia. Y, al renovar estas promesas, invocamos al Espíritu de la verdad, el Paráclito, para que conceda la fuerza salvífica y santificadora a las palabras que la Iglesia pronuncia en su himno de invocación:

«Visita las almas de tus fieles
y llena de la divina gracia
los corazones que tu mismo creaste».

¡Sí! Hoy abrimos nuestros corazones, estos corazones que El ha vuelto a crear con su obrar divino. El los ha vuelto a crear con la gracia de la vocación sacerdotal y en ellos actúa constantemente. El crea cada día; crea en nosotros, siempre de nuevo, aquella realidad que constituye la esencia de nuestro sacerdocio, que confiere a cada uno de nosotros la plena identidad y autenticidad en el servicio sacerdotal, que nos permite «ir y dar fruto» y que este fruto «permanezca» (cfr. *Jn* 15, 16).

Es Él, el Espíritu del Padre y del Hijo, que nos permite descubrir cada vez con mayor profundidad el misterio de aquella amistad a la que Cristo nos ha llamado en el Cenáculo: «No os llamo ya siervos... a vosotros os he llamado amigos» (*Jn* 15, 15). Pues si el siervo no sabe lo que hace su amo, el amigo, en cambio, conoce los secretos de su amigo. El siervo sólo puede ser obligado a trabajar, mas el amigo se alegra de la elección hecha por aquel que se le ha entregado y al cual también él se entrega, y se le entrega totalmente. Hoy, por tanto, pedimos al Espíritu Santo que esté siempre presente en nuestros pensamientos y en nuestros corazones. *Su presencia es condición necesaria para mantener la amistad con Cristo* y nos garantiza también un conocimiento cada vez más íntimo y conmovedor del misterio de nuestro Maestro y Señor. Nosotros participamos de este misterio de un modo singular: *somos sus heraldos y, sobre todo, sus dispensadores*. Este misterio penetra en nosotros y, por nuestro medio, a semejanza de la vid, hace nacer los sarmientos de la vida divina. Por consiguiente, ¡cuánto hemos de desear el tiempo de la venida de este Espíritu que «da la vida»! ¡Cuán profundamente debe estar unido a El nuestro sacerdocio para «permanecer en la vida que es Cristo» (cfr. *Jn* 15, 5)!

3. *¡Ven, Espíritu Creador!*

Dentro de unos meses estas mismas palabras del himno litúrgico inaugurarán la *asamblea del Sínodo de los Obispos*,

dedicada al sacerdocio y a la formación sacerdotal en la Iglesia. Este tema surgió en la anterior asamblea del Sínodo celebrada hace tres años, en 1987. Fruto de los trabajos de aquella sesión sinodal ha sido la Exhortación Apostólica, *Christifideles Laici*, que en muchos ambientes ha sido acogida con gran satisfacción. Este fue un tema obligado, y los trabajos del Sínodo, desarrollados con una notable participación del laicado católico -hombres y mujeres de todos los continentes- se revelaron particularmente útiles de cara a los problemas del apostolado en la Iglesia. Conviene añadir también que a las sugerencias sinodales debe su origen el documento *Mulieris Dignitatem*, que constituyó, en cierto modo, el complemento del Año Mariano.

Pero ya entonces en el horizonte de aquellos trabajos estuvo presente *el tema del sacerdocio y de la formación sacerdotal*. «Sin los Presbíteros que pueden llamar a los laicos a desarrollar su cometido en la Iglesia y en el mundo, y que pueden ayudar en la formación de los laicos para el apostolado, sosteniéndoles en su difícil vocación, faltaría un testimonio esencial en la vida de la Iglesia». Con estas palabras un benemérito y experto representante del laicado se expresó sobre lo que sería luego el tema de la próxima asamblea sinodal de los Obispos de todo el mundo. Pero esta voz no fue la única. Siente la misma necesidad el Pueblo de Dios, tanto en los Países donde el cristianismo y la Iglesia existen desde hace siglos, como en los Países de misión donde la Iglesia y el cristianismo están echando sus raíces. Si en los primeros años después del Concilio se notó cierta desorientación en este aspecto por parte de los laicos y de los pastores de almas, hoy día la necesidad de sacerdotes es obvia y urgente para todos.

En esta problemática está implícita también la justa relectura de la misma *enseñanza del Concilio sobre la relación entre el «sacerdocio de los fieles»*, -que deriva de su fundamental, inserción, por medio del bautismo, en la realidad de la misión sacerdotal de Cristo- y el «sacerdocio ministerial», del cual participan -en grado diverso- los Obispos, los Presbíteros y los Diáconos (cfr. Const. dogm. *Lumen Gentium*, 10 y 28). Esta relación corresponde a la estructura comunitaria de la Iglesia. El sacerdocio no es una institución que existe «junto» al laicado o bien «por encima» del mismo. *El sacerdocio* de los Obispos y de los Presbíteros, igual que el ministerio de los Diáconos, es «para» los Laicos y, precisamente por esto, posee su carácter «ministerial», es decir, «de servicio». Este, además, hace resaltar también el mismo «sacerdocio bautismal», es decir, el sacerdocio común de todos los fieles: lo hace resaltar y al mismo tiempo ayuda a que se realice en la vida sacramental.

Se ve así cómo *el tema del sacerdocio y de la formación sacerdotal* surge de la misma temática del precedente Sínodo de los Obispos. Se ve también cómo este tema, en ese sentido, es algo tan *justificado y obligado* como urgente.

4. Por tanto, conviene que el Triduo Pascual de este año, de manera especial el Jueves Santo, sea un día clave para la preparación de la próxima asamblea del Sínodo de los Obispos. Durante la fase preparatoria, que dura desde hace casi dos años, se ha pedido a los Presbíteros diocesanos y religiosos que intervengan activamente y presenten observaciones, sugerencias

y conclusiones. Aunque el tema atañe a la Iglesia en su conjunto, sin embargo son los sacerdotes del mundo entero los que tienen el derecho y el deber de considerar este Sínodo como «propio»: verdaderamente, *res nostra agitur*.

Y ya que todo esto es, al mismo tiempo, *res sacra*, conviene entonces que la preparación para el Sínodo se apoye no solamente sobre el intercambio de reflexiones, experiencias y sugerencias, sino que tenga también un carácter sacral. *Es necesario rezar mucho* por los trabajos del Sínodo. De ellos depende mucho para un ulterior proceso de renovación, iniciado con el Concilio Vaticano II. En este campo, mucho depende de aquellos operarios que «el Dueño envíe a su mies» (cfr. *Mt 9,38*). Hoy, cercanos ya al tercer Milenio de la venida de Cristo, quizás experimentamos de manera más profunda la magnitud y las dificultades de la mies: «*La mies es mucha*»; pero vemos también la escasez de obreros: «*Los obreros son pocos*» (*Mt 9,37*). «Pocos»: y esto atañe no sólo a la cantidad, sino también a la calidad. De ahí pues la necesidad de la formación. Por eso tienen un significado decisivo las palabras del Maestro: «*Rogar, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*» (*Mt 9,38*).

El Sínodo al que nos preparamos debe tener un carácter de oración. Sus trabajos deben transcurrir en una atmósfera de oración por parte de los mismos participantes. Pero no basta. Conviene que estos trabajos estén acompañados por la oración de todos los Sacerdotes de la Iglesia entera. Las reflexiones que he propuesto en el *Ángelus* dominical, desde hace algunas semanas, están encaminadas a suscitar esa oración.

5. Por esto, *el Jueves Santo de 1990 -dies sacerdotalis* de toda la Iglesia- tiene en este período preparatorio un *significado fundamental*. Desde hoy es necesario invocar al Espíritu Santo que da la vida: ¡*Ven, Espíritu Creador!* Ningún otro tiempo ayuda a percibir tan íntimamente la profunda verdad sobre el sacerdocio de Cristo. Aquel, que con su propia sangre penetró en el santuario una vez para siempre, consiguiendo una redención eterna» (cfr. Heb 9, 12), es el sacerdote de la nueva y eterna Alianza, que al mismo tiempo «amó hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo» (cfr. *Jn 13, 1*). Y la medida de este amor es *el don de la Última Cena: la Eucaristía y el Sacerdocio*.

Reunidos en torno a este don mediante la liturgia de hoy, y en la perspectiva del Sínodo dedicado al sacerdocio, dejemos actuar en nosotros al Espíritu Santo para que la misión de la Iglesia siga madurando *hasta llegar a la plenitud en Jesucristo* (cfr. *Ef 4, 13*). Que podamos conocer cada vez más perfectamente «el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (*Ef 3, 19*). Que en El y por El podamos ser colmados «hasta la total plenitud de Dios» (íbid.) en nuestra vida y en nuestro servicio sacerdotal.

A todos los Hermanos en el sacerdocio de Cristo deseo manifestar mi estima y mi amor con una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 12 de abril, Jueves Santo del año 1990, duodécimo de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1991

¡Venerados y queridos hermanos en el sacerdocio ministerial de Cristo!

1. «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Lc 4, 18; cfr. Is 61, 1). Mientras estamos recogidos en las catedrales de nuestras diócesis, alrededor del Obispo, para la liturgia de la Misa crismal, escuchamos estas palabras pronunciadas por Cristo en la sinagoga de Nazaret. Al presentarse por primera vez ante la comunidad de su pueblo de origen, Jesús lee en el libro del profeta Isaías las palabras del anuncio mesiánico: «El Espíritu del Señor está sobre mí; *por esto me ha consagrado con la unción y me ha enviado*» (Lc 4, 18). En su significado inmediato, estas palabras indican la misión profética, del Señor, como anunciador de la Buena Noticia; pero podemos aplicarlas a la gracia multiforme que nos comunica.

La renovación de las promesas sacerdotales, el día de Jueves Santo, va unida al rito de la bendición de los santos Oleos, los cuales, en algunos sacramentos de la Iglesia, expresan aquella unción del Espíritu Santo, que emana de la plenitud de Cristo. La unción con el Espíritu Santo pone en acción primeramente *el don sobrenatural* de la gracia santificante, mediante el cual el hombre se hace partícipe, en Cristo, de la naturaleza divina y de la vida de la Santísima Trinidad. Tal donación constituye en cada uno de nosotros la fuente interior de la vocación cristiana, y de toda vocación dentro de la comunidad de la Iglesia, como Pueblo de Dios de la Nueva Alianza.

En este día miramos, pues, a Cristo, que es la plenitud, la fuente y el modelo de todas las vocaciones, en particular al servicio sacerdotal, en cuanto participación peculiar en su sacerdocio mediante el carácter del sacramento del Orden.

Solamente en él se da la plenitud de la unción, la plenitud del don que es *para todos y para cada uno*. Es inagotable. En los comienzos del Triduo Sacro, cuando la Iglesia entera, a través de la liturgia, se adentra de manera especial en el misterio pascual de Cristo, *nosotros leemos ahí cuán profunda es nuestra vocación*, que es ministerial y debe ser vivida a ejemplo del Maestro quien, antes de la última Cena, lava los pies a los Apóstoles. .

De la plenitud del don del Padre que hay en él y que por mediación suya es otorgado al hombre, Cristo instituirá durante esta misma Cena el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, bajo las especies de pan y de vino, y lo pondrá confiadamente -el sacramento de la Eucaristía- *en manos de los apóstoles y, por mediación de ellos, en manos de la Iglesia*, para todos los tiempos, hasta su venida definitiva en la gloria.



En virtud del Espíritu Santo, operante en la Iglesia desde el día de Pentecostés, este sacramento, a través de la larga serie de las generaciones sacerdotales, se nos ha confiado también a nosotros en el momento presente de la historia del hombre y del mundo que, en Cristo, se ha convertido ya para siempre en historia de la salvación.

Cada uno de nosotros, queridos hermanos, ha de repasar hoy con su mente y con el corazón en la mano la propia vía hacia el sacerdocio y, después, la vía seguida en el sacerdocio, que es la vía de la vida y del servicio, que nos ha venido del

Cenáculo. Todos recordamos el día y la hora en que, después de haber recitado juntos las Letanías de los Santos, postrados sobre el pavimento del templo, el Obispo impuso sus manos sobre cada uno de nosotros, en profundo silencio. Desde los tiempos apostólicos, la imposición de manos es el signo de la transmisión del Espíritu Santo, el cual es, en sí mismo, supremo artífice de la santa potestad sacerdotal: *autoridad sacramental y ministerial*. Toda la liturgia del *Triduum Sacrum* nos acerca al misterio pascual, en el cual esta autoridad tiene su comien-

zo para ser servicio y misión: aquí podemos aplicar las palabras del *Libro de Isaías* (cfr. Is 61, 1), pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret. «El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me ha consagrado con la unción y me ha enviado».

2. Venerados y queridos hermanos: al escribirles el año pasado para el día de Jueves Santo, trataba de orientar vuestra atención hacia *la asamblea del Sínodo de los Obispos* que iba a ser dedicada a la *formación sacerdotal*. La asamblea tuvo lugar en el pasado mes de octubre y ahora mismo se está preparando, con la colaboración del Consejo de la Secretaría del Sínodo, la publicación del correspondiente documento.

Antes de que este texto sea publicado, ya hoy quiero anticiparles que el *Sínodo ha sido una gracia extraordinaria*. Eclesialmente, todo Sínodo supone siempre una gracia de especial ejercicio de la colegialidad del episcopado de toda la Iglesia. Esta vez, la experiencia ha sido de una riqueza singular, debido a que, efectivamente, en esta asamblea sinodal han tomado la palabra los Obispos de países donde, por así decirlo, la Iglesia acaba de salir de las catacumbas.

Otra gracia del Sínodo ha sido *una nueva madurez por lo que se refiere a la visión del servicio sacerdotal dentro de la Iglesia*: una madurez a medida de los tiempos en que se está desplegando nuestra misión. Una madurez que se expresa como una honda lectura de la esencia misma del sacerdocio

sacramental y, por tanto también de la vida personal de cada sacerdote, esto es, de su participación en el misterio salvífico de Cristo: «*Sacerdos alter Christus*». Es ésta una expresión que nos está indicando cuán necesario sea partir de Cristo para leer la realidad sacerdotal. Solamente así podemos corresponder plenamente a la verdad sobre el sacerdote, el cual, «tomado de entre los hombres, es constituido para intervenir *a favor de los hombres en sus relaciones con Dios*» («*Heb 5, 1*). La dimensión humana del servicio sacerdotal, para ser plenamente auténtica, necesita estar enraizada en Dios. En efecto, a través de todo eso en que ella interviene «a favor de los hombres», tal servicio «se relaciona con Dios», es decir, acrecienta la múltiple riqueza de esta relación. De ahí que, si no hace un esfuerzo por corresponder a la «unción con el espíritu del Señor», por la que es constituido en el sacerdocio ministerial, el sacerdote no puede dar satisfacción a las esperanzas que los hombres -la Iglesia y el mundo- relacionan justamente con él.

Todo esto está en estrecha conexión con *la cuestión de la identidad sacerdotal*. Es difícil decir por qué razones, en el período postconciliar, la conciencia de esta identidad se ha vuelto incierta en algunos ambientes. Esto podía depender de una lectura impropia del Magisterio conciliar de la Iglesia en el contexto de ciertas premisas ideológicas extrañas a la Iglesia y de ciertas tendencias que provienen del ambiente cultural. Da la impresión de que en los últimos tiempos -aunque tales premisas y tendencias siguen teniendo fuerza- se está dando una significativa *transformación dentro de las mismas Comunidades eclesiales*. Los seglares sienten la insoslayable necesidad de sacerdotes como condición de su vida propia y de su propio apostolado. A su vez, esta necesidad se hace notar, es más, se vuelve más impelente, en múltiples situaciones, debido a la falta o al número insuficiente de ministros para dispensar los *misterios de Dios*. Esto afecta también, bajo otros aspectos, a las tierras de la primera evangelización, tal como se expone en la reciente Encíclica sobre las misiones.

Esta *necesidad de sacerdotes* -fenómeno variadamente en crecimiento- deberá ayudar a superar la crisis de la identidad sacerdotal. La experiencia de los últimos decenios demuestra cada vez más claramente, cuánta necesidad hay de sacerdotes en la Iglesia y en el mundo, y esto no ya en una forma «laicizada» sino precisamente en aquella que se desprende del Evangelio y de la rica Tradición de la Iglesia. El Magisterio del Concilio Vaticano II da expresión y, a la vez, corrobora esta Tradición en el sentido de una oportuna puesta al día («*accommodata renovativo*»); en este mismo rumbo se han orientado en sus intervenciones los Participantes en el último Sínodo, así como los representantes de los sacerdotes, invitados de varias partes del mundo.

El *proceso de renacimiento de las vocaciones sacerdotales* suple sólo parcialmente la falta de sacerdotes. Y aunque, a escala global, este proceso es positivo, sin embargo se dan desproporciones entre las diversas partes de la comunidad de la Iglesia en todo el mundo. El cuadro se presenta bastante diversificado.

En ocasión del Sínodo este cuadro ha sido sometido a los más pormenorizados análisis, no sólo con fines de estadística, sino también con miras a un posible «*intercambio de dones*», esto es, de *ayuda recíproca*. La oportunidad de esta ayuda se impone por sí misma, ya que, como es sabido, hay lugares

donde existe un solo sacerdote para pocos centenares de fieles y, en cambio, hay otros en que un sacerdote ha de atender a diez mil e incluso a un número todavía mayor. A este respecto quisiera recordar algunas expresiones del Decreto del Concilio Vaticano II sobre «el ministerio y la vida sacerdotal»: «El don Espiritual que los presbíteros han recibido en la Ordenación no les prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta lo último de la tierra» (*Hch 1, 8*). Recuerden, pues, los presbíteros que a ellos les incumbe la solicitud por todas las Iglesias» (*Presbyterorum Ordinis*, n. 10). La angustiosa falta de sacerdotes en algunas Regiones hace hoy más actuales que nunca estas palabras del Concilio. Espero que, sobre todo en las Diócesis más ricas de clero, sean meditadas seriamente y actuadas de la manera más generosa posible.

De todos modos, por doquiera y en cualquier lugar, es indispensable la oración para que «*el Padre de la mies envíe obreros a su mies*» (cfr. *Mt 9, 38*). Esta es la oración por las vocaciones y es también la oración por todo sacerdote para que consiga una madurez cada día mayor en su vocación: en su vida y en Su ministerio. Esta madurez contribuye de modo especial al aumento de las vocaciones. Simplemente hay que amar el propio sacerdocio, hay que comprometerse uno a sí mismo, para que de esta manera *la verdad sobre el sacerdocio ministerial se haga atrayente para los demás*. En la vida de cada uno de nosotros debe ser visible el misterio de Cristo, de donde arranca el «*sacerdos*» como «*alter Christi*».

3) Al despedirse de los Apóstoles en el Cenáculo, Jesucristo les prometió el Paráclito, otro Consolador, el Espíritu Santo, «que procede del Padre y del Hijo». Así dijo en efecto: «Os conviene que yo me vaya. Porque, si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; y si me voy, os lo enviaré» (*Jn 16, 7*). En concreto, estas palabras ponen de especial relieve la relación existente entre la última Cena y Pentecostés. A costa de su «despedida», por el sacrificio de la cruz en el Calvario (e incluso antes de la «despedida» para volver al Padre, cuarenta días después de la resurrección), *Cristo permanece en la Iglesia: permanece mediante el poder del Paráclito, del Espíritu Santo que «da la vida»* (*Jn 6, 63*). Es el Espíritu Santo quien «da» esta vida divina; vida, que en el misterio pascual de Cristo se ha revelado más poderosa que la muerte; vida que ha comenzado, con la resurrección de Cristo, en la historia del hombre.

El *sacerdocio* está totalmente *al servicio de esta vida*: da testimonio de ella mediante el servicio de la Palabra, la crea, la regenera y multiplica, mediante el servicio de los sacramentos. El propio sacerdote vive antes que nada de esta vida, la cual es la fuente más profunda de su madurez sacerdotal y también la garantía de fecundidad Espiritual para todo su servicio. El sacramento del Orden imprime en el alma del sacerdote un carácter particular, el cual, una vez recibido, permanece en él como *f fuente de la gracia sacramental*, de todos los dones y carismas que corresponden a la vocación al servicio sacerdotal en la Iglesia..

La liturgia del Jueves Santo es un momento especial del año, en el que podemos y debemos *renovar y reavivar* dentro de nosotros *la gracia sacramental del sacerdocio*. Lo hacemos en unión con el Obispo y con todo el Presbiterio, teniendo ante los ojos la realidad misteriosa del Cenáculo: la del Jueves

Santo y la de Pentecostés. Entrando en las profundidades divinas del sacrificio de Cristo, nos abrimos al mismo tiempo al Espíritu Santo Paráclito, cuyo don es nuestra participación característica en el único sacerdocio de Cristo, el eterno Sacerdote. *Es por obra del Espíritu Santo como podemos obrar «in persona Christi»* cuando celebramos la Eucaristía y cuando ejercemos todos los servicios sacramentales para la salvación de los demás.

Nuestro testimonio de Cristo es a menudo muy imperfecto y defectuoso. ¡Qué consuelo para nosotros estar seguros de que fundamentalmente es él, el Espíritu de verdad, el que da testimonio de Cristo! (cfr. *Jn 15, 26*). ¡Ojalá nuestro testimonio humano se abra, por encima de todo, a su testimonio! En efecto, él mismo «escruta las profundidades de Dios» (cfr. *1 Cor 2, 10*), y solamente él puede acercar estas «profundidades», estas «grandezas de Dios» (cfr. *Hch 2, 11*) a las mentes y a los corazones de los hombres, a los cuales somos enviados como servidores del Evangelio de la salvación. Cuanto más sentimos que nos rebasa nuestra misión, tanto más debemos *abrirnos a la acción del Espíritu Santo*. Especialmente cuando la resistencia de las mentes y de los corazones, la resistencia de una civilización generada bajo el influencia del «espíritu del mundo» (cfr. *1 Cor 2, 12*), se hace particularmente perceptible y fuerte.

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza... intercede por nosotros con gemidos inefables» (*Rom 8, 26*). No obstante la resistencia de las mentes, de los corazones y de la civilización impregnada del «espíritu del mundo», sin embargo perdura en toda la creación «la espera», de la que habla el Apóstol en la *Carta a los Romanos*: «Toda la creación gime y está en dolores de parto hasta el momento presente» (*Rom 8, 22*), «para ser admitida a la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (*ibid. 8, 21*). ¡Que esta visión paulina no abandone nunca nuestra conciencia sacerdotal y que nos sirva de apoyo para nuestra vida y nuestro servicio! Entonces comprenderemos por qué el sacerdote es necesario para el mundo y para los hombres.

4. «El Espíritu del Señor está sobre mí». Antes de que llegue a nuestras manos el texto de la Exhortación postsinodal sobre el tema de la formación sacerdotal, os ruego que acojáis, venerados y queridos hermanos en el sacerdocio ministerial, esta Carta del Jueves Santo. Sea ella el signo y la expresión de la comunión que nos une a todos, Obispos y sacerdotes, y también diáconos, mediante un vínculo sacramental. Que ella nos ayude a seguir con la fuerza del Espíritu Santo a Cristo Jesús, «autor y perfeccionador de la fe» (*Heb 12, 2*).

Con mi Bendición Apostólica.

Vaticano, a 10 de marzo domingo cuarto de Cuaresma del año 1991, décimo tercero de Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1992

«Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador» (*Jn 15,1*)

Queridos hermanos sacerdotes:

1. Permitidme que recuerde hoy estas palabras del evangelio de san Juan. Están relacionadas con la liturgia del Jueves santo: «Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora» (*Jn 13, 1*), lavó los pies a sus discípulos y luego les habló de manera muy íntima y cordial, como nos lo relata el evangelista. En el marco de este discurso de despedida está también la alegoría de la vid y los sarmientos: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn 15, 5*).

Deseo referirme precisamente a estas palabras de Cristo al ofrecer a la Iglesia, con ocasión de este Jueves Santo de 1992, la exhortación apostólica sobre la formación sacerdotal. Es el fruto del trabajo colegial del Sínodo de los obispos de 1990, que estuvo dedicado por entero a este tema. Juntos hemos elaborado un documento, muy necesario y esperado, del magisterio de la Iglesia, que recoge la doctrina del concilio Vaticano II y también la reflexión sobre las experiencias de los veinticinco años transcurridos desde su clausura.

2. Hoy deseo depositar a los pies de Cristo, sacerdote y pastor de nuestras almas (cf. *1 P 2, 25*), este texto, fruto de la plegaria y de la reflexión de los padres sinodales. Junto con

vosotros deseo recogerlo del altar de aquel único y eterno sacerdocio del Redentor, del cual hemos participado sacramentalmente durante la última cena.

Cristo es la vid verdadera. Si el Padre eterno cultiva en este mundo su viña, lo hace con la fuerza de la verdad y de la vida que están en el Hijo. Aquí se hallan el inicio permanente y la fuente inagotable de la formación de todo cristiano y especialmente de todo sacerdote. En el día de Jueves santo tratemos de renovar de modo particular esta convicción y, a la vez, la disposición indispensable para poder permanecer, en Cristo, bajo el aliento del Espíritu de verdad y dar fruto abundante en la viña del Padre.

3. Unidos en la liturgia del Jueves santo a todos los pastores de la Iglesia, damos gracias por el don del sacerdocio del que participamos. Al mismo tiempo, elevamos nuestras plegarias para que los muchos llamados por la gracia de la vocación en todo el mundo respondan generosamente a este don. Y también para que no falten obreros para la mies, que es mucha (cf. *Mt 9, 37*).

Con estos deseos, envío a todos mi saludo afectuoso y la bendición apostólica.

Vaticano, 29 de marzo, cuarto domingo de Cuaresma del año 1992, decimocuarto de pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1993

1. «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre» (Hb 13, 8).

Queridos hermanos en el sacerdocio de Cristo: Mientras nos encontramos hoy en torno a tantas cátedras episcopales del mundo -los miembros de las comunidades presbiterales de todas las Iglesias junto con los pastores de las diócesis-, vuelven con nueva fuerza a nuestra mente las palabras sobre Jesucristo, que han sido el hilo conductor del 500 aniversario de la evangelización del nuevo mundo.

«Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre»: son las palabras sobre el único y eterno Sacerdote, que «penetró en el santuario una vez para siempre... con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna» (Hb 9, 12). Éstos son los días -el «Triduum sacrum» de la liturgia de la Iglesia- en los que, con veneración y adoración incluso más profunda, renovamos la pascua de Cristo, aquella «hora suya» (cf. Jn 2, 4; 13, 1) que es el momento bendito de la «plenitud de los tiempos» (Ga 4, 4).

Por medio de la Eucaristía, esta «hora» de la redención de Cristo sigue siendo salvífica en la Iglesia y precisamente hoy la Iglesia recuerda su institución durante la última Cena. «No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros» (Jn 14, 18). «La hora» del Redentor, «hora» de su paso de este mundo al Padre, «hora» de la cual él mismo dice: «Me voy y volveré a vosotros» (Jn 14, 28). Precisamente a través de su «ir pascual», él viene continuamente y está presente en todo momento entre nosotros con la fuerza del Espíritu Paráclito. Está presente sacramentalmente. Está presente por medio de la Eucaristía. Está presente realmente.

Nosotros, queridos hermanos, hemos recibido después de los Apóstoles este inefable don, de modo que podamos ser los ministros de este ir de Cristo mediante la cruz y, al mismo tiempo, de su venir mediante la Eucaristía. ¡Qué grande es para nosotros este Santo Triduo! ¡Qué grande es este día, el día de la última Cena! Somos ministros del misterio de la redención del mundo, ministros del Cuerpo que ha sido ofrecido y de la Sangre que ha sido derramada para el perdón de nuestros pecados. Ministros de aquel sacrificio por medio del cual él, el único, entró de una vez para siempre en el santuario: «ofreciéndose a sí mismo sin tacha a Dios, purifica de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo» (cf. Hb 9, 14).

Si todos los días de nuestra vida están marcados por este gran misterio de la fe, el de hoy lo está de modo particular. Este es nuestro día con él.

2. En este día nos encontramos juntos, en nuestras comunidades presbiterales, para que cada uno pueda contemplar más profundamente el misterio de aquel sacramento por medio del cual hemos sido constituidos en la Iglesia ministros del sacrificio sacerdotal de Cristo. Al mismo tiempo, hemos sido constituidos servidores del sacerdocio real de todo el pueblo de Dios, de todos los bautizados, para anunciar las «magnalia Dei», las «maravillas de Dios» (Hch 2, 11).

Este año es oportuno incluir en nuestra acción de gracias un particular aspecto de reconocimiento por el don del «Catecismo de la Iglesia católica». En efecto, este texto es también una respuesta a la misión que el Señor ha confiado a su Iglesia: custodiar el depósito de la fe y transmitirlo íntegro a las generaciones futuras con diligente y afectuosa solicitud.

Fruto de la fecunda colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica, el Catecismo es confiado ante todo a nosotros, pastores del pueblo de Dios, para reforzar nuestros profundos vínculos de comunión en la misma fe apostólica. *Compendio de la única y perenne fe católica*, constituye un instrumento cualificado y autorizado para testimoniar y garantizar la unidad en la fe por la que Cristo mismo, al acercarse su «hora», dirigió al Padre una ferviente plegaria (cf. Jn 17, 21-23).

Al proponer de nuevo los contenidos fundamentales y esenciales de la fe y de la moral católica, tal y como la Iglesia de hoy los cree, celebra, vive y reza, el Catecismo es un medio privilegiado para profundizar en el conocimiento del inagotable misterio cristiano, para dar nuevo impulso a una plegaria íntimamente unida a la de Cristo, para corroborar el compromiso de un coherente testimonio de vida.

Al mismo tiempo, este Catecismo nos es dado como punto de referencia seguro para el cumplimiento de la misión, que se nos ha confiado en el sacramento del orden, de anunciar la «buena nueva» a todos los hombres, en nombre de Cristo y de la Iglesia. Gracias a él podemos cumplir, de manera siempre renovada, el mandamiento perenne de Cristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas

las gentes... enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19-20).

En ese sintético compendio del depósito de la fe, podemos encontrar una norma auténtica y segura para la enseñanza de la doctrina católica, para el desarrollo de la actividad catequética entre el pueblo cristiano, para la nueva evangelización, de la que el mundo de hoy tiene inmensa necesidad.

Queridos sacerdotes, nuestra vida y nuestro ministerio llegarán a ser, por sí mismos, elocuente catequesis para toda la comunidad que se nos ha encomendado si están enraizados en la verdad que es Cristo. Entonces, nuestro testimonio no será aislado sino unánime, dado por personas unidas en la misma fe y que participan del mismo cáliz. A este «contagio» vital es al que debemos mirar juntos, en comunión efectiva y afectiva, para realizar la «nueva evangelización», que es cada vez más urgente.

3. El Jueves santo, reunidos en todas las comunidades presbiterales de la Iglesia en toda la faz de la tierra, damos gracias por el don del sacerdocio de Cristo, del que participamos a través del sacramento del orden. En esta acción de gracias queremos incluir el tema del «Catecismo» porque su contenido y su objetivo



están *vinculados particularmente con nuestra vida sacerdotal y el ministerio pastoral en la Iglesia.*

En efecto, en el camino hacia el gran jubileo del año 2000, la Iglesia ha conseguido elaborar, después del concilio Vaticano II, el compendio de la doctrina sobre la fe y la moral, la vida sacramental y la oración. De diversas maneras, esta síntesis podrá ayudar a nuestro ministerio sacerdotal. También podrá iluminar la conciencia apostólica de nuestros hermanos y hermanas que, en conformidad con su vocación cristiana, juntamente con nosotros desean dar testimonio de aquella esperanza (cf. *1 P 3, 15*) que nos vivifica en Jesucristo.

El Catecismo presenta la «*novedad del Concilio*» situándola, al mismo tiempo, *en la Tradición entera*; es un Catecismo, tan lleno de los tesoros que encontramos en la sagrada Escritura y después en los padres y doctores de la Iglesia a lo largo de

milenios, que permite que cada uno de nosotros se parezca a aquel hombre de la parábola evangélica «que extrae de su arca cosas nuevas y cosas antiguas» (*Mt 13, 52*), las antiguas y siempre nuevas riquezas del depósito de la revelación.

Al reavivar en nosotros la gracia del sacramento del orden, conscientes de lo que significa para nuestro ministerio sacerdotal el «Catecismo de la Iglesia católica», confesamos con la adoración y el amor a aquel que es «el camino, la verdad y la vida» (*Jn 14, 6*).

«Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre».

Vaticano, 8 de abril, jueves santo, del año 1993, decimoquinto de mi pontificado.

Joannes Paulus r. II

JUEVES SANTO DE 1994

Queridos Hermanos en el Sacerdocio:

1. En este día nos encontramos en torno a la Eucaristía, el tesoro más grande de la Iglesia, como recuerda el Concilio Vaticano II (cfr. *Sacrosanctum Concilium, 10*). Cuando en la liturgia del Jueves Santo hacemos memoria de la institución de la Eucaristía, está muy claro para nosotros lo que Cristo nos ha dejado en tan sublime Sacramento. «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn 13,1*). Esta expresión de san Juan encierra, en un cierto sentido, toda la verdad sobre la Eucaristía: verdad que constituye contemporáneamente el corazón de la verdad sobre la Iglesia. En efecto, es como si la Iglesia naciera cotidianamente de la Eucaristía celebrada en muchos lugares de la tierra, en condiciones tan variadas, entre culturas tan diversas, como para hacer de esta manera que el renovarse del misterio eucarístico casi se convierta en una «creación» diaria. Gracias a la celebración de la Eucaristía cada vez madura más la conciencia evangélica del pueblo de Dios, ya sea en las naciones de secular tradición cristiana, ya sea en los pueblos que han entrado, desde hace poco, en la dimensión nueva que, siempre y en todas partes, es conferida a la cultura de los hombres por el misterio de la encarnación del Verbo, de su muerte en cruz y de su resurrección.

El Triduo Santo nos introduce de modo único en este misterio para todo el año litúrgico. La liturgia de la institución de la Eucaristía constituye una singular anticipación de la Pascua, que se celebra comenzando el Viernes Santo, a través de la Vigilia Pascual, hasta el Domingo y la Octava de la Resurrección.

En el umbral de este gran misterio de la fe, queridos Hermanos en el Sacerdocio, os encontráis hoy, en torno a vuestros Obispos respectivos en las catedrales de las Iglesias diocesanas, para reavivar la institución del Sacramento del Sacerdocio junto al de la Eucaristía. El Obispo de Roma celebra esta liturgia rodeado por el Presbiterio de su Iglesia, así como hacen mis Hermanos en el Episcopado junto con los presbíteros de sus Comunidades diocesanas.

He aquí el motivo del encuentro de hoy. Deseo que en esta circunstancia os llegue una especial palabra mía, para que todos juntos podamos vivir plenamente el gran don que Cristo nos ha dejado. En efecto, para nosotros presbíteros, el Sacerdocio constituye el don supremo, una particular llamada para participar en

el misterio de Cristo, que nos confiere la inefable posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Cada vez que celebramos la Eucaristía, esta posibilidad se hace realidad. Obramos «in persona Christi» cuando, en el momento de la consagración, pronunciamos las palabras: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía». Precisamente hacemos esto: con gran humildad y profunda gratitud. Este acto sublime, y al mismo tiempo sencillo, de nuestra misión cotidiana de sacerdotes extiende, se podría decir, nuestra humanidad hasta los últimos confines.

Participamos en el misterio del Verbo «Primogénito de toda la creación» (*Col 1,15*), que en la Eucaristía restituye al Padre todo lo creado, el mundo del pasado y el del futuro y, ante todo, el mundo contemporáneo, en el cual El vive junto a nosotros, está presente por nuestra mediación y, precisamente por nuestra mediación, ofrece al Padre el sacrificio redentor. Participamos en el misterio de Cristo, «el Primogénito de entre los muertos» (*Col 1,18*), que en su Pascua transforma incesantemente el mundo haciéndolo progresar hacia «la revelación de los hijos de Dios» (*Rom 8,19*). Así pues, la entera realidad, en cualquiera de sus ámbitos, se hace presente en nuestro ministerio eucarístico, que se abre contemporáneamente a toda exigencia personal concreta, a todo sufrimiento, esperanza, alegría o tristeza, según las intenciones que los fieles presentan para la Santa Misa. Nosotros recibimos estas intenciones con espíritu de caridad, introduciendo así todo problema humano en la dimensión de la redención universal.

Queridos Hermanos en el Sacerdocio, este ministerio nuestro forma una nueva vida en nosotros y en torno a nosotros. La Eucaristía evangeliza los ambientes humanos y nos consolida en la esperanza de que las palabras de Cristo no pasan (cfr. *Lc 21,33*). No pasan sus palabras, enraizadas como están en el sacrificio de la Cruz: de la perpetuidad de esta verdad y del amor divino, nosotros somos testigos particulares y ministros privilegiados. Entonces podemos alegrarnos juntos, si los hombres sienten la necesidad del nuevo Catecismo, si toman en sus manos la Encíclica «*Veritatis Splendor*». Todo esto nos confirma en la convicción de que nuestro ministerio del Evangelio se hace fructífero en virtud de la Eucaristía. Por otra parte, durante la

Ultima Cena, Cristo dijo a los Apóstoles: «No os llamo ya siervos...; a vosotros os he llamado amigos... No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15,15-16).

¡Qué inmensa riqueza de contenidos nos ofrece la Iglesia durante el Triduo Santo, y especialmente hoy, Jueves Santo, en la liturgia crismal! Estas palabras mías son solamente un reflejo parcial de la riqueza que cada uno de vosotros lleva ciertamente en el corazón. Y quizás esta Carta para el Jueves Santo servirá para hacer que las múltiples manifestaciones del don de Cristo, esparcidas en el corazón de tantos, confluyan ante la majestad del «gran misterio de la fe» en una significativa condisión de lo que el Sacerdocio es y para siempre permanecerá en la Iglesia. Que nuestra unión en torno al altar pueda incluir a cuantos llevan en sí el signo indeleble de este Sacramento, recordando también a aquellos hermanos nuestros que, de alguna manera, se han alejado del sagrado ministerio. Confío que este recuerdo conduzca a cada uno de nosotros a vivir aún más profundamente la sublimidad del don constituido por el Sacerdocio de Cristo.

2. Hoy deseo entregaros idealmente, queridos Hermanos, la Carta que he dirigido a las Familias en el Año dedicado a ellas. Considero una circunstancia providencial que la Organización de las Naciones Unidas haya proclamado el 1994 como Año Internacional de la Familia. La Iglesia, fijando la mirada en el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret, participa en tal iniciativa, casi encontrando en ella una ocasión propicia para anunciar el «evangelio de la familia». Cristo lo ha proclamado con su vida escondida en Nazaret en el seno de la Sagrada Familia. Este evangelio ha sido anunciado después por la Iglesia apostólica, como es bien evidente en las Cartas de los apóstoles, y más tarde ha sido testimoniado por la Iglesia postapostólica, de la cual hemos heredado la costumbre de considerar a la familia como «ecclesia domestica».

En nuestro siglo, el «evangelio de la familia» es presentado por la Iglesia con la voz de tantos sacerdotes, párrocos, confesores, Obispos; en particular, con la voz de la Sede Apostólica. ¡Casi todos mis Predecesores han dedicado a la familia una significativa parte de su «magisterio petrino»! Además, el Concilio Vaticano II ha expresado su amor por la institución familiar a través de la Constitución Pastoral «*Gaudium et Spes*», en la cual ha confirmado la necesidad de sostener la dignidad del matrimonio y la familia en el mundo contemporáneo.

El Sínodo de los Obispos de 1980 está en el origen de la Exhortación Apostólica «*Familiaris Consortio*», que puede considerarse la «*magna charta*» del apostolado y de la pastoral de la familia. Las dificultades del mundo contemporáneo, y especialmente de la familia, afrontadas con valentía por Pablo VI en la Encíclica «*Humanae vitae*», exigían una mirada global sobre la familia humana y sobre la «*ecclesia domestica*» en el mundo de hoy. La Exhortación Apostólica se ha propuesto precisamente esto. Ha sido necesario elaborar nuevos métodos de acción pastoral según las exigencias de la familia contemporánea. En síntesis, se podría decir que en nosotros, sacerdotes y confesores, la solicitud por la familia, y en particular por los cónyuges, maridos y mujeres, por los niños y los jóvenes, por las generacio-

nes adultas y por las más jóvenes, exige ante todo el descubrimiento y la constante promoción del apostolado de los laicos en ese ámbito. La pastoral familiar -lo sé por mi experiencia personal- constituye en cierto sentido la quintaesencia de la actividad de los sacerdotes en todo ámbito y a cualquier nivel. De todo esto habla la «*Familiaris Consortio*». La Carta a las Familias no es otra cosa que el recuerdo y la actualización de tal patrimonio de la Iglesia postconciliar.

Deseo que esta Carta resulte útil a las familias en la Iglesia y fuera de la Iglesia; que os sirva a vosotros, queridos Sacerdotes, en vuestro ministerio pastoral dedicado a las familias. Sucede un poco como con la Carta a los Jóvenes, de 1985, que dio inicio a una gran animación apostólica y pastoral de los jóvenes en todas las partes del mundo. De esta renovación son expresión las Jornadas Mundiales de la Juventud, celebradas en las parroquias, en las diócesis y a nivel de toda la Iglesia, como la desarrollada recientemente en Denver, en los Estados Unidos.

Esta Carta a las Familias es más amplia. Más rica y universal es, en efecto, la problemática de la familia. Preparando su texto, me he convencido una vez más de que el magisterio del Concilio Vaticano II, y en particular la Constitución Pastoral «*Gaudium et Spes*», es una rica fuente de pensamiento y de vida cristiana. Espero que esta Carta pueda constituir para vosotros una ayuda no menor que para todas las familias de buena voluntad, a las cuales aquélla va dirigida.

Para una correcta aproximación a este texto convendrá volver a aquel pasaje de los Hechos de los Apóstoles donde se lee que las primeras

Comunidades «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Act 2,42). La Carta a las Familias no es tanto un tratado doctrinal cuanto, y sobre todo, una preparación y una exhortación a la oración con las familias y por las familias. Ésta es la primera tarea a través de la cual vosotros, queridos Hermanos, podéis iniciar o desarrollar la pastoral y el apostolado de las familias en vuestras Comunidades parroquiales. Si os encontráis ante la pregunta: «¿Cómo realizar las tareas del Año de la Familia?», la exhortación a la oración, contenida en la Carta, os indica en un cierto sentido la dirección más sencilla que hay emprender. Jesús ha dicho a los Apóstoles: «separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Por tanto, está claro que debemos «hacer con Él»; es decir, de rodillas y en oración. «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Estas palabras de Cristo se traducen en cada comunidad mediante iniciativas concretas. De ellas se puede extraer un buen programa pastoral, un programa rico, aun con gran escasez de medios.

¡Cuántas familias rezan en el mundo! Rezan los niños, a los cuales pertenece en primer lugar el Reino de los cielos (cfr. Mt 18,2-5); gracias a ellos rezan no solamente las madres, sino también los padres, volviendo a encontrar, a veces, la práctica religiosa de la que se habían alejado. ¿Quizás no se experimenta esto con ocasión de la Primera Comunión? ¿Y no se advierte, quizás, cómo sube la «temperatura espiritual» de los jóvenes, y no solamente de ellos, con ocasión de peregrinaciones a santuarios? Los antiquísimos itinerarios de peregrinación en Oriente y Occidente, comenzando por aquéllos hacia Roma, Jerusalén y Compostela, hasta aquéllos hacia los santuarios marianos de



Lourdes, Jasna Góra y otros muchos, se han convertido, a lo largo de los siglos, en ocasión de descubrimiento de la Iglesia por parte de multitud de creyentes y también ciertamente por parte de numerosas familias. El Año de la Familia debe confirmar, ampliar y enriquecer esta experiencia. Que vigilen sobre esto todos los Pastores y todas las instancias responsables de la pastoral familiar, de acuerdo con el Pontificio Consejo para la Familia, al cual está confiado este ámbito en la dimensión de la Iglesia universal. Como es sabido, el Presidente de este Consejo ha inaugurado en Nazaret el Año de la Familia en la Solemnidad de la Sagrada Familia, el 26 de diciembre de 1993.

3. «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Act 2,42). Según la Constitución *«Lumen Gentium»*, la Iglesia es la «casa de Dios (cfr. 1 Tim 3,15) en la que habita su familia, habitación de Dios en el Espíritu (cfr. Ef 2,19-22), tienda de Dios con los hombres (cfr. Ap 21,3)» (n. 6). De esta manera, la imagen «casa de Dios», entre las otras tantas imágenes bíblicas, es recordada por el Concilio para describir a la Iglesia. Por otra parte, tal imagen está, de alguna manera, está comprendida en todas las demás; está encerrada también en la analogía paulina del Cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12, 13.27: Rom 12, 5), a la cual se refería Pío XII en su histórica encíclica; entra en las dimensiones del Pueblo de Dios, según las referencias del Concilio. El Año de la Familia es para todos nosotros una llamada a hacer todavía más de la Iglesia «casa en la que habita la familia de Dios».

Es una llamada, es una invitación que puede revelarse extraordinariamente fecunda para la evangelización del mundo contemporáneo. Como he escrito en la Carta a las Familias, la dimensión fundamental de la existencia humana, constituida por la familia, está seriamente amenazada desde varias partes por la civilización contemporánea. Y, sin embargo, éste «ser familia» de la vida humana representa un gran bien para el hombre. La Iglesia desea servirlo. El Año de la familia constituye, por tanto, una ocasión significativa para renovar «el ser familia» de la Iglesia en sus varios ámbitos.

Queridos hermanos en el sacerdocio, cada uno de vosotros encontrará seguramente en la oración la luz necesaria para saber cómo poner en práctica todo esto; vosotros, en vuestras parroquias y en los varios campos de trabajo evangélico; los Obispos en sus Diócesis; la Sede Apostólica respecto de la Curia Romana, siguiendo la Constitución Apostólica «Pastor bonus».

A pesar de algunas connotaciones (rilievi) de centralismo y de autocracia, la Iglesia, conforme a la voluntad de Cristo, se hace cada vez más «familia» y el esfuerzo de la Sede Apostólica se orienta a favorecer un crecimiento en este sentido. Lo saben bien los Obispos, que vienen en visita «ad limina Apostolorum». Sus visitas, tanto al Papa como a los Dicasterios, aunque conservando cuanto prescrito por la ley y exigido por el ordenamiento de la Iglesia, pierde cada vez más el antiguo sabor jurídico-administrativo. Se asiste cada vez más a un consolador clima de «intercambio de dones», según la Constitución *«Lumen Gentium»* (n. 13). Los Hermanos en el Episcopado con frecuencia dan testimonio de ello durante nuestros encuentros.

Deseo en esta circunstancia aludir al Directorio preparado por la Congregación para el Clero y que precisamente hoy se entrega a los Obispos, a los Consejos presbiterales y a todo el presbiterio. Ello se contribuirá ciertamente a la renovación de la vida y del ministerio de los Sacerdotes.

4. La llamada a la oración con las familias y por las familias, queridos Hermanos, mira (riguarda) a cada uno de vosotros en un modo muy personal. Debemos la vida a nuestros padres y les

debemos una deuda constante de gratitud. Con ellos, todavía vivos, o que ya pasaron a mejor vida, estamos unidos por un estrecho vínculo que el tiempo no puede destruir. Si bien debemos a Dios nuestra vocación, una parte significativa de ella ha de atribuirse también a ellos. La decisión de un hijo de dedicarse al ministerio sacerdotal, especialmente en tierras de misión, constituye un sacrificio no pequeño para los padres. Así fue también para nuestros seres queridos, los cuales, a pesar de todo, presentaron a Dios la ofrenda de sus sentimientos, dejándose guiar por la fe profunda, y nos siguieron luego con la oración, como hizo María con Jesús, cuando dejó la casa de Nazaret para ir a realizar su misión mesiánica.

¡Qué experiencia fue para cada uno de nosotros, y también para nuestros padres, para nuestros hermanos y hermanas y demás seres queridos el día de la Primera Misa! ¡Qué acontecimiento para las parroquias en las que fuimos bautizados y para los ambientes que nos vieron crecer! Cada vocación nueva hace a la parroquia consciente de la fecundidad de su maternidad espiritual; cuanto más frecuentemente sucede esto, tanto más grande es el aliento que se infunde en los demás. Cada sacerdote puede decir de sí mismo: «Soy deudor de Dios y de los hombres». Son numerosas las personas que nos han acompañado con el pensamiento y con la plegaria, como son numerosas las que acompañan con el pensamiento y la oración mi ministerio en la Sede de Pedro. Esta gran solidaridad orante es para mí fuente de fuerza. Sí, los hombres ponen su confianza en nuestra vocación al servicio de Dios. La Iglesia reza constantemente por las nuevas vocaciones sacerdotales, se alegra por su aumento, se entristece por la escasez en los lugares donde esto sucede, se entristece por la poca generosidad de las almas.

En este día renovamos cada año las promesas que van unidas al sacramento del Sacerdocio. Es grande el alcance de tales promesas. Se trata de la palabra dada al mismo Cristo. La fidelidad a la vocación edifica la Iglesia; cada infidelidad, por el contrario, es una dolorosa herida al Cuerpo místico de Cristo. Mientras nos recogemos hoy en torno al misterio de la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio, imploramos al Sumo Sacerdote, que -como dice la Sagrada Escritura- fue fiel (cf. Heb 2,17), para que consigamos también nosotros mantenernos fieles. En el espíritu de esta «fraternidad sacramental» oremos unos por otros como sacerdotes. Que el Jueves Santo sea para nosotros una renovada llamada a cooperar con la gracia del Sacramento del Sacerdocio. Oremos por nuestras familias espirituales, por las personas confiadas a nuestro ministerio; oremos especialmente por aquellos que esperan de modo particular nuestra oración, que tanto necesitan. La fidelidad a la plegaria haga que Cristo sea cada vez más la vida de nuestras almas.

¡Oh gran Sacramento de la Fe, oh santo Sacerdocio del Redentor del mundo! Cuánto te estamos agradecidos, Señor, por habernos admitido a la comunión contigo, por habernos hecho una comunidad única entorno a ti, por permitirnos celebrar tu sacrificio incruento y ser ministros de los divinos misterios en todo lugar: en el altar, en el confesonario, en el púlpito, con ocasión de las visitas a los enfermos, en las aulas escolares, en las cátedras universitarias, en los despachos en que trabajamos. ¡Alabada sea la Trinidad Santísima! ¡Te saludo, Iglesia de Dios, que es el pueblo sacerdotal (cf. 1 Ped 2,9), el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, redimido en virtud de su preciosísima Sangre!

Vaticano, a 13 de marzo -domingo cuarto de Cuaresma- del año 1994, décimo sexto de Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1995

1. «¡Honor a María, honor y gloria,
honor a la Santísima Virgen! (...)
Aquel que creó el mundo maravilloso
honra a la propia Madre (...).
La amaba como madre, vivió obedeciéndola.
Aunque era Dios, respetaba todas sus palabras».

Queridos hermanos Sacerdotes:

No os asombréis si comienzo esta Carta, que tradicionalmente os dirijo con ocasión del Jueves Santo, con las palabras de un canto mariano polaco. Lo hago porque este año quiero hablaros de la importancia de la mujer en la vida del sacerdote, y estos versos, que yo cantaba desde niño, pueden ser una significativa introducción a esta temática.

El canto evoca el amor de Cristo por su Madre. La primera y fundamental relación que el ser humano establece con la mujer es precisamente la de hijo con su madre. Cada uno de nosotros puede expresar su amor a la madre terrena como el Hijo de Dios hizo y hace con la suya. La madre es la mujer a la cual debemos la vida. Nos ha concebido en su seno, nos ha dado a luz en medio de los dolores de parto con los que cada mujer alumbró una nueva vida. Por la generación se establece un vínculo especial, casi sagrado, entre el ser humano y su madre.

Después de engendrnos a la vida terrena, nuestros padres nos convirtieron, por Cristo y gracias al sacramento del Bautismo, en hijos adoptivos de Dios. Todo esto ha hecho aún más profundo el vínculo entre nosotros y nuestros padres, y en particular, entre cada uno de nosotros y la propia madre. El prototipo de esto es Cristo mismo, Cristo-Sacerdote, que se dirige así al Padre eterno: «Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios no te agradaron. Entonces dije: ¡He ahí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (Hb 10,5-7). Estas palabras involucran en cierto modo a la Madre, pues el Padre eterno formó el cuerpo de Cristo por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, gracias a su consentimiento: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

¡Cuántos de nosotros deben también a la propia madre la vocación sacerdotal! La experiencia enseña que muchas veces la madre cultiva en el propio corazón por muchos años el deseo de la vocación sacerdotal para el hijo y la obtiene orando con insistente confianza y pro funda humildad. Así, sin imponer la propia voluntad ella favorece, con la eficacia típica de la fe, el inicio de la aspiración al sacerdocio en el alma de su hijo, aspiración que dará fruto en el momento oportuno.

2. Deseo reflexionar en esta Carta sobre la relación entre el sacerdote y la mujer, ya que el tema de la mujer merece este año una atención especial, del mismo modo como el año pasado la tuvo el tema de la familia. Efectivamente, se dedicará a la mujer

la importante Conferencia internacional convocada por la Organización de las Naciones Unidas en Pequín, durante el próximo mes de septiembre. Es un tema nuevo respecto al del año pasado, pero estrechamente relacionado con él.

A esta Carta, queridos hermanos en el sacerdocio, quiero unir otro documento. Así como el año pasado acompañé el Mensaje del Jueves Santo con la Carta a las Familias, del mismo modo

quisiera ahora entregaros de nuevo la Carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, (15 de agosto de 1988). Como recordaréis, se trata de un texto elaborado al final del Año Mariano 1987-1988, durante el cual publiqué la Carta encíclica *Redemptoris Mater* (25 de marzo de 1987). Deseo vivamente que durante este año se lea de nuevo la *Mulieris Dignitatem*, haciéndola objeto de meditación y considerando especialmente sus aspectos marianos.

La relación con la Madre de Dios es fundamental para la «reflexión» cristiana. Lo es, ante todo, a nivel teológico, por la especialísima relación de María con el Verbo Encarnado y con la Iglesia, su Cuerpo místico. Pero lo es también a nivel histórico, antropológico y cultural. De hecho, en el cristianismo, la figura de la Madre de Dios representa una gran fuente de inspiración no sólo para la vida espiritual, sino incluso para la cultura cristiana y para el mismo amor a la patria. Hay pruebas de ello en el patrimonio histórico de muchas naciones. En Polonia, por ejemplo, el monumento literario más antiguo

es el canto *Bogurodzica* (Madre de Dios), que ha inspirado en nuestros antepasados no sólo la organización de la vida de la nación, sino incluso la defensa de la justa causa en el campo de batalla. La Madre del Hijo de Dios ha sido la «gran inspiradora» para los individuos y para naciones cristianas enteras. También esto, a su modo, dice muchísimo por la importancia de la mujer en la vida del hombre y, de manera especial, en la del sacerdote.

Ya he tenido oportunidad de tratar este tema en la Encíclica *Redemptoris Mater* y en la Carta apostólica *Mulieris Dignitatem*, rindiendo homenaje a aquellas mujeres -madres, esposas, hijas o hermanas- que para los respectivos hijos, maridos, padres y hermanos han sido una ayuda eficaz para el bien. No sin motivo se habla de «talento femenino», y cuanto he escrito hasta ahora confirma el fundamento de esta expresión. Sin embargo, tratándose de la vida sacerdotal, la presencia de la mujer asume un carácter peculiar y exige un análisis específico.

3. Pero volvamos, mientras tanto, al Jueves Santo, día en el que adquieren especial relieve las palabras del himno litúrgico:

Ave verum Corpus natum de Maria Virgine:
Vere passum, immolatum in cruce pro homine.
Cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine:
Esto nobis praegustatum mortis in examine.
O Iesu dulcis! O Iesu pie! O Iesu, fili Mariae!



Aunque estas palabras no pertenecen a la liturgia del Jueves Santo, están profundamente vinculadas con ella.

Con la Última Cena, durante la cual Cristo instituyó los sacramentos del Sacrificio y del Sacerdocio de la Nueva Alianza, comienza el Triduum paschale. En su centro está el Cuerpo de Cristo. Es este Cuerpo el que, antes de sufrir la pasión y muerte, durante la Última Cena se ofrece como comida en la institución de la Eucaristía. Cristo toma en sus manos el pan, lo parte y lo distribuye a los Apóstoles, pronunciando las palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo» (Mt 26, 26). Instituye así el sacramento de su Cuerpo, aquel Cuerpo que, como Hijo de Dios, había recibido de la Madre, la Virgen Inmaculada. Después entrega a los Apóstoles el cáliz de la propia sangre bajo la especie de vino, diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26,27-28). Se trata aquí de la Sangre que animaba el Cuerpo recibido de la Virgen Madre: Sangre que debía ser derramada, llevando a cabo el misterio de la Redención, para que el Cuerpo recibido de la Madre, pudiese -como *Corpus immolatum* in cruce pro homine- convertirse, para nosotros y para todos, en sacramento de vida eterna, viático para la eternidad. Por esto en el *Ave verum*, himno eucarístico y mariano a la vez, nosotros pedimos: *Esto nobis praegustatum mortis in examine*.

Aunque en la liturgia del Jueves Santo no se habla de María -sin embargo la encontramos el Viernes Santo a los pies de la Cruz con el apóstol Juan-, es difícil no percibir su presencia en la institución de la Eucaristía, anticipo de la pasión y muerte del Cuerpo de Cristo, aquel Cuerpo que el Hijo de Dios había recibido de la Virgen Madre en el momento de la Anunciación.

Para nosotros, como sacerdotes, la Última Cena es un momento particularmente santo. Cristo, que dice a los Apóstoles: «Haced esto en recuerdo mío» (1 Co 11,24), instituye el sacramento del Orden. En nuestra vida de presbíteros este momento es esencialmente cristocéntrico: en efecto, recibimos el sacerdocio de Cristo-Sacerdote, único Sacerdote de la Nueva Alianza. Pero pensando en el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre que, in persona Christi, es ofrecido por nosotros, nos es difícil no entrever en este Sacrificio la presencia de la Madre. María dio la vida al Hijo de Dios, así como han hecho con nosotros nuestras madres, para que El se ofreciera y nosotros también nos ofreciésemos en sacrificio junto con El mediante el ministerio sacerdotal. Detrás de esta misión está la vocación recibida de Dios, pero se esconde también el gran amor de nuestras madres, de la misma manera que tras el sacrificio de Cristo en el Cenáculo se ocultaba el inefable amor de su Madre. ¡De qué manera tan real, y al mismo tiempo discreta, está presente la maternidad y, gracias a ella, la femineidad en el sacramento del Orden, cuya fiesta renovamos cada año el Jueves Santo!

4. Jesucristo es el hijo único de María Santísima. Comprendemos bien el significado de este misterio: convenía que fuera así, ya que un Hijo tan singular por su divinidad no podía ser más que el único hijo de su Madre Virgen. Pero precisamente esta unicidad se presenta, de algún modo, como la mejor «garantía» de una «multiplicidad» espiritual. Cristo, verdadero hombre y a la vez eterno y unigénito Hijo del Padre celestial, tiene, en el plano espiritual, un número inmenso de hermanos y hermanas. En efecto, la familia de Dios abarca a todos los

hombres: no solamente a cuantos mediante el Bautismo son hijos adoptivos de Dios, sino en cierto sentido a la humanidad entera, pues Cristo ha redimido a todos los hombres y mujeres, ofreciéndoles la posibilidad de ser hijos e hijas adoptivos del Padre eterno. Así todos somos hermanos y hermanas en Cristo.

He aquí cómo surge en el horizonte de nuestra reflexión sobre la relación entre el sacerdote y la mujer, junto a la figura de la madre, la de la hermana. Gracias a la Redención, el sacerdote participa de un modo particular de la relación de fraternidad ofrecida por Cristo a todos los redimidos.

Muchos de nosotros, sacerdotes, tienen hermanas en la familia. En todo caso, cada sacerdote desde niño ha tenido ocasión de encontrarse con muchachas, si no en la propia familia, al menos en el vecindario, en los juegos de infancia y en la escuela. Un tipo de comunidad mixta tiene una gran importancia para la formación de la personalidad de los muchachos y muchachas.

Nos referimos aquí al designio originario del Creador, que al principio creó al ser humano «varón y mujer» (cf. Gn 1,27). Este acto divino creador continúa a través de las generaciones. El libro del Génesis habla de ello en el contexto de la vocación al matrimonio: «Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer» (2,24). La vocación al matrimonio supone y exige obviamente que el ambiente en el que se vive esté compuesto por hombres y mujeres.

En este contexto no nacen solamente las vocaciones al matrimonio, sino también al sacerdocio y a la vida consagrada. Estas no se forman aisladamente. Cada candidato al sacerdocio, al entrar en el seminario, tiene a sus espaldas la experiencia de la propia familia y de la escuela, donde ha encontrado a muchos coetáneos y coetáneas. Para vivir en el celibato de modo maduro y sereno, parece ser particularmente importante que el sacerdote desarrolle profundamente en sí mismo la imagen de la mujer como hermana. En Cristo, hombres y mujeres son hermanos y hermanas, independientemente de los vínculos familiares. Se trata de un vínculo universal, gracias al cual el sacerdote puede abrirse a cada ambiente nuevo, hasta el más diverso bajo el aspecto étnico o cultural, con la conciencia de deber ejercer en favor de los hombres y de las mujeres a quienes es enviado un ministerio de auténtica paternidad espiritual, que le concede «hijos» e «hijas» en el Señor (cf. 1 Ts 2,11; Gál 4,19).

5. «La hermana» representa sin duda una manifestación específica de la belleza espiritual de la mujer; pero es, al mismo tiempo, expresión de su «carácter intangible». Si el sacerdote, con la ayuda de la gracia divina y bajo la especial protección de María Virgen y Madre, madura de este modo su actitud hacia la mujer, en su ministerio se verá acompañado por un sentimiento de gran confianza precisamente por parte de las mujeres, consideradas por él, en las diversas edades y situaciones de la vida, como hermanas y madres.

La figura de la mujer-hermana tiene notable importancia en nuestra civilización cristiana, donde innumerables mujeres se han hecho hermanas de todos, gracias a la actitud típica que ellas han tomado con el prójimo, especialmente con el más necesitado. Una «hermana» es garantía de gratuidad: en el escuela, en el hospital, en la cárcel y en otros sectores de los servicios sociales. Cuando una mujer permanece soltera, con

su «entrega como hermana» mediante el compromiso apostólico o la generosa dedicación al prójimo, desarrolla una peculiar maternidad espiritual. Esta entrega desinteresada de «fraterna» femineidad ilumina la existencia humana, suscita los mejores sentimientos de los que es capaz el hombre y siempre deja tras de sí una huella de agradecimiento por el bien ofrecido gratuitamente.

Así pues, las dos dimensiones fundamentales de la relación entre la mujer y el sacerdote son las de madre y hermana. Si esta relación se desarrolla de modo sereno y maduro, la mujer no encontrará particulares dificultades en su trato con el sacerdote. Por ejemplo, no las encontrará al confesar las propias culpas en el sacramento de la Penitencia. Mucho menos las encontrará al emprender con los sacerdotes diversas actividades apostólicas. Cada sacerdote tiene pues la gran responsabilidad de desarrollar en sí mismo una auténtica actitud de hermano hacia la mujer, actitud que no admite ambigüedad. En esta perspectiva, el Apóstol recomienda al discípulo Timoteo tratar «a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza» (1 Tm 5,2).

Cuando Cristo afirmó -como escribe el evangelista Mateo- que el hombre puede permanecer célibe por el Reino de Dios, los Apóstoles quedaron perplejos (cfr. 19,10-12). Un poco antes había declarado indisoluble el matrimonio, y ya esta verdad había suscitado en ellos una reacción significativa: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse» (Mt 19,10). Como se ve, su reacción iba en dirección opuesta a la lógica de fidelidad en la que se inspiraba Jesús. Pero el Maestro aprovecha también esta incomprensión para introducir, en el estrecho horizonte del modo de pensar de ellos, la perspectiva del celibato por el Reino de Dios. Con esto trata de afirmar que el matrimonio tiene su propia dignidad y santidad sacramental y que existe también otro camino para el cristiano: camino que no es huida del matrimonio sino elección consciente del celibato por el Reino de los cielos.

En este horizonte, la mujer no puede ser para el sacerdote más que una hermana, y esta dignidad de hermana debe ser considerada conscientemente por él. El apóstol Pablo, que vivía el celibato, escribe así en la Primera Carta a los Corintios: «Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra» (7,7). Para él no hay duda: tanto el matrimonio como el celibato son dones de Dios, que hay que custodiar y cultivar con cuidado. Subrayando la superioridad de la virginidad, de ningún modo menosprecia el matrimonio. Ambos tienen un carisma específico; cada uno de ellos es una vocación, que el hombre, con la ayuda de la gracia de Dios, debe saber discernir en la propia vida.

La vocación al celibato necesita ser defendida conscientemente con una vigilancia especial sobre los sentimientos y sobre toda la propia conducta. En particular, debe defender su vocación el sacerdote que, según la disciplina vigente en la Iglesia occidental y tan estimada por la oriental, ha elegido el celibato por el Reino de Dios. Cuando en el trato con una mujer peligrara el don y la elección del celibato, el sacerdote debe luchar para mantenerse fiel a su vocación. Semejante defensa no significaría que el matrimonio sea algo malo en sí mismo, sino que para el sacerdote el camino es otro. Dejarlo sería, en su caso, faltar a la palabra dada a Dios.

La oración del Señor: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal», cobra un significado especial en el contexto de la civilización contemporánea, saturada de elementos de hedonismo, egocentrismo y sensualidad. Se propaga por desgracia la pornografía, que humilla la dignidad de la mujer, tratándola exclusivamente como objeto de placer sexual. Estos aspectos de la civilización actual no favorecen ciertamente la fidelidad conyugal ni el celibato por el Reino de Dios. Si el sacerdote no fomenta en sí mismo auténticas disposiciones de fe, de esperanza y de amor a Dios, puede ceder fácilmente a los reclamos que le llegan del mundo. ¿Cómo no dirigirme pues a vosotros, queridos hermanos Sacerdotes, hoy Jueves Santo, para exhortaros a permanecer fieles al don del celibato, que nos ofrece Cristo? En él se encierra un bien espiritual para cada uno y para toda la Iglesia.

En el pensamiento y en la oración están hoy presentes de forma especial nuestros hermanos en el sacerdocio que encuentran dificultades en este campo y quienes precisamente por causa de una mujer han abandonado el ministerio sacerdotal. Confiamos a María Santísima, Madre de los Sacerdotes, y a la intercesión de los numerosos Santos sacerdotes de la historia de la Iglesia el difícil momento que están pasando, pidiendo para ellos la gracia de volver al primitivo fervor (cf. Ap 2, 4-5). La experiencia de mi ministerio, y creo que sirve para cada Obispo, confirma que se dan casos de vuelta a este fervor y que incluso hoy no son pocos. Dios permanece fiel a la alianza que establece con el hombre en el sacramento del Orden sacerdotal.

6. Ahora quisiera tratar el tema, aún más amplio, del papel que la mujer está llamada a desempeñar en la edificación de la Iglesia. El Concilio Vaticano II ha recogido plenamente la lógica del Evangelio, en los capítulos II y III de la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, presentando a la Iglesia en primer lugar como Pueblo de Dios y después como estructura jerárquica. La Iglesia es sobre todo Pueblo de Dios, ya que quienes la forman, hombres y mujeres, participan -cada uno a su manera- de la misión profética, sacerdotal y real de Cristo. Mientras invito a releer estos textos conciliares, me limitaré aquí a algunas breves reflexiones partiendo del Evangelio.

En el momento de la ascensión a los cielos, Cristo manda a los Apóstoles: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15). Predicar el Evangelio es realizar la misión profética, que en la Iglesia tiene diversas modalidades según el carisma dado a cada uno (cf. Ef 4,11-13). En aquella circunstancia, tratándose de los Apóstoles y de su peculiar misión, este mandato es confiado a unos hombres; pero, si leemos atentamente los relatos evangélicos y especialmente el de Juan, llama la atención el hecho de que la misión profética, considerada en toda su amplitud, es concedida a hombres y mujeres. Baste recordar, por ejemplo, la Samaritana y su diálogo con Cristo junto al pozo de Jacob en Sicar (cf. Jn 4,1-42): es a ella, samaritana y además pecadora, a quien Jesús revela la profundidad del verdadero culto a Dios, al cual no interesa el lugar sino la actitud de adoración «en espíritu y verdad».

Y ¿qué decir de las hermanas de Lázaro, María y Marta? Los Sinópticos, a propósito de la «contemplativa» María, destacan la primacía que Jesús da a la contemplación sobre la acción (cf. Lc 10, 42). Más importante aún es lo que escribe san

Juan en el contexto de la resurrección de Lázaro, su hermano. En este caso es a Marta, la más «activa» de las dos, a quien Jesús revela los misterios profundos de su misión: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Jn 11,25-26). En estas palabras dirigidas a una mujer está contenido el misterio pascual.

Pero sigamos con el relato evangélico y entremos en la narración de la Pasión. ¿No es quizás un dato incontestable que fueron precisamente las mujeres quienes estuvieron más cercanas a Jesús en el camino de la cruz y en la hora de la muerte? Un hombre, Simón de Cirene, es obligado a llevar la cruz (cf. Mt 27,32); en cambio, numerosas mujeres de Jerusalén le demuestran espontáneamente compasión a lo largo del «vía crucis» (cf. Lc 23,27). La figura de la Verónica, aunque no sea bíblica, expresa bien los sentimientos de la mujer en la vía dolorosa.

Al pie de la cruz está únicamente un Apóstol, Juan de Zebedeo, y sin embargo hay varias mujeres (cf. Mt 27,55-56): la Madre de Cristo, que según la tradición lo había acompañado en el camino hacia el Calvario; Salomé, la madre de los hijos del Zebedeo, Juan y Santiago; María, madre de Santiago el Menor y de José; y María Magdalena. Todas ellas son testigos valientes de la agonía de Jesús; todas están presentes en el momento de la unción y de la deposición de su cuerpo en el sepulcro. Después de la sepultura, al llegar el final del día anterior al sábado, se marchan pero con el propósito de volver apenas les sea permitido. Y serán las primeras en llegar temprano al sepulcro, el día después de la fiesta. Serán los primeros testigos de la tumba vacía y las que informarán de todo a los Apóstoles (cf. Jn 20, 1-2). María Magdalena, que permaneció llorando junto al sepulcro, es la primera en encontrar al Resucitado, el cual la envía a los Apóstoles como primera anunciadora de su resurrección (cf. Jn 20,11-18). Con razón, pues, la tradición oriental pone a la Magdalena casi a la par de los Apóstoles, ya que fue la primera en anunciar la verdad de la resurrección, seguida después por los Apóstoles y los demás discípulos de Cristo.

De este modo las mujeres, junto con los hombres, participan también en la misión profética de Cristo. Y lo mismo puede decirse sobre su participación en la misión sacerdotal y real. El sacerdocio universal de los fieles y la dignidad real se conceden a los hombres y a las mujeres. A este respecto ilustra mucho una atenta lectura de unos fragmentos de la Primera Carta de san Pedro (2, 9-10) y de la Constitución conciliar *Lumen Gentium* (nn. 10-12; 34-36).

7. En ésta última, al capítulo sobre el Pueblo de Dios sigue el de la estructura jerárquica de la Iglesia. En él se habla del sacerdocio ministerial, al que por voluntad de Cristo se admite únicamente a los hombres. Hoy, en algunos ambientes, el hecho de que la mujer no pueda ser ordenada sacerdote se interpreta como una forma de discriminación. Pero, ¿es realmente así?

Ciertamente la cuestión podría plantearse en estos términos, si el sacerdocio jerárquico conllevara una situación social de privilegio, caracterizada por el ejercicio del «poder». Pero no es así: el sacerdocio ministerial, en el plan de Cristo, no es expresión de dominio sino de servicio. Quien lo interpretase como «dominio», se alejaría realmente de la intención de

Cristo, que en el Cenáculo inició la Última Cena lavando los pies a los Apóstoles. De este modo puso fuertemente de relieve el carácter «ministerial» del sacerdocio instituido aquella misma tarde. «Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45).

Sí, el sacerdocio que hoy recordamos con tanta veneración como nuestra herencia especial, queridos Hermanos, ¡es un sacerdocio ministerial! ¡Servimos al Pueblo de Dios! ¡Servimos su misión! Nuestro sacerdocio debe garantizar la participación de todos -hombres y mujeres- en la triple misión profética, sacerdotal y real de Cristo. Y no sólo el sacramento del Orden es ministerial: ministerial es, ante todo, la misma Eucaristía. Al afirmar: «Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros (...) Esta es la copa de la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (Lc 22,19-20), Cristo manifiesta su servicio más sublime: el servicio de la redención, en la cual el unigénito y eterno Hijo de Dios se convierte en Siervo del hombre en su sentido más pleno y profundo.

8. Al lado de Cristo-Siervo no podemos olvidar a Aquella que es «la Sierva», María. San Lucas nos relata que, en el momento decisivo de la Anunciación, la Virgen pronunció su «fiat» diciendo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38). La relación del sacerdote con la mujer como madre y hermana se enriquece, gracias a la tradición mariana, con otro aspecto: el del servicio e imitación de María sierva. Si el sacerdocio es ministerial por naturaleza, es preciso vivirlo en unión con la Madre, que es la sierva del Señor. Entonces, nuestro sacerdocio será custodiado en sus manos, más aún, en su corazón, y podremos abrirlo a todos. Será así fecundo y salvífico, en todos sus aspectos.

Que la Santísima Virgen nos mire con particular afecto a todos nosotros, sus hijos predilectos, en esta fiesta anual de nuestro sacerdocio. Que infunda sobre todo en nuestro corazón un gran deseo de santidad. Escribí en la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «la nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y éstos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad» (n. 82). El Jueves Santo, acercándonos a los orígenes de nuestro sacerdocio, nos recuerda también el deber de aspirar a la santidad, para ser «ministros de la santidad» en favor de los hombres y mujeres confiados a nuestro servicio pastoral. En esta perspectiva parece como muy oportuna la propuesta, hecha por la Congregación para el Clero, de celebrar en cada diócesis una «Jornada para la Santificación de los Sacerdotes» con ocasión de la fiesta del Sagrado Corazón, o en otra fecha más adecuada a las exigencias y costumbres pastorales de cada lugar. Hago mía esta propuesta deseando que esta Jornada ayude a los sacerdotes a vivir conformándose cada vez más plenamente con el corazón del Buen Pastor.

Invocando sobre todos vosotros la protección de María, Madre de la Iglesia y Madre de los Sacerdotes, os bendigo con afecto.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1995.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1996

Queridos hermanos en el sacerdocio:

«Consideremos, hermanos, nuestra vocación» (cf. 1Co 1, 26). El sacerdocio es una vocación, una vocación particular: «Nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios» (Hb 5, 4). La Carta a los Hebreos se refiere al sacerdocio del Antiguo Testamento, para llevar a la comprensión del misterio de Cristo sacerdote. «Tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: ...Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec» (5, 5-6).

La singular vocación de Cristo Sacerdote

1. Cristo, Hijo de la misma naturaleza del Padre, es constituido sacerdote de la Nueva Alianza según el orden de Melquisedec: él también es, pues, llamado al sacerdocio. Es el Padre quien «llama» a su Hijo, engendrado por El con un acto de amor eterno, para que «entre en el mundo» (cf. Hb 10, 5) y se haga hombre. El quiere que su Hijo unigénito, encarnándose, sea «sacerdote para siempre»: el único sacerdote de la Nueva y eterna Alianza. En la vocación del Hijo al sacerdocio se expresa la profundidad del misterio trinitario. En efecto, sólo el Hijo, el Verbo del Padre, en el cual y por medio del cual todo ha sido creado, puede ofrecer incesantemente la creación como sacrificio al Padre, confirmando que todo lo creado proviene del Padre y que debe hacerse una ofrenda de alabanza al Creador. Así pues, el misterio del sacerdocio encuentra su inicio en la Trinidad y es al mismo tiempo consecuencia de la Encarnación. Haciéndose hombre, el Hijo unigénito y eterno del Padre nace de una mujer, entra en el orden de la creación y se hace así sacerdote, único y eterno sacerdote.

El autor de la Carta a los Hebreos subraya que el sacerdocio de Cristo está vinculado al sacrificio de la Cruz: «Presentóse Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una Tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, ...con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna» (Hb 9, 11-12). El sacerdocio de Cristo está fundamentado en la obra de la redención. Cristo es el sacerdote de su propio sacrificio: «Por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios» (Hb 9, 14). El sacerdocio de la Nueva Alianza, al cual estamos llamados en la Iglesia, es, pues, la participación en este singular sacerdocio de Cristo.

Sacerdocio común y sacerdocio ministerial

2. El Concilio Vaticano II presenta el concepto de «vocación» en toda su amplitud. En efecto, habla de vocación del hombre, de vocación cristiana, de vocación a la vida conyugal y familiar. En este contexto el sacerdocio es una de estas vocaciones, una de las formas posibles de realizar el segui-

miento de Cristo, el cual en el Evangelio dirige varias veces la invitación: «Sígueme».

En la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, el Concilio enseña que todos los bautizados participan del sacerdocio de Cristo; pero al mismo tiempo, distingue claramente entre el sacerdocio del Pueblo de Dios, común a



todos los fieles, y el sacerdocio jerárquico, es decir, ministerial. A este respecto, merece ser citado enteramente un fragmento ilustrativo del citado documento conciliar: «Cristo el Señor, pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hb 5, 1-5), ha hecho del nuevo pueblo 'un reino de sacerdotes para Dios, su Padre' (Ap 1, 6; cf. 5, 9-10). Los bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo para que ofrezcan, a través de las obras pro-

pias del cristiano, sacrificios espirituales y anuncien las maravillas del que los llamó de las tinieblas a su luz admirable (cf. 1 P 2, 4-10). Por tanto, todos los discípulos de Cristo, en oración continua y en alabanza a Dios (cf. Hch 2, 42-47), han de ofrecerse a sí mismos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf. Rm 12, 1). Deben dar testimonio de Cristo en todas partes y han de dar razón de su esperanza de la vida eterna a quienes se la pidan (cf. 1 P 3, 15). El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico están ordenados el uno al otro; ambos, en efecto, participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia, sin embargo, es esencial y no sólo de grado. En efecto, el sacerdocio ministerial, por el poder sagrado de que goza, configura y dirige al pueblo sacerdotal, realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo. Los fieles, en cambio, participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real y lo ejercen al recibir los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras».

El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles. En efecto, el sacerdote, cuando celebra la Eucaristía y administra los sacramentos, hace conscientes a los fieles de su peculiar participación en el sacerdocio de Cristo.

La llamada personal al sacerdocio

3. Está claro, pues, que en el ámbito más amplio de la vocación cristiana, la sacerdotal es una llamada específica. Esto coincide generalmente con nuestra experiencia personal de sacerdotes: hemos recibido el bautismo y la confirmación; hemos participado en la catequesis, en las celebraciones litúrgicas y, sobre todo, en la Eucaristía. Nuestra vocación al sacerdocio ha surgido en el contexto de la vida cristiana.

Toda vocación al sacerdocio tiene, sin embargo, una historia personal, relacionada con momentos muy concretos de la vida de cada uno. Al llamar a los Apóstoles, Cristo decía a cada uno. «Sígueme» (Mt 4, 19; 9, 9; Mc 1, 17; 2, 14; Lc 5, 27; Jn 1, 43; 21, 19). Desde hace dos mil años Él continúa dirigiendo la misma invitación a muchos hombres, particularmente a los jóvenes. A veces llama también de manera insólita, aunque nunca se trata de una llamada totalmente inesperada. La invitación de Cristo a seguirlo viene normalmente preparada a lo largo de años. Presente ya en la conciencia del chico, aunque ofuscada luego por la indecisión y el atractivo a seguir otros caminos, cuando la invitación vuelve a hacerse sentir no constituye una sorpresa. Entonces uno no se extraña que esta vocación haya prevalecido precisamente sobre las demás, y el joven puede emprender el camino indicado por Cristo: deja la familia e inicia la preparación específica al sacerdocio.

Existe una tipología de la llamada a la que quiero referirme ahora. Encontramos un esbozo en el Nuevo Testamento. Con su «Sígueme», Cristo se dirige a varias personas: hay pescadores como Pedro o los hijos del Zebedeo (cf. Mt 4, 19.22), pero también está Leví, un publicano, llamado después Mateo. La profesión de cobrador de impuestos era considerada en Israel como pecaminosa y despreciable. No obstante Cristo llama para formar parte del grupo de los Apóstoles precisamente a un publicano (cf. Mt 9, 9). Mucha sorpresa causa ciertamente la llamada de Saulo de Tarso (cf. Hch 9, 1-19), conocido y temido perseguidor de los cristianos, que odiaba el nombre de Jesús. Precisamente este fariseo es llamado en el camino de Damasco: el Señor quiere hacer de él «un instrumento de elección», destinado a sufrir mucho por su nombre (cf. Hch 9, 15-16).

Cada uno de nosotros, sacerdotes, se reconoce a sí mismo en la original tipología evangélica de la vocación; al mismo tiempo, cada uno sabe que la historia de su vocación, camino por el cual Cristo lo guía durante su vida, es en cierto modo irreplicable.

Queridos hermanos en el sacerdocio: debemos estar a menudo en oración, meditando el misterio de nuestra vocación, con el corazón lleno de admiración y gratitud hacia Dios por este don tan inefable.

La vocación sacerdotal de los Apóstoles

4. La imagen de la vocación transmitida por los Evangelios está vinculada particularmente a la figura del pescador. Jesús llamó consigo a algunos pescadores de Galilea, entre ellos Simón Pedro, e ilustró la misión apostólica haciendo referencia a su profesión. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro se echó a sus pies exclamando: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador», Cristo respondió: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 8.10).

Pedro y los demás Apóstoles vivían con Jesús y recorrían con él los caminos de su misión. Escuchaban las palabras que pronunciaba, admiraban sus obras, se asombraban de los milagros que hacía. Sabían que Jesús era el Mesías, enviado por Dios para indicar a Israel y a toda la humanidad el camino de la salvación. Pero su fe había de pasar a través del misterioso acontecimiento salvífico que Él había anunciado varias veces: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; le matarán, y al tercer día resucitará» (Mt 17, 22-23). Todo esto sucedió con su muerte y su resurrección, en los días

que la liturgia llama el Triduo sacro.

Precisamente durante este acontecimiento pascual Cristo mostró a los Apóstoles que su vocación era la de ser sacerdotes como Él y en Él. Esto sucedió cuando en el Cenáculo, la víspera de su muerte en cruz, Él tomó el pan y luego el cáliz del vino, pronunciando sobre ellos las palabras de la consagración. El pan y el vino se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, ofrecidos en sacrificio para toda la humanidad. Jesús terminó este gesto ordenando a los Apóstoles: «Haced esto en conmemoración mía» (cf. 1 Co 11, 24). Con estas palabras les confió su propio sacrificio y lo transmitió, por medio de sus manos, a la Iglesia de todos los tiempos. Confiando a los Apóstoles el Memorial de su sacrificio, Cristo les hizo también partícipes de su sacerdocio. En efecto, hay un estrecho e indisoluble vínculo entre la ofrenda y el sacerdote: quien ofrece el sacrificio de Cristo debe tener parte en el sacerdocio de Cristo. La vocación al sacerdocio es, pues, vocación a ofrecer in persona Christi su sacrificio, gracias a la participación de su sacerdocio. Por esto, hemos heredado de los Apóstoles el ministerio sacerdotal.

El sacerdote se realiza a sí mismo mediante una respuesta siempre renovada y vigilante

5. «El Maestro está ahí y te llama» (Jn 11, 28). Estas palabras se pueden leer con referencia a la vocación sacerdotal. La llamada de Dios está en el origen del camino que el hombre debe recorrer en la vida: ésta es la dimensión primera y fundamental de la vocación, pero no la única. En efecto, con la ordenación sacerdotal inicia un camino que dura hasta la muerte y que es todo un itinerario «vocacional». El Señor llama a los presbíteros para varios cometidos y servicios derivados de esta vocación. Pero hay un nivel aún más profundo. Además de las tareas que son la expresión del ministerio sacerdotal, queda siempre, en el fondo de todo, la realidad misma del «ser sacerdote». Las situaciones y circunstancias de la vida invitan incesantemente al sacerdote a ratificar su opción originaria, a responder siempre y de nuevo a la llamada de Dios. Nuestra vida sacerdotal, como toda vida cristiana auténtica, es una sucesión de respuestas a Dios que nos llama.

A este respecto, es emblemática la parábola de los criados que esperan el regreso de su amo. Como éste tarda, ellos deben vigilar para que, cuando llegue, los encuentre despiertos (cf. Lc 12, 35-40). ¿No podría ser esta vigilancia evangélica otra definición de la respuesta a la vocación? En efecto, ésta se realiza gracias a un vigilante sentido de responsabilidad. Cristo subraya: «Dichosos los siervos que, el señor al venir, encuentre despiertos... Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos ellos!» (Lc 12, 37-38).

Los presbíteros de la Iglesia latina asumen el compromiso de vivir en el celibato. Si la vocación es vigilancia, un aspecto significativo de la misma es ciertamente la fidelidad a este compromiso durante toda la vida. Sin embargo, el celibato es sólo una de las dimensiones de la vocación, la cual se realiza a lo largo de vida en el contexto de un compromiso global ante los múltiples cometidos que derivan del sacerdocio.

La vocación no es una realidad estática: tiene su propia dinámica. Queridos hermanos en el sacerdocio: nosotros confirmamos y realizamos cada vez más nuestra vocación en la medida en que vivimos fielmente el «mysterium» de la alianza de Dios con el hombre y, particularmente, el «mysterium» de

la Eucaristía; la realizamos en la medida en que con mayor intensidad amamos el sacerdocio y el ministerio sacerdotal, que estamos llamados a desempeñar. Entonces descubrimos que, en el ser sacerdotes, «nos realizamos» nosotros mismos, ratificando la autenticidad de nuestra vocación, según el singular y eterno designio de Dios sobre cada uno de nosotros. Este proyecto divino se realiza en la medida en que es descubierto y acogido por nosotros, como nuestro proyecto y programa de vida.

El sacerdocio como «officium laudis»

6. Gloria Dei vivens homo. Las palabras de san Ireneo relacionan profundamente la gloria de Dios con la autorrealización del hombre. «Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam» (Sal 113, B, 1): repitiendo a menudo estas palabras del salmista, nos damos cuenta de que el «realizarse a sí mismos» en la vida tiene una relación y un fin trascendentes, contenidos en el concepto de «gloria de Dios»: nuestra vida está llamada a ser officium laudis.

La vocación sacerdotal es una llamada especial al «officium laudis». Cuando el sacerdote celebra la Eucaristía, cuando en el sacramento de la Penitencia concede el perdón de Dios o cuando administra los otros sacramentos, siempre da gloria a Dios. Conviene, pues, que el sacerdote ame la gloria del Dios vivo y que, junto con la comunidad de los creyentes, proclame la gloria divina, que resplandece en la creación y en la redención. El sacerdote está llamado a unirse de manera particular a Cristo, Verbo eterno y verdadero Hombre, Redentor del mundo. En efecto, en la redención se manifiesta la plenitud de la gloria que la humanidad y la creación entera dan al Padre en Jesucristo.

Officium laudis no son solamente las palabras del salterio, los himnos litúrgicos y los cantos del Pueblo de Dios que resuenan en tantas lenguas diversas ante la mirada del Creador; officium laudis es sobre todo el incesante descubrimiento de la verdad, del bien y de la belleza, que el mundo recibe como don del Creador y, a la vez, es el descubrimiento del sentido de la vida humana. El misterio de la redención ha realizado y revelado plenamente este sentido, acercando la vida del hombre a la vida de Dios. La redención, llevada a cabo de modo definitivo en el misterio pascual mediante la pasión, muerte y resurrección de Cristo, no sólo pone en evidencia la santidad trascendente de Dios, sino que también, como enseña el Concilio Vaticano II, manifiesta «el hombre al propio hombre».

La gloria de Dios está inscrita en el orden de la creación y de la redención; el sacerdote está llamado a vivir totalmente este misterio para participar en el gran officium laudis, que se lleva a cabo incesantemente en el universo. Sólo viviendo en profundidad la verdad de la redención del mundo y del hombre, éste puede acercarse a los sufrimientos y los problemas de las personas y de las familias, y afrontar sin temor la realidad, incluso del mal y del pecado, con las energías espirituales necesarias para superarla.

El sacerdote acompaña a los fieles hacia la plenitud de la vida en Dios

7. Gloria Dei vivens homo. El sacerdote, cuya vocación es dar gloria a Dios, está al mismo tiempo influenciado profundamente por la verdad contenida en la segunda parte de la ya

citada expresión de san Ireneo: vivens homo. El amor por la gloria de Dios no aleja al sacerdote de la vida y de todo lo que la conforma; al contrario, su vocación lo lleva a descubrir su pleno significado.

¿Qué quiere decir vivens homo? Significa el hombre en la plenitud de su verdad, es decir, el hombre creado por Dios a su propia imagen y semejanza; el hombre al cual Dios ha confiado la tierra para que la domine; el hombre revestido de una múltiple riqueza de naturaleza y de gracia; el hombre liberado de la esclavitud del pecado y elevado a la dignidad de hijo adoptivo de Dios.

Este es el hombre y la humanidad que el sacerdote tiene delante cuando celebra los divinos misterios: desde el recién nacido que los padres llevan a bautizar, hasta los niños y chicos que encuentra en la catequesis o en la enseñanza de la religión, como también los jóvenes que, durante el período más delicado de su vida, buscan su camino, la propia vocación, y se preparan a formar nuevas familias o bien a consagrarse por el Reino de Dios entrando en el Seminario o en un Instituto de vida consagrada. Es necesario que el sacerdote esté muy cerca de los jóvenes. En esta época de la vida a menudo ellos se dirigen al sacerdote para buscar el apoyo de un consejo, la ayuda de la oración, un prudente acompañamiento vocacional. De este modo el sacerdote puede constatar cómo su vocación está abierta y entregada a las personas. Al acercarse a los jóvenes encuentra a los futuros padres y madres de familia, a los futuros profesionales o, en todo caso, a personas que podrán contribuir con la propia capacidad a construir la sociedad del mañana. Cada una de estas múltiples vocaciones pasa a través de su corazón sacerdotal y se manifiesta como un camino particular a lo largo del cual Dios guía a las personas y las lleva a encontrarse con El.

El sacerdote participa así de tantas opciones de vida, de sufrimientos y alegrías, de desilusiones y esperanzas. En cada situación, su cometido es mostrar Dios al hombre como el fin último de su destino personal. El sacerdote es aquél a quien las personas confían las cosas más queridas y sus secretos, a veces tan dolorosos. Llega a ser el esperado por los enfermos, por los ancianos y los moribundos, conscientes de que sólo él, participe del sacerdocio de Cristo, puede ayudarlos en el último momento que ha de llevarlos hasta Dios. El sacerdote, testigo de Cristo, es mensajero de la vocación suprema del hombre a la vida eterna en Dios. Y mientras acompaña a los hermanos, se prepara a sí mismo: el ejercicio del ministerio le permite profundizar en su vocación de dar gloria a Dios para tomar parte en la vida eterna. El se encamina así hacia el día en que Cristo le dirá: «¡Bien, siervo bueno y fiel!; ...entra en el gozo de tu señor» (Mt 25, 21).

El jubileo sacerdotal: tiempo de alegría y de acción de gracias

8. «Considerad, hermanos, vuestra vocación» (1Co 1, 26). La exhortación de Pablo a los cristianos de Corinto tiene un significado particular para nosotros sacerdotes. Debemos «considerar» a menudo nuestra vocación, descubriendo su sentido y grandeza, que siempre nos superan. Ocasión privilegiada para esto es el Jueves Santo, día en que se conmemora la institución de la Eucaristía y del sacramento del Orden. Ocasión propicia son también los aniversarios de la Ordenación sacerdotal y, especialmente, los jubileos sacerdotales.

Queridos hermanos sacerdotes: al compartir con vosotros estas reflexiones, pienso en el 50 aniversario de mi Ordenación sacerdotal que cae este año. Pienso en mis compañeros de seminario que, como yo, llevan tras de sí un camino hacia el sacerdocio marcado por el dramático período de la segunda guerra mundial. Entonces los seminarios estaban cerrados y los clérigos vivían en la diáspora. Algunos de ellos perdieron la vida en los conflictos bélicos. El sacerdocio alcanzado en aquellas condiciones tuvo para nosotros un valor particular. Está vivo en mi memoria aquel gran momento en que, hace cincuenta años, la asamblea eclesial invocaba: «Veni Creator Spiritus» sobre nosotros jóvenes Diáconos, postrados en tierra en el centro del templo, antes de recibir la Ordenación sacerdotal por la imposición de manos del Obispo. Damos gracias al Espíritu Santo por aquella efusión de gracia que marcó nuestra vida. Y seguimos implorando: «Imple superna gratia, quae tu creasti pectora».

Deseo, queridos hermanos en el sacerdocio, invitaros a participar en mi Te Deum de acción de gracias por el don de la vocación. Los jubileos, como sabéis, son momentos importantes en la vida de un sacerdote, es decir, como unas piedras miliarenses en el camino de nuestra vocación. Según la tradición bíblica, el jubileo es tiempo de alegría y de acción de gracias. El agricultor da gracias al Creador por la cosecha; nosotros, con ocasión de nuestros jubileos, queremos agradecer al Pastor eterno los frutos de nuestra vida sacerdotal, el servicio dado a la Iglesia y a la humanidad en los distintos lugares del mundo y en las condiciones más diversas y en las múltiples situaciones de trabajo en que la Providencia nos ha puesto y guiado. Sabemos que «somos siervos inútiles» (Lc 17, 10), sin embargo estamos agradecidos al Señor porque ha querido hacer de nosotros sus ministros.

Estamos agradecidos también a los hombres: ante todo a quienes nos han ayudado a llegar al sacerdocio y a quienes la divina Providencia ha puesto en el camino de nuestra vocación. Damos las gracias a todos, empezando por nuestros padres, que han sido para nosotros un multiforme don de Dios. ¡Cuántas y qué diversas riquezas de enseñanzas y buenos ejemplos nos han transmitido!

Al dar gracias, pedimos también perdón a Dios y a los hermanos por las negligencias y las faltas, fruto de la debilidad humana. El jubileo, según la Sagrada Escritura, no podía ser sólo una acción de gracias por la cosecha; conllevaba también la remisión de las deudas. Imploramos, pues, a Dios misericordioso que nos perdone las deudas contraídas a lo largo de la vida y en el ejercicio del ministerio sacerdotal.

«Considerad, hermanos, vuestra vocación», nos exhorta el Apóstol. Alentados por su palabra, nosotros «consideramos» el camino recorrido hasta ahora, durante el cual nuestra vocación se ha confirmado, profundizado y consolidado. «Consideramos» para tomar clara conciencia de la acción amorosa de Dios en nuestra vida. Al mismo tiempo, no podemos olvidar a nuestros hermanos en el sacerdocio que no han perseverado en el camino emprendido. Los confiamos al amor del Padre, a la vez que los tenemos presentes en nuestra oración.

El «considerar» se transforma así, casi sin darnos cuenta, en oración. Es en esta perspectiva que deseo invitaros, queridos hermanos sacerdotes, a uniros a mi acción de gracias por el don de la vocación y del sacerdocio.

Gracias, Señor, por el don del sacerdocio

9. «Te Deum laudamus,
Te Dominum confitemur...»
Nosotros te alabamos
y te damos gracias, Señor:
toda la tierra te adora.
Nosotros, tus ministros,
con las voces de los Profetas
y con el coro de los Apóstoles,
te proclamamos Padre y Señor de la vida,
de cada vida que sólo de ti procede.
Te reconocemos, Trinidad Santísima,
regazo e inicio de nuestra vocación:
Tú, Padre, desde la eternidad
nos has pensado, querido y amado;
Tú, Hijo, nos has elegido y llamado
a participar de tu único y eterno sacerdocio;
Tú, Espíritu Santo, nos has colmado
con tus dones
y nos has consagrado con tu santa unción.
Tú, Señor del tiempo y de la historia,
nos has puesto en el umbral
del tercer milenio cristiano,
para ser testigos de la salvación,
realizada por ti en favor de toda la humanidad.
Nosotros, Iglesia que proclama tu gloria,
te imploramos:
que nunca falten sacerdotes santos
al servicio del Evangelio;
que resuene en cada Catedral
y en cada rincón del mundo
el himno «Veni Creator Spiritus».
¡Ven, Espíritu Creador!
Ven a suscitar nuevas generaciones de jóvenes,
dispuestos a trabajar en la viña del Señor,
para difundir el Reino de Dios
hasta los confines de la tierra.
Y tú, María, Madre de Cristo,
que nos has acogido junto a la Cruz
como hijos predilectos con el Apóstol Juan,
sigue velando sobre nuestra vocación.
Te confiamos los años de ministerio
que la Providencia nos conceda vivir aún.
Permanece a nuestro lado para guiarnos
por los caminos del mundo,
al encuentro de los hombres y mujeres
que tu Hijo ha redimido con su Sangre.
Ayúdanos a cumplir hasta el final
la voluntad de Jesús,
nacido de ti para la salvación del hombre.
Cristo, ¡Tú eres nuestra esperanza!
«In Te, Domine, speravi,
non confundar in aeternum».

Vaticano, 17 de marzo, IV domingo de Cuaresma, del año 1996, decimotercero de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1997

1. *Iesu, Sacerdos in aeternum, miserere nobis!*

Queridos Sacerdotes:

Siguiendo la tradición de dirigiros la palabra en el día en que os reunís alrededor de vuestro Obispo, para conmemorar gozosamente la institución del sacerdocio en la Iglesia, renuevo ante todo mis sentimientos de gratitud al Señor por las celebraciones jubilares en las que, de los días 1 al 10 de noviembre del año pasado, participaron muchos hermanos Sacerdotes. A todos doy cordialmente las gracias.

Un recuerdo particular dirijo a los sacerdotes que el año pasado, igual que yo, celebraron el 50º aniversario de su Ordenación. Muchos de ellos no vacilaron, a pesar de los años y la distancia, en venir a Roma para concelebrar con el Papa sus Bodas de Oro.

Doy las gracias al Cardenal Vicario, a los Obispos sus colaboradores, a los sacerdotes y fieles de la diócesis de Roma, los cuales manifestaron de varias maneras su unión con el Sucesor de Pedro, alabando a Dios por el don del sacerdocio. Mi reconocimiento se hace extensivo a los Señores Cardenales, Arzobispos, Obispos y Sacerdotes, a los Consagrados y Consagradas, y a todos los Fieles de la Iglesia por el don de su cercanía, de su oración y por el *Te Deum* de acción de gracias, que juntos hemos cantado.

Deseo, además, agradecer a todos los Colaboradores de la Curia Romana lo que hicieron para que estas Bodas de Oro sacerdotales del Papa pudiesen servir para reavivar la conciencia del gran don y misterio del sacerdocio. Pido constantemente al Señor que siga encendiendo la llama de la vocación sacerdotal en el alma de muchos jóvenes.

En aquellos días, me dirigí varias veces, con el recuerdo y el corazón, a la capilla privada de los Arzobispos de Cracovia, donde el 1 de noviembre de 1946 el inolvidable Metropolitano de Cracovia Adam Stefan Sapieha, después Cardenal, impuso sus manos sobre mi cabeza, transmitiéndome la gracia sacramental del sacerdocio. Con emoción he vuelto espiritualmente a la Catedral del Wawel, en la cual celebré la Primera Misa, el día siguiente de la Ordenación.

En los días jubilares, todos hemos sentido de manera particular la presencia de Cristo Sumo Sacerdote, meditando las palabras de la liturgia: « Este es el sumo sacerdote que en sus días agradó a Dios y fue encontrado justo ». *Ecce Sacerdos magnus*. Estas palabras tienen su plena aplicación en Cristo mismo. El es el Sumo Sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza, el único Sacerdote del que todos nosotros sacerdotes recibimos la gracia de la vocación y del ministerio. Me alegra el hecho de que en las celebraciones del jubileo de mi Ordenación, el sacerdocio de Cristo haya podido brillar en su inefable verdad como don y misterio en favor de los hombres de todos los tiempos, hasta la consumación de los siglos.

A los cincuenta años de mi Ordenación sacerdotal, cada día, como siempre, recuerdo a mis coetáneos, tanto de Cracovia como de todas las demás Iglesias del mundo, que no han podido llegar a este jubileo. Pido a Cristo, Sacerdote eterno, que les conceda en herencia la recompensa imperecedera, acogidos en la gloria de su Reino.

2. *Iesu, Sacerdos in aeternum, miserere nobis!*

Os escribo esta Carta, queridos Hermanos, durante el primer año de preparación inmediata al inicio del tercer milenio: *Tertio millenio adveniente*. En la Carta apostólica que empieza con estas palabras puse de relieve el significado del paso del segundo al tercer milenio después del nacimiento de Cristo y establecí que los últimos tres años antes del 2000 se dedican a la Santísima Trinidad. El primer año, inaugurado solemnemente el pasado primer domingo de Adviento, tiene como centro a Cristo. En efecto, El es el Hijo eterno de Dios, hecho hombre y nacido de María Virgen, que nos lleva al Padre. El

próximo año estará dedicado al Espíritu Santo Paráclito, prometido a los Apóstoles en el momento de su paso de este mundo al Padre. Finalmente, el año 1999 estará dedicado al Padre, al cual el Hijo quiere llevarnos por medio del Espíritu, el Consolador.

Queremos terminar así el segundo milenio con una gran alabanza a la Santísima Trinidad. En este itinerario encontrará eco la trilogía de Encíclicas que, gracias a Dios, he podido publicar al inicio del Pontificado: *Redemptor hominis*, *Dominum et vivificantem* y *Dives in misericordia*, las cuales os exhorto, queridos Hermanos, a meditar nuevamente durante este trienio. En nuestro ministerio, especialmente el litúrgico, debemos ser siempre conscientes de estar en camino hacia el Padre, guiados por el Hijo en el Espíritu Santo. Nos recuerdan precisamente esto las palabras con que terminamos cada oración: « Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén ».

3. *Iesu, Sacerdos in aeternum, miserere nobis!*

Esta invocación está tomada de las Letanías a Cristo Sacerdote y Víctima, que se recitaban en el Seminario de Cracovia el día antes de la Ordenación sacerdotal. Las he querido poner como apéndice en el libro *Don y misterio*, publicado con ocasión de mi jubileo sacerdotal. En esta Carta deseo ponerlas también en evidencia, pues me parece que ilustran de manera particularmente rica y profunda el sacerdocio de Cristo y nuestra relación con el mismo. Están basadas en textos de la Sagrada Escritura, en particular la Carta a los Hebreos, pero no solamente. Por ejemplo, cuando recitamos: *Iesu, Sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech*, volvemos idealmente al Antiguo Testamento, al Salmo 110.109. Todos sabemos lo que significa para Cristo ser sacerdote según el orden de Melquisedec. Su Sacerdocio se expresó en el ofrecimiento de su propio cuerpo, « hecho de una vez para siempre » (*Hb* 10,10). Habiéndose ofrecido en sacrificio cruento en la cruz, El mismo instituyó su « memoria » incruenta para todos los tiempos, bajo las especies de pan y vino. Y bajo



estas especies El encomendó este Sacrificio suyo a la Iglesia. Así pues, la Iglesia —y en ella cada sacerdote— celebra el único Sacrificio de Cristo.

Mantengo un vivo recuerdo de los sentimientos que suscitaron en mí las palabras de la consagración pronunciadas por vez primera junto con el Obispo que me acababa de ordenar, palabras que repetí al día siguiente en la Santa Misa celebrada en la Cripta de San Leonardo. Tantas veces desde entonces —resulta difícil contarlas— estas palabras han resonado en mis labios para hacer presente, bajo las especies de pan y vino, a Cristo en el acto salvífico de sacrificarse a sí mismo en la cruz.

Contemplemos juntos, una vez más, este sublime misterio. Jesús tomó el pan y se lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo...». Tomó después en sus manos el cáliz con el vino, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados». Y añadió: «Haced esto en conmemoración mía».

¿Cómo pueden dejar de ser estas maravillosas palabras el corazón que impulsa toda vida sacerdotal? ¡Repitámoslas cada vez como si fuera la primera! Que jamás sean pronunciadas por rutina. Estas palabras expresan la más plena actualización de nuestro sacerdocio.

4. Al celebrar el Sacrificio de Cristo, seamos siempre conscientes de lo que leemos en las palabras de la Carta a los Hebreos: «Presentóse Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una Tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo! Por eso es mediador de una nueva Alianza» (9,11-15).

Las invocaciones de las Letanías a Cristo Sacerdote y Víctima se relacionan, en cierto modo, con estas palabras o con otras de la misma Carta:

Iesu,
Pontifex ex hominibus assumpte,
...pro hominibus constitute,
Pontifex confessionis nostrae,
...amplioris prae Moysi gloriae,
Pontifex tabernaculi veri,
Pontifex futurorum bonorum,
...sancte, innocens et impollute,
Pontifex fidelis et misericors,
...Dei et animarum zelo succense,
Pontifex in aeternum perfecte,
Pontifex qui (...) caelos penetrasti...

Mientras repetimos estas invocaciones, vemos con los ojos de la fe aquello de lo que habla la Carta a los Hebreos: Cristo que mediante la propia sangre entra en el eterno santuario. Como Sacerdote consagrado para siempre por el Padre *Spiritu Sancto et virtute*, ahora se ha sentado «a la diestra de la Majestad en las alturas» (Hb 1,3). Y desde allí intercede por nosotros como Mediador —*semper vivens ad interpellandum pro nobis*—, para

trazarnos el camino de una vida nueva y eterna: *Pontifex qui nobis viam novam initiasti*. El nos ama y derramó su sangre para limpiar nuestros pecados: *Pontifex qui dilexisti nos et lavisti nos a peccatis in sanguine tuo*. Se entregó a sí mismo por nosotros: *tradidisti temetipsum Deo oblationem et hostiam*.

En efecto, Cristo introduce el sacrificio de sí mismo, que es el precio de nuestra redención, en el santuario eterno. La ofrenda, esto es, la víctima, es inseparable del sacerdote. Me han ayudado a comprender mejor todo esto precisamente las Letanías a Cristo Sacerdote y Víctima, recitadas en el Seminario. Vuelvo constantemente a esta lección fundamental.

5. Hoy es Jueves Santo. Toda la Iglesia se congrega espiritualmente en el Cenáculo, donde se reunieron los Apóstoles con Jesús para la Última Cena. Leamos de nuevo en el Evangelio de Juan las palabras pronunciadas por Jesús en el discurso de despedida. Entre tantas riquezas de este texto, encontramos la siguiente frase dirigida por Jesús a los Apóstoles: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (15,13-15).

«Amigos»: así llamó Jesús a los Apóstoles. Así también quiere llamarnos a nosotros que, gracias al sacramento del Orden, somos partícipes de su Sacerdocio. Escuchemos estas palabras con gran emoción y humildad. Ellas contienen la verdad. Ante todo la verdad sobre la amistad, pero también una verdad sobre nosotros mismos que participamos del Sacerdocio de Cristo, como ministros de la Eucaristía. ¿Podía Jesús expresarnos su amistad de manera más elocuente que permitiéndonos, como sacerdotes de la Nueva Alianza, obrar en su nombre, *in persona Christi Capitis*? Pues esto es precisamente lo que acontece en todo nuestro servicio sacerdotal, cuando administramos los sacramentos y, especialmente, cuando celebramos la Eucaristía. Repetimos las palabras que El pronunció sobre el pan y el vino y, por medio de nuestro ministerio, se realiza la misma consagración que El hizo. ¿Puede haber una manifestación de amistad más plena que ésta? Esta amistad constituye el centro mismo de nuestro ministerio sacerdotal.

Cristo dice: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16). Al final de esta Carta, os ofrezco estas palabras como un augurio. En el día conmemorativo de la institución del sacramento del Sacerdocio, deseémosnos mutuamente, queridos Hermanos, que podamos ir y llevar fruto, como los Apóstoles, y que nuestro fruto permanezca.

Que María, Madre de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, sostenga con su asidua protección las andaduras de nuestro ministerio, sobre todo cuando el camino es arduo y las dificultades son mayores. Que la Virgen fiel interceda ante su Hijo, para que no nos falte nunca el valor de ser sus testigos en los diversos campos de nuestro apostolado, colaborando con El para que el mundo tenga vida y la tenga en abundancia (cf. Jn 10,10).

En el nombre de Cristo, y con profundo afecto, os bendigo a todos.

Vaticano, 16 de marzo, V Domingo de Cuaresma, del año 1997, decimonono de mi Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 1998

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Con la mente y el corazón puestos en el Gran Jubileo, celebración solemne del bimilenario del nacimiento de Cristo y comienzo del tercer milenio cristiano, deseo invocar con vosotros al Espíritu del Señor, a quien está dedicada particularmente la segunda etapa del itinerario espiritual de la preparación inmediata al Año Santo del 2000.

Dóciles a sus suaves inspiraciones, nos disponemos a vivir con una participación intensa este *tiempo favorable*, implorando del *Dador de los dones* las gracias necesarias para discernir los signos de salvación y responder con plena fidelidad a la llamada de Dios.

Nuestro sacerdocio está íntimamente unido al Espíritu Santo y a su misión. En el día de la ordenación presbiteral, en virtud de una singular efusión del Paráclito, el Resucitado ha renovado en cada uno de nosotros lo que realizó con sus discípulos en la tarde de la Pascua, y nos ha constituido en continuadores de su misión en el mundo (cf. *Jn* 20,21-23). Este don del Espíritu, con su misteriosa fuerza santificadora, es fuente y raíz de la especial tarea de evangelización y santificación que se nos ha confiado.

El Jueves Santo, día en que conmemoramos la Cena del Señor, presenta ante nuestros ojos a Jesús, Siervo «*obediente hasta la muerte*» (*Fil* 2,8), que instituye la Eucaristía y el Orden sagrado como particulares signos de su amor. Él nos deja este extraordinario testamento de amor para que se perpetúe en todo tiempo y lugar el misterio de su Cuerpo y de su Sangre y los hombres puedan acercarse a la fuente inextinguible de la gracia. ¿Existe acaso para nosotros, los sacerdotes, un momento más oportuno y sugestivo que éste para contemplar la obra del Espíritu Santo en nosotros y para implorar sus dones con el fin de conformarnos cada vez más con Cristo, Sacerdote de la Nueva Alianza?

1. El Espíritu Santo creador y santificador

Veni Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia,
Quae tu creasti pectora.
Ven, Espíritu creador,
visita las almas de tus fieles
y llena de la divina gracia
los corazones que Tú mismo creaste.

Este antiguo canto litúrgico recuerda a cada sacerdote el día de su ordenación, evocando los propósitos de plena disponibilidad a la acción del Espíritu Santo formulados en circunstancia tan singular. Le recuerda asimismo la especial asistencia del Paráclito y tantos momentos de gracia, de alegría y de intimidad, que el Señor le ha hecho gustar a lo largo de su vida.

La Iglesia, que en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano proclama su fe en el Espíritu Santo «*Señor y dador de vida*», presenta claramente el papel que Él desempeña acompañando los acontecimientos humanos y, de manera particular, los de los discípulos del Señor en camino hacia la salvación.

Él es el Espíritu creador, que la Escritura presenta en los inicios de la historia humana, cuando «*aleteaba por encima de las aguas*» (*Gn* 1,2), y en el comienzo de la redención, como artífice de la Encarnación del Verbo de Dios (cf. *Mt* 1,20; *Lc* 1,35).



De la misma naturaleza del Padre y del Hijo, Él es «*en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios*

en el orden de la gracia. El misterio de la Encarnación constituye el culmen de esta dádiva y de esta autocomunicación divina» (*Dominum et vivificantem*, 50).

El Espíritu Santo orienta la vida terrena de Jesús hacia el Padre. Merced a su misteriosa intervención, el Hijo de Dios fue concebido en el seno de la Virgen María (cf. *Lc* 1,35) y se hizo hombre. Es también el Espíritu el que, descendiendo sobre Jesús en forma de paloma durante su bautismo en el Jordán, le manifiesta como Hijo del Padre (cf. *Lc* 3,21-22) y, acto seguido, le conduce al desierto (cf. *Lc* 4,1). Tras la victoria sobre las tentaciones, Jesús da comienzo a su misión «*por la fuerza del Espíritu*» (*Lc* 4, 14), en Él se llena de gozo y bendice al Padre por su bondadoso designio (cf. *Lc* 10,21) y con su fuerza expulsa los demonios (cf. *Mt* 12,28; *Lc* 11,20). En el momento dramático de la cruz se ofrece a sí mismo «*por el Espíritu eterno*» (*Hb* 9,14), por el cual es resucitado después (cf. *Rm* 8,11) y «*constituido Hijo de Dios con poder*» (*Rm* 1,4).

En la tarde de Pascua, Jesús resucitado dice a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo: «*Recibid el Espíritu Santo*» (*Jn* 29,22) y, tras haberles prometido una nueva efusión, les confía la salvación de los hermanos, enviándolos por los caminos del mundo: «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (*Mt* 28,19-20).

La presencia de Cristo en la Iglesia de todos los tiempos y lugares *se hace viva y eficaz en los creyentes por obra del Consolador* (cf. *Jn* 14,26). El Espíritu es «*también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización... construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena*

manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos» (*Tertio millennio adveniente*, 45).

2. Eucaristía y Orden, frutos del Espíritu

Qui diceris Paraclitus,
Altissimi donum Dei,
Fons vivus, ignis, caritas
et spiritalis unctio.
Tú eres nuestro Consolador,
Don de Dios Altísimo,
fuente viva, fuego, caridad
y espiritual unción.

Con estas palabras la Iglesia invoca al Espíritu Santo como *spiritalis unctio*, espiritual unción. Por medio de la unción del Espíritu en el seno inmaculado de María, el Padre ha consagrado a Cristo como sumo y eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, el cual ha querido compartir su sacerdocio con nosotros, llamándonos a ser su prolongación en la historia para la salvación de los hermanos.

El Jueves Santo, *Feria quinta in Coena Domini*, los sacerdotes estamos invitados a dar gracias con toda la comunidad de los creyentes por el don de la Eucaristía y a ser cada vez más conscientes de la gracia de nuestra especial vocación. Asimismo, nos sentimos impulsados a confiarnos a la acción del Espíritu Santo, con corazón joven y plena disponibilidad, dejando que Él nos conforme cada día con Cristo Sacerdote.

El Evangelio de san Juan, con palabras llenas de ternura y misterio, nos cuenta el relato de aquel primer Jueves Santo, en el cual el Señor, estando a la mesa con sus discípulos en el Cenáculo, « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo » (13,1). *¡Hasta el extremo!*: hasta la institución de la Eucaristía, anticipación del Viernes Santo, del sacrificio de la cruz y de todo el misterio pascual. Durante la Última Cena, Cristo toma el pan con sus manos y pronuncia las primeras palabras de la consagración: « Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros ». Inmediatamente después pronuncia sobre el cáliz lleno de vino las siguientes palabras de la consagración: « Éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados »; y añade a continuación: « Haced esto en conmemoración mía ». Se realiza así en el Cenáculo, de manera incruenta, el Sacrificio de la Nueva Alianza que tendrá lugar con sangre al día siguiente, cuando Cristo dirá desde la cruz: « *Consummatum est* », « ¡Todo está cumplido! » (*Jn* 19,30).

Este Sacrificio ofrecido una vez por todas en el Calvario es confiado a los Apóstoles, en virtud del Espíritu Santo, como el Santísimo Sacramento de la Iglesia. Para impetrar la intervención misteriosa del Espíritu, la Iglesia, antes de las palabras de la consagración, implora: « Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios » (*Plegaria Eucarística III*). En efecto, sin la potencia del Espíritu divino, ¿cómo podrían unos labios humanos hacer que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor hasta el fin de los tiempos? Solamente por *el poder del Espíritu divino* puede la Iglesia confesar incesante-

mente el gran misterio de la fe: « Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús! ».

La Eucaristía y el Orden son frutos del mismo Espíritu: « Al igual que en la Santa Misa el Espíritu Santo es el autor de la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, así en el sacramento del Orden es el artífice de la consagración sacerdotal o episcopal » (*Don y Misterio*, p. 59).

3. Los dones del Espíritu Santo

Tu septiformis munere
Digitus paternae dexteræ
Tu rite promissum Patris
Sermone ditans guttura.
Tú derramas sobre nosotros los siete dones;
Tú, el dedo de la mano de Dios;
Tú, el prometido del Padre;
Tú, que pones en nuestros labios los
tesoros de tu palabra.

¿Cómo no dedicar una reflexión particular a los dones del Espíritu Santo, que la tradición de la Iglesia, siguiendo las fuentes bíblicas y patrísticas, denomina *sacro Septenario*? Esta doctrina ha sido estudiada con atención por la teología escolástica, ilustrando ampliamente su significado y características.

« Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! » (*Gal* 4,6). « En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios » (*Rm* 8,14.16). Las palabras del apóstol Pablo nos recuerdan que la gracia santificante (*gratia gratum faciens*) es un don fundamental del Espíritu, con la cual se reciben las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y todas las virtudes infusas (*virtutes infusæ*), que capacitan para obrar bajo el influjo del mismo Espíritu. En el alma, iluminada por la gracia celestial, esta capacitación sobrenatural se completa con los dones del Espíritu Santo. Estos se diferencian de los carismas, que son concedidos para el bien de los demás, porque se ordenan a la santificación y perfección de la persona y, por tanto, se ofrecen a todos.

Sus nombres son conocidos. Los menciona el profeta Isaías trazando la figura del futuro Mesías: « Reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Y le inspirará en el temor del Señor » (11, 2-3). El número de los dones será fijado en siete por la versión de los Setenta y la Vulgata, que incorporan la *pietas*, eliminando del texto de Isaías la repetición del *temor de Dios*.

Ya san Ireneo recuerda el *Septenario* y añade: « Dios ha dado este Espíritu a la Iglesia, (...) enviando el Paráclito sobre toda la tierra » (*Adv. haereses* III, 17, 3). San Gregorio Magno, por su parte, ilustra la dinámica sobrenatural introducida por el Espíritu en el alma, enumerando los dones en orden inverso: « Mediante el temor nos elevamos a la piedad, de la piedad a la ciencia, de la ciencia obtenemos la fuerza, de la fuerza el consejo, con el consejo progresamos hacia la inteligencia y con la inteligencia hacia la sabiduría, de tal modo que, por la gracia septiforme del Espíritu, se nos abre al final de la ascensión el ingreso a la vida celeste » (*Hom. in Hezech.* II, 7, 7).

Los dones del Espíritu Santo —comenta el *Catecismo de la Iglesia Católica*—, al ser una especial sensibilización del alma humana y de sus facultades a la acción del Paráclito, « comple-

tan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas» (n. 1831). Por tanto, la vida moral de los cristianos está sostenida por esas « disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo » (*ibid.*, n. 1830). Con ellos llega a la madurez la vida sobrenatural que, por medio de la gracia, crece en todo hombre. Los dones, en efecto, se adaptan admirablemente a nuestras disposiciones espirituales, perfeccionándolas y abriéndolas de manera particular a la acción de Dios mismo.

4. Influjos de los dones del Espíritu Santo sobre el hombre

Accende lumen sensibus
 Infunde amorem cordibus;
 Infirma nostri corporis
 Virtute firmans perpeti.
 Enciende con tu luz nuestros sentidos;
 infunde tu amor en nuestros corazones;
 y, con tu perpetuo auxilio,
 fortalece nuestra débil carne.

Por medio del Espíritu, Dios entra en intimidad con la persona y penetra cada vez más en mundo humano: « Dios uno y trino, que en sí mismo «existe» como realidad trascendente de don interpersonal al comunicarse por el Espíritu Santo como don al hombre, *transforma el mundo humano desde dentro*, desde el interior de los corazones y de las conciencias» (*Dominum et vivificantem*, 59).

En la gran tradición escolástica, esta verdad lleva a privilegiar la acción del Espíritu en las vicisitudes humanas y a resaltar la iniciativa salvífica de Dios en la vida moral: aunque sin anular nuestra personalidad ni privarnos de la libertad, Él nos salva más allá de nuestras aspiraciones y proyectos. Los dones del Espíritu Santo siguen esta lógica, siendo « perfecciones del hombre que lo disponen a seguir prontamente la moción divina » (S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q. 68, a. 2).

Con los *siete dones* se da al creyente la posibilidad de una relación personal e íntima con el Padre, en la libertad que es propia de los hijos de Dios. Es lo que subraya santo Tomás, poniendo de relieve cómo el Espíritu Santo nos induce a obrar no por fuerza sino por amor: « Los Hijos de Dios —afirma él— son movidos por el Espíritu Santo libremente, por amor, no en forma servil, por temor » (*Contra gentiles* IV, 22). El Espíritu convierte las acciones del cristiano en *deiformes*, esto es, en sintonía con el modo de pensar, de amar y de actuar divinos, de tal modo que el creyente llega a ser signo reconocible de la Santísima Trinidad en el mundo. Sostenido por la amistad del Paráclito, por la luz del Verbo y por el amor del Padre, puede proponerse con audacia imitar la perfección divina (cf. *Mt* 5,48).

El Espíritu actúa en dos ámbitos, como recordaba mi venerado predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI: « El primer campo es el de cada una de las almas... nuestro yo: en esa profunda celda de la propia existencia, misteriosa incluso para nosotros mismos, entra el soplo del Espíritu Santo. Se difunde en el alma con el primer y gran carisma que llamamos gracia, que es como una nueva vida, y rápidamente la habilita para realizar actos que superan su actividad natural ». El segundo campo « en que se difunde la virtud de Pentecostés » es « el cuerpo visible de la Iglesia... Ciertamente «*Spiritus ubi vult spirat*» (*Jn* 3,8), pero en la economía establecida por Cristo, el Espíritu recorre el canal

del ministerio apostólico ». En virtud de este ministerio a los sacerdotes se les da la potestad de transmitir el Espíritu a los fieles « por medio del anuncio autorizado y garantizado de la Palabra de Dios, en la guía del pueblo cristiano y en la distribución de los sacramentos (cf. *1 Cor* 4,1), fuente de la gracia, es decir, de la acción santificante del Paráclito » (*Homilía en la fiesta de Pentecostés*, 25 de mayo 1969).

5. Los dones del Espíritu en la vida del sacerdote

Hostem repellas longius
 Pacemque dones protinus;
 Ductore sic te praevis
 Vitemus omne noxium.
 Aleja de nosotros al enemigo,
 danos pronto la paz,
 sé Tú mismo nuestro guía y,
 puestos bajo tu dirección,
 evitaremos todo lo nocivo.

El Espíritu Santo restablece en el corazón humano la plena armonía con Dios y, asegurándole la victoria sobre el Maligno, lo abre a la dimensión universal del amor divino. De este modo hace pasar al hombre del amor de sí mismo al amor de la Trinidad, introduciéndole en la experiencia de la libertad interior y de la paz, y encaminándole a vivir toda su existencia como un don. Con el *sacro Septenario* el Espíritu guía de este modo al bautizado hacia la plena configuración con Cristo y la total sintonía con las perspectivas del Reino de Dios.

Si éste es el camino hacia el que el Espíritu encauza suavemente a todo bautizado, dispensa también una atención especial a los que han sido revestidos del Orden sagrado para que puedan cumplir adecuadamente su exigente ministerio. Así, con el don de la *sabiduría*, el Espíritu conduce al sacerdote a valorar cada cosa a la luz del Evangelio, ayudándole a leer en los acontecimientos de su propia vida y de la Iglesia el misterioso y amoroso designio del Padre; con el don de la *inteligencia*, favorece en él una mayor profundización en la verdad revelada, impulsándolo a proclamar con fuerza y convicción el gozoso anuncio de la salvación; con el *consejo*, el Espíritu ilumina al ministro de Cristo para que sepa orientar su propia conducta según la Providencia, sin dejarse condicionar por los juicios del mundo; con el don de la *fortaleza* lo sostiene en las dificultades del ministerio, infundiéndole la necesaria «parresía» en el anuncio del Evangelio (cf. *Hch* 4, 29.31); con el don de la *ciencia*, lo dispone a comprender y aceptar la relación, a veces misteriosa, de las causas segundas con la causa primera en la realidad cósmica; con el don de *piedad*, reaviva en él la relación de unión íntima con Dios y la actitud de abandono confiado en su providencia; finalmente, con el *temor de Dios*, el último en la jerarquía de los dones, el Espíritu consolida en el sacerdote la conciencia de la propia fragilidad humana y del papel indispensable de la gracia divina, puesto que « ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer » (*1 Co* 3,7).

6. El Espíritu introduce en la vida trinitaria

Per te sciamus da Patrem
 Noscamus atque Filium,
 Teque utriusque Spiritum
 Credamus omni tempore.
 Por Ti conozcamos al Padre,
 y también al Hijo;
 y que en Ti, espíritu de entrambos,
 creamos en todo tiempo.

¡Qué sugestivo es imaginar estas palabras en los labios del sacerdote que, junto con los fieles confiados a su cura pastoral, camina al encuentro con su Señor! Suspira llegar con ellos al verdadero conocimiento del Padre y del Hijo, y pasar así de la experiencia de la obra del Paráclito en la historia «*per speculum in aenigmate*» (1 Co 13,12) a la contemplación «*facie ad faciem*» (*ibid.*) de la viva y palpitante Realidad trinitaria. Él es muy consciente de emprender «una larga travesía con pequeñas barcas» y de volar hacia el cielo «con alas cortas» (S. Gregorio Nacianceno, *Poemas teológicos*, 1); pero sabe también que puede contar con Aquel que ha tenido la misión de enseñar todas las cosas a los discípulos (cf. Jn 14,26).

Al haber aprendido a leer los signos del amor de Dios en su historia personal, el sacerdote, a medida que se acerca la hora del encuentro supremo con el Señor, hace cada vez más intensa y apremiante su oración, en el deseo de conformarse con fe madura a la voluntad del Padre, del Hijo y del Espíritu.

El Paráclito «escalera de nuestra elevación a Dios» (S. Ireneo, *Adv. Haer.* III, 24,1), lo atrae hacia el Padre, poniéndole en el corazón el deseo ardiente de ver su rostro. Le hace conocer todo lo que se refiere al Hijo, atrayéndolo a Él con creciente nostalgia. Lo ilumina sobre el misterio de su misma Persona, llevándole a percibir su presencia en el propio corazón y en la historia.

De este modo, entre las alegrías y los afanes, los sufrimientos y las esperanzas del ministerio, el sacerdote aprende a confiar en la victoria final del amor, gracias a la acción indefectible del Paráclito que, a pesar de los límites de los hombres y de las instituciones, lleva a la Iglesia a vivir el misterio de la unidad y de la verdad. En consecuencia, el sacerdote sabe que puede confiar en la fuerza de la Palabra de Dios, que supera cualquier palabra humana, y en el poder de la gracia, que vence sobre el pecado y las limitaciones propias de los hombres. Todo esto lo hace fuerte, no obstante la fragilidad humana, en el momento de la prueba, y dispuesto para volver con el corazón al Cenáculo, donde, perseverando en la oración junto con María y los hermanos, puede encontrar de nuevo el entusiasmo necesario para reanudar la fatiga del servicio apostólico.

7. Postrados en presencia del Espíritu

Deo Patri sit gloria,
Et Filio, qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclito,
In saeculorum saecula. Amen.
Gloria a Dios Padre,
y al Hijo que resucitó,
y al Espíritu Consolador,
por los siglos infinitos. Amén.

Mientras meditamos hoy, Jueves Santo, sobre el nacimiento de nuestro sacerdocio, vuelve a la mente de cada uno de nosotros el momento litúrgico tan sugestivo de la postración en el suelo el día de nuestra ordenación presbiteral. Ese gesto de profunda humildad y de sumisa apertura fue profundamente oportuno para predisponer nuestro ánimo a la imposición sacramental de las manos, por medio de la cual el Espíritu Santo entró en nosotros para llevar a cabo su obra. Después de habernos incorporado, nos arrodillamos delante del Obispo para ser ordenados presbíteros y después recibimos de él la unción de las manos para la celebración del Santo Sacrificio,

mientras la asamblea cantaba: «agua viva, fuego, amor, santo unguento del alma».

Estos gestos simbólicos, que indican la presencia y la acción del Espíritu Santo, nos invitan a consolidar en nosotros sus dones, reviviendo cada día aquella experiencia. En efecto, es importante que Él continúe actuando en nosotros y que nosotros caminemos bajo su influjo. Más aún, que sea Él mismo quien actúe a través de nosotros. Cuando acecha la tentación y decaen las fuerzas humanas es el momento de invocar con más ardor al Espíritu para que venga en ayuda de nuestra debilidad y nos permita ser prudentes y fuertes como Dios quiere.

Es necesario mantener el corazón constantemente abierto a esta acción que eleva y ennoblece las fuerzas del hombre, y confiere la hondura espiritual que introduce en el conocimiento y el amor del misterio inefable de Dios.

Queridos hermanos en el sacerdocio: la solemne invocación del Espíritu Santo y el gesto sugestivo de humildad realizado durante la ordenación sacerdotal, han hecho resonar también en nuestra vida el *fiat* de la Anunciación. En el silencio de Nazaret, María se hace disponible para siempre a la voluntad del Señor y, por obra del Espíritu Santo, concibe a Cristo, salvador del mundo. Esta obediencia inicial recorre toda su existencia y culmina al pie de la Cruz.

El sacerdote está llamado a confrontar constantemente su *fiat* con el de María, dejándose, como Ella, conducir por el Espíritu. La Virgen lo sostendrá en sus opciones de pobreza evangélica y lo hará disponible a la escucha humilde y sincera de los hermanos, para percibir en sus dramas y en sus aspiraciones los *gemidos del Espíritu* (cf. Rom 8,26); le hará capaz de servirlos con una clarividente discreción, para educarlos en los valores evangélicos; hará de él una persona dedicada a buscar con solicitud «las cosas de arriba» (Col 3,1), para ser así un testigo convincente de la primacía de Dios.

La Virgen le ayudará a acoger el don de la castidad como expresión de un amor más grande, que el Espíritu suscita para engendrar a la vida divina una multitud de hermanos. Ella le conducirá por los caminos de la obediencia evangélica, para que se deje guiar por el Paráclito, más allá de los propios proyectos, hacia la total adhesión a los designios de Dios.

Acompañado por María, el sacerdote sabrá renovar cada día su consagración hasta que, bajo la guía del mismo Espíritu, invocado confiadamente durante el itinerario humano y sacerdotal, entre en el océano de luz de la Trinidad.

Invoco sobre todos vosotros, por intercesión de María, Madre de los sacerdotes, una especial efusión del Espíritu de amor.

¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven a hacer fecundo nuestro servicio a Dios y a los hermanos!

Con renovado afecto e implorando todas las consolaciones divinas en vuestro ministerio, de corazón os imparto a todos vosotros una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1998, vigésimo de mi Pontificado.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 1999

«¡Abbá, Padre!»

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Mi cita del Jueves Santo con vosotros, en este año que precede y prepara inmediatamente al Gran Jubileo del 2000, está marcada por esta invocación en la que resuena, según los exegetas, la *ipsissima vox Iesu*. Es una invocación en la que se encierra el inescrutable misterio del Verbo encarnado, enviado por el Padre al mundo para la salvación de la humanidad.

La misión del Hijo de Dios llega a su plenitud cuando Él, ofreciéndose a sí mismo, realiza nuestra adopción filial y, con el don del Espíritu Santo, hace posible a cada ser humano la participación en la misma comunión trinitaria. En el misterio pascual, Dios Padre, por medio del Hijo en el Espíritu Paráclito, se ha inclinado sobre cada hombre ofreciéndole la posibilidad de la redención del pecado y la liberación de la muerte.

1. En la celebración eucarística concluimos la oración colecta con las palabras: « Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos». Vive y reina contigo, ¡Padre! Puede decirse que este final tiene un carácter ascendente: por medio de Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre. Éste es también el esquema teológico presente en la disposición del trienio 1997-1999: primero el año del Hijo, después el año del Espíritu Santo y ahora el año del Padre.

Este movimiento *ascendente* se apoya, por así decir, en el *descendente*, descrito por el apóstol Pablo en la Carta a los Gálatas. Es un fragmento que hemos meditado intensamente en el liturgia del período de Navidad: « Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción» (Ga 4, 4-5).

Vemos expresado aquí el movimiento descendente: Dios Padre envía a su Hijo para hacernos, en Él, hijos suyos adoptivos. En el misterio pascual Jesús realiza el designio del Padre dando la vida por nosotros. El Padre envía entonces al Espíritu del Hijo para iluminarnos sobre este privilegio extraordinario: « Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: « ¡Abbá, Padre!»». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios» (Ga 4, 6-7).

¿Cómo no destacar la originalidad de lo que escribe el Apóstol? Él afirma que es precisamente el Espíritu el que clama: ¡Abbá, Padre! En realidad, el testigo histórico de la paternidad de Dios ha sido el Hijo en el misterio de la

encarnación y de la redención. Él nos ha enseñado a dirigirnos a Dios llamándolo « Padre». Él mismo lo invocaba « Padre mío», y nos enseñó a invocarle con el dulcísimo nombre de « Padre nuestro». Sin embargo, san Pablo nos dice que la enseñanza del Hijo debe, en cierto modo, hacerse viva en el alma de quien lo escucha por la guía interior del Espíritu Santo. En efecto, sólo por su obra somos capaces de adorar a Dios en verdad invocándolo «Abbá, Padre».

2. Os escribo estas reflexiones, queridos hermanos en el sacerdocio, de cara al Jueves Santo, mientras os imagino congregados en torno a vuestros Obispos para la Misa crismal. Tengo mucho interés en que, en la comunión de vuestros presbiterios, os sintáis unidos a toda la Iglesia, que está viviendo el año del Padre, un año que preanuncia el final del siglo veinte y, a la vez, del segundo milenio cristiano.

¿Cómo no dar gracias a Dios, en esta perspectiva, al recordar a los numerosos sacerdotes que, en este amplio período de tiempo, han dedicado su existencia al servicio de Evangelio, llegando a veces hasta el supremo sacrificio de la vida? A la vez que, en el espíritu del próximo

Jubileo, confesamos los límites y las faltas de las anteriores generaciones cristianas y también las de sus sacerdotes, reconocamos con alegría que, en el inestimable servicio hecho por la Iglesia al camino de la humanidad, una parte muy importante es debida al trabajo humilde y fiel de tantos ministros de Cristo que, a lo largo del milenio, han actuado como generosos constructores de la civilización del amor.

¡Las grandes dimensiones del tiempo! Aunque el tiempo sea siempre un alejarse del principio, pensándolo bien es simultáneamente una vuelta al principio. Y esto tiene una importancia fundamental. En efecto, si el tiempo fuera sólo un alejarse del principio y no estuviera clara su orientación final —el retorno precisamente del principio— toda nuestra existencia en el tiempo estaría sin una dirección definitiva. Carecería de sentido.

Cristo, « el Alfa y la Omega [...] Aquél que es, que era y que va a venir» (Ap 1, 8), ha orientado y dado sentido al paso del hombre en el tiempo. Él dijo de sí mismo: « Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre» (Jn 16, 28). De este modo, nuestro *pasar* está iluminado por el hecho de Cristo. Con él *pasamos*, caminando en la misma dirección tomada por Él: hacia el Padre.

Esto resulta aún más evidente en el *Triduum Sacrum*, los días santos por excelencia durante los cuales participamos, en el misterio, del retorno de Cristo al Padre a través de su pasión,



muerte y resurrección. En efecto, la fe nos asegura que este paso de Cristo al Padre, es decir, su Pascua, no es un acontecimiento que le afecta sólo a Él. Nosotros estamos llamados también a tomar parte en ello. Su Pascua es nuestra Pascua.

Así pues, junto con Cristo, caminamos hacia el Padre. Lo hacemos a través del misterio pascual, reviviendo aquellas horas cruciales durante las cuales, muriendo en la cruz, exclamó: « ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?» (*Mc* 15, 34), y añadió: « Todo está cumplido » (*Jn* 19, 30), « Padre, en tus manos pongo mi espíritu » (*Lc* 23, 46). Estas expresiones evangélicas son familiares a todo cristiano y, particularmente, a cada sacerdote. Son un testimonio para nuestro vivir y nuestro morir. Al final de cada día, repetimos en la Liturgia de la Horas: « *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum* », para prepararnos al gran misterio del tránsito, de la pascua existencial, cuando Cristo, gracias a su muerte y resurrección, nos tomará consigo para ponernos en manos del Padre celestial.

3. « Yo te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a gente sencilla. Sí Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar » (*Mt* 11, 25-27). Sí, sólo el Hijo conoce al Padre. Él, que « está en el seno del Padre » — como escribe san Juan en su Evangelio (1, 18) —, nos ha acercado este Padre, nos ha hablado de Él, nos ha revelado su rostro, su corazón. Durante la Última Cena, a la pregunta del apóstol Felipe: « Muéstranos al Padre » (*Jn* 14, 8), responde Cristo: « Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? [...] ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? » (*Jn* 14, 9-10). Con estas palabras Jesús da testimonio del misterio trinitario de su generación eterna como Hijo del Padre, misterio que encierra el secreto más profundo de su personalidad divina.

El Evangelio es una continua revelación del Padre. Cuando, a la edad de doce años, Jesús es encontrado por José y María entre los doctores en el Templo, a las palabras de su Madre: « Hijo, ¿por qué nos has tratado así? » (*Lc* 2, 48), responde refiriéndose al Padre: « ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? » (*Lc* 2, 49). Apenas con doce años, tiene ya la conciencia clara del significado de su propia vida, del sentido de su misión, dedicada enteramente desde el primer hasta el último momento « a la casa del Padre ». Esta misión alcanza su culmen en el Calvario con el sacrificio de la Cruz, aceptado por Cristo en espíritu de obediencia y de entrega filial: « Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres [...] Hágase tu voluntad » (*Mt* 26, 39.42). Y el Padre, a su vez, acoge el sacrificio del Hijo, ya que tanto ha amado al mundo que le ha dado a su Unigénito, para que el hombre no muera, sino que tenga la vida eterna (cf. *Jn* 3, 16). En efecto, sólo el Hijo no muere (cf. *Jn* 3, 16). Ciertamente, sólo el Hijo conoce al Padre y por tanto sólo Él nos lo puede revelar.

4. « *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso...* ». « Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos ».

Unidos espiritualmente y congregados visiblemente en las iglesias catedrales en este día singular, damos gracias a Dios por el don del sacerdocio. Damos gracias por el don de la Eucaristía, que celebramos como presbíteros. La doxología final del Canon tiene una importancia fundamental en la celebración eucarística. Expresa en cierto modo el culmen del *Mysterium fidei*, del núcleo central del sacrificio eucarístico, que se realiza en el momento en que, con la fuerza del Espíritu Santo, llevamos a cabo la conversión del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo, como hizo Él mismo por primera vez en el Cenáculo. Cuando la gran plegaria eucarística llega a su culmen, la Iglesia, precisamente entonces, en la persona del ministro ordenado, dirige al Padre estas palabras: « Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria ». *Sacrificium laudis!*

5. Después que la asamblea con solemne aclamación ha respondido « Amén », el celebrante entona el « Padre nuestro », la oración del Señor. La sucesión de estos momentos es muy significativa. El Evangelio cuenta de los Apóstoles que, impresionados por el recogimiento del Maestro en su coloquio con el Padre, le pidieron: « Señor, enséñanos a orar » (*Lc* 11, 1). Entonces, Él pronunció por primera vez las palabras que serían después la oración principal y más frecuente de la Iglesia y de todos los cristianos: el « Padrenuestro ». Cuando en la celebración eucarística hacemos nuestras, como asamblea litúrgica, estas palabras, cobran una elocuencia particular. Es como si en aquel instante confesásemos que Cristo nos ha enseñado definitiva y plenamente su oración al Padre cuando la ha ilustrado con el sacrificio de la Cruz.

Es en el contexto del sacrificio eucarístico donde el « Padrenuestro », recitado por la Iglesia, expresa todo su significado. Cada una de sus invocaciones cobra una especial luz de verdad. En la cruz el nombre del Padre es « santificado » al máximo y su Reino es realizado irrevocablemente; en el « *consummatum est* » su voluntad llega a su cumplimiento definitivo. ¿No es verdad que la petición « perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos... », es confirmada plenamente en la palabras del Crucificado: « Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen » (*Lc* 23, 34)? Además, la petición del pan de cada día se hace aún más elocuente en la Comunión eucarística cuando, bajo la especie del « pan partido », recibimos el Cuerpo de Cristo. Y la súplica « no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal », ¿no alcanza su máxima eficacia en el momento en que la Iglesia ofrece al Padre el precio supremo de la redención y liberación del mal?

6. En la Eucaristía el sacerdote se acerca personalmente al misterio inagotable de Cristo y de su oración al Padre. El sacerdote puede sumergirse diariamente en este misterio de redención y de gracia celebrando la santa Misa, que conserva sentido y valor incluso cuando, por una justa causa, se celebra sin la participación del pueblo, pero siempre y en todo caso por el pueblo y por el mundo entero. Precisamente por su vínculo indisoluble con el sacerdocio de Cristo, el presbítero es el maestro de la oración y los fieles pueden dirigir legítimamente a él la misma petición hecha un día por los discípulos a Jesús: « Enséñanos a orar ».

La liturgia eucarística es por excelencia escuela de oración cristiana para la comunidad. De la Misa se derivan múltiples formas de una sana pedagogía del espíritu. Entre ellas sobresale la adoración del Santísimo Sacramento, que es una prolongación natural de la celebración. Gracias a ella, los fieles pueden hacer una peculiar experiencia de « permanecer » en el amor de Cristo (cf. *Jn 15, 9*), entrando cada vez más profundamente en su relación filial con el Padre.

Es precisamente en esta perspectiva que exhorto a cada sacerdote a cumplir con confianza y valentía su cometido de guía de la comunidad en la oración cristiana auténtica. Es un cometido del cual no le es lícito abdicar, aunque las dificultades derivadas de la mentalidad secularizada a veces lo pueden hacer laborioso.

El fuerte impulso misionero que la Providencia, sobre todo mediante el Concilio Vaticano II, ha dado a la Iglesia en nuestro tiempo, interpela de manera particular a los ministros ordenados, llamándolos ante todo a la conversión: convertirse para convertir o, dicho de otro modo, vivir intensamente la experiencia de hijos de Dios para que cada bautizado descubra la dignidad y la alegría de pertenecer al Padre celestial.

7. En el día del Jueves Santo renovaremos, queridos hermanos, las promesas sacerdotales. Con ello deseamos, en cierto modo, que Cristo nos abrace nuevamente con su santo

sacerdocio, con su sacrificio, con su agonía en Getsemaní y muerte en el Gólgota, y con su resurrección gloriosa. Siguiendo, por así decir, las huellas de Cristo en todos estos acontecimientos de salvación, descubrimos su total apertura al Padre. Y es por esto que en cada Eucaristía se renueva de alguna manera la petición del apóstol Felipe en el cenáculo: « Señor, muéstranos al Padre », y cada vez Cristo, en el *Mysterium fidei*, parece responder así: « Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? [...] ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? » (*Jn 14, 9-10*).

En este Jueves Santo, queridos sacerdotes del mundo entero, recordando la unción crismal recibida el día de la Ordenación, proclamaremos concordes con sentimiento de renovado reconocimiento:

Per ipsum, et cum ipso, et in ipso,
est tibi Deo Patri omnipotenti,
in unitate Spiritus Sancti,
omnis honor et gloria
per omnia saecula saeculorum. Amen!

Vaticano, 14 de marzo, IV Domingo de Cuaresma, del año 1999, vigésimo primero de mi Pontificado.

Joannes Paulus r. II

JUEVES SANTO DE 2000

Queridos hermanos en el sacerdocio:

1. Jesús, « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo » (*Jn 13, 1*). Releo con gran conmoción, aquí, en Jerusalén, en este lugar en el que, según la tradición, estuvieron Jesús y los Doce con motivo de la Cena pascual y la Institución de la Eucaristía, las palabras con las que el evangelista Juan introduce la narración de la Última Cena.

Doy gloria al Señor que, en el Año Jubilar de la Encarnación de su Hijo, me ha concedido seguir las huellas terrenas de Cristo, pasando por los caminos que él recorrió, desde su nacimiento en Belén hasta la muerte en el Gólgota. Ayer estuve en Belén, en la gruta de la Natividad. Los próximos días pasaré por diversos lugares de la vida y del ministerio del Salvador, desde la casa de la Anunciación, al Monte de las Bienaventuranzas y al Huerto de los Olivos. El domingo estaré en el Gólgota y en el Santo Sepulcro.

Hoy, esta visita al Cenáculo me ofrece la oportunidad de contemplar el Misterio de la Redención en su conjunto. Fue aquí donde Él nos dio el don inconmensurable de la Eucaristía. Aquí nació también nuestro sacerdocio.

Una carta desde el Cenáculo

2. Precisamente desde este lugar quiero dirigiros la carta, con la que desde hace más de veinte años me uno a vosotros el Jueves Santo, día de la Eucaristía y « nuestro » día por excelencia.

Sí, os escribo desde el Cenáculo, recordando lo que ocurrió aquella noche cargada de misterio. A los ojos del espíritu se me presenta Jesús, se me presentan los apóstoles sentados a la mesa con Él. Contemplo en especial a Pedro:



me parece verlo mientras observa admirado, junto con los otros discípulos, los gestos del Señor, escucha conmovido sus palabras, se abre, aun con el peso de su fragilidad, al misterio que ahí se anuncia y que poco después se cumplirá. Son los instantes en los que se fragua la gran batalla entre el amor que se da sin reservas y el *mysterium iniquitatis* que se cierra en su

hostilidad. La traición de Judas aparece casi como emblema del pecado de la humanidad. « Era de noche », señala el evangelista Juan (13, 30): la hora de las tinieblas, hora de separación y de infinita tristeza. Pero en las palabras dramáticas de Cristo, destellan ya las luces de la aurora: « pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar » (Jn 16, 22).

3. Hemos de seguir meditando, de un modo siempre nuevo, en el misterio de aquella noche. Tenemos que volver frecuentemente con el espíritu a este Cenáculo, donde especialmente nosotros, sacerdotes, podemos sentirnos, en un cierto sentido, « de casa ». De nosotros se podría decir, respecto al Cenáculo, lo que el salmista dice de los pueblos respecto a Jerusalén: « El Señor escribirá en el registro de los pueblos: éste ha nacido allí » (Sal 87 [86], 6).

Desde este lugar santo me surge espontáneamente pensar en vosotros en las diversas partes del mundo, con vuestro rostro concreto, más jóvenes o más avanzados en años, en vuestros diferentes estados de ánimo: para tantos, gracias a Dios, de alegría y entusiasmo; y para otros, de dolor, cansancio y quizá de desconcierto. En todos quiero venerar la imagen de Cristo que habéis recibido con la consagración, el « carácter » que marca indeleblemente a cada uno de vosotros. Éste es signo del amor de predilección, dirigido a todo sacerdote y con el cual puede siempre contar, para continuar adelante con alegría o volver a empezar con renovado entusiasmo, con la perspectiva de una fidelidad cada vez mayor.

Nacidos del amor

4. « Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo ». Como es sabido, a diferencia de los otros Evangelios, el de Juan no se detiene a narrar la institución de la Eucaristía, ya evocada por Jesús en el discurso de Carfarnaúm (cf. Jn 6, 26-65), sino que se concentra en el gesto del lavatorio de los pies. Esta iniciativa de Jesús, que desconcierta a Pedro, antes que ser un ejemplo de humildad propuesto para nuestra imitación, es revelación de la radicalidad de la condescendencia de Dios hacia nosotros. En efecto, en Cristo es Dios que « se ha despojado a sí mismo », y ha asumido la « forma de siervo » hasta la humillación extrema de la Cruz (cf. Flp 2, 7), para abrir a la humanidad el acceso a la intimidad de la vida divina. Los extensos discursos que, en el Evangelio de Juan, siguen al gesto del lavatorio de los pies, y son como su comentario, introducen en el misterio de la comunión trinitaria, a la que el Padre nos llama insertándonos en Cristo con el don del Espíritu.

Esta comunión es vivida según la lógica del mandamiento nuevo: « que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros » (Jn 13, 34). No por casualidad la oración sacerdotal corona esta « mistagogia » mostrando a Cristo en su unidad con el Padre, dispuesto a volver a él a través del sacrificio de sí mismo y únicamente deseoso de que sus discípulos participen de su unidad con el Padre: « como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros » (Jn 17, 21).

5. A partir de ese núcleo de discípulos que escucharon estas palabras, se ha formado toda la Iglesia, extendiéndose

en el tiempo y en el espacio como « un pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo » (S. Cipriano, *De Orat. Dom.*, 23). La unidad profunda de este nuevo pueblo no excluye la presencia, en su interior, de tareas diversas y complementarias. Así, a los primeros apóstoles están ligados especialmente aquellos que han sido puestos para renovar *in persona Christi* el gesto que Jesús realizó en la Última Cena, instituyendo el sacrificio eucarístico, « fuente y cima de toda la vida cristiana » (*Lumen Gentium*, 11). El carácter sacramental que los distingue, en virtud del Orden recibido, hace que su presencia y ministerio sean únicos, necesarios e insustituibles.

Han pasado casi 2000 años desde aquel momento. ¡Cuántos sacerdotes han repetido aquel gesto! Muchos han sido discípulos ejemplares, santos, mártires. ¿Cómo olvidar, en este Año Jubilar, a tantos sacerdotes que han dado testimonio de Cristo con su vida hasta el derramamiento de su sangre? Su martirio acompaña toda la historia de la Iglesia y marca también el siglo que acabamos de dejar atrás, caracterizado por diversos regímenes dictatoriales y hostiles a la Iglesia. Quiero, desde el Cenáculo, dar gracias al Señor por su valentía. Los miramos para aprender a seguirlos tras las huellas del Buen Pastor que « da su vida por las ovejas » (Jn 10, 11).

Un tesoro en vasijas de barro

6. Es verdad. En la historia del sacerdocio, no menos que en la de todo el pueblo de Dios, se advierte también la oscura presencia del pecado. Tantas veces la fragilidad humana de los ministros ha ofuscado en ellos el rostro de Cristo. Y, ¿cómo sorprenderse, precisamente aquí, en el Cenáculo? Aquí, no sólo se consumó la traición de Judas, sino que el mismo Pedro tuvo que vérselas con su debilidad, recibiendo la amarga profecía de la negación. Al elegir a hombres como los Doce, Cristo no se hacía ilusiones: en esta debilidad humana fue donde puso el sello sacramental de su presencia. La razón nos la señala Pablo: « llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros » (2 Co 4, 7).

Por eso, a pesar de todas las fragilidades de sus sacerdotes, el pueblo de Dios ha seguido creyendo en la fuerza de Cristo, que actúa a través de su ministerio. ¿Cómo no recordar, a este respecto, el testimonio admirable del pobre de Asís? Él que, por humildad, no quiso ser sacerdote, dejó en su testamento la expresión de su fe en el misterio de Cristo presente en los sacerdotes, declarándose dispuesto a recurrir a ellos sin tener en cuenta su pecado, incluso aunque lo hubiesen perseguido. « Y hago esto —explicaba— porque del Altísimo Hijo de Dios no veo otra cosa corporalmente, en este mundo, que su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre, que sólo ellos consagran y sólo ellos administran a los otros » (*Fuentes Franciscanas*, n. 113).

7. Desde este lugar en que Cristo pronunció las palabras sagradas de la institución eucarística os invito, queridos sacerdotes, a redescubrir el « don » y el « misterio » que hemos recibido. Para entenderlo desde su raíz, hemos de reflexionar sobre el sacerdocio de Cristo. Ciertamente, todo el pueblo de Dios participa de él en virtud del Bautismo. Pero el Concilio Vaticano II nos recuerda que, además de esta participación

común de todos los bautizados, hay otra específica, ministerial, que es diversa por esencia de la primera, aunque está íntimamente ordenada a ella (cf. *Lumen Gentium*, 10).

Al sacerdocio de Cristo nos acercamos desde una óptica particular en el contexto del Jubileo de la Encarnación. Este nos invita a contemplar en Cristo la íntima conexión que existe entre su sacerdocio y el misterio de su persona. El sacerdocio de Cristo no es «accidental», no es una tarea que Él habría podido incluso no asumir, sino que está inscrito en su identidad de Hijo encarnado, de Hombre-Dios. Ya todo, en la relación entre la humanidad y Dios, pasa por Cristo: «Nadie va al Padre sino por mí» (*Jn* 14, 6). Por eso, Cristo es sacerdote de un sacerdocio eterno y universal, del cual el de la primera Alianza era figura y preparación (cf. *Hb* 9, 9). Él lo ejerce en plenitud desde que ha sido exaltado como Sumo Sacerdote «a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» (*Hb* 8, 1). Desde entonces ha cambiado el mismo estatuto del sacerdocio en la humanidad: ya no hay más que un único sacerdocio, el de Cristo, que puede ser diversamente participado y ejercido.

Sacerdos et Hostia

8. Al mismo tiempo, ha sido llevado a su perfección el sentido del sacrificio, la acción sacerdotal por excelencia. Cristo en el Gólgota ha hecho de su misma vida una ofrenda de valor eterno, ofrenda «redentora» que nos ha abierto para siempre el camino de la comunión con Dios, interrumpida por el pecado.

Ilumina este misterio la carta a los Hebreos, poniendo en labios de Cristo algunos versos del Salmo 40: «Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo... ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!» (*Hb* 10, 5-7; cf. *Sal* 40 [39], 7-9). Según el autor de la carta, estas palabras proféticas fueron pronunciadas por Cristo en el momento de su venida al mundo. Expresan su misterio y su misión. Comienzan a realizarse desde el momento de la Encarnación, si bien alcanzan su culmen en el sacrificio del Gólgota. Desde entonces, toda ofrenda del sacerdote no es más que volver a presentar al Padre la única ofrenda de Cristo, hecha una vez para siempre.

Sacerdos et Hostia. Sacerdote y Víctima. Este aspecto sacrificial marca profundamente la Eucaristía y es, al mismo tiempo, dimensión constitutiva del sacerdocio de Cristo y, en consecuencia, de nuestro sacerdocio. Volvamos a leer, desde esta perspectiva, las palabras que pronunciamos cada día, y que resonaron por primera vez precisamente aquí, en el Cenáculo: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros... Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados».

Son las palabras transmitidas, con redacciones sustancialmente convergentes, por los Evangelistas y por Pablo. Fueron pronunciadas en este lugar al anochecer del Jueves Santo. Dando a los apóstoles su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida, Él expresó la profunda verdad del gesto que iba a ser realizado poco después en el Gólgota. En el Pan eucarístico está el mismo Cuerpo nacido de María y ofrecido en la Cruz:

Ave verum Corpus natum de Maria Virgine,
vere passum, immolatum in cruce pro homine.

9. ¿Cómo no volver siempre de nuevo a este misterio que encierra toda la vida de la Iglesia? Este sacramento ha alimentado durante dos mil años a innumerables creyentes. De él ha brotado un río de gracia. ¡Cuántos santos han encontrado en él no sólo el signo, sino como una anticipación del Paraíso!

Dejémonos llevar por la inspiración contemplativa, rica de poesía y teología, con la que Santo Tomás de Aquino ha cantado el misterio en las palabras del Pange lingua. El eco de aquellas palabras me llega aquí hoy, en el Cenáculo, como voz de tantas comunidades cristianas dispersas por el mundo, de tantos sacerdotes, personas de vida consagrada y fieles, que cada día se postran en adoración ante el misterio eucarístico:

Verbum caro, panem verum verbo carnem efficit,
fitque sanguis Christi merum, et, si sensus deficit,
ad firmandum cor sincerum sola fides sufficit.

Haced esto en memoria mía

10. El misterio eucarístico, en el que se anuncia y celebra la muerte y resurrección de Cristo en espera de su venida, es el corazón de la vida eclesial. Para nosotros tiene, además, un significado verdaderamente especial: es el centro de nuestro ministerio. Éste, ciertamente, no se limita a la celebración eucarística, sino que también implica un servicio que va desde el anuncio de la Palabra, a la santificación de los hombres a través de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios en la comunión y en el servicio. Sin embargo, la Eucaristía es la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo.

«Haced esto en memoria mía» (*Lc* 22, 19): Las palabras de Cristo, aunque dirigidas a toda la Iglesia, son confiadas, como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros apóstoles. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que Él se manifiesta como Sacerdote y Víctima. Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes. Diciendo «haced esto» no sólo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia misma.

11. Esta acción tendrá que ser realizada «en su memoria». La indicación es importante. La acción eucarística celebrada por los sacerdotes hará presente en toda generación cristiana, en cada rincón de la tierra, la obra realizada por Cristo. En todo lugar en el que sea celebrada la Eucaristía, allí, de modo incruento, se hará presente el sacrificio cruento del Calvario, allí estará presente Cristo mismo, Redentor del mundo.

«Haced esto en memoria mía». Volviendo a escuchar estas palabras, aquí, entre las paredes del Cenáculo, viene espontáneo imaginarse los sentimientos de Cristo. Eran las horas dramáticas que precedían a la Pasión. El evangelista Juan evoca los momentos de aflicción del Maestro que prepara a los apóstoles para su propia partida. Cuánta tristeza en sus ojos: «por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza» (*Jn* 16, 6). Pero Jesús los tranquiliza: «no

os dejaré huérfanos, volveré a vosotros» (Jn 14, 18). Si bien el misterio de la Pascua los apartará de su mirada, Él estará, más que nunca, presente en su vida, y lo estará « todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Memorial que se actualiza

12. Su presencia tendrá muchas expresiones; pero, ciertamente, la más sublime será precisamente la de la Eucaristía: no un simple recuerdo, sino « memorial» que se actualiza; no vuelta simbólica al pasado, sino presencia viva del Señor en medio de los suyos. De ello será siempre garante el Espíritu Santo, cuya efusión en la celebración eucarística hace que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Es el mismo Espíritu que en la noche de Pascua, en este Cenáculo, fue « exhalado» sobre los apóstoles (cf. Jn 20, 22), y que los encontró todavía aquí, reunidos con María, el día de Pentecostés. Entonces los envolvió como viento impetuoso y fuego (cf. Hch 2, 1-4) y los impulsó a ir por todas las direcciones del mundo, para anunciar la Palabra y reunir al pueblo de Dios en la « fracción del pan» (cf. Hch 2, 42).

13. A los dos mil años del nacimiento de Cristo, en este Año Jubilar, tenemos que recordar y meditar, de modo especial, la verdad de lo que podemos llamar su « nacimiento eucarístico». El Cenáculo es precisamente el lugar de este « nacimiento». Aquí comenzó para el mundo una nueva presencia de Cristo, una presencia que se da ininterrumpidamente donde se celebra la Eucaristía y un sacerdote presta a Cristo su voz, repitiendo las palabras santas de la institución.

Esta presencia eucarística ha recorrido los dos milenios de la historia de la Iglesia y la acompañará hasta el fin de la historia. Para nosotros es una alegría y, al mismo tiempo, fuente de responsabilidad, el estar tan estrechamente vinculados a este misterio. Queremos hoy tomar conciencia de él, con el corazón lleno de admiración y gratitud, y con esos sentimientos entrar en el Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

La entrega del Cenáculo

14. Mis queridos hermanos sacerdotes, que el Jueves Santo os reunís en las catedrales en torno a vuestros Pastores, como los presbíteros de la Iglesia que está en Roma se reúnen en torno al Sucesor de Pedro, ¡acoged estas reflexiones, meditadas en la sugestiva atmósfera del Cenáculo! Sería difícil encontrar un lugar que pueda recordar mejor el misterio eucarístico y, a la vez, el misterio de nuestro sacerdocio.

Permanezcamos fieles a esta « entrega» del Cenáculo, al gran don del Jueves Santo. Celebremos siempre con fervor la Santa Eucaristía. Postrémonos con frecuencia y prolongadamente en adoración delante de Cristo Eucaristía. Entre nosotros, de algún modo, « en la escuela» de la Eucaristía. Muchos sacerdotes, a través de los siglos, han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la propia elección de fidelidad. El testimonio que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía.

15. ¡Volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía! Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca, gracias a vuestro trabajo apostólico, el amor a Cristo presente en la Eucaristía. Es un compromiso que asume una relevancia especial en este Año Jubilar. Mi pensamiento se dirige al Congreso Eucarístico Internacional, que se desarrollará en Roma del 18 al 25 de junio próximo, y tendrá como tema *Jesucristo, único salvador del mundo, pan para nuestra vida*. Será un acontecimiento central del Gran Jubileo, que ha de ser un « año intensamente eucarístico» (*Tertio millennio adveniente*, 55). Este Congreso pondrá de manifiesto precisamente la íntima relación entre el misterio de la Encarnación del Verbo y la Eucaristía, sacramento de la presencia real de Cristo.

Os envío desde el Cenáculo el abrazo eucarístico. Que la imagen de Cristo, rodeado por los suyos en la Última Cena, nos lleve, a cada uno de nosotros, a un dinamismo de fraternidad y comunión. Grandes pintores se han consolidado delineando el rostro de Cristo entre sus apóstoles en la escena de la Última Cena; ¿cómo olvidar la obra maestra de Leonardo? Pero sólo los santos, con la intensidad de su amor, pueden penetrar en la profundidad de este misterio, apoyando como Juan la cabeza en el pecho de Jesús (cf. Jn 13, 25). Aquí nos encontramos, en efecto, en la cima del amor: « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo».

16. Quiero concluir esta reflexión, que con afecto entrego a vuestro corazón, con las palabras de una antigua oración:

«Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento
que nos diste a conocer por medio de Jesús,
tu siervo.
A ti la gloria por los siglos.
Así como este trozo de pan
estaba disperso por los montes
y reunido se ha hecho uno,
así también reúne a tu Iglesia
desde los confines de la tierra en tu reino [...] Tú,
Señor omnipotente,
has creado el universo a causa de tu Nombre,
has dado a los hombres alimento y bebida
para su disfrute,
a fin de que te den gracias
y, además, a nosotros
nos has concedido la gracia
de un alimento y bebida espirituales
y de vida eterna por medio de tu siervo [...] A ti la gloria por los siglos»
(*Didaché* 9, 3-4; 10, 3-4).

Desde el Cenáculo, queridos hermanos en el sacerdocio, os abrazo espiritualmente a todos y os bendigo con todo mi corazón.

Jerusalén, 23 de marzo de 2000.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO DE 2001

Queridos hermanos en el sacerdocio:

1. En el día en que el Señor Jesús hizo a la Iglesia el don de la Eucaristía, instituyendo con ella nuestro sacerdocio, no puedo dejar de dirigiros —como ya es tradición— unas reflexiones que quieren ser de amistad y, casi diría, de intimidad, con el deseo de compartir con vosotros la acción de gracias y la alabanza.

¡Lauda Sion, Salvatorem, lauda duces et pastorem, in hymnis et canticis! En verdad es grande el misterio del cual hemos sido hechos ministros. Misterio de un amor sin límites, ya que « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1); misterio de unidad, que se derrama sobre de nosotros desde la fuente de la vida trinitaria, para hacernos « uno» en el don del Espíritu (cf. Jn 17); misterio de la divina *diaconía*, que lleva al Verbo hecho carne a lavar los « pies» de su criatura, indicando así en el servicio la clave maestra de toda relación auténtica entre los hombres: « os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13, 15).

Nosotros hemos sido hechos, de modo especial, testigos y ministros de este gran misterio.

2. Este Jueves Santo es el primero después del Gran Jubileo. La experiencia que hemos vivido con nuestras comunidades, en esta celebración especial de la misericordia, a los dos mil años del nacimiento de Jesús, se convierte ahora en impulso para avanzar en el camino. *¡Duc in altum!* El Señor nos invita a ir mar adentro, fiándonos de su palabra. ¡Aprendamos de la experiencia jubilar y continuemos en el compromiso de dar testimonio del Evangelio con el entusiasmo que suscita en nosotros la contemplación del rostro de Cristo!

En efecto, como he subrayado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, es preciso partir nuevamente desde Él, para abrirnos en Él, con los « gemidos inefables» del Espíritu (cf. *Rm* 8, 26), al abrazo del Padre: ¡«Abbá, Padre!» (Ga 4, 6). Es preciso partir nuevamente desde Él para redescubrir la fuente y la lógica profunda de nuestra fraternidad: « Como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34).

3. Hoy deseo agradecer a cada uno de vosotros todo lo que habéis hecho durante el Año Jubilar para que el pueblo confiado a vuestro cuidado experimentara de modo más intenso la presencia salvadora del Señor resucitado. Pienso también en este momento en el trabajo que desarrolláis cada día, un trabajo a menudo escondido que, si bien no aparece en las primeras páginas, hace avanzar el Reino de Dios en las conciencias. Os expreso mi admiración por este ministerio discreto, tenaz y creativo, aunque marcado a veces por las lágrimas del alma que sólo Dios ve y « recoge en su odre» (cf. *Sal* 55, 9). Un ministerio tanto más digno de estima, cuanto más probado por las dificultades

de un ambiente altamente secularizado, que expone la acción del sacerdote a la insidia del cansancio y del desaliento. Lo sabéis muy bien: este empeño cotidiano es precioso a los ojos de Dios.

Al mismo tiempo, deseo hacerme voz de Cristo, que nos llama a desarrollar cada vez más nuestra relación con él. « Mira que estoy a la puerta y llamo» (Ap 3, 20). Como anunciadores de Cristo, se nos invita ante todo a vivir en intimidad con Él; ¡no se puede dar a los demás lo que nosotros mismos no tenemos! Hay una sed de Cristo que, a pesar de tantas apariencias en contra, aflora también en la sociedad contemporánea, emerge entre las incoherencias de nuevas formas de espiritualidad y se perfila incluso cuando, a propósito de los grandes problemas éticos, el testimonio de la Iglesia se convierte en signo de contradicción. Esta sed de Cristo —más o menos consciente— no se sacia con palabras vacías. Sólo los auténticos testigos pueden irradiar de manera creíble la palabra que salva.

4. En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* he dicho que la verdadera herencia del Gran Jubileo es la experiencia de un encuentro más intenso con Cristo. Entre los muchos aspectos de este encuentro, me complace elegir hoy, para esta reflexión, el de la *reconciliación sacramental*. Este, además, ha sido un aspecto central del

Año Jubilar, entre otros motivos porque está íntimamente relacionado con el don de la indulgencia.

Estoy seguro de que en las Iglesias locales habéis tenido también una experiencia importante de ello. Aquí, en Roma, *uno de los fenómenos más llamativos del Jubileo* ha sido ciertamente el gran número de personas que han acudido al Sacramento de la misericordia. Incluso los observadores laicos han quedado impresionados por ello. Los confesionarios de San Pedro, así como los de las otras Basílicas, han sido como « asaltados» por los peregrinos, a menudo obligados a soportar largas filas, en paciente espera del propio turno. También ha sido particularmente significativo el interés manifestado en los jóvenes por este Sacramento durante la espléndida semana de su Jubileo.

5. Bien sabéis que, en las décadas pasadas y por diversos motivos, este Sacramento ha pasado por una cierta crisis. Precisamente para afrontarla, se celebró en 1984 un Sínodo, cuyas conclusiones se recogieron en la Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*.

Sería ingenuo pensar que la intensificación de la práctica del Sacramento del perdón durante el Año Jubilar, por sí sola, demuestre un cambio de tendencia ya consolidada. No obstante, se ha tratado de una señal alentadora. Esto nos lleva a reconocer que *las exigencias profundas del corazón humano*, a las que responde el designio salvífico de Dios, *no desaparecen por crisis*



temporales. Hace falta recibir este indicio jubilar como una señal de lo alto, que sea motivo de una renovada audacia en proponer de nuevo el sentido y la práctica de este Sacramento.

6. Pero no quiero detenerme solamente en la problemática pastoral. El Jueves Santo, día especial de nuestra vocación, nos invita ante todo a reflexionar sobre nuestro «ser» y, en particular, sobre nuestro camino de santidad. De esto es de lo que surge después también el impulso apostólico.

Ahora bien, cuando se contempla a Cristo en la última Cena, en su hacerse por nosotros «pan partido», cuando se inclina a los pies de los Apóstoles en humilde servicio, ¿cómo no experimentar, al igual que Pedro, *el mismo sentimiento de indignidad* ante la grandeza del don recibido? «No me lavarás los pies jamás» (Jn 13, 8). Pedro se equivocaba al rechazar el gesto de Cristo. Pero tenía razón al sentirse indigno. Es importante, en este día del amor por excelencia, que sintamos *la gracia del sacerdocio como una superabundancia de misericordia*.

Misericordia es la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15, 16).

Misericordia es la condescendencia con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores.

Misericordia es el perdón que Él nunca rechaza, como no rehusó a Pedro después de haber renegado de Él. También vale para nosotros la afirmación de que «habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión» (Lc 15, 7).

7. Así pues, redescubramos nuestra vocación como «misterio de misericordia». En el Evangelio comprobamos que precisamente ésta es la actitud espiritual con la cual Pedro recibe su especial ministerio. Su vida es emblemática para todos los que han recibido la misión apostólica en los diversos grados del sacramento del Orden.

Pensemos en la escena de la *pesca milagrosa*, tal como la describe el Evangelio de Lucas (5, 1-11). Jesús pide a Pedro un acto de confianza en su palabra, invitándole a remar mar adentro para pescar. Una petición humanamente desconcertante: ¿Cómo hacerle caso tras una noche sin dormir y agotadora, pasada echando las redes sin resultado alguno? Pero intentarlo de nuevo, basado «en la palabra de Jesús», cambia todo. Se recogen tantos peces, que se rompen las redes. La Palabra revela su poder. Surge la sorpresa, pero también el susto y el temor, como cuando nos llega de repente un intenso haz de luz, que pone al descubierto los propios límites. Pedro exclama: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8). Pero, apenas ha terminado su confesión, la misericordia del Maestro se convierte para él en comienzo de una vida nueva: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5, 10). El «pecador» se convierte en ministro de misericordia. ¡De pescador de peces, a «pescador de hombres»!

8. Misterio grande, queridos sacerdotes: *Cristo no ha tenido miedo de elegir a sus ministros de entre los pecadores*. ¿No es ésta nuestra experiencia? Será también Pedro quien tome una conciencia más viva de ello, en el conmovedor diálogo con Jesús después de la resurrección. ¿Antes de otorgarle el mandato pastoral, el Maestro le hace una pregunta embarazosa: «Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?» (Jn 21, 15). Se lo pregunta a uno que pocos días antes ha renegado de él por tres veces. Se comprende bien el tono humilde de su respuesta: «Señor, tú lo

sabes todo; tú sabes que te quiero» (21, 17). Precisamente en base a este amor consciente de la propia fragilidad, un amor tan tímido como confiadamente confesado, Pedro recibe el ministerio: «Apacienta mis corderos», «apacienta mis ovejas» (vv. 15.16.17). Apoyado en este amor, corroborado por el fuego de Pentecostés, Pedro podrá cumplir el ministerio recibido.

9. ¿Acaso la *vocación de Pablo* no surge también en el marco de una experiencia de misericordia? Nadie como él ha sentido la gratuidad de la elección de Cristo. Siempre tendrá en su corazón la rémora de su pasado de perseguidor encarnizado de la Iglesia: «Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios» (1 Co 15, 9). Sin embargo, este recuerdo, en vez de refrenar su entusiasmo, le dará alas. Cuanto más ha sido objeto de la misericordia, tanto más se siente la necesidad de testimoniarla e irradiarla. La «voz» que lo detuvo en el camino de Damasco, lo lleva al corazón del Evangelio, y se lo hace descubrir como amor misericordioso del Padre que reconcilia consigo al mundo en Cristo. Sobre esta base Pablo comprenderá también el *servicio apostólico como ministerio de reconciliación*: «Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación» (2 Co 5, 18-19).

10. Los testimonios de Pedro y Pablo, queridos sacerdotes, contienen indicaciones preciosas para nosotros. Nos invitan a *vivir con sentido de infinita gratitud el don del ministerio*: ¡nosotros no hemos merecido nada, todo es gracia! Al mismo tiempo, la experiencia de los dos Apóstoles nos lleva a abandonarnos a la misericordia de Dios, para entregarle con sincero arrepentimiento nuestras debilidades, y volver con su gracia a nuestro camino de santidad. En la *Novo millennio ineunte* he señalado el compromiso de santidad como el primer punto de una sabia «programación» pastoral. Si éste es un compromiso fundamental para todos los creyentes, ¡cuánto más ha de serlo para nosotros! (cf. nn. 30-31).

Para ello, es importante que redescubramos el sacramento de la Reconciliación como *instrumento fundamental de nuestra santificación*. Acercarnos a un hermano sacerdote, para pedirle esa absolución que tantas veces nosotros mismos damos a nuestros fieles, nos hace vivir la grande y consoladora verdad de ser, antes aun que ministros, miembros de un único pueblo, un pueblo de «salvados». Lo que Agustín decía de su ministerio episcopal, vale también para el servicio presbiteral: «Si me asusta lo que soy para vosotros, me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano [...]. Lo primero comporta un peligro, lo segundo una salvación» (Sermón 340, 1). Es hermoso poder confesar nuestros pecados, y sentir como un bálsamo la palabra que nos inunda de misericordia y nos vuelve a poner en camino. Sólo quien ha sentido la ternura del abrazo del Padre, como lo describe el Evangelio en la parábola del hijo pródigo —«se echó a su cuello y le besó efusivamente» (Lc 15, 20)— puede transmitir a los demás el mismo calor, cuando de destinatario del perdón pasa a ser su ministro.

11. Pidamos, pues, a Cristo, en este día santo, que nos ayude a redescubrir plenamente, *para nosotros mismos*, la belleza de este Sacramento. ¿Acaso Jesús mismo no ayudó a Pedro en este descubrimiento? «Si no te lavo, no tienes parte conmigo» (Jn 13, 8). Es cierto que Jesús no se refería aquí directamente al sacramento de la Reconciliación, pero lo evocaba de alguna manera,

aludiendo al proceso de purificación que comenzaría con su muerte redentora y sería aplicado por la economía sacramental a cada uno en el curso de los siglos.

Recurramos asiduamente, queridos sacerdotes, a este Sacramento, para que el Señor purifique constantemente nuestro corazón, haciéndonos menos indignos de los misterios que celebramos. Llamados a representar el rostro del Buen Pastor, y a tener por tanto el corazón mismo de Cristo, hemos de hacer nuestra, más que los demás, la intensa invocación del salmista: «Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, renueva en mí un espíritu firme» (*Sal* 50, 12). El sacramento de la Reconciliación, irrenunciable para toda existencia cristiana, es también *ayuda, orientación y medicina de la vida sacerdotal*.

12. El sacerdote que vive plenamente la gozosa experiencia de la reconciliación sacramental considera muy normal repetir a sus hermanos las palabras de Pablo: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (*2 Co* 5, 20).

Si la crisis del sacramento de la Reconciliación, a la que antes hice referencia, depende de múltiples factores —desde la atenuación del sentido del pecado hasta la escasa percepción de la economía sacramental con la que Dios nos salva—, quizás debamos reconocer que a veces puede haber influido negativamente sobre el Sacramento *una cierta disminución de nuestro entusiasmo o de nuestra disponibilidad* en el ejercicio de este exigente y delicado ministerio.

En cambio, es preciso más que nunca hacerlo redescubrir al Pueblo de Dios. Hay que decir con firmeza y convicción que el sacramento de la Penitencia es la *vía ordinaria* para alcanzar el perdón y la remisión de los pecados graves cometidos después del Bautismo. Hay que celebrar el Sacramento del mejor modo posible, *en las formas litúrgicamente previstas*, para que conserve su plena fisonomía de celebración de la divina Misericordia.

13. Lo que nos inspira confianza en la posibilidad de recuperar este Sacramento no es sólo el aflorar, aun entre muchas contradicciones, de *una nueva sed de espiritualidad* en muchos ámbitos sociales, sino también *la profunda necesidad de encuentro interpersonal*, que se va afianzando en muchas personas como reacción a una sociedad anónima y masificadora, que a menudo condena al aislamiento interior incluso cuando implica un torbellino de relaciones funcionales. Ciertamente, no se ha de confundir la confesión sacramental con una práctica de apoyo humano o de terapia psicológica. Sin embargo, no se debe infravalorar el hecho de que, bien vivido, el sacramento de la Reconciliación desempeña indudablemente también un papel «humanizador», que se armoniza bien con su valor primario de reconciliación con Dios y con la Iglesia.

Es importante que, incluso desde este punto de vista, el ministro de la reconciliación cumpla bien su obligación. Su capacidad de acogida, de escucha, de diálogo, y su constante disponibilidad, son elementos esenciales para que el ministerio de la reconciliación manifieste todo su valor. El anuncio fiel, nunca reticente, de las exigencias radicales de la palabra de Dios, ha de estar siempre acompañado de una gran comprensión y delicadeza, a imitación del estilo de Jesús con los pecadores.

14. Además, es necesario dar su importancia a la configuración litúrgica del Sacramento. *El Sacramento entra en la lógica de comunión que caracteriza a la Iglesia*. El pecado mismo no se comprende del todo si es considerado sólo de una manera

exclusivamente privada, olvidando que afecta inevitablemente a toda la comunidad y hace disminuir su nivel de santidad. Con mayor razón, la oferta del perdón expresa un misterio de solidaridad sobrenatural, cuya lógica sacramental se basa en la unión profunda que existe entre Cristo cabeza y sus miembros.

Es muy importante hacer redescubrir este aspecto «comunal» del Sacramento, incluso mediante *liturgias penitenciales comunitarias* que se concluyan con la confesión y la absolución individual, porque permite a los fieles percibir mejor la doble dimensión de la reconciliación y los compromete más a vivir el propio camino penitencial en toda su riqueza regeneradora.

15. Queda aún el problema fundamental de una *catequesis sobre el sentido moral y sobre el pecado*, que haga tomar una conciencia más clara de las exigencias evangélicas en su radicalidad. Desafortunadamente hay una tendencia minimalista, que impide al Sacramento producir todos los frutos deseables. Para muchos fieles la percepción del pecado *no se mide con el Evangelio, sino con los «lugares comunes»*, con la «normalidad» sociológica, llevándoles a pensar que no son particularmente responsables de cosas que «hacen todos», especialmente si son legales civilmente.

La evangelización del tercer milenio ha de afrontar la urgencia de una presentación viva, completa y exigente del mensaje evangélico. Se ha de proponer un cristianismo que no puede reducirse a un mediocre compromiso de honestidad según criterios sociológicos, sino que debe ser un verdadero camino hacia la santidad. Hemos de releer con nuevo entusiasmo el capítulo V de la *Lumen Gentium* que trata de la vocación universal a la santidad. Ser cristiano significa recibir un «don» de gracia santificante, que ha de traducirse en un «compromiso» de coherencia personal en la vida de cada día. Por eso he intentado en estos años promover un reconocimiento más amplio de la santidad en todos los ámbitos en los que ésta se ha manifestado, para ofrecer a todos los cristianos múltiples modelos de santidad, y todos recuerden que están llamados personalmente a esa meta.

16. Sigamos adelante, queridos hermanos sacerdotes, con el gozo de nuestro ministerio, sabiendo que tenemos con nosotros a Aquel que nos ha llamado y que no nos abandona. Que la certeza de su presencia nos ayude y nos consuele.

Con ocasión del Jueves Santo sentimos aún más viva esta presencia suya, al contemplar con emoción la hora en que Jesús, en el Cenáculo, se nos dio a sí mismo en el signo del pan y del vino, anticipando sacramentalmente el sacrificio de la Cruz. El año pasado quise escribiros precisamente desde el Cenáculo, con ocasión de mi visita a Tierra Santa. ¿Cómo olvidar aquel momento emocionante? Lo revivo hoy, no sin tristeza por la situación tan atormentada en que sigue estando la tierra de Cristo. Nuestra cita espiritual para el Jueves Santo sigue siendo allí, en el Cenáculo, mientras en torno a los Obispos, en las catedrales de todo el mundo, vivimos el misterio del Cuerpo y Sangre de Cristo, y recordamos agradecidos los orígenes de nuestro Sacerdocio.

En la alegría del inmenso don que hemos recibido, os abrazo y os bendigo a todos.

Vaticano, 25 de marzo, IV domingo de Cuaresma, del año 2001, vigésimo tercero de Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 2002

Queridos Sacerdotes:

1. Como es tradición, me dirijo a vosotros el día de Jueves Santo, conmovido, como si me sentara a vuestro lado en aquella mesa del Cenáculo en la que el Señor Jesús celebró con los Apóstoles la primera Eucaristía: un don para toda la Iglesia, un don que, si bien bajo el signo sacramental, lo hace presente «verdadera, real y sustancialmente» (Concilio de Trento: *DS* 1651) en cada uno de los Sagrarios de todo el mundo. Ante esta presencia especial, la Iglesia se postra de siempre en adoración: «*Adoro te devote, latens Deitas*»; de siempre se deja llevar por la elevación espiritual de los Santos y, como Esposa, se recoge en íntima efusión de fe y de amor: «*Ave, verum corpus natum de Maria Virgine*».

Al don de esta presencia especial, que se renueva en su supremo acto sacrificial y lo convierte en alimento para nosotros, Jesús unió, precisamente en el Cenáculo, *una tarea específica de los Apóstoles y de sus sucesores*. Desde entonces, ser apóstol de Cristo, como son los Obispos y los presbíteros que participan de su misión, significa estar autorizados a actuar *in persona Christi Capitis*. Esto ocurre sobre todo cada vez que se celebra el banquete sacrificial del cuerpo y la sangre del Señor. Entonces, es como si el sacerdote prestara a Cristo el rostro y la voz: «Haced esto en conmemoración mía» (*Lc* 22, 19).

¡Qué vocación tan maravillosa la nuestra, mis queridos Hermanos sacerdotes! Verdaderamente podemos repetir con el Salmista: «¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre» (*Sal* 116, 12-13).

2. Al meditar de nuevo con gozo sobre este gran don, quisiera detenerme en un *aspecto de nuestra misión*, sobre el cual llamé vuestra atención ya el año pasado en esta misma circunstancia. Creo que merece la pena profundizar más sobre él. Me refiero a la misión que el Señor nos ha dado de representarle, no sólo en el *Sacrificio eucarístico*, sino también en el *sacramento de la Reconciliación*.

Hay una íntima conexión entre los dos sacramentos. La Eucaristía, cumbre de la economía sacramental, es también su fuente: en cierto sentido, todos los sacramentos provienen y conducen a ella. Esto vale de modo especial para el Sacramento destinado a «mediar» el perdón de Dios, el cual acoge de nuevo entre sus brazos al pecador arrepentido. En efecto, es verdad que la Eucaristía, en cuanto representación del Sacrificio de Cristo, tiene también la misión de rescatarnos del pecado. A este propósito, el *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda que «la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados» (n. 1393). Sin embargo, en la economía de gracia elegida por Cristo, esta energía purificadora, si bien obtiene directamente la purificación de los pecados veniales, sólo indirectamente incide sobre los pecados mortales, que trastornan de manera radical la relación del fiel con Dios y su comunión con la Iglesia. «La Eucaristía – dice también el Catecismo – no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en la plena comunión con la Iglesia» (n. 1395).

Reiterando esta verdad, la Iglesia no quiere ciertamente infravalorar el papel de la Eucaristía. Lo que intenta es acoger su significado dentro de la economía sacramental en su conjunto, tal como ha sido diseñada por la sabiduría salvadora de Dios. Por lo demás, es la línea indicada perentoriamente por el Apóstol, al dirigirse así a los Corintios: «Quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo» (*I Co* 11, 27-29). En la perspectiva de esta advertencia paulina se sitúa el principio según el cual «quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1385).

3. Al recordar esta verdad, siento el deseo, mis queridos Hermanos en el sacerdocio, de invitaros ardientemente, como ya lo hice el año pasado, a redescubrir personalmente y a hacer redescubrir la belleza del sacramento de la Reconciliación. Éste, por diversos motivos, pasa desde hace algunos decenios por una cierta crisis, a la que me he referido más de una vez, queriendo incluso que un Sínodo de Obispos reflexionara sobre ella y recogiendo después sus indicaciones en la Exhortación apostólica *Reconciliatio et poenitentia*. Por otro lado, he de recordar con profundo gozo las señales positivas que, especialmente en el Año jubilar, han puesto de manifiesto cómo este Sacramento, presentado y celebrado adecuadamente, puede ser redescubierto también por los jóvenes. Indudablemente, dicho redescubrimiento se ve favorecido por la *exigencia de comunicación personal*, hoy cada vez más difícil por el ritmo frenético de la sociedad tecnológica pero, precisamente por ello, sentida aún más como una necesidad vital. Es verdad que se puede atender a esta necesidad de diversas maneras. Pero, ¿cómo no reconocer que el sacramento de la Reconciliación, aunque sin confundirse con las diversas terapias de tipo psicológico, ofrece también, casi de manera desbordante, una respuesta significativa a esta exigencia? Lo hace poniendo al penitente en relación con el corazón misericordioso de Dios a través del rostro amigo de un hermano.

Sí, verdaderamente es grande la sabiduría de Dios, que con la institución de este Sacramento ha atendido también una necesidad profunda e ineludible del corazón humano. De esta sabiduría debemos ser lúcidos y afables intérpretes mediante el contacto personal que estamos llamados a establecer con muchos hermanos y hermanas en la celebración de la Penitencia. A este propósito, deseo reiterar que la celebración *personal* es la forma ordinaria de administrar este Sacramento, y que sólo en «casos de grave necesidad» es legítimo recurrir a la forma comunitaria con confesión y absolución *colectiva*. Las condiciones requeridas para esta forma de absolución son bien conocidas, recordando en todo caso que nunca se dispensa de la confesión individual sucesiva de los pecados graves, que los fieles han de comprometerse a hacer para que sea válida la absolución (cf. *ibid.*, 1483).

4. Redescubramos con alegría y confianza este Sacramento. Vivámoslo ante todo para nosotros mismos, como una exigencia profunda y una gracia siempre deseada, para dar renovado vigor e impulso a nuestro camino de santidad y a nuestro ministerio.

Al mismo tiempo, esforcémonos en ser *auténticos ministros de la misericordia*. En efecto, sabemos que en este Sacramento,

como en todos los demás, a la vez que testimoniamos una gracia que viene de lo alto y obra por virtud propia, estamos llamados a ser instrumentos activos de la misma. En otras palabras – y eso nos llena de responsabilidad – *Dios cuenta también con nosotros*, con nuestra disponibilidad y fidelidad, para hacer prodigios en los corazones. Tal vez más que en otros, en la celebración de este Sacramento es importante que los fieles tengan una experiencia viva del rostro de Cristo Buen Pastor.

Permitidme, pues, que me detenga con vosotros sobre este tema, como asomándome a los lugares en que cada día – en las Catedrales, en las Parroquias, en los Santuarios o en otro lugar – os hacéis cargo de la administración de este Sacramento. Vienen a la mente las páginas evangélicas que nos presentan más directamente el rostro misericordioso de Dios. ¿Cómo no pensar en el *encuentro conmovedor del hijo pródigo con el Padre misericordioso*? ¿O en la imagen de la *oveja perdida y hallada*, que el Pastor toma sobre sus hombros lleno de gozo? El abrazo del Padre, la alegría del Buen Pastor, ha de encontrar un testimonio en cada uno de nosotros, queridos Hermanos, en el momento en que se nos pide ser ministros del perdón para un penitente.

Para ilustrar aún mejor algunas dimensiones específicas de este especialísimo coloquio de salvación que es la confesión sacramental, quisiera proponer hoy como «icono bíblico» el *encuentro de Jesús con Zaqueo* (cf. *Lc 19, 1-10*). En efecto, me parece que lo que ocurre entre Jesús y el «jefe de publicanos» de Jericó se asemeja a ciertos aspectos de una celebración del Sacramento de la misericordia. Siguiendo este relato breve, pero tan intenso, queremos descubrir en las actitudes y en la voz de Cristo todos aquellos matices de sabiduría humana y sobrenatural que también nosotros hemos de intentar expresar para que el Sacramento sea vivido en el mejor de los modos.

5. Como sabemos, el relato presenta el encuentro entre Jesús y Zaqueo *casi como un hecho casual*.

Jesús entra en Jericó y lo recorre acompañado por la muchedumbre (cf. *Lc 19, 3*). Zaqueo parece impulsado sólo por la curiosidad al encaramarse sobre el sicómoro. A veces, el encuentro de Dios con el hombre tiene también la apariencia de la casualidad. Pero *nada es «casual» por parte de Dios*. Al estar en realidades pastorales muy diversas, a veces puede desanimarnos y desmotivarnos el hecho que no sólo muchos cristianos no hagan el debido caso a la vida sacramental, sino que, a menudo, se acerquen a los Sacramentos de modo superficial. Quien tiene experiencia de confesar, de cómo se llega a este Sacramento en la vida habitual, puede quedar a veces desconcertado ante el hecho de que algunos fieles van a confesarse sin ni siquiera saber bien lo que quieren. Para algunos de ellos, la decisión de ir a confesarse puede estar determinada sólo por la necesidad de ser escuchados.

Para otros, por la exigencia de recibir un consejo. Para otros, incluso, por la necesidad psicológica de librarse de la opresión del «sentido de culpa». Muchos sienten la necesidad auténtica de restablecer una relación con Dios, pero se confiesan sin tomar conciencia suficientemente de los compromisos que se derivan, o tal vez haciendo un examen de conciencia muy simple a causa de una falta de formación sobre las implicaciones de una vida moral inspirada en el Evangelio. ¿Qué confesor no ha tenido esta experiencia?

Ahora bien, éste es precisamente el caso de Zaqueo. Todo lo que le sucede es asombroso. Si en un determinado momento no se hubiera producido la «sorpresa» de la mirada de Cristo, quizás hubiera permanecido como un espectador mudo de su paso por las calles de Jericó. Jesús habría pasado *al lado*, pero no *dentro* de su vida. Él mismo no sospechaba que la curiosidad, que lo llevó a un gesto tan singular, era ya fruto de una misericordia previa, que lo atraía y pronto le transformaría en lo íntimo del corazón.

Mis queridos Sacerdotes: pensando en muchos de nuestros penitentes, releamos la estupenda indicación de Lucas sobre la actitud de Cristo: «cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa»» (*Lc 19, 5*).

Cada encuentro con un fiel que nos pide confesarse, aunque sea de modo un tanto superficial por no estar motivado y preparado adecuadamente, puede ser siempre, por la gracia sorprendente de Dios, aquel «lugar» cerca

del sicómoro en el cual Cristo levantó los ojos hacia Zaqueo. Para nosotros es imposible valorar cuánto haya penetrado la mirada de Cristo en el alma del publicano de Jericó. Sabemos, sin embargo, que *aquellos ojos son los mismos que se fijan en cada uno de nuestros penitentes*. En el sacramento de la Reconciliación, nosotros somos instrumentos de un encuentro sobrenatural con sus propias leyes, que solamente debemos seguir y respetar. Para Zaqueo debió ser una experiencia sobrecogedora *oír que le llamaban por su nombre*. Era un nombre que, para muchos paisanos suyos, estaba cargado de desprecio. Ahora él lo oyó pronunciar con un acento de ternura, que no sólo expresaba confianza sino también familiaridad y un apremiante deseo ganarse su amistad. Sí, Jesús habla a Zaqueo como a un amigo de toda la vida, tal vez olvidado, pero sin haber por ello renegado de su fidelidad, y entra así con la dulce fuerza del afecto en la vida y en la casa del amigo encontrado de nuevo: «baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa» (*Lc 19, 5*).

6. Impacta el tono del lenguaje en el relato de Lucas: ¡todo es tan personalizado, tan delicado, tan afectuoso! No se trata sólo de rasgos conmovedores de humanidad. Dentro de este texto hay una urgencia intrínseca, que Jesús expresa como revelación definitiva de la misericordia de Dios. Dice: «debo quedarme en



tu casa» o, para traducir aún más literalmente: «es necesario para mí quedarme en tu casa» (Lc 19, 5). Siguiendo el misterioso sendero que el Padre le ha indicado, Jesús ha encontrado en su camino también a Zaqueo. Se entretiene con él como si fuera un encuentro previsto desde el principio. La casa de este pecador está a punto de convertirse, a pesar de tantas murmuraciones de la humana mezquindad, en un lugar de revelación, en el escenario de un milagro de la misericordia. Ciertamente, esto no sucederá si Zaqueo no libera su corazón de los lazos del egoísmo y de las ataduras de la injusticia cometida con el fraude. Pero la misericordia ya le ha llegado como ofrecimiento gratuito y desbordante. *¡La misericordia le ha precedido!*

Esto es lo que sucede en todo encuentro sacramental. No pensemos que es el pecador, con su camino autónomo de conversión, quien se gana la misericordia. Al contrario, es la misericordia lo que le impulsa hacia el camino de la conversión. El hombre no puede nada por sí mismo. Y nada merece. La confesión, antes que un camino del hombre hacia Dios, *es un visita de Dios a la casa del hombre.*

Así pues, podremos encontrarnos en cada confesión ante los más diversos tipos de personas. Pero hemos de estar convencidos de una cosa: antes de nuestra invitación, e incluso antes de nuestras palabras sacramentales, los hermanos que solicitan nuestro ministerio están ya arropados por una misericordia que actúa en ellos desde dentro. Ojalá que por nuestras palabras y nuestro ánimo de pastores, siempre atentos a cada persona, capaces también de intuir sus problemas y acompañarles en el camino con delicadeza, transmitiéndoles confianza en la bondad de Dios, lleguemos a ser colaboradores de la misericordia que acoje y del amor que salva.

7. «Debo quedarme en tu casa». Intentemos penetrar más profundamente aún en estas palabras. Son una proclamación. Antes aún de indicar una decisión de Cristo, proclaman la voluntad del Padre. Jesús se presenta como quien ha recibido un mandato preciso. Él mismo tiene una «ley» que observar: la voluntad del Padre, que Él cumple con amor, hasta el punto de hacer de ello su «alimento» (cf. Jn 4, 34). Las palabras con las que Jesús se dirige a Zaqueo no son solamente un modo de establecer una relación, sino el *anuncio de un designio de Dios.*

El encuentro se produce en la perspectiva de la Palabra de Dios, que tiene su perfecta expresión en la Palabra y el Rostro de Cristo. Éste es también el principio necesario de todo auténtico encuentro para la celebración de la Penitencia. Qué lástima si todo se redujera a un mero proceso comunicativo humano. La atención a las leyes de la comunicación humana puede ser útil y no deben descuidarse, pero todo se ha fundar en la Palabra de Dios. Por eso el rito del Sacramento prevé que se proclame también al penitente esta Palabra.

Aunque no sea fácil ponerlo en práctica, éste es un detalle que no se ha de infravalorar. Los confesores experimentan continuamente lo difícil que es ilustrar las exigencias de esta Palabra a quien sólo la conoce superficialmente. Es cierto que el momento en que se celebra el Sacramento no es el más apto para cubrir esta laguna. Es preciso que esto se haga, con sabiduría pastoral, en la fase de preparación anterior, ofreciendo las indicaciones fundamentales que permitan a cada uno confrontarse con la verdad del Evangelio. En todo caso, el confesor no dejará de aprovechar el encuentro sacramental para intentar que el penitente vislumbre de algún modo la condescendencia misericordiosa de Dios, que le tiende su mano no para castigarlo, sino para salvarlo.

Por lo demás, ¿cómo ocultar las dificultades objetivas que crea la cultura dominante en nuestro tiempo a este respecto? También los cristianos maduros encuentran en ella un obstáculo en su esfuerzo por sintonizar con los mandamientos de Dios y con las orientaciones expresadas por el magisterio de la Iglesia, sobre la base de los mandamientos. Éste es el caso de muchos problemas de ética sexual y familiar, de bioética, de moral profesional y social, pero también de problemas relativos a los deberes relacionados con la práctica religiosa y con la participación en la vida eclesial. Por eso se requiere una labor catequética que no pueda recaer sobre el confesor en el momento de administrar el Sacramento. Esto debería intentarse más bien tomándolo como tema de profundización en la preparación a la confesión. En este sentido, pueden ser de gran ayuda las celebraciones penitenciales preparadas de manera comunitaria y que concluyen con la confesión individual.

Para perfilar bien todo esto, el «icono bíblico» de Zaqueo ofrece también una *indicación importante.* En el Sacramento, antes de encontrarse con «los mandamientos de Dios», se encuentra, en Jesús, con «el Dios de los mandamientos». *Jesús mismo es quien se presenta a Zaqueo:* «me he de quedar en tu casa». Él es el don para Zaqueo y, al mismo tiempo, la «ley de Dios» para Zaqueo. Cuando se encuentra a Jesús como un don, hasta el aspecto más exigente de la ley adquiere la «suavidad» propia de la gracia, según la dinámica sobrenatural que hizo decir a Pablo: «si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Ga 5, 18). Toda celebración de la penitencia debería suscitar en el ánimo del penitente el mismo sobresalto de alegría que las palabras de Cristo provocaron en Zaqueo, el cual «se apresuró a bajar y le recibió con alegría» (Lc 19, 6).

8. La precedencia y superabundancia de la misericordia no debe hacer olvidar, sin embargo, que ésta es sólo *el presupuesto de la salvación,* que se consume en la medida en que encuentra *respuesta por parte del ser humano.* En efecto, el perdón concedido en el sacramento de la Reconciliación no es un acto exterior, una especie de «indulto» jurídico, sino *un encuentro auténtico y real del penitente con Dios,* que restablece la relación de amistad quebrantada por el pecado. La «verdad» de esta relación exige que el hombre acoja el abrazo misericordioso de Dios, superando toda resistencia causada por el pecado.

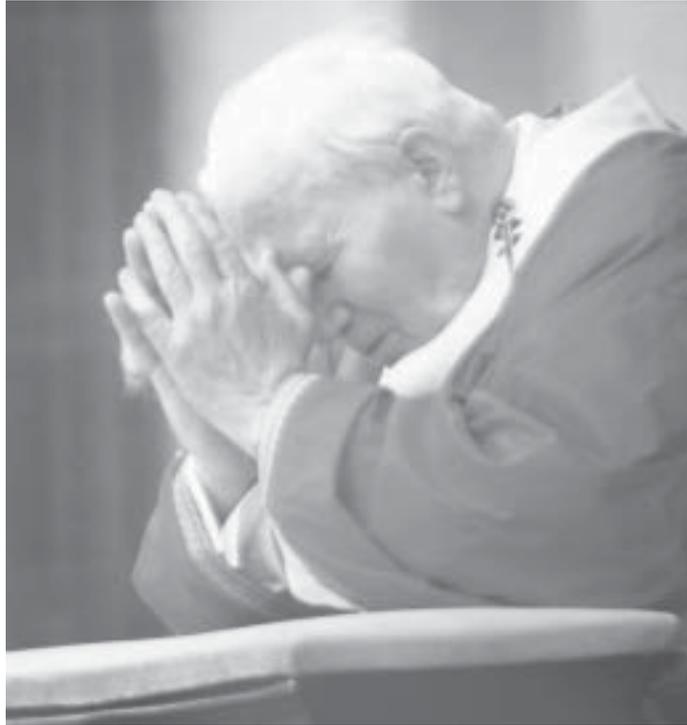
Esto es lo que ocurre en Zaqueo. Al sentirse tratado como «hijo», comienza a pensar y a comportarse como un hijo, y *lo demuestra redescubriendo a los hermanos.* Bajo la mirada amorosa de Cristo, su corazón se abre al amor del prójimo. De una actitud cerrada, que lo había llevado a enriquecerse sin preocuparse del sufrimiento ajeno, pasa a una actitud de compartir que se expresa en una distribución real y efectiva de su patrimonio: «la mitad de los bienes» a los pobres. La injusticia cometida con el fraude contra los hermanos es reparada con una restitución cuadruplicada: «Y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo» (Lc 19, 8). Sólo llegados a este punto el amor de Dios alcanza su objetivo y se verifica la salvación: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19, 9).

Este camino de la salvación, expresado de un modo tan claro en el episodio de Zaqueo, ha de ofrecernos, queridos Sacerdotes, la orientación para desempeñar con sabio equilibrio pastoral nuestra difícil tarea en el ministerio de la confesión. Éste sufre continuamente la fuerza contrastante de dos excesos: *el rigorismo* y *el laxismo.* El primero no tiene en cuenta la primera parte del episodio de Zaqueo: la misericordia previa, que impulsa a la conversión y valora también hasta los más pequeños progresos en

el amor, porque el Padre quiere hacer lo imposible para salvar al hijo perdido. «Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). El segundo exceso, el laxismo, no tiene en cuenta el hecho de que la salvación plena, la que no solamente se ofrece sino que se recibe, la que verdaderamente sana y reaviva, implica una verdadera conversión a las exigencias del amor de Dios. Si Zaqueo hubiera acogido al Señor en su casa sin llegar a una actitud de apertura al amor, a la reparación del mal cometido, a un propósito firme de vida nueva, no habría recibido en lo más profundo de su ser el perdón que el Señor le había ofrecido con tanta premura.

Hay que estar siempre atentos a mantener el justo equilibrio para no incurrir en ninguno de estos dos extremos. El rigorismo oprime y aleja. El laxismo desorienta y crea falsas ilusiones. El ministro del perdón, que encarna para el penitente el rostro del Buen Pastor, debe expresar de igual manera la misericordia previa y el perdón sanador y pacificador. Basándose en estos principios, el sacerdote está llamado a discernir, en el diálogo con el penitente, si éste está preparado para la absolución sacramental. Ciertamente, lo delicado del encuentro con las almas en un momento tan íntimo y a menudo atormentado, impone mucha discreción. Si no consta lo contrario, el sacerdote ha de suponer que, al confesar los pecados, el penitente siente verdadero dolor por ellos, con el consiguiente propósito de enmendarse. Ésta suposición tendrá un fundamento ulterior si la pastoral de la reconciliación sacramental ha sabido preparar subsidios oportunos, facilitando momentos de preparación al Sacramento que ayuden cada uno a madurar en sí una suficiente conciencia de lo que viene a pedir. No obstante, está claro que si hubiera evidencia de lo contrario, el confesor tiene el deber de decir al penitente que todavía no está preparado para la absolución. Si ésta se diera a quien declara explícitamente que no quiere enmendarse, el rito se reduciría a pura quimera, sería incluso como un acto casi mágico, capaz quizás de suscitar una apariencia de paz, pero ciertamente no la paz profunda de la conciencia, garantizada por el abrazo de Dios.

9. A la luz de lo dicho, se ve también mejor por qué el *encuentro personal* entre el confesor y el penitente es la forma ordinaria de la reconciliación sacramental, mientras que la modalidad de la absolución colectiva tiene un carácter excepcional. Como es sabido, la praxis de la Iglesia ha llegado gradualmente a la celebración privada de la penitencia, después de siglos en que predominó la fórmula de la penitencia pública. Este desarrollo no sólo no ha cambiado la sustancia del Sacramento —y no podía ser de otro modo— sino que ha profundizado en su expresión y en su eficacia. Todo ello no se ha verificado sin la asistencia del Espíritu, que también en esto ha desarrollado la tarea de llevar la Iglesia «hasta la verdad completa» (Jn 16, 13).



En efecto, la forma ordinaria de la Reconciliación no sólo expresa bien *la verdad de la misericordia divina* y el consiguiente perdón, sino que ilumina la verdad misma del hombre en uno de sus aspectos fundamentales: la originalidad de cada persona que, aun viviendo en un ambiente relacional y comunitario, jamás se deja reducir a la condición de una masa informe. Esto explica el eco profundo que suscita en el ánimo *el sentirse llamar por el nombre*. Saberse conocidos y acogidos como somos, con nuestras características más personales, nos hace sentirnos realmente vivos. La pastoral misma debería tener en mayor consideración este aspecto para equilibrar sabiamente los momentos comunitarios en que se destaca la comunión eclesial, y aquellos en que se atiende a las exigencias de la persona individualmente. Por lo general, las personas esperan que se las reconozca y se las siga, y precisamente a través de esta cercanía sienten más fuerte el amor de Dios.

En esta perspectiva, el sacramento de la Reconciliación se presenta como *uno de los itinerarios privilegiados de esta pedagogía de la persona*. En él, el Buen Pastor, mediante el rostro y la voz del sacerdote, se hace cercano a cada uno, para entablar con él un diálogo personal hecho de escucha, de consejo, de consuelo y de perdón. El amor de Dios es tal que, sin descuidar a los otros, sabe concentrarse en cada uno. Quien recibe la absolución sacramental ha de poder sentir *el calor de esta solicitud personal*. Tiene que experimentar la intensidad del abrazo paternal ofrecido al hijo pródigo: «Se echó a su cuello y le besó efusivamente» (Lc 15, 20). Debe poder escuchar la voz cálida de amistad que llegó al publicano Zaqueo llamándole por su nombre a una vida nueva (cf. Lc 19, 5).

10. De aquí se deriva también la necesidad de *una adecuada preparación del confesor* a la celebración de este Sacramento. Ésta debe desarrollarse de tal modo que haga brillar, incluso en las formas externas de la celebración, su dignidad de acto litúrgico, según las normas indicadas por el Ritual de la Penitencia. Eso no excluye la posibilidad de adaptaciones pastorales dictadas por las circunstancias donde se viera su necesidad por verdaderas exigencias de la condición del penitente, a la luz del principio clásico según el cual la *salus animarum* es la *suprema lex* de la Iglesia. Dejémoslos guiar en esto por la sabiduría de los Santos. Actuemos también con valentía en *proponer la confesión a los jóvenes*. Estemos en medio de ellos haciéndonos sus amigos y padres, confidentes y confesores. Necesitan encontrar en nosotros las dos figuras, las dos dimensiones.

Sintamos la exigencia rigurosa de estar realmente al día en nuestra formación teológica, sobre todo teniendo en cuenta los nuevos desafíos éticos y siendo siempre fieles al discernimiento del magisterio de la Iglesia. A veces sucede que los fieles, a propósito de ciertas cuestiones éticas de actualidad, salen de la

confesión con ideas bastante confusas, en parte porque tampoco encuentran en los confesores la misma línea de juicio. En realidad, quienes ejercen en nombre de Dios y de la Iglesia este delicado ministerio tienen el preciso deber de no cultivar, y menos aún manifestar en el momento de la confesión, valoraciones personales no conformes con lo que la Iglesia enseña y proclama. No se puede confundir con el amor el faltar a la verdad por un malentendido sentido de comprensión. No tenemos la facultad de expresar criterios reductivos a nuestro arbitrio, incluso con la mejor intención. Nuestro cometido es el de ser testigos de Dios, haciéndonos intérpretes de una misericordia que salva y se manifiesta también como juicio sobre el pecado de los hombres. «No todo el que me diga: «Señor, Señor», entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21).

11. Queridos Sacerdotes. Sentidme particularmente cercano a vosotros mientras os reunís en torno a vuestros Obispos en este Jueves Santo del año 2002. Todos hemos vivido un renovado impulso eclesial en el alba del nuevo milenio bajo la consigna de «caminar desde Cristo» (cf. *Novo millennio ineunte*, 29 ss.). Fue deseo de todos que eso coincidiera con una nueva era de fraternidad y de paz para la humanidad entera. En cambio, hemos visto correr nueva sangre. Hemos sido aún testigos de guerras. Sentimos con angustia la tragedia de la división y el odio que devastan las relaciones entre los pueblos.

Además, en cuanto sacerdotes, nos sentimos en estos momentos personalmente conmovidos en lo más íntimo por los pecados de algunos hermanos nuestros que han traicionado la gracia recibida con la Ordenación, cediendo incluso a las peores manifestaciones del *mysterium iniquitatis* que actúa en el mundo. Se provocan así escándalos graves, que llegan a crear un clima denso

de sospechas sobre todos los demás sacerdotes beneméritos, que ejercen su ministerio con honestidad y coherencia, y a veces con caridad heroica. Mientras la Iglesia expresa su propia solicitud por las víctimas y se esfuerza por responder con justicia y verdad a cada situación penosa, todos nosotros –conscientes de la debilidad humana, pero confiando en el poder salvador de la gracia divina– estamos llamados a abrazar el *mysterium Crucis* y a comprometernos aún más en la búsqueda de la santidad. Hemos de orar para que Dios, en su providencia, suscite en los corazones un generoso y renovado impulso de ese ideal de total entrega a Cristo que está en la base del ministerio sacerdotal.

Es precisamente la fe en Cristo la que nos da fuerza para mirar con confianza el futuro. En efecto, sabemos que el mal está siempre en el corazón del hombre y sólo cuando el hombre se acerca a Cristo y se deja «conquistar» por Él, es capaz de irradiar paz y amor en torno a sí. Como ministros de la Eucaristía y de la Reconciliación sacramental, a nosotros nos compete de manera muy especial la tarea de difundir en el mundo esperanza, bondad y paz.

Os deseo que viváis en la paz del corazón, en profunda comunión entre vosotros, con el Obispo y con vuestras comunidades, este día santo en que recordamos, con la institución de la Eucaristía, nuestro «nacimiento» sacerdotal. Con las palabras dirigidas por Cristo a los Apóstoles en el Cenáculo después de la Resurrección, e invocando a la Virgen María, *Regina Apostolorum* y *Regina pacis*, os acojo a todos en un abrazo fraterno: Paz, paz a todos y a cada uno de vosotros. ¡Feliz Pascua!

Vaticano, 17 de marzo, V Domingo de Cuaresma de 2002, vigésimo cuarto de mi Pontificado.

Joannes Paulus n. II

JUEVES SANTO 2003



CARTA ENCÍCLICA

ECCLESIA DE EUCHARISTIA

(Boletín de pastoral No. 250,

Página 42)

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I: MISTERIO DE LA FE

CAPÍTULO II: LA EUCHARISTÍA EDIFICA LA IGLESIA

CAPÍTULO III: APOSTOLICIDAD DE LA EUCHARISTÍA Y DE LA IGLESIA

CAPÍTULO IV: EUCHARISTÍA Y COMUNIÓN ECLESIAL

CAPÍTULO V: DECORO DE LA CELEBRACIÓN EUCHARÍSTICA

CAPÍTULO VI: EN LA ESCUELA DE MARÍA, MUJER «EUCHARÍSTICA»

CONCLUSIÓN

JUEVES SANTO DE 2004

Queridos sacerdotes:

1. Os escribo con alegría y afecto con ocasión del Jueves Santo, siguiendo una tradición iniciada en la primera Pascua como Obispo de Roma, hace ahora veinticinco años. Este contacto epistolar, que tiene un carácter especial de hermandad por la participación común en el Sacerdocio de Cristo, se sitúa en el contexto litúrgico de este día santo, marcado por dos ritos significativos: la Misa Crismal por el mañana y la Misa *in Cena Domini* por la tarde.

Pienso en vosotros, reunidos en las Catedrales de vuestras Diócesis, en torno a los respectivos Ordinarios, para renovar las promesas sacerdotales. Este rito tan elocuente tiene lugar antes de la bendición de los Santos Óleos, en particular el del Crisma, y encaja bien en dicha celebración, que pone de relieve la imagen de la Iglesia, pueblo sacerdotal santificado por los Sacramentos y enviado a difundir en el mundo el suave aroma de Cristo, el Salvador (cf. 2 Co 2,14-16).

Al atardecer, os veo entrar en el Cenáculo para iniciar el Triduo pascual. Jesús nos invita a volver cada Jueves Santo precisamente a aquella «sala grande» en el piso superior (Lc 22,12), y ahí es donde quiero encontrarme con vosotros, queridos hermanos en el Sacerdocio. En la Última Cena hemos nacido como sacerdotes. Por eso es bello y obligado encontrarnos en el Cenáculo, compartiendo la conmemoración, llena de gratitud, de la alta misión que nos acomuna.

2. Hemos nacido de la Eucaristía. Lo que decimos de toda la Iglesia, es decir, que «*de Eucharistia vivit*», como he querido recordar en la reciente Encíclica, podemos afirmarlo también del Sacerdocio ministerial: éste tiene su origen, vive, actúa y da frutos «*de Eucharistia*» (cf. Conc. Trid., Sess. XXII, can. 2: DS 1752). «No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no existe sacerdocio sin Eucaristía» (*Don y misterio*. Madrid 1996, 95).

El ministerio ordenado, que nunca puede reducirse al aspecto funcional, pues afecta al ámbito del «ser», faculta al presbítero para actuar *in persona Christi* y culmina en el momento en que consagra el pan y el vino, repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la Última Cena.

Ante esa realidad extraordinaria permanecemos atónitos y aturridos: ¡Con cuánta condescendencia humilde ha querido Dios unirse al hombre! Si estamos conmovidos ante el pesebre contemplando la encarnación del Verbo, ¿qué podemos sentir ante el altar, donde Cristo hace presente en el tiempo su Sacrificio mediante las pobres manos del sacerdote? No queda sino arrodillarse y adorar en silencio este gran misterio de la fe.

3.« *Mysterium fidei*», proclama el sacerdote después de la consagración. Misterio de la fe es la Eucaristía, pero, como consecuencia, concierne también al Sacerdocio (cf. *Don y misterio*, pp. 89s.). El misterio de santificación y amor,

obra del Espíritu Santo, por el cual el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, actúa también en la persona del ministro en el momento de la ordenación sacerdotal. Hay, pues, una reciprocidad específica entre la Eucaristía y el

Sacerdocio, que se remonta hasta el Cenáculo: se trata de dos Sacramentos nacidos juntos y que están indisolublemente unidos hasta el fin del mundo.

Estamos ante lo que he llamado la «apostolicidad de la Eucaristía» (cf. Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 26-33). El Sacramento eucarístico – como el de la Reconciliación – ha sido confiado por Cristo a los Apóstoles y transmitido por ellos y sus sucesores de generación en generación. Al comenzar su vida pública, el Mesías llamó a los Doce, los instituyó «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14-15). En la Última Cena, el «estar con» Jesús tuvo su culmen en los Apóstoles. Al celebrar la Cena pascual e instituir la Eucaristía, el divino Maestro cumplió su vocación. Al decir: «Haced esto en conmemoración mía» puso el cuño eucarístico en su misión y, uniéndolos consigo en la comunión sacramental, los encargó de perpetuar aquel gesto santo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras: «Haced esto...», pensaba también en los sucesores de los Apóstoles, que habrían de prolongar su misión, distribuyendo el alimento de vida hasta los extremos confines del tierra.

Así, queridos hermanos sacerdotes, en el Cenáculo hemos sido en cierto modo llamados personalmente, uno a uno, «con amor de hermano» (*Prefacio de la Misa Crismal*), para recibir de las manos santas y venerables del Señor el Pan eucarístico, que se ha partir como alimento del Pueblo de Dios, peregrino en el tiempo hacia la Patria.

4. La Eucaristía, como el Sacerdocio, son un regalo de Dios, «que supera radicalmente el poder de la asamblea» y que ésta «recibe por la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles» (Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 29). El Concilio Vaticano II enseña que «el sacerdote ministerial, por el poder sagrado de que goza [...], realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo» (Const. dogm. *Lumen Gentium*, 10). La asamblea de los fieles, unida en la fe y en el Espíritu, se enriquece con múltiples dones y, aun siendo el lugar donde Cristo «está siempre presente en su Iglesia, principalmente en los actos litúrgicos» (Const. *Sacrosanctum Concilium*, 7), no puede por sí sola ni «realizar» la Eucaristía ni «darse» el ministro ordenado.

Por tanto, el pueblo cristiano tiene buenos motivos para, por un lado, dar gracias Dios por el don de la Eucaristía y el Sacerdocio y, por otro, rogar incesantemente para que no falten sacerdotes en la Iglesia. El número de presbíteros nunca es suficiente para afrontar las exigencias crecientes de la evangelización y del cuidado pastoral de los fieles. Su escasez se nota hoy especialmente en algunas partes del mundo, porque disminuyen los sacerdotes sin que haya un suficiente reemplazo generacional. Gracias a Dios, en otras partes está despuntando una prometedora



primavera vocacional. Así pues, ha de aumentar en el Pueblo de Dios la conciencia de tener que orar y actuar diligentemente en favor de las vocaciones al Sacerdocio y a la Vida consagrada.

5. Sí, las vocaciones son un don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Siguiendo la invitación de Jesús, hay que rogar ante todo al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies (cf. *Mt* 9,37-38). La oración, reforzada con el ofrecimiento silencioso del sufrimiento, es el primero y más eficaz medio de la *pastoral vocacional*. Orar es mantener la mirada fija en Cristo, con la confianza de que de Él mismo, único Sumo Sacerdote, y de su entrega divina, manan abundantemente, por la acción del Espíritu Santo, los gérmenes de vocación necesarios en cada momento para la vida y la misión de la Iglesia.

Quedémonos en el Cenáculo contemplando al Redentor que, en la Última Cena, instituyó la Eucaristía y el Sacerdocio. En aquella noche santa Él *ha llamado por su nombre*, a los sacerdotes de todos los tiempos. Su mirada se ha dirigido a cada uno, una mirada afectuosa y premonitoria, como la que se detuvo sobre Simón y Andrés, Santiago y Juan, sobre Natanael cuando estaba bajo la higuera o sobre Mateo, sentado en el despacho de los impuestos. Jesús nos ha llamado y, por los medios más diversos, sigue llamando a otros muchos para que sean sus ministros.

Cristo, desde el Cenáculo, no se cansa de buscar y de llamar: éste es el origen y la fuente perenne de la auténtica pastoral de las vocaciones sacerdotales. Hermanos, sintámonos sus primeros responsables, dispuestos a ayudar a quienes Él quiera asociar a su Sacerdocio, para que respondan generosamente a su invitación.

No obstante, más que cualquier otra iniciativa vocacional, es indispensable nuestra fidelidad personal. En efecto, importa nuestra adhesión a Cristo, el amor que sentimos por la Eucaristía, el fervor con que la celebramos, la devoción con que la adoramos, el celo con que la dispensamos a los hermanos, especialmente a los enfermos. Jesús, Sumo Sacerdote, sigue invitando personalmente a obreros para su viña, pero ha querido necesitar de nuestra cooperación desde el principio. Los sacerdotes enamorados de la Eucaristía son capaces de comunicar a chicos y jóvenes el «asombro eucarístico» que he pretendido suscitar con la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. n. 6). Precisamente son ellos quienes generalmente atraen de este modo a los jóvenes hacia el camino del sacerdocio, como podría demostrar elocuentemente la historia de nuestra propia vocación.

6. Precisamente en esta perspectiva, queridos hermanos sacerdotes, junto con otras iniciativas, *cuidad especialmente de los monaguillos*, que son como un «vivero» de vocaciones sacerdotales. El grupo de acólitos, atendidos por vosotros dentro de la comunidad parroquial, puede seguir un itinerario valioso de crecimiento cristiano, formando como una especie de pre-seminario. Educad a la parroquia, familia de familias, a que vean en los acólitos a sus hijos, «como renuevos de olivo» alrededor de la mesa de Cristo, Pan de vida (cf. Sal 127,3).

Aprovechando la colaboración de las familias más sensibles y de los catequistas, seguid con solicitud al grupo de los acólitos para que, mediante el servicio del altar, cada uno de ellos aprenda a amar cada vez más al Señor Jesús, lo reconozca realmente presente en la Eucaristía y aprecie la belleza de la liturgia. Todas las iniciativas en favor de los acólitos, organizadas en el ámbito diocesano o de las zonas pastorales, deben ser promovidas y animadas, teniendo siempre en cuenta las diversas fases de edad. En los años de ministerio episcopal en Cracovia he podido apreciar lo provechoso que es dedicarse a su formación humana, espiritual y litúrgica. Cuando niños y adolescentes desempeñan

el servicio del altar con alegría y entusiasmo, ofrecen a sus coetáneos un elocuente testimonio de la importancia y belleza de la Eucaristía. Gracias a la gran sensibilidad imaginativa propia de su edad, y con las explicaciones y el ejemplo de los sacerdotes y de los compañeros mayores, también los más pequeños pueden crecer en la fe y apasionarse por las realidades espirituales.

En fin, no olvidéis que los primeros «apóstoles» de Jesús, Sumo Sacerdote, sois vosotros mismos: vuestro testimonio cuenta más que cualquier otro medio o subsidio. En la regularidad de las celebraciones dominicales y diarias, los acólitos se encuentran con vosotros, en vuestras manos ven «realizarse» la Eucaristía, en vuestro rostro leen el reflejo del Misterio, en vuestro corazón intuyen la llamada de un amor más grande. Sed para ellos padres, maestros y testigos de piedad eucarística y santidad de vida.

7. Queridos hermanos sacerdotes, vuestra peculiar misión en la Iglesia exige que seáis «amigos» de Cristo, contemplando asiduamente su rostro y acudiendo dócilmente a la escuela de María Santísima. Orad constantemente, como exhorta el Apóstol (cf. *1 Ts* 5,17), e invitad a los fieles a rezar por las vocaciones, por la perseverancia de los llamados a la vida sacerdotal y por la santificación de todos los sacerdotes. Procurad que vuestras comunidades amen cada vez más el «don y misterio» tan singular que es el Sacerdocio ministerial.

En el clima de oración del Jueves Santo me vienen a la mente algunas invocaciones de las letanías de Jesús, Sacerdote y Víctima (cf. *Don y misterio*, pp. 121-124), que recito desde hace muchos años con gran provecho espiritual.

Iesu, Sacerdos et Víctima,
Iesu, Sacerdos qui in novissima Cena formam sacrificii
perennis instituisti,
Iesu, Pontifex ex hominibus assumpte,
Iesu, Pontifex pro hominibus constitute,
Iesu, Pontifex qui tradidisti temetipsum Deo oblationem et
hostiam,
miserere nobis!
Ut pastores secundum cor tuum populo tuo providere digneris,
ut in messem tuam operarios fideles mittere digneris,
ut fideles mysteriorum tuorum dispensatores multiplicare
digneris, *Te rogamus, audi nos!*

8. Confío a cada uno de vosotros y vuestro ministerio cotidiano a la Madre de los sacerdotes. En el rezo del Rosario, el quinto *misterio de la luz* nos lleva a contemplar con los ojos de María el don de la Eucaristía, a sentir asombro ante el amor «hasta el extremo» (*Gv* 13,1) que Jesús manifestó en el Cenáculo y ante la humildad de su presencia en cada Sagrario. Que la Santísima Virgen os alcance la gracia de no caer nunca en la rutina del Misterio puesto en vuestras manos. Dando gracias continuamente al Señor por el don extraordinario de su Cuerpo y de su Sangre, podréis perseverar fielmente en vuestro ministerio sacerdotal.

Y Tú, Madre de Cristo, Sumo Sacerdote, intercede siempre para que en la Iglesia haya numerosas y santas vocaciones, fieles y generosos ministros del altar.

Queridos hermanos sacerdotes, a vosotros y a vuestras Comunidades os deseo una Santa Pascua, a la vez que os bendigo de corazón.

Vaticano, 28 de marzo, V domingo de Cuaresma, del año 2004, vigésimo sexto de Pontificado.

Joannes Paulus II

JUEVES SANTO DE 2005

Queridos sacerdotes:

1. En el Año de la Eucaristía, me es particularmente grato el anual encuentro espiritual con vosotros con ocasión del Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado «hasta el extremo» (*Jn* 13, 1), día de la Eucaristía, día de nuestro sacerdocio.

Os envío mi mensaje desde el hospital, donde estoy algún tiempo con tratamiento médico y ejercicios de rehabilitación, enfermo entre los enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo. Con este espíritu deseo reflexionar con vosotros sobre algunos aspectos de nuestra espiritualidad sacerdotal.

Lo haré dejándome guiar por las palabras de la institución de la Eucaristía, las que pronunciamos cada día *in persona Christi*, para hacer presente sobre nuestros altares el sacrificio realizado de una vez por todas en el Calvario. De ellas surgen indicaciones iluminadoras para la espiritualidad sacerdotal: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística». Por tanto, las palabras de la institución de la Eucaristía no deben ser para nosotros únicamente una fórmula consagratoria, sino también una «fórmula de vida».

Una existencia profundamente «agradecida»

2. «*Tibi gratias agens benedixit...*». En cada Santa Misa recordamos y revivimos el primer sentimiento expresado por Jesús en el momento de partir el pan, el de *dar gracias*. El agradecimiento es la actitud que está en la base del nombre mismo de «Eucaristía». En esta expresión de gratitud confluye toda la espiritualidad bíblica de la alabanza por los *mirabilia Dei*. Dios nos ama, se anticipa con su Providencia, nos acompaña con intervenciones continuas de salvación.

En la Eucaristía Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús ¿cómo no ha de plasmar la vida del sacerdote? Él sabe que debe fomentar constantemente un *espíritu de gratitud* por tantos dones recibidos a lo largo de su existencia y, en particular, por el don de la fe, que ahora tiene el ministerio de anunciar, y por el del sacerdocio, que lo consagra completamente al servicio del Reino de Dios. Tenemos ciertamente nuestras cruces —y ¡no somos los únicos que las tienen!—, pero los dones recibidos son tan grandes que no podemos dejar de cantar desde lo más profundo del corazón nuestro *Magnificat*.

Una existencia «entregada»

3. «*Accipite et manducate... Accipite et bibite...*». La autodonación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir las palabras de la consagración sin *sentirse implicados en este movimiento espiritual*. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, «tomad y comed». En efecto, su vida

tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados.

Precisamente esto es lo que Jesús esperaba de sus apóstoles, como lo subraya el evangelista Juan al narrar el lavatorio de los pies. Es también lo que el Pueblo de Dios espera del sacerdote. Pensándolo bien, la *obediencia* a la que se ha comprometido el día de la ordenación y la promesa que se le invita a renovar en la Misa crismal, se ilumina por esta relación con la Eucaristía.

Al obedecer por amor, renunciando tal vez a un legítimo margen de libertad, cuando se trata de su adhesión a las disposiciones de los Obispos, el sacerdote pone en práctica en su propia carne aquel «tomad y comed», con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

Una existencia «salvada» para salvar

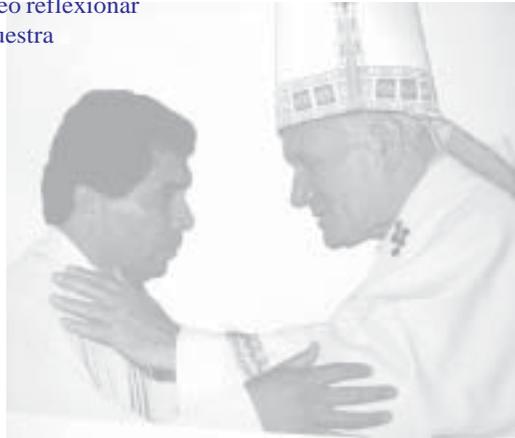
4. «*Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur*». El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre, de *todo* el hombre y de *todos* los hombres. Es una salvación *integral* y al mismo

tiempo *universal*, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder salvador de la sangre de Cristo: «*qui pro vobis et pro multis effundetur*». Se trata de un sacrificio ofrecido por «muchos», como dice el texto bíblico (*Mc* 14, 24; *Mt* 26, 28; cf. *Is* 53, 11-12), con una expresión típicamente semítica, que indica la multitud a la que llega la salvación lograda por el único Cristo y, al mismo tiempo, la *totalidad de los seres humanos* a los que ha sido ofrecida: es sangre «*derramada por vosotros y por todos*», como explicitan acertadamente algunas traducciones. En efecto, la carne de Cristo se da «para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51; cf. *1 Jn* 2, 2).

Cuando repetimos en el recogimiento silencioso de la asamblea litúrgica las palabras venerables de Cristo, nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Pero ¿cómo serlo eficazmente sin sentirnos salvados nosotros mismos? Somos los primeros a quienes llega en lo más íntimo la gracia que, superando nuestras fragilidades, nos hace clamar «Abba, Padre» con la confianza propia de los hijos (cf. *Ga* 4, 6; *Rm* 8, 15). Y esto nos compromete a progresar en el camino de perfección. En efecto, la *santidad* es la expresión plena de la *salvación*. Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer a *todos* la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el *ardor misionero*, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos» (*1 Co* 9, 22).

Una existencia que «recuerda»

5. «*Hoc facite in meam commemorationem*». Estas palabras de Jesús nos han llegado, tanto a través de Lucas (22, 19) como de Pablo (*1 Co* 11, 24). El contexto en el que fueron pronunciadas —hay que tenerlo bien presente— es el de la cena pascual,



que para los judíos era un « memorial » (*zikkarôn*, en hebreo). En dicha ocasión los hebreos revivían ante todo el Éxodo, pero también los demás acontecimientos importantes de su historia: la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, la alianza del Sinaí y tantas otras intervenciones de Dios en favor de su pueblo. También para los cristianos la Eucaristía es el « memorial », pero lo es de un modo único: no sólo es un recuerdo, sino que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor.

Quisiera subrayar también que Jesús ha dicho: « Haced esto en memoria *mía* ». La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él! Para el sacerdote, repetir cada día, *in persona Christi*, las palabras del « memorial » es una invitación a desarrollar una « espiritualidad de la memoria ». En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen, especialmente a las nuevas generaciones, al riesgo de perder la relación con las propias raíces, el sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del *recuerdo fiel* de Cristo y todo su misterio: su prefiguración en el Antiguo Testamento, su realización en el Nuevo y su progresiva profundización bajo la guía del Espíritu Santo, en virtud de aquella promesa explícita: « Él será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho » (*Jn 14, 26*).

Una existencia «consagrada»

6. « *Mysterium fidei!* ». Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y el vino, el *estupor siempre nuevo* por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Un prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Los elementos naturales no pierden sus características externas, ya que las especies siguen siendo las del pan y del vino; pero su sustancia, por el poder de la palabra de Cristo y la acción del Espíritu Santo, se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, sobre el altar está presente « verdadera, real, sustancialmente » Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad. Así pues, es una *realidad eminentemente sagrada*. Por este motivo la Iglesia trata este Misterio con suma reverencia, y vigila atentamente para que se observen las normas litúrgicas, establecidas para tutelar la santidad de un Sacramento tan grande.

Nosotros, sacerdotes, somos los *celebrantes*, pero también los custodios de este sacrosanto Misterio. De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición « sagrada » de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de celebrar. ¡Acudamos para ello a la escuela de los Santos! El Año de la Eucaristía nos invita a fijarnos en los Santos que con mayor vigor han manifestado la devoción a la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). En esto, muchos sacerdotes beatificados y canonizados han dado un testimonio ejemplar, suscitando fervor en los fieles que participaban en sus Misas. Muchos se han distinguido por la prolongada adoración eucarística. Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras « soledades » para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

Una existencia orientada a Cristo

7. « *Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias* ». Cada vez que cele-

bramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos *en espera de su venida*. En la espiritualidad sacerdotal, esta tensión se ha de vivir *en la forma propia de la caridad pastoral* que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alimentar su esperanza. Ésta es una tarea que exige del sacerdote una actitud interior similar a la que el apóstol Pablo vivió en sí mismo: « *Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta* » (*Flp 3, 13-14*). El sacerdote es alguien que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como « contagiándola » a las personas que encuentra en su camino. Su secreto reside en la « pasión » que tiene por Cristo. Como decía san Pablo: « *Para mí la vida es Cristo* » (*Flp 1, 21*).

Sobre todo en el contexto de la nueva evangelización, la gente tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de « ver » en ellos a Cristo (cf. *Jn 12, 21*). Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio. Un sacerdote « conquistado » por Cristo (cf. *Flp 3, 12*) « conquista » más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura.

Una existencia «eucarística» aprendida de María

8. Como he recordado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. nn. 53-58), la Santísima Virgen tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía. Lo subrayan, aun en la sobriedad del lenguaje litúrgico, todas las Plegarias eucarísticas. Así, en el Canon romano se dice: « *Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor* ». En las otras Plegarias eucarísticas, la veneración se transforma en imploración, como, por ejemplo, en la Anáfora II: « *Con María, la Virgen Madre de Dios [...], merezcamos [...] compartir la vida eterna* ».

Al insistir en estos años, especialmente en la *Novo millennio ineunte* (cf. nn. 23 ss.) y en la *Rosarium Virginis Mariae* (cf. nn. 9 ss.), sobre la contemplación del rostro de Cristo, he indicado a María como la gran maestra. En la encíclica sobre la Eucaristía la he presentado también como « Mujer eucarística » (cf. n. 53). ¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie cómo ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas. Así pues, la imploro por todos vosotros, confiándole especialmente a los más ancianos, a los enfermos y a cuantos se encuentran en dificultad. En esta Pascua del Año de la Eucaristía me complace hacerme eco para todos vosotros de aquellas palabras dulces y confortantes de Jesús: « Ahí tienes a tu madre » (*Jn 19, 27*).

Con estos sentimientos, os bendigo a todos de corazón, deseándoos una intensa alegría pascual.

Policlínico Gemelli, Roma, 13 de marzo, V domingo de Cuaresma, de 2005, vigésimo séptimo de Pontificado.

Joannes Paulus II

MAYO**CUMPLEAÑOS**

- 1 Mayo 1964 SR. CURA JOSE LUIS FRANCO GONZALEZ
 2 Mayo 1943 SR. PBRO. FELIPE DE LA TORRE HERNANDEZ
 1944 SR. PBRO. LUIS GARCIA LEON
 3 Mayo 1969 SR. PBRO. JUAN FRANCISCO GARCIA FLORES
 4 Mayo 1950 SR. PBRO. J. JESUS GUTIERREZ JIMENEZ
 5 Mayo 1962 SR. PBRO. PASCUAL AVELAR MARQUEZ
 6 Mayo 1976 SR. PBRO. MIGUEL AGUSTIN GAITAN CHICO
 7 Mayo 1966 SR. PBRO. JOSE DE JESUS CRUZ NUÑEZ
 8 Mayo 1967 SR. PBRO. RAFAEL DOMINGUEZ GARCIA
 9 Mayo 1923 SR. CANGO. MIGUEL RAMOS DOMINGUEZ
 11 Mayo 1922 SR. PBRO. J. GUADALUPE ALMARAZ CAMARENA
 13 Mayo 1964 SR. CURA ROBERTO LIZARDE JIMENEZ
 14 Mayo 1977 SR. DIACONO JORGE SANTIAGO GONZALEZ RAMIREZ
 15 Mayo 1954 SR. PBRO. RAUDEL MUÑOZ RUIZ
 16 Mayo 1923 SR. PBRO. AGUSTIN SORIA DELGADO
 1952 SR. CURA ANDRES GONZALEZ GONZALEZ (GONZALEZ)
 17 Mayo 1949 SR. CURA JUAN FRANCISCO NAVARRO GUTIERREZ
 19 Mayo 1947 SR. CURA JOSE LUIS ACEVES GONZALEZ
 1954 SR. CURA MIGUEL MAGAÑA LOPEZ
 1966 SR. PBRO. JOSE RAMON FLORES CONTRERAS
 21 Mayo 1962 SR. CURA MIGUEL FRANCO GONZALEZ
 22 Mayo 1929 SR. PBRO. ROMAN PEREZ PEREZ
 1955 SR. CURA CECILIO ESPARZA LEDEZMA
 23 Mayo 1968 SR. PBRO. JOSE ROSARIO JIMENEZ ORTEGA
 24 Mayo 1956 SR. PBRO. ARTURO MUÑOZ ORTIZ
 1975 SR. PBRO. JOSE LUIS GARCIA FRANCO
 25 Mayo 1966 SR. PBRO. GERARDO DIAZ VAZQUEZ
 27 Mayo 1964 SR. PBRO. LUIS CARLOS GARCIA REA
 28 Mayo 1934 SR. PBRO. RAMON MAGAÑA PEREZ
 1942 SR. PBRO. FRAY AGUSTIN SANCHEZ SALAS
 1972 SR. PBRO. JUAN JOSE CASTELLANOS JIMENEZ
 29 Mayo 1946 SR. PBRO. MAXIMINO RODRIGUEZ MARQUEZ

ANIVERSARIOS DE DEFUNCION

- 1 Mayo 1993 SR. PBRO. MANUEL CEDEÑO EUGENIO
 3 Mayo 1988 SR. CANGO. CRISPINIANO JÁUREGUI GÓMEZ
 1997 SR. PBRO. JAVIER GARCÍA NAVARRO
 4 Mayo 1992 SR. CURA JUAN DELGADO
 8 Mayo 1980 SR. CURA QUIRINO BOTELLO
 11 Mayo 1975 SR. CANGO. JULIÁN HERNÁNDEZ CUEVAS
 17 Mayo 1994 SR. PBRO. NAZARIO VÁZQUEZ VÁZQUEZ
 27 Mayo 1988 SR. CURA J. JESÚS ORIGEL VILLALPANDO
 29 Mayo 1973 SR. PBRO. LUIS PÉREZ ALONSO
 31 Mayo 1986 SR. CURA SANTIAGO ULLOA
 1973 SR. PBRO. FRANCISCO BORROEL AGUAYO

ANIVERSARIOS DE ORDENACION

- 1 Mayo 1993 .. SR. PBRO. GREGORIO MARTINEZ GOMEZ
 1993 .. SR. CURA JUAN MANUEL LOZANO HERNANDEZ
 1993 .. SR. PBRO. LUIS DAVID GARCIA GONZALEZ
 1993 .. SR. CURA VICTOR LIZARDE RODRIGUEZ
 1993 .. SR. CURA GUILLERMO HUERTA MURO
 1993 .. SR. PBRO. GONZALO OLIVA HERNANDEZ
 1993 .. SR. CURA JOSE LUIS FRANCO GONZALEZ
 1993 .. SR. PBRO. RAFAEL DOMINGUEZ GARCIA
 1993 .. SR. PBRO. GERARDO DIAZ VAZQUEZ
 1993 .. SR. PBRO. EFREN TORRES GONZALEZ
 1993 .. SR. CURA ADOLFO CABRERA HERNANDEZ
 1993 .. SR. PBRO. RUBEN SEPULVEDA CABRERA
 1993 .. SR. PBRO. JOSE LUIS ALDANA WARJO
 1993 .. SR. PBRO. JOSE LUIS GONZALEZ MURO
 1993 .. SR. CURA VICTORIANO VILLASEÑOR JIMENEZ
 1993 .. SR. PBRO. RODRIGO RAMIREZ MACIAS
 1993 .. SR. CURA J. JESUS VAZQUEZ AGUIRRE
 1993 .. SR. CURA FCO. JAVIER GONZALEZ GONZALEZ
 2001 .. SR. PBRO. PASCUAL GONZALEZ HERNANDEZ
- 2 Mayo 1987 .. SR. CURA GERARDO OROZCO ALCALA
 1998 .. SR. PBRO. MIGUEL ANGEL PEREZ LOZANO
 1998 .. SR. PBRO. ARTURO ASCENCIO RAMIREZ
 1998 .. SR. PBRO. JUAN ANGULO FONSECA
 1998 .. SR. PBRO. HECTOR ENRIQUE HERNANDEZ DIAZ
 1998 .. SR. PBRO. SALVADOR MARTIN GONZALEZ
 1998 .. SR. CURA JAIME ANTONIO GUTIERREZ MUÑOZ
 1998 .. SR. PBRO. LUIS ENRIQUE SOTELO BARRERA
 1998 .. SR. PBRO. JOSE ROSARIO JIMENEZ ORTEGA
 1998 .. SR. PBRO. FERNANDO MUÑOZ AGUILAR
 1998 .. SR. PBRO. JOSE GAMALIEL REYES MENDOZA
 1998 .. SR. PBRO. ALVARO LOMELI PULIDO
 1998 .. SR. PBRO. JUAN FRANCISCO SANCHEZ ORTEGA
 1998 .. SR. PBRO. AURELIO GARCIA GARCIA
 1998 .. SR. PBRO. ARTURO PADILLA HERNANDEZ
 1998 .. SR. PBRO. PEDRO MARTIN MARTIN
 1998 .. SR. PBRO. JOSE JAIME SALAZAR GOMEZ
- 4 Mayo 1985 .. SR. PBRO. MOISES NAVARRO YEPEZ
 1985 .. SR. CURA CRISTOBAL ASCENCIO GARCIA
 1985 .. SR. CURA PRIMITIVO OLVERA BANDA
- 5 Mayo 1984 .. SR. PBRO. JOSE LUIS SALAS JIMENEZ
 1984 .. SR. CURA JAIME JIMENEZ MENA
 1984 .. SR. CURA ALFONSO PEREZ MAGAÑA
 1984 .. SR. PBRO. JUAN MANUEL JIMENEZ OROZCO
 1984 .. SR. PBRO. J. JESUS MURILLO ROJAS
 1984 .. SR. CURA MIGUEL MAGAÑA LOPEZ
 1984 .. SR. CURA CECILIO ESPARZA LEDEZMA
 1984 .. SR. PBRO. PEDRO TEJEDA ALVAREZ
 1984 .. SR. PBRO. J. GUADALUPE MUÑOZ PORRAS
 1984 .. SR. CURA CARLOS DE LA TORRE MARTINEZ
 1984 .. SR. CURA JOSE MARIA GARCIA ARRAÑAGA
 2001 .. SR. PBRO. JUAN JOSE CASTELLANOS JIMENEZ
 2002 .. SR. PBRO. RAMIRO GARCIA ARAGON
 2002 .. SR. PBRO. JAIME VARELA ARRIAGA
- 6 Mayo 1995 .. SR. PBRO. MIGUEL A. AGUIÑAGA ONTIVEROS
 1995 .. SR. PBRO. SERGIO GUTIERREZ VAZQUEZ
 1995 .. SR. PBRO. JOSE DE JESUS CRUZ NUÑEZ
- 1995 .. SR. CURA J. TRINIDAD LOMELI DUEÑAS
 1995 .. SR. PBRO. RODOLFO ORIZABA MONROY
 1995 .. SR. CURA JOSE DE JESUS LOMELI GUTIERREZ
 1995 .. SR. PBRO. J. ANTONIO VAZQUEZ MONTAÑO
 1995 .. SR. CURA ELIAZER LARA RUIZ
 1995 .. SR. PBRO. FCO. JAVIER PADILLA DE ANDA
- 8 Mayo 2001 .. SR. PBRO. ALFREDO TOSTADO FRANCO
- 9 Mayo 1990 .. SR. PBRO. JUAN MANUEL RAMIREZ LOPEZ
 1990 .. SR. CURA JUAN DE DIOS MONTAÑO DIAZ
 1990 .. SR. CURA J. GUADALUPE GOMEZ NUÑEZ
 1990 .. SR. PBRO. J. JESUS RUVALCABA GOMEZ
 1990 .. SR. CURA ERNESTO GONZALEZ DAVALOS
 1990 .. SR. PBRO. FERNANDO VARELA GAMIÑO
 1990 .. SR. CURA FRANCISCO PLASCENCIA VALLEJO
 1992 .. SR. CURA GUILLERMO PLASCENCIA ASCENCIO
 1992 .. SR. PBRO. ANTONIO ESPARZA MARTIN
 1992 .. SR. PBRO. J. JESUS ROCHA RAMOS
 1992 .. SR. CURA ROBERTO LIZARDE JIMENEZ
 1992 .. SR. PBRO. LUIS CARLOS GARCIA REA
 1992 .. SR. PBRO. JOSE LUIS GONZALEZ PEREZ
 1997 .. SR. PBRO. GABINO HERNANDEZ ALATORRE
- 11 Mayo 2001 .. SR. PBRO. JOSE ROBERTO MELENDEZ FDEZ.
 2001 .. SR. PBRO. JOSE ALEJANDRO RGUEZ. ZARATE
- 12 Mayo 2001 .. SR. PBRO. FRANCISCO RODRIGUEZ SOTELO
- 13 Mayo 2000 .. SR. PBRO. JUAN MEDINA CAMPOS
 2000 .. SR. PBRO. MAURICIO CABRERA SALAS
 2000 .. SR. PBRO. GUSTAVO GARCIA HERNANDEZ
 2000 .. SR. PBRO. JOSE GUSTAVO RODRIGUEZ GARCIA
 2000 .. SR. PBRO. ENRIQUE GOMEZ ULLOA
 2000 .. SR. PBRO. RAFAEL SANCHEZ CANO
 2000 .. SR. PBRO. FRANCISCO LEDEZMA GONZALEZ
 2000 .. SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER CRUZ RAMIREZ
 2000 .. SR. PBRO. LUIS FELIPE DE LA TORRE BARBA
- 16 Mayo 1970 .. SR. CURA. JOSE HUGO OROZCO SANTOYO
 2001 .. SR. PBRO. SERGIO SERRANO MAGDALENO
- 18 Mayo 2002 .. SR. PBRO. HORACIO MARTINEZ FRANCO
- 21 Mayo 1988 .. SR. PBRO. MIGUEL DOMINGUEZ GARCIA
 1988 .. SR. CURA ENRIQUE VAZQUEZ RUIZ
 1988 .. SR. CURA FELIPE DE JESUS FONSECA HDEZ
 1988 .. SR. CURA ADALBERTO VAZQUEZ RUIZ
 1988 .. SR. PBRO. IRENEO GUTIERREZ LIMON
 1988 .. SR. PBRO. J. JESUS MENA DELGADILLO
 1988 .. SR. CURA LUIS HUMBERTO VARGAS A.
- 22 Mayo 2003 .. SR. PBRO. LIBORIO LOPEZ QUEZADA
 2003 .. SR. PBRO. JUAN JOSE FLORES HERNANDEZ
- 23 Mayo 2001 .. SR. PBRO. RAFAEL GONZALEZ LOZA
- 24 Mayo 2002 .. SR. PBRO. JOSE MANUEL CEDILLO MACIAS
- 25 Mayo 2002 .. SR. PBRO. ERNESTO LOMELI GOMEZ
- 27 Mayo 2004 .. SR. PBRO. MIGUEL GUZMAN LARA
 2004 .. SR. PBRO. JORGE LUIS ALDANA RUIZ ESPARZA
- 29 Mayo 2001 .. SR. PBRO. JOSE SERGIO ORTIZ BERMEJO
 2003 .. SR. PBRO. DIONICIO ALBERTO BALLEZA G.
 2003 .. SR. PBRO. EDUARDO GONZALEZ VAZQUEZ
 2003 .. SR. PBRO. MIGUEL AGUSTIN GAITAN CHICO
- 31 Mayo 1997 .. SR. PBRO. C. EDUARDO VILLASANO ZUÑIGA
 2001 .. SR. PBRO. JOSE DE JESUS FLORES ACEVES

AGENDA DE MAYO 2005

- D. 1 Feria vocacional. *Casa Juan Pablo II*
- M^a. 3 Acto Académico. 3° de Teología. *Seminario Mayor*
- Mⁱ. 4 Eliminatorias del concurso vocacional. *Casa Juan Pablo II.*
- J. 5 - 8 Asamblea nacional de adolescentes. *Tabasco.*
.... Pre-vida religiosa. *Tepatitlán (Casa ejercicios).*
- V. 6 .. Ordenación sacerdotal de los Sres. diáconos: Pablo Gómez Ramírez, José Fernando Miranda Castellanos y Efrén Ortega Rodríguez. *Casa Juan Pablo II.* 11:00 a.m.
- S. 7 Convivencia del equipo de Evangelización. 10:30 a.m.
.... Curso-taller para lectores. *San Juan.* 10:00 a.m.
- 7 - 8 V Taller diocesano de prematrimoniales. Familia. *Casa Juan Pablo II.*
-
- D. 8 La Ascensión del Señor.
- L. 9 Reunión de Consejos Decanales.
- M^a. 10 Cantamisa del Sr. Pbro Pablo Gómez Ramírez. *San Miguel el Alto.* 12:00 hrs
- J. 12 Cantamisa del Sr. Pbro Fernando Miranda Castellanos. *Acatitlan, Jal.* 12:00 hrs
- V. 13 Ordenación sacerdotal del Sr. diácono Jorge Santiago González Ramírez. *Catedral de San Juan de los Lagos.* 12:00 hrs.
.... Vigilia de Aniversario de la Adoración Nocturna. *Seminario*
- S. 14 Reunión del consejo de PAJ. *San Julián.*
.... Programación del curso de verano de Agentes. *Santa Ana.* 11:00 a.m.
.... Retiro espiritual para Laicos. *Sanjuanico.* 11:00 a.m.
-
- D. 15 Pentecostés. Día del Campesino.
- M^a. 17 Cantamisa del Sr. Pbro Jorge Santiago González Ramírez. Parroquia de San Juan Bautista. *San Juan de los Lagos.* 12:00 hrs
- Mⁱ. 18 Peregrinación a la Basílica de Guadalupe. *Mexico D.F.*
- 18 Final del concurso vocacional. *Casa Juan Pablo II.*
- J. 19 Fiesta de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. *Seminario.*
.... Cantamisa del Sr. Pbro Efrén Ortega Rodríguez. *Sta. Ma. Transpontina.* 6:00 p.m.
- 19 - 21 Reunión Ordinaria del CDP. *Casa Juan Pablo II.* 4:30 p.m.
- 19 - 22 Encuentro de hombres. *Arandas.*
- S. 21 Retiro espiritual para Laicos. *Sanjuanico.* 11:00 a.m.
-
- D. 22 La Santísima Trinidad.
.... Encuentro juvenil diocesano. *Lagos de Morenos.*
.... Retiro espiritual de Vida consagrada. *Jalostotitlán.*
.... IV Encuentro festival de grupos misioneros. *Atotonilco.*
-
- L. 23 Reunión del presbiterio. *Casa Juan Pablo II.*
- 23 - 27 Asamblea nacional del equipo de Vocaciones. *Diócesis de Oaxaca.*
- M^a. 24 - 25 ... Curso de párrocos. *Casa Juan Pablo II.*
- J. 26 Fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo en el Año de la Eucaristía.
- V. 27 Reunión regional de EDIPAJ. *San Juan de los Lagos.*
-
- M^a. 31 Reunión del equipo de Laicos. *San Miguel el Alto.* 6:00 p.m.

Magisterio de S.S. Juan Pablo II (1979-2005)

Encíclicas

1. **Redemptor Hominis:** (Jesucristo Redentor del hombre), 4-3-1979.
2. **Dives in Misericordia:** (Dios Padre, Rico de misericordia), 30-11-1980.
3. **Laborem Exercens:** (Trabajo humano y problemas sociales), 14-9-1981.
4. **Slavorum Apostoli:** (Santos Cirilo y Metodio, patronos de los eslavos), 2-6-1985.
5. **Dominum et Vivificantem:** (Espíritu Santo Señor y vivificador), 18-5-1986.
6. **Redemptoris Mater:** (María, Madre del Redentor), 25-3-1987.
7. **Sollicitudo Rei Socialis:** (Auténtico desarrollo del hombre y de la sociedad), 30-12-1987.
8. **Redemptoris Missio:** (La misión), 7-12-1990.
9. **Centesimus Annus:** (La cuestión social, a cien años de la «Rerum novarum»), 1-5-1991.
10. **Veritatis Splendor:** (Fundamentos de la moral católica), 6-8-1993.
11. **Evangelium Vitae:** (Valor e inviolabilidad de la vida humana), 25-3-1995.
12. **Ut Unum Sint:** (Sobre el compromiso ecuménico), 25-5-1995.
13. **Fides et Ratio:** (Sobre la Fe y la Razón), 14-9-1998.
14. **Ecclesia de Eucharistia:** (Sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia), 17-4-2003.

Constituciones Apostólicas

- Ecclesia in Urbe (1 de enero de 1998)
- Universi Dominici Gregis (22 de Feb. de 1996)
- Fidei Depositum (11 de octubre de 1992)
- Ex Corde Ecclesiae (15 de agosto de 1990)
- Pastor Bonus (28 de junio de 1988)
- Divinus Perfectionis Magister (25 de enero de 1983)
- Sacrae Disciplinae Leges (25 de enero de 1983)
- Magnum Matrimonii Sacramentum (7 de octubre de 1982)
- Sapientia Christiana (15 de abril de 1979)

Bulas papales

- Bula de convocatoria al Gran Jubileo 2000 «Incarnationis Misterium»

Exhortaciones Apostólicas

- Pastores Gregis (16 de octubre de 2003)
- Ecclesia in Europa (28 de junio de 2003)
- Ecclesia in Oceania (22 de noviembre de 2001)
- Ecclesia in Asia (6 de noviembre de 1999)
- Ecclesia in America (22 de enero de 1999)
- Vita Consecrata (25 de marzo de 1996)
- Ecclesia in Africa (14 de septiembre de 1995)
- Pastores Dabo Vobis (25 de marzo de 1992)
- Redemptoris Custos (15 de agosto de 1989)
- Christifideles Laici (30 de diciembre de 1988)
- Reconciliatio et Paenitentia (2 de diciembre de 1984)
- Redemptionis Donum (25 de marzo de 1984)
- Familiaris Consortio (22 de noviembre de 1981)
- Catechesi Tradendae (16 de octubre de 1979)

Cartas Apostólicas papales

- «El Rápido Desarrollo» (24 de enero de 2005)
- Rosarium Virginis Mariae (16 de octubre de 2002)

- Misericordia Dei (2 de mayo de 2002)
- Carta apostólica al pueblo húngaro (25 julio 2001)
- Carta apostólica al pueblo armenio (17 de febrero de 2001)
- Novo Millennio Ineunte (6 de enero de 2001)
- La Iglesia greco-católica de Rumania con la Iglesia de Roma (20 de julio de 2000)
- Inter Munera Academiaram (28 de enero de 1999)
- Dies Domini (31 de mayo de 1998)
- Divini Amoris Scientia (19 de octubre de 1997)
- Laetatur Magnopere (15 de agosto de 1997)
- Operosam Diem (1 de diciembre de 1996)
- Unión de Uzhorod (18 de abril de 1996)
- Unión de Brest (12 de noviembre de 1995)
- Orientale Lumen (2 de mayo de 1995)
- Tertio Millennio Adveniente (10 de noviembre de 1994)
- Ordinatio Sacerdotalis (22 de mayo de 1994)
- Circunscripciones eclesíásticas de Polonia (25 de marzo de 1992)
- V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo (29 de junio de 1990)
- Centenario de la 'Opera di San Pietro Apostolo' (1 de octubre de 1989)
- Situación en Líbano (7 de septiembre de 1989)
- II Guerra Mundial (27 de agosto de 1989)
- Vicesimus Quintus Annus (4 de diciembre de 1988)
- Mulieris Dignitatem (15 de agosto de 1988)
- Euntes In Mundum Universum (25 de enero de 1988)
- Duodecim Saeculum (4 de diciembre de 1987)
- Spiritus Domini (1 de agosto de 1987)
- Sescentesima Anniversaria (5 de junio de 1987)
- Augustinum Hipponensem (28 de agosto de 1986)
- Dilecti Amici (31 de marzo de 1985)
- Les Grands Mystères (1 de mayo de 1984)
- Redemptionis Anno (20 de abril de 1984)
- Salvifici Doloris (11 de febrero de 1984)
- Concilio Constantinopolitano I (25 de marzo de 1981)
- Egregiae Virtutis (31 de diciembre de 1980)
- Sanctorum Altrix (11 de julio de 1980)
- Amantissima Providentia (29 de abril de 1980)
- Patres Ecclesiae (2 de enero de 1980)
- Rutilans Agmen (8 de mayo de 1979)

Mensajes Apostólicos papales

Año 2005

- Urbi et Orbi por la Pascua 2005
- XIII Jornada Mundial del Enfermo - 2005
- IX Jornada Mundial de la Vida Consagrada
- Cuaresma 2005
- Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la 39 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales
- Mensaje del Santo Padre. **XX Jornada Mundial de la Juventud 2005**

Año 2004

- Urbi et Orbi - Navidad 2004
- Jornada Misionera Mundial 2004
- «Urbi et Orbi» - Pascua 2004, 11 de abril de 2004
- XIX Jornada Mundial de la Juventud, 2004
- Cuaresma 2004

- XII jornada mundial del enfermo - Lourdes, Francia, 11 de febrero de 2004
- Celebración de la Jornada Mundial de la Paz
- XXXVIII Jornada Mundial para las Comunicaciones Sociales

Año 2003

- Jornada Mundial de las Comunicaciones 2003
- Jornada Mundial de las Misiones 2003
- A las Familias Mexicanas - 2 de mayo del 2003
- Jornada Mundial del Enfermo 2003
- Cuaresma 2003
- Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2003
- Jornada Mundial de Turismo 2003
- Jornada Mundial de la Juventud 2003
- Jornada Mundial de los emigrantes y refugiados 2003
- Urbi et Orbi - Pascua 2003
- Urbi et Orbi - Navidad 2003

Años anteriores

- Cuaresma 2002
- Cuaresma 2001
- Cuaresma 2000
- Jornada Mundial del Turismo 2002
- Jornada Mundial de la Juventud 2001
- Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2002
- Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2001
- Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2000
- Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 1999
- Jornada Misionera Mundial 2002
- Jornada Misionera Mundial 2001
- Jornada Misionera Mundial 1999
- Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 1999
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Navidad 2002
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Navidad 2001
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Navidad 2000
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Navidad 1999
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Pascua 2002
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Pascua 2000
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Pascua 2001
- Mensaje «Urbi et Orbi» - Pascua 1999
- Jornada Mundial del Enfermo 1999

Jornadas Mundiales por la Paz

(1968-2004)

Cartas y Mensajes varios

- Consejo Supremo de los Caballeros de Colón 2002
- Obispos del Perú 2002.
- II Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento 2002
- A los sacerdotes Jueves Santo 1995 – 2005.
- A la Orden de Predicadores en su Capítulo General 2001
- A los Ancianos 1999
- A los Artistas 1999
- Jubileo de los Catequistas 2000
- Jubileo de las Cárceles 2000
- Catequesis por Cuaresma 1999
- Catequesis sobre el Cielo, Infierno y Purgatorio